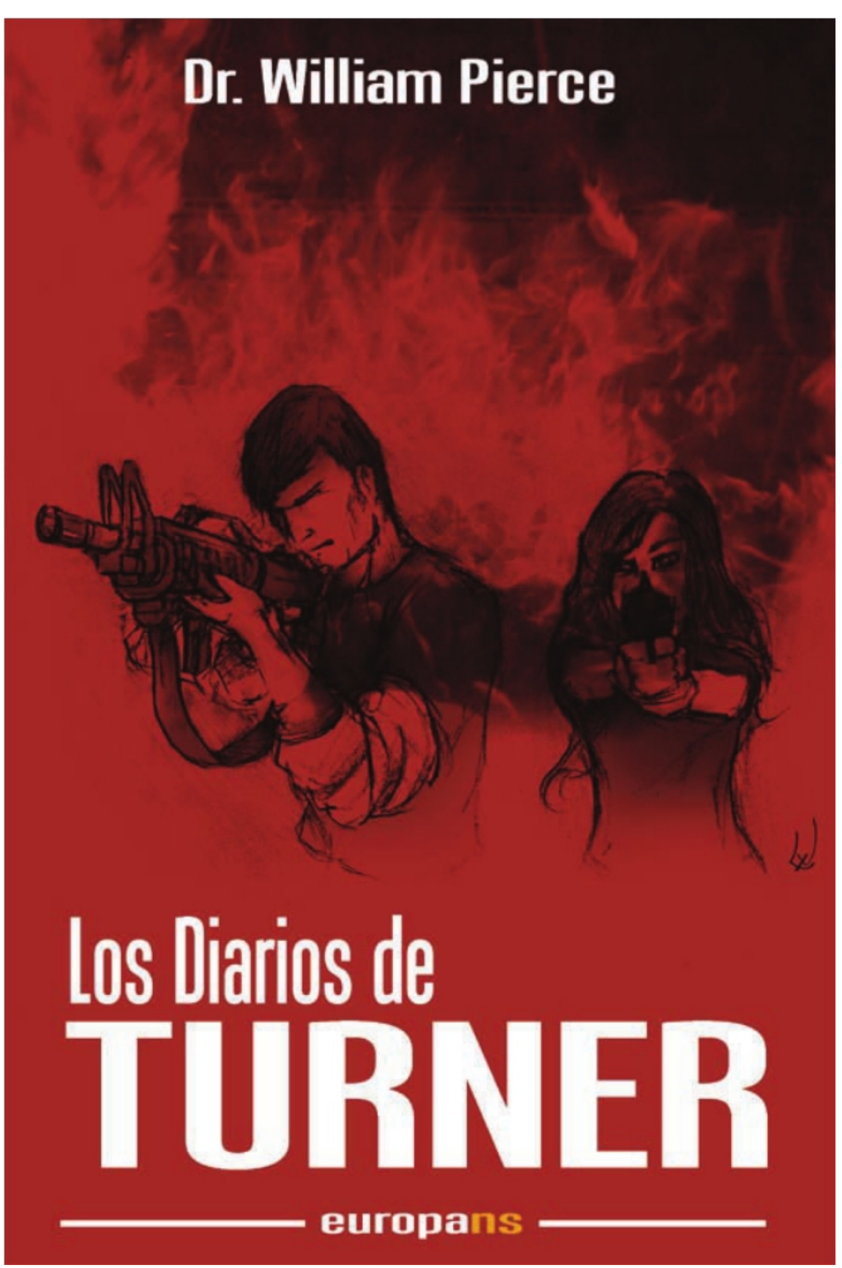


Dr. William Pierce

LOS DIARIOS DE TURNER

Europa Nacional Socialista

Traducción: Equipo ENS Maquetación: Equipo ENS Diseño de portada: Equipo ENS

Desde Europa Nacional Socialista agradecemos la labor desinteresada de todos los tra- ductores y colaboradores que han hecho posible la traducción de esta profética obra, tan necesaria en los tiempos que corren.

En memoria del Dr. William Pierce

.

Los Diarios de Turner

Prólogo

Existe tal cantidad de literatura acerca de la Gran Revolución, incluyendo las memorias de casi cada uno de los líderes que sobrevivieron en la Nueva Era, que otro libro que trate de los eventos y circunstancias de ese tiempo de levantamiento apocalíptico y de renacimiento puede pare- cer superfluo. Los Diarios de Turner, sin embargo, proporcionan una vi- sión de la Gran Revolución que es singularmente valiosa por dos razones:

1) Es un registro continuo y detallado de una etapa de la lucha durante los años inmediatamente anteriores a la culminación de la Revolución, escrito tal como pasó, día a día. Es por este motivo que está libre de la distorsión que a menudo aflige a las visiones retrospectivas.Aunque exis- ten los diarios de otros participantes en ese gran conflicto, ninguno que se haya publicado hasta ahora proporciona un registro tan completo y detallado.

2) Está escrito desde el punto de vista de un miembro de base de la Or- ganización, y, aunque padece por consiguiente de "miopía" de vez en cuando, es un documento totalmente franco.Al contrario que los diarios realizados por algunos de los líderes de la Revolución, su autor no estaba pensando en su lugar en la historia cuando escribía. Mientras leamos las páginas que siguen, probablemente

conseguiremos una mejor compren- sión de la que nos proporcionaría cualquier otra fuente, de los verdaderos pensamientos y sentimientos de los hombres y mujeres cuyo esfuerzo y sacrificio salvó a nuestra raza en su momento de máximo peligro y que dieron paso a la Nueva Era.

Earl Turner, quien escribió estos diarios, nació en el 43 ANE (Antes

de la Nueva Era) en LosAngeles, que era el nombre de una inmensa área metropolitana en la costa occidental del continente norteamericano en la Vieja Era, y que actualmente abarca las comunidades de Eckartsville y Wesselton, así como mucho del campo circundante. Él creció en el área de LosAngeles y estaba especializado en ingeniería eléctrica.

Después de su educación, se estableció cerca de la ciudad de Was- hington, que era entonces la capital de los Estados Unidos. Él estaba allí empleado por una empresa de investigación en electrónica.

Actuó por primera vez con la Organización en el 12 ANE. Cuando este registro empieza, en el 8ANE (1991 según la vieja cronología),Tur- ner tenía 35 años y no tenía compañera.

Aunque estos diarios abarcan apenas dos años en la vida de Earl Tur- ner, nos dan un conocimiento íntimo de uno de aquéllos cuyo nombre está inscrito en el Registro de los Mártires. Solo por esta razón, sus pa- labras deben tener una importancia especial para todos nosotros, a quie- nes se nos dio en la escuela la tarea de memorizar los nombres de todos los Mártires en ese sagrado Registro, legado a nosotros por nuestros an- tepasados.

Los Diarios deTurner constan, en su forma manuscrita, de cinco gran- des volúmenes, encuadernados en tela, completamente llenos, y unas pá- ginas al principio de un sexto. Hay muchas inserciones sueltas y notas entre las páginas, aparentemente escritas porTurner en los días en que es- taba fuera de su base y que después interpoló

en su registro permanente. Los volúmenes se descubrieron el año pasado junto con una gran can- tidad de material históricamente importante, por el mismo equipo del Instituto Histórico, liderado por el Profesor CharlesAnderson que ante- riormente desenterró el Centro Oriental de Comando de la Revolución en sus excavaciones cerca de la ruinas de Washington. Por esto se ha con- siderado oportuno ofrecerlos al público en general durante este 100 ani- versario de la Gran Revolución.

A.M.

New Baltimore

Abril 100

Capítulo I

¡Hoy empezó finalmente!

Después de todos estos años de hablar y nada más que hablar, por fin hemos realizado finalmente nuestra primera acción. Estamos en guerra contra el Sistema, y ya no es una guerra de palabras. No puedo dormir, así que intentaré anotar algunos de los pensamientos que están dando vueltas en mi cabeza.

No es seguro hablar aquí.

Las paredes son bastante delgadas, y los vecinos podrían sospechar de una charla a estas horas de la noche. Además, George y Katherine ya están dormidos. Sólo Henry y yo estamos despiertos, y él está mirando fijamente el techo.

Estoy muy tenso. Tan nervioso que apenas puedo estarme quieto. Y estoy exhausto.

Llevo levantado desde las 5:30 de la mañana, cuando George telefo-

neó para advertir que los arrestos habían empezado, y estamos más allá de la medianoche. No he parado en todo el día.

Pero al mismo tiempo estoy eufórico. ¡Por fin hemos actuado! Cuánto tiempo podremos continuar desafiando al Sistema, nadie lo sabe. Quizá todo termine mañana, pero nosotros no debemos pensar sobre eso. Ahora que hemos empezado, debemos continuar con el plan que hemos estado desarrollando tan cuidadosamente desde el Decomiso deArmas de hace dos años.

¡Qué golpe tan duro fue para nosotros! ¡Y cómo nos avergonzó! Muchos valientes que se llamaban a sí mismos “patriotas” decían: "El gobierno nunca se llevará mis armas" y cuando llegó el momento sólo hubo sumisión.

Por otro lado, quizá debamos alegrarnos por el hecho de que todavía tantos de nosotros tengamos las armas, casi 18 meses después de que la Ley Cohen prohibiera la posesión privada de todo tipo armas de fuego en los Estados Unidos.

Gracias a que tantos de nosotros desafiamos la ley y escondimos nues- tras armas en lugar de entregarlas al gobierno, este no pudo actuar más severamente contra nosotros después del Decomiso deArmas.

Nunca olvidaré ese día terrible: El 9 de noviembre de 1989. Golpearon mi puerta a las cinco de la mañana. Estaba completamente confiado cuando me levanté para ver quién era. Abrí la puerta y cuatro negros entraron por la fuerza en mi casa antes de que yo pudiera detener- los. Uno llevaba un bate de béisbol, y otros dos, largos cuchillos de co- cina en sus cinturones. El que llevaba el bate me empujó hacia una esquina y estuvo vigilándome con su bate levantado sobre mí en una po- sición amenazante mientras los otros tres empezaron a saquear mi hogar. Al principio pensé que se trataba de ladrones. Este tipo de robos se ha- bían vuelto demasiado comunes desde la Ley Cohen, con grupos

de ne- gros que irrumpen en las casas de los blancos para robar y violar, sabiendo que aun cuando sus víctimas tuvieran armas probablemente no se atreverían a usarlas. Entonces el que estaba vigilándome me mostró una especie de tarjeta y me informó de que él y sus cómplices eran "agen- tes especiales" del Consejo de Relaciones Humanas del norte deVirginia. Estaban buscando armas de fuego, dijo.Yo no podía creerlo. No podía estar pasando.

Entonces vi que llevaban tiras de tela verde atadas alrededor de sus brazos izquierdos. Cuando tiraron el contenido de los cajones al suelo y tiraron todo lo del armario, estaban ignorando cosas que los ladrones no habrían pasado por alto: mi nueva máquina de afeitar eléctrica, un valioso reloj de oro, una botella de leche llena de monedas de diez centavos... ¡Ellos estaban buscando armas de fuego!

Después de que la Ley Cohen entrara en vigor, todos los de la Organización escondimos nuestras armas y munición donde no era probable que las encontraran. Los de mi unidad habían engrasado las armas cui- dadosamente, las habían sellado en un bidón de aceite, y habían gastado

todo un tedioso fin de semana enterrando el bidón en un hoyo de ocho pies de profundidad y a 200 millas de distancia, allá en los profundos bosques de Pennsylvania occidental. Pero yo había dejado un arma fuera del escondite.

Había escondido mi revólver magnum del calibre .357 y 50 rondas de munición dentro del marco de la puerta entre la cocina y el salón. Arrancando dos clavos sueltos y quitando el marco de la puerta podría conseguir mi revólver en aproximadamente dos minutos en caso que fuera necesario. Me había cronometrado. Pero una búsqueda policial nunca lo descubriría.Yestos negros inexpertos no podrían encontrarlo en un millón de años.

Después de que los tres que estaban buscando hubieran buscado en

todos los lugares obvios, empezaron a rasgar y abrir mi colchón y los co- jines del sofá. Protesté vigorosamente a esto y brevemente consideré la posibilidad de empezar una pelea.Aproximadamente en ese mismo ins- tante hubo una conmoción en el vestíbulo. Otro de los grupos de busca- dores había encontrado un rifle escondido bajo una cama en el apartamento de la joven pareja que vivía debajo, en el vestíbulo.

Los dos habían sido esposados y fuertemente escoltados hacia la calle. Sólo llevaban ropa interior, y la joven mujer estaba quejándose ruido- samente de que su bebé se quedaba solo en el apartamento.

Otro hombre entró en mi apartamento. Era caucásico, aunque de apa- riencia extraordinariamente oscura. Él también llevaba un brazalete verde, además de un maletín y un portapapeles.

Los negros lo saludaron de una manera diferente e informaron del re- sultado negativo de su búsqueda:

"Ningún arma aquí, Sr. Tepper". Tepper buscó con el dedo en la lista de nombres y números de apartamento hasta que llegó al mío. Frunció el entrecejo."Este es uno de los malos", dijo.

"Tiene antecedentes por racista. Ha sido citado dos veces por el Con- sejo. Y poseía ocho armas de fuego que nunca se entregaron". Tepper abrió su maletín y sacó un pequeño objeto negro del tamaño de un pa- quete de tabaco que conectó mediante un largo cable a un instrumento electrónico. Empezó a mover el objeto negro de un lado a otro buscando

por toda la pared, mientras el maletín emitía un ruido constante.

El ruido subió de tono cuando el detector se acercó al interruptor de la luz, pero Tepper se convenció de que el cambio se produjo por la caja del interruptor y la instalación de la pared.

Continuó su metódica búsqueda. Cuando el objeto pasó por encima del lado izquierdo del marco de puerta de la cocina el sonido pasó a ser un chillido penetrante. Tepper gruñó agitadamente, y uno de los negros salió y regresó unos segundos después con un martillo y una palanca. Me pareció que el negro tardaba bastante menos de dos minutos en en- contrar mi arma. Fui esposado sin más y conducido a la calle.

En total, se arrestaron cuatro personas en mi edificio. Además de la pareja del vestíbulo, había un hombre mayor del cuarto piso. No habían encontrado un arma en su apartamento, pero sí encontraron cuatro car- tuchos de caza en el estante del armario. La munición también era ilegal. Mr. Tepper y algunos de sus "agentes" tenían más búsquedas que lle- var a cabo, pero dejaron tres grandes negros con los bates de béisbol y cu- chillos para custodiarnos delante del edificio.

Nos obligaron a los cuatro a sentarnos en la fría acera, en varios es- tados de desnudez, durante más de una hora hasta que un furgón de la po- licía vino finalmente a por nosotros.

Mientras, otros residentes del apartamento que partían hacia el trabajo nos miraban curiosamente.

Estábamos tiritando de frío, y la mujer joven del vestíbulo lloraba desconsoladamente.

Un hombre se detuvo para preguntar qué pasaba. Uno de nuestros guardias explicó bruscamente que todos nosotros estábamos bajo arresto por posesión de armas ilegales. El hombre nos miró fijamente y agitó su cabeza con gesto de desaprobación. Entonces el negro me señaló y dijo: "Y ese es un racista". Todavía agitando su cabeza, el hombre siguió. Herb Jones, que pertenecía a la Organización y era uno de los más destacados "nunca me quitarán mi pistola" antes de la Ley Cohen, pasó caminando rápidamente mirando hacia otra parte.

Su casa también había sido investigada, pero Herb estaba limpio. Él fue de los primeros en la ciudad en devolver sus armas a la policía

des-

pués de la entrada en vigor de la Ley Cohen, que lo condenaría a diez años en una penitenciaria Federal si las guardaba. Esa era la pena a la que nos enfrentábamos los cuatro de la acera. Pero sin embargo, todo fue diferente.

La razón que hizo que no nos condenaran fue que las redadas llevadas a cabo por el gobierno fueron demasiado fructíferas: más de 800.000 per- sonas fueron arrestadas.

Al principio los medios de comunicación intentaron crear en el pú- blico un fuerte sentimiento contra nosotros para que los arrestos pudieran continuar. El hecho de que no había bastantes celdas en las cárceles del país para todos los detenidos, podría remediarse, sugirieron los periódi- cos, reuniéndonos en grandes cercados al aire libre con alambre de púas hasta que pudieran prepararse las nuevas instalaciones penitenciarias. ¡Con el tiempo helado que hacía!

Todavía recuerdo el titular del Washington Post al día siguiente: "Conspiración Fascista-Racista aplastada, armas ilegales confiscadas". Pero incluso el público americano, con su lavado cerebro, no podía acep- tar totalmente la idea de que casi un millón de sus conciudadanos habían estado implicados en una conspiración secreta y armada.

Cuantos más detalles de los registros salían a luz, más crecía la indig- nación pública. Uno de los detalles que más molestó fue que, por lo ge- neral, los barrios negros no fueron registrados. La primera explicación dada al público fue que ya que los "racistas" eran los principales sospe- chosos de tener armas de fuego, la necesidad de registrar las casas de ne- gros era relativamente pequeña.

La peculiar lógica de esta explicación se quebró cuando resultó que varias personas que apenas podrían ser consideradas como racistas o fas- cistas habían sido detenidas en los Decomisos deArmas. Entre

ellos dos prominentes redactores liberales de un periódico, que anteriormente ha- bían estado a la vanguardia de la cruzada antiarmas, cuatro congresistas negros -vivían en barrios blancos-, y una cantidad embarazosamente grande de funcionarios gubernamentales.

La lista de personas a ser registradas resultó que había sido confeccio- nada con los archivos de ventas de armas de fuego que todos los distri-

buidores de armas debieron guardar. Si una persona devolvía el arma a la policía después de la entrada de la Ley Cohen en vigor, su nombre era borrado de la lista. En caso contrario su nombre se mantenía, para ser posteriormente registrado, el 9 de noviembre, a menos que viviera en un barrio negro.

Además, ciertos grupos fueron inspeccionados tanto si habían com- prado un arma de fuego alguna vez o no. Se registró a todos los miembros de la Organización.

La lista de sospechosos que tenía el gobierno era tan grande que se movilizaron varios "grupos civiles responsables" -mayoritariamente ne- gros- para ayudar en los registros y decomisos de armas. Supongo que el Sistema pensaba que la mayoría de las personas en su lista o había ven- dido sus armas ante la puesta en marcha de la Ley Cohen, o se habían desecho de ellas de alguna otra forma. Probablemente ellos sólo espera- ban detener a una cuarta parte de los finalmente arrestados.

De todas formas, todo el asunto pronto se volvió tan vergonzoso que la mayoría de los arrestados fueron liberados en una semana. El grupo con el que yo estaba -alrededor de 600- fue encerrado durante tres días en el gimnasio de un instituto en Alexandria antes de ser puestos en li- bertad. Durante esos tres días nos dieron de comer solamente cuatro veces, y prácticamente no pudimos dormir.

Pero la policía tomó fotos, huellas dactilares, y los datos personales de todos. Al soltarnos nos dijeron que técnicamente todavía estábamos bajo arresto y podríamos ser arrestados de nuevo en cualquier momento para ser juzgados.

Los medios de comunicación instigaron durante un tiempo a que fué- ramos juzgados, pero el asunto fue apagándose gradualmente. Real- mente, el Sistema había llevado la cuestión bastante mal.

Durante unos días todos nosotros estuvimos asustados y contentos al mismo tiempo por ser libres de nuevo. En aquellos días, muchas personas abandonaron la Organización. No querían arriesgarse más.

Otros se quedaron pero usaron los Decomisos de Armas como una excusa para la inactividad.Ahora que el elemento patriótico en la pobla- ción ha sido desarmado, decían, estamos a merced del Sistema y debemos

ser mucho más cuidadosos. Querían que cesaran todas las actividades públicas de reclutamiento y captación de nuevos miembros y pasáramos a la clandestinidad.

Como se observó, lo que ellos realmente tenían en mente era que la Organización se limitara a "actividades seguras". Tales actividades con- sistían principalmente en quejarse de la situación y comentar con los demás lo mal que estaban las cosas.

Los miembros más militantes, por otro lado, querían desenterrar las armas de nuestros escondites y lanzar inmediatamente una campaña de terror contra el Sistema, llevando a cabo ejecuciones de jueces Federales, editores de periódicos, legisladores, y otras figuras del Sistema. Ellos creían que había llegado la hora de hacer tales actos, pues nos ganaríamos la simpatía pública por realizar tal campaña contra la tiranía.

Es difícil decir ahora si los militantes tenían razón. Personalmente,

pienso que estaban equivocados, aunque yo me contaba como uno de ellos en ese momento. Podríamos haber eliminado algunos de los res- ponsables de los males del país, pero creo que habríamos perdido a la larga.

En primer lugar, la Organización no contaba con la disciplina interna necesaria para emprender una campaña de terror contra el Sistema. Había demasiados cobardes y bocazas entre nosotros. Los infiltrados, necios e irresponsables habrían sido nuestra perdición.

En segundo lugar, estoy seguro de que fuimos demasiado optimistas en valorar la opinión que tenía el público. Lo que pensábamos que era un resentimiento general contra la abrogación de los derechos civiles por parte del Sistema durante los decomisos, fue más bien una ola pasajera de inquietud fruto de la conmoción causada por los arrestos en masa. Tan pronto como el público fue tranquilizado por los medios de co- municación, asegurando que no corrían ningún peligro, que el gobierno sólo estaba contra los "racistas, fascistas, y otros elementos antisociales que poseían armas ilegales”, la mayoría se relajó de nuevo y regresó a su televisión y a sus divertidos periódicos.

Al comprender este hecho, nos desanimamos más que nunca. Habíamos basado todos nuestros planes -de hecho, la estrategia entera de la

Organización- en la creencia de que los americanos estaban inherente- mente en contra de la tiranía, y que cuando el Sistema se volviera dema- siado opresivo se levantarían y lo destruirían. Habíamos infravalorado el grado en que el materialismo hubo adulterado a nuestros conciudada- nos, así como la capacidad de los medios de manipular sus sentimientos. Mientras el gobierno sea capaz de mantener la economía más o menos bien, la gente no protestará. A pesar de la continua inflación y la deca- dente calidad de vida, la mayoría de los americanos todavía puede llenar su barriga, y nosotros simplemente debemos enfrentarnos al hecho de

que esa es su única motivación.

Aunque descorazonados y llenos de incertidumbre, comenzamos a hacer planes para el futuro. Para empezar, decidimos mantener nuestro programa de reclutamiento público. De hecho, lo intensificamos y deli- beradamente hicimos nuestra propaganda tan provocativa como nos fue posible. El propósito no sólo era atraer a nuevos miembros con una dis- posición más militante, sino al mismo tiempo purgar la Organización de almas sensibles y charlatanes.

También endurecimos la disciplina. Cualquiera que fallara dos veces seguidas a una reunión prefijada era expulsado. Cualquiera que no llevara a cabo una asignación de trabajo era expulsado. Cualquiera que violara nuestra regla de no hablar sobre asuntos internos de la Organización era expulsado.

Habíamos tomado una determinación: tener una Organización que es- tuviese lista la próxima vez que el Sistema nos proporcionara una opor- tunidad de golpear. La vergüenza de nuestro fracaso para actuar, nuestra incapacidad para actuar en 1989 nos atormentó y manejó sin misericor- dia. Probablemente este era el factor más importante que nos impulsaba a convertir la Organización, a pesar de todos los obstáculos, en un mo- vimiento preparado para la lucha.

Otra cosa que ayudó -al menos a mí- era la constante amenaza de ser arrestado de nuevo y procesado.Aun cuando yo hubiese querido dejarlo todo y unirme a las masas de "entretenidos y felices televidentes", no ha- bría podido. No podía hacer planes para un futuro normal, "civil", sa- biendo que en cualquier momento podía ser arrestado a causa de la ley

Cohen -la garantía Constitucional de un juicio rápido, ha sido, por su- puesto, reinterpretada por las cortes, lo mismo que nuestra garantía al derecho de poseer y manejar armas-.

Así que yo, y sé que lo mismo hicieron George, Katherine y Henry, me "lancé" sin reservas al trabajo para la Organización e hice solo planes para el futuro de la Organización. Mi vida privada había dejado de im- portar.

Bastante pronto sabremos si la Organización está realmente prepa- rada. Hasta ahora, sin embargo, no ha ido mal. Nuestro plan para evitar otro arresto en masa como 1989 parece haber funcionado.

El año pasado empezamos infiltrar a varios nuevos miembros, desco- nocidos para la policía política, en las agencias policiales y en varias or- ganizaciones cuasi-oficiales, como el Consejo de Relaciones Humanas. Ellos sirvieron como nuestra red de advertencia y por otra parte nos man- tuvieron informados de una manera general de los planes del Sistema contra nosotros.

Estábamos sorprendidos por la facilidad con que pudimos preparar y operar esta red. Nunca lo habríamos logrado en los días de J. Edgar Ho- over.

Es irónico que mientras la Organización siempre ha advertido al pú- blico contra los peligros de integración racial en nuestra policía, ahora esto ha resultado ser una bendición para nosotros. Los hijos de la igual- dad de oportunidades realmente han hecho un trabajo de sabotaje fan- tástico en el FBI y otras agencias investigadoras, y como resultado, su eficacia está descendiendo notablemente. Aunque mejor no nos confie- mos demasiado ni bajemos la guardia.

¡Dios mío! Son las cuatro de la madrugada. ¡Voy a dormir un poco!

Capítulo II

18 de septiembre de 1991,

Estos últimos dos días realmente han sido una comedia de errores y hoy la comedia casi se convierte en tragedia. Cuando los demás final- mente pudieron hacerme ver la seriedad de la situación, nos pusimos a pensar en qué había que hacer. Lo primero, estuvimos todos de acuerdo, era armarnos, y después encontrar un escondite mejor.

Nuestra unidad -o lo que es lo mismo, nosotros cuatro- alquilamos este apartamento con una identidad falsa hace casi ya seis meses, sólo para tenerlo disponible en caso de necesitarlo -nos hemos saltado la nueva ley que requiere que los propietarios pidan y suministren a la po- licía el número de la seguridad social de cada nuevo ocupante, igual que cuando se va a abrir una cuenta bancaria-. Gracias a que hemos estado alejados del apartamento hasta ahora, estoy seguro de que la policía po- lítica aún no nos ha relacionado a ninguno de nosotros con esta dirección. Pero es demasiado pequeño para poder vivir todos aquí por un periodo prolongado de tiempo, y no hay suficiente privacidad en lo que a vecinos respecta. Estábamos demasiado preocupados por ahorrar dinero cuando nos decidimos a elegir este lugar. El dinero es nuestro principal problema ahora mismo. Pensamos en llenar este lugar con comida, medicinas, he- rramientas, ropa limpia, mapas e incluso una bicicleta, pero nos olvida- mos del dinero. Hace dos días, cuando nos enteramos de que los arrestos estaban ocurriendo de nuevo, no tuvimos tiempo de retirar efectivo del banco, era demasiado temprano, no habían abierto.Ahora nuestras cuen- tas seguro que están congeladas.

Así que sólo tenemos el efectivo que llevamos encima en el momento de huir, más o menos 70$ entre todos (nota para el lector: el "dólar" era

la unidad monetaria básica de los Estados Unidos en la Vieja Era.

En 1991, dos dólares comprarían una hogaza de pan de medio kilo o un cuarto de kilo de azúcar).Ysin transporte a excepción de la bicicleta. De acuerdo al plan, todos habíamos abandonado nuestros vehículos, ya que la policía seguro que los andaría buscando.Aun habiendo conservado un coche, habríamos tenido problemas para conseguir el combustible, de- bido a que las tarjetas de racionamiento de la gasolina estaban codificadas magnéticamente con nuestros números de la seguridad social, de haberlas usado en una estación en el momento de llenar el depósito hubieran mos- trado cuotas bloqueadas, y habrían informado al instante de nuestra po- sición a los Federales que controlan los ordenadores.

Ayer, George, nuestro contacto con la Unidad 9, se llevó la bicicleta para informarse de su situación. Están un poco mejor que nosotros, pero no demasiado. Cuentan con 400$, pero están confinados en un agujero que es mucho peor que el nuestro, según nos cuenta George.

Sin embargo, ellos tienen cuatro coches y un depósito considerable de combustible. Carl Smith, que está con ellos, preparó matrículas falsas muy convincentes para todo aquel que tenga un coche en su unidad. De- beríamos haber hecho lo mismo, pero ahora ya es demasiado tarde.

Le ofrecieron a George un coche y 50$ en efectivo, que aceptó ama- blemente. No quisieron desprenderse de su gasolina, a excepción del de- pósito lleno del coche que nos entregaron.Aun así, no teníamos suficiente dinero para pagar otro local ni suficiente combustible para hacer el viaje de ida y vuelta hasta nuestro depósito de armas en Pennsylvania. No te- níamos ni siquiera para pagar los alimentos de una semana cuando se nos acabaran los de nuestro almacén, que a mas tardar sería en cuatro días. La red se establecería dentro de diez días, pero hasta ese momento estamos solos. Cuando nuestra unidad se una a la red se espera que se hayan resuelto ya los problemas de abastecimiento y estemos listos para entrar en acción a la par con las demás unidades.

De tener dinero, nuestros problemas estarían resueltos, incluyendo el problema del combustible que puede comprarse en el mercado negro, ellos siempre tienen gasolina, claro, a 10$ por galón, casi el

doble de lo que cuesta en una estación.

Nos compadecimos de nuestra situación hasta esta tarde, después, desesperados y pensando en no desperdiciar más tiempo, finalmente de- cidimos salir y tomar algo de dinero. Henry y yo nos vimos en la obliga- ción de llevar esto a cabo, no podíamos darnos el lujo de que arrestaran a George, él era el único que conocía el código de la red. Katherine hizo un buen trabajo con nosotros en lo que a maquillaje se refiere, ella estaba con un grupo de teatro y tiene el equipo así como la técnica para cambiar la apariencia de una persona de manera convincente.

Mi intención era la de caminar hacia la primera tienda de licor que en- contráramos, golpear al encargado con un ladrillo en la cabeza y llevarnos el efectivo de la caja registradora. Pero Henry no estaba de acuerdo con esto. Dijo que no podíamos usar medios que contradijeran lo que predi- cábamos. Si pedimos el apoyo del público bajo estos métodos, seríamos vistos como criminales, sin importar lo noble de nuestra causa. Henry mira todo desde el punto de vista ideológico, si algo no encaja, mejor no se hace.

En cierta forma, esto es muy poco práctico, pero creo que quizá esté en lo correcto. Sólo haciendo que nuestra creencia sea una fe viviente que nos guíe día a día podremos mantener la fuerza moral para vencer los obstáculos y dificultades que están frente a nosotros.

De todas formas, me convenció de que si debíamos robar licorerías, debíamos hacerlo de una manera socialmente consciente. Si íbamos a romper cabezas de personas con un ladrillo, debían ser personas que se lo merecieran. Comparando la lista de licorerías en las páginas amarillas con aquella de los miembros activos de el Consejo de Relaciones Huma- nas de NorthVirginia, lista que nos había sido entregada por la chica que enviamos a hacer un trabajo voluntario para ellos, finalmente nos deci- dimos por "Vinos y Licores Berman" propiedad de Saul I. Berman.

No encontramos ladrillos, así que nos armamos con porras que con- sistían en grandes barras de jabón en pasta "Ivory" dentro de largos y fuertes calcetines de esquí. Henry se puso además un cuchillo en el cin- turón.

Aparcamos a una manzana y media de la tienda de Berman, en la es- quina. Al entrar no había clientes dentro del local, ni siquiera uno, sólo

había un negro en la caja registradora.

Henry le pidió una botella de vodka en un estante alto que estaba de- trás de la caja.Al girarse, lo golpeé fuertemente con mi porra en la base del cráneo. Cayó silenciosamente y permaneció inmóvil. Henry con calma vacío la caja registradora y una caja de cigarros que contenía los billetes de mayor valor. Salimos y nos dirigimos hacia el coche. Había- mos conseguido más o menos 800$. Había sido increíblemente fácil. Tres tiendas más abajo Henry paró de pronto y me mostró el letrero

en la puerta: "Embutidos Berman". Sin vacilar por un momento abrió la puerta del coche y entró en el local.Animado por una súbita corriente, un impulso descuidado, lo seguí en vez de tratar de detenerlo.

Berman en persona estaba detrás del mostrador, en la parte trasera. Henry lo atrajo hacia sí preguntando por un artículo que estaba en el frente y cuyo precio no podía ver muy bien desde detrás del mostrador. Al pasar frente a mí, le golpeé en la parte posterior de la cabeza tan fuerte como pude. Sentí la barra de jabón romperse por la fuerza del golpe. Berman cayó gritando a todo pulmón, comenzó a gatear para llegar con rapidez a la parte trasera de la tienda, gritando tan fuerte que podría haber despertado a los muertos.Yo estaba completamente estático y per- manecí inmóvil ante semejante espectáculo. Henry no... saltó hacia la es- palda de

Berman y lo sujeto del cabello, le levantó la cabeza y mostrando su garganta la cortó de un solo movimiento, de oreja a oreja. El silencio no duró ni un segundo; al momento una mujer obesa y grotesca de alre- dedor de 60 años, probablemente la esposa de Berman, salió con furia co- rriendo desde el cuarto trasero blandiendo un largo cuchillo de cortar carne y emitiendo un alarido tan agudo que perforaba oídos.

Henry le dejó que se acercara lo suficiente, lo suficiente como para golpearle con un frasco de encurtidos kosher en el rostro. Cayó en una lluvia de pepinillos y vidrios rotos. Henry saqueó la caja registradora, buscó otra caja de cigarros debajo del mostrador, la encontró y sustrajo los billetes que había dentro.

Salí de mi trance y seguí a Henry a través de la puerta principal a me- dida que la gorda mujer comenzaba a chirriar de nuevo, Henry tuvo que sujetarme por el brazo para que no saliera corriendo por la acera. No nos

tomó más de 15 segundos llegar al coche, pero parecieron 15 minutos. Estaba aterrorizado.Tuvo que pasar una para que dejara de temblar y tu- viera el suficiente aplomo para hablar sin trabas… ¡Vaya terrorista!

De ambos robos obtuvimos 1426$, más que suficiente para comprar alimentos para nosotros cuatro por un periodo de más o menos dos meses. Eso sí, algo se decidió ahí y bajo presión, Henry tendría que ser el encar- gado de seguir robando las licorerías. Yo no tengo los nervios para ha- cerlo, aun cuando pensé que lo hice bastante bien hasta que Berman empezó a chillar.

19 de septiembre,

Repasando lo que he escrito, parece increíble que todo esto realmente haya ocurrido. Hasta las redadas para localizar y confiscar las armas, mi vida había sido tan normal como la de

cualquiera, tan normal como po- dría ser dadas las circunstancias en esos tiempos.

Aun después de mi arresto y la pérdida de mi posición en el laboratorio, era capaz de vivir como cualquier otro haciendo trabajos de con- sulta y ofertas especiales de empleo para firmas electrónicas en el área. Lo único fuera de lo común con respecto a mi estilo de vida era mi labor dentro de La Organización. Ahora todo es caótico e incierto. Cuando pienso en el futuro me deprimo, es imposible saber lo que ocurrirá, pero es seguro que no seré capaz de regresar a mi antiguo y tranquilo estilo de vida que antes llevaba. Parece que escribo el principio de un diario. Quizá me ayude el escribir lo que me acontece y lo que pienso cada día. A lo mejor aporta algo de perspectiva a las cosas, algo de orden y hacer las cosas más fáciles para mantener un control sobre mí mismo y así recon- ciliarme con mi nuevo estilo de vida, mi nueva vida. La emoción y exci- tación que he sentido ha desaparecido. Todo lo que siento ahora es aprensión, quizá el cambio de ambiente mañana mejore mi percepción. Henry y yo conduciremos hacia Pennsylvania a buscar nuestras pistolas y armas, mientras George y Katherine se encargarán de buscarnos un lugar mejor lugar para vivir. Hoy hemos hecho las preparaciones para nuestro viaje, en un principio el plan consistía en utilizar el transporte

público hasta el pequeño poblado de Bellefonte y después subir y trepar las últimas seis millas dentro del bosque, hacia nuestro escondite.Ahora que tenemos el coche, lo utilizaremos.

Creemos que sólo necesitamos unos cinco galones de combustible además del depósito ya lleno para hacer el viaje y regresar. Para no correr riesgos, le hemos comprado dos latas de cinco galones al operador de la flotilla de taxis deAlexandria, quien siempre revende parte de su ración. A medida que el racionamiento en muchas cosas se ha endurecido, así también ha ido en alza el mercado negro y las ventas ilegales de todo tipo. Creo que mucho de lo que nos enseñó el escándalo de "Watergate" hace algunos años, fue precisamente

que los políticos son corruptos, y que su corrupción penetra en todas las capas de la sociedad, así no es de extrañar que la persona común y corriente trate de engañar al sistema para su propio provecho. Todo este nuevo asunto del racionamiento ha exacerbado esta tendencia natural, tal como lo ha hecho el creciente nú- mero de personas no blancas dentro de cualquier nivel de la burocracia. La Organización ha sido uno de los principales grupos en atacar esta corrupción gubernamental, pero ahora veo la tremenda ventaja que esto nos da. Si todo el mundo obedeciera la ley e hiciese todo según dicta la ley, sería casi imposible la existencia para un grupo ilegal como el nues- tro. No sólo no seríamos capaces de comprar combustible, sino que miles de obstáculos burocráticos estarían ahí, esperando para seguir haciéndole la vida insoportable al ciudadano común y a nosotros.Tal como están las cosas, unos dólares aquí, unos dólares allá, unos dólares por debajo de la mesa al oficial o la secretaria nos permiten superar las regulaciones gu- bernamentales que de otra forma nos atarían de manos.

Mientras más se acerca la moralidad pública de América a la de una República bananera, más fácil se hace para nosotros operar. Por supuesto, si todo el mundo tira la mano para recibir sobornos, necesitaremos mucho dinero.

Viéndolo desde un punto de vista filosófico, no puedo dejar de pensar que es la corrupción y no la tiranía lo que acelera la caída de un gobierno. Un gobierno fuerte y vigoroso, no importa lo opresivo pueda ser, no debe temer una revolución. Pero un gobierno corrupto, ineficaz, decadente e

incluso benevolente siempre es proclive a una revolución. El sistema contra el que luchamos es corrupto y opresor, y deberíamos dar gracias a Dios por la corrupción.

El silencio sobre nosotros en los medios escritos es preocupante. El incidente de los Berman el otro día no fue atribuido a nosotros, por su- puesto, pero aun así solo recibió un párrafo en el periódico de

hoy. Robos de este tipo, aun cuando hay fallecidos de por medio, son tan comunes en estos días que simplemente no merecen mayor atención que un pe- queño accidente de tráfico. Pero el hecho de que el gobierno lanzara una redada masiva contra conocidas figuras y miembros de La Organización el pasado miércoles y que casi todos nosotros, algo más de 2.000 perso- nas, hayamos logrado escabullirnos, ¿por qué no está eso en los periódi- cos? Las noticias y la prensa colaboran con la policía política en nuestra contra, por supuesto, pero, ¿cuál es su estrategia contra nosotros?

Hubo un pequeño artículo de Associated Press ayer mencionando el arresto de nueve "racistas" en Chicago y cuatro en LosAngeles el miér- coles. El artículo decía que los 13 eran miembros de la misma organiza- ción -la nuestra evidentemente- pero no se dieron a conocer más detalles. Curioso... ¡muy curioso!

¿Están silenciando el fracaso de los arrestos para no avergonzar al go- bierno?Así no funciona la prensa, ellos no son así…

Probablemente estén un poco paranoicos por la facilidad con la que burlamos el cerco. Deben de temer que una parte sustancial del público simpatice con nosotros y nos esté brindando ayuda, y ellos no quieren decir nada que anime aún más a los simpatizantes. Debemos ser cautos para que esta falsa apariencia de normalidad no nos lleve a una actitud de relax o nos lleve a cometer errores. Podemos estar seguros de que la policía política nos busca con todos sus recursos y medios. Será un alivio cuando la red esté establecida y poder entonces recibir informes de nues- tros espías o informantes sobre cuáles son los planes de los "chicos" y lo que se traen entre manos.

Mientras tanto, nuestra seguridad está casi por completo basada en el hecho de haber alterado nuestras apariencias e identidades. Hemos cam- biado nuestros cortes de pelo y lo hemos tintado o decolorado. He comen-

zado a usar gafas con montura gruesa, en vez de las de montura fina que antes solía usar. Katherine ha cambiado de lentillas de contacto a gafas. Henry se ha sometido a la transformación más radical, afeitándose su barba y bigote.Todos tenemos licencias de conducir falsas bastante bien confeccionadas, aunque no soportarían una comprobación con la base de datos.

Siempre que alguno de nosotros debe hacer algo como los robos de la semana pasada, Katherine puede hacer algunos ajustes rápidos y tem- poralmente brindarle una tercera identidad. Para esto tiene pelucas, pró- tesis de plástico y látex, moldes que cambian la forma de la nariz o de la boca... cambiando totalmente la estructura facial de la persona e incluso en algo su voz. No son confortables, pero se puede aguantar algunas horas seguidas, así como yo puedo andar por ahí sin mis gafas por un tiempo razonable si es necesario.

Mañana será un día duro y largo.

Capítulo III

21 de septiembre de 1991,

Cada músculo de mi cuerpo está resentido.Ayer nos pasamos 10 horas caminando, cavando y cargando montones de armas a través de los bos- ques. Esta mañana movimos todos nuestros pertrechos del antiguo apar- tamento al nuevo escondite. Era poco menos del mediodía de ayer cuando llegamos al desvío cerca de Bellefonte y dejamos la autovía. Con- dujimos hasta lo más cerca del escondite que pudimos, pero el viejo ca- mino de la mina que habíamos usado tres años antes estaba bloqueado e infranqueable a menos de una milla del punto donde teníamos previsto aparcar (nota para el lector: durante todo el Diario, se hace referencia al uso de las llamadas "unidades de medidas inglesas" que todavía eran de uso común en los Estados Unidos durante los últimos tiempos de laVieja Era. Para aquel que no esté familiarizado con estas unidades: una milla equivalía a 1.6 kilómetros, un galón equivalía a 3.8 litros, un

pie eran 0.30 metros y una yarda 0.91 metros. Una pulgada equivalía a 2.5 centí- metros y una libra era el peso de 0.4 kilos aproximadamente).

Las consecuencias fueron que en vez de recorrer menos de media milla cada uno ida y vuelta, debimos recorrer un trayecto de casi dos mi- llas. Llevó tres viajes completos para meter todo en el coche. Llevamos palas de cavar, cuerda y grandes sacos de tela -cortesía del Servicio Postal de EEUU- pero como nos dimos cuenta luego, estas herramientas no eran muy apropiadas para aquella tarea.

Caminar desde el vehículo al escondite con nuestras palas al hombro fue, de hecho, refrescante después del largo viaje en coche desde Was- hington. El día era agradablemente fresco, los árboles de otoño se veían preciosos y el viejo y sucio camino, aunque con vegetación y musgo muy

crecido, estaba en buenas condiciones. Incluso no fue excesivamente pe- sado cavar para encontrar las tapas de los depósitos de aceite -en realidad, depósitos de sustancias químicas de 50 galones de capacidad cada uno con tapa extraíble- donde habíamos sellado y guardado nuestras armas. La tierra era bastante blanda y nos tardamos menos de una hora en exca- var una zanja de cinco pies de profundidad y atar la soga a los manubrios que habíamos puesto en la tapa de los depósitos.Ahí comenzaron nues- tros problemas. Nos aferramos a la cuerda tan fuerte como pudimos, pero el depósito no se movió ni una pulgada. Parecía haber sido fijada con ce- mento. Incluso cuando el tanque completamente lleno pesaba alrededor de 400 libras, dos de nosotros habían sido capaces de bajarlo hasta la fosa sin demasiadas dificultades hacía tres años.

Ahora parecía que la misma tierra se había compactado alrededor del metal y lo había atascado. Desistimos en tratar de sacar el depósito del agujero y pasamos a abrirlo donde estaba, para hacer esto, debimos cavar durante casi una hora más, agrandando el

agujero y despejando algunas pulgadas de la parte superior del depósito para poder poner nuestras manos en los cierres herméticos de la tapa.Aun así, tuve que entrar a la zanja de cabeza, mientras Henry sujetaba mis piernas. Habíamos cubierto la parte exterior del depósito con asfalto para prevenir la corrosión, sin embargo, el cierre estaba bastante oxidado, y se rompió el único destor- nillador que teníamos mientras trataba de abrirlo. Finalmente, después de mucho jaleo, pude sacar el cintillo de seguridad fuera del depósito con ayuda de una pala. Con la banda de cierre suelta ya, la tapa del de- pósito aún permanecía dura como una piedra, aparentemente sellada al depósito mismo por el asfalto que aplicamos.Trabajar de cabeza en aquel estrecho hoyuelo era difícil e incómodo. No teníamos nada que pudiera meterse por debajo del borde de la tapa para destapar aquello. Final- mente, casi por desesperación, amarré la cuerda a una de las "orejillas" de la tapa, Henry y yo tiramos fuerte, tanto como pudimos y la tapa por fin accedió. Ahora, era asunto mío: meterme de nuevo en el agujero de cabeza, apoyándome con un brazo en el borde del depósito y pasando las cuidadosamente envueltas bolsas con armas hacia arriba a través de mi cuerpo, para que Henry las pudiera alcanzar. Algunas de las bolsas

más grandes, incluyendo seis latas selladas de municiones eran dema- siado pesadas y anchas para usar este método así que las subimos con la cuerda. No hay necesidad de decirlo, para cuando el depósito estaba vacío estaba totalmente exhausto. Mis brazos doloridos, mis piernas tembloro- sas y mi ropa estaban empapados en sudor. Pero todavía teníamos que cargar más de 300 libras de municiones media milla a través de la maleza y el bosque, para luego bajar más de una milla hasta donde estaba el coche.

Con las mochilas adecuadas para distribuir el peso en nuestras espal- das podríamos haber cargado con todo en un solo viaje. Fácilmente se ha- bría hecho sin mucho esfuerzo en dos viajes. Pero con sólo los sacos para cartas, en los que tuvimos que cargar nuestras armas, fueron necesarios tres terriblemente dolorosos

viajes. Debíamos detenernos cada cien yar- das más o menos y bajar nuestras cargas unos cuantos minutos, y los úl- timos dos viajes se hicieron en total oscuridad. Pensando que sería una operación diurna, ni se nos ocurrió traer una linterna. ¡Diablos! ¡Si no planeamos mejor nuestras operaciones en el futuro, nos esperan tiempos muy difíciles!

En nuestro camino de vuelta a Washington nos detuvimos en un pequeño café de carretera cerca de Hagerstown, para comer unos sandwichs y tomar café. Había alrededor de doce personas en el local, y cuando en- tramos ponían las noticias de las 11 estaba en la televisión situada detrás del mostrador. Fueron unas noticias que nunca olvidaré. La gran historia del día era lo que había estado haciendo la Organización en Chicago. El Sistema, parecía, había matado uno de los nuestros, aunque nosotros ma- tamos tres de los suyos para después enfrascarnos en un espectacular -y exitoso- tiroteo con las autoridades. Casi todas las noticias se dedicaron a este suceso.Ya sabíamos por los periódicos que nueve miembros habían sido arrestados en Chicago la semana pasada, y aparentemente habían tenido unos días muy amargos en la cárcel del Condado Cook donde uno de ellos murió.

Era imposible saber exactamente lo sucedido de lo que nos llegaba a través del reportero, pero si el sistema actuó como esperábamos, nuestra gente habría sido encerrada en celdas llenas de negros, mientras que las

autoridades hacían la vista gorda con lo que pudiera suceder. Por mucho tiempo este fue el método extraoficial de castigar a los nuestros cuando no podían usar nada en nuestra contra en el juicio. Es algo peor, mucho más tenebroso y macabro que nada utilizado en la Edad Media o incluso por el KGB. Ellos se pueden salir con la suya y la prensa ni siquiera ad- mite que esto ocurre, después de todo, si quieres convencer al público de que todas las razas son iguales, ¿cómo puedes admitir que es peor estar encerrado entre negros que entre blancos? De cualquier forma, nuestro hombre -el

reportero luego dijo que se llamaba Carl Hodges, al- guien de quien no escuché hablar antes- fue asesinado.

La Organización en Chicago cumplió la promesa que había hecho hacía más de un año en caso de que uno de los nuestros fuera de alguna forma lastimado o maltratado en una cárcel de Chicago. Emboscaron al Sheriff del Condado County fuera de su casa y le volaron la cabeza con una escopeta. Dejaron una nota clavada en su cuerpo que decía: "Esto es por Carl Hodges". Eso fue el pasado sábado por la noche, al día siguiente el sistema estaba rabioso y armado. El Sheriff del Condado Cook había sido un fiel lacayo, un importante hombre del Sistema. Estaban realmente furiosos. Incluso cuando las noticias lo transmitieron sólo para el área de Chicago el domingo, trajeron consigo a los pilares de la comunidad para denunciar el asesinato y a la Organización en apariciones especiales en la televisión. Uno de los interlocutores era un "conservador responsa- ble" y el otro era el líder de la comunidad judía en Chicago. Todos des- cribieron la Organización como una "manada de racistas ignorantes" y lanzaron un mensaje a todos los "hombres razonables de Chicago" para cooperar con las autoridades y el FBI en la tarea de capturar a los "racis- tas" que habían matado al Sheriff.

Esta mañana temprano el "conservador responsable" perdía ambas piernas y sufría severas lesiones internas cuando una bomba conectada a la ignición de su coche estalló. El judío fue menos afortunado.Alguien caminó hacia él cuando este esperaba el ascensor en su oficina, sacó un machete que llevaba bajo el abrigo y se lo clavó en la cabeza, casi hasta la clavícula, luego desapareció en medio del bullicio y la conmoción. La Organización inmediatamente se atribuyó ambos actos. Después de esto,

sí se lío una buena: el gobernador de Illinois ordenó a la Guardia Nacio- nal que cooperara y trabajara conjuntamente con el FBI y la policía local para dar caza y captura a los miembros de La Organización. Miles de personas en las calles fueron acordonadas y

detenidas para que se iden- tificaran. La paranoia del sistema saltaba a la vista.

Esta tarde, tres hombres fueron acorralados en un pequeño edificio en Cicero.Todo el edificio fue rodeado por tropas, mientras los hombres parapetados se liaban a tiros con la policía. La televisión y sus miembros estaban en todos lados, ansiosos por no perderse la matanza. Uno de los hombres en el edificio tenía, al parecer, un rifle de alta precisión, porque dos policías negros que estaban a más de una manzana de distancia fue- ron "elegidos" antes de que todos se dieran cuenta de que los negros eran el objetivo y los policías blancos uniformados no recibían disparos. Esta inmunidad blanca no se extendió a la policía política, un agente del FBI caía acribillado por una ráfaga de un subfusil cuando se expuso momen- táneamente al intentar arrojar al apartamento una granada de gas lacrimó- geno por la ventana. Observamos sin respirar mientras toda esta acción era exhibida en la televisión, pero el verdadero clímax llegó cuando el apartamento fue tomado y… ¡resultó estar vacío! Un rápido registro ha- bitación por habitación mostró que no se encontraban ahí los pistoleros. Desencanto al dar los resultados, esto es lo que notamos en la voz del re- portero; pero un hombre sentado al otro lado de la barra donde estábamos silbó y aplaudió cuando anunciaron que habían escapado los "racistas". La camarera lo miró y sonrió levemente y a nosotros nos parecía bastante claro que, si bien no había un apoyo total o unánime a las acciones de la Organización en Chicago, tampoco fueron totalmente reprochadas. Casi como si el Sistema anticipara la jugada, la noticia se trasladó aWashing- ton, donde el Fiscal General de los Estados Unidos había llamado a una rueda de prensa especial para informar a la nación de que el Gobierno Fe- deral utilizaría todos los recursos y agencias policial-militares en un es- fuerzo por reducir a La Organización. Nos describió como "depravados, racistas y criminales" que solo estábamos motivados por el odio y que queríamos destrozar todo el progreso "hacia la equidad e igualdad" que había logrado el sistema hasta el momento.

Todos los ciudadanos fueron avisados y advertidos de estar alerta para ayudar al gobierno en la tarea de eliminar la "conspiración racista". Cual- quiera que observara algo sospechoso, especialmente a manos de un ex- traño debía reportarlo inmediatamente a la oficina del FBI más cercana o al Consejo de Relaciones Humanas. Entonces dijo algo muy indiscreto, muy torpe.Algo que realmente reveló cómo de preocupado estaba el Sis- tema. Declaró que cualquier ciudadano que fuera encontrado culpable de ayudar, esconder u ocultar información, material o miembros relacio- nados con la Organización, sería tratado "con severidad". Estas fueron sus propias palabras, el tipo de frases que uno espera escuchar en la Unión Soviética, pero que son demasiado altisonantes en la mayoría de los oídos norteamericanos, sin importar la buena propaganda que se les dé.

Todos los riesgos corridos por nuestra gente en Chicago estaban más que recompensados al provocar al Fiscal General a cometer tal lapsus psicológico. Este incidente también nos demuestra el valor de mantener al sistema un poco descentrado mediante ataques sorpresa. Si el Sistema hubiera conservado la compostura y hubiera pensado con mayor cuidado una respuesta a nuestras acciones en Chicago, es probable que hubieran evitado la avalancha de cientos de nuevos reclutas, a parte de lograr un mayor apoyo popular en la lucha contra nosotros. El programa de noticias concluyó con el anuncio de que un especial de una hora de duración ba- sado en "la conspiración racista" sería transmitido el martes por la noche -esta noche-. Acabamos de ver el especial, y no es más que un trabajo chapucero, lleno de errores e invenciones espantosas, está de más decir que era muy poco convincente, por lo menos eso pensamos todos. Una cosa es segura: la prensa ya ha dejado de ignorarnos. Los hechos de Chi- cago le habían brindado a la Organización el inmediato estatus de cele- bridad, debemos de ser sin lugar a dudas el primer tema de conversación en toda la nación.

Según acababa el programa informativo anoche, Henry y yo engulli- mos lo que quedaba en nuestros platos y salimos afuera. Estaba lleno de emociones: excitación, ansiedad, orgullo por el éxito de nuestra gente en Chicago, nerviosismo por ser uno de los objetivos del sistema en esta ca-

cería humana y a la vez… decepción por la pasividad de nuestras unida- des en Washington, ninguna había mostrado la iniciativa de las unidades destacadas en Chicago. Me moría de ganas por hacer algo, y lo primero que se me ocurrió fue tratar de establecer contacto con el individuo que se mostró favorable a la causa en el café, aquel que parecía apoyarnos. Quería tomar algunos de los panfletos que llevábamos en el coche y de- jarlos en el parabrisas de cada uno de los vehículos que estaban aparca- dos. Henry, que siempre guardaba la compostura y conservaba la cabeza fría, rechazó inmediatamente la idea. A medida que nos sentábamos en el coche me explicó con calma que era estúpido llamar la atención de cualquier forma o poner más presión sobre nosotros hasta que no com- pletáramos la misión de entregar nuestra preciosa carga de manera segura a nuestra unidad. Además, me recordó que sería un acto de indisciplina en la Organización que un miembro de una unidad "subversiva" se invo- lucrara en cualquier actividad de reclutamiento directo, por más mínima que pareciese. Esa función había sido establecida ya para las unidades "legales".

Las unidades subversivas estaban compuestas por miembros que eran conocidos por las autoridades y que son buscados para su arresto. Su fun- ción es destruir el sistema mediante la acción directa. Las unidades lega- les se basaban en miembros aún no conocidos por el Sistema -de hecho, era casi imposible para el gobierno probar que la mayoría de los elemen- tos eran miembros, en esto hemos tomado notas del sistema usado por los comunistas-. Su rol era proveernos con ayuda legal, financiamiento, in- formación o inteligencia así como apoyo en lo que fuese necesario. Cada vez que un subversivo avistaba un posible nuevo recluta, debía informár- selo a un legal, quien se acercaría a este y verificaría su potencial. Los le- gales también se encargan de la propaganda de baja intensidad, como los panfletos y volantes. Estrictamente hablando, no teníamos que andar con volantes de la Organización con nosotros.

Esperamos hasta que el sujeto que había alabado la incursión de los

miembros en Chicago salió y subió a su camioneta, pasamos cerca de él, y anotamos su número de matrícula según salíamos del parking. Cuando la red esté bien establecida, la información irá a la persona indicada para

un seguimiento. Al llegar al apartamento, George y Katherine estaban tan emocionados como nosotros, ellos también habían visto en la televi- sión las noticias.Apesar de haber sido un día agotador para mí, no podía dormir, al igual que ellos, por lo que todos nos apilamos en el coche. Ge- orge y Katherine compartían el asiento trasero con nuestra grasienta carga. Salimos a conducir durante parte de la noche sin rumbo fijo. Po- díamos quedarnos en el coche y hablar ahí sin levantar la más mínima sospecha, y eso fue lo que hicimos hasta tempranas horas de la mañana. Algo que decidimos fue que nos moveríamos inmediatamente a los nue- vos locales que George y Katherine habían encontrado el día anterior. El viejo piso simplemente no era adecuado. Las paredes eran tan delgadas que había que susurrar para no ser escuchados por los vecinos. Estoy se- guro de que nuestros irregulares y peculiares horarios y hábitos tendrían ya a más de uno pensando qué hacíamos nosotros para ganarnos la vida. Con el Sistema alertando a cada ciudadano para que reportase a cual- quier extraño realizando actividades sospechosas, se había tornado dema- siado peligroso para nosotros permanecer ahí, donde no teníamos el mínimo de privacidad. El nuevo lugar es mejor, mucho mejor en todo excepto en el precio. Tenemos un edificio completo para nosotros. De hecho es un edificio comercial de obra, que alguna vez albergó un nego- cio de maquinaria. Había oficinas, salas y habitaciones, así como algo que se asemejaba a un garaje. El sitio había sido clausurado por estar en medio de los planes de construcción de una nueva autovía, que había es- tado en planificación desde hacia cuatro años. Como todos los proyectos actuales del gobierno, este también debía esperar. Apesar de que el go- bierno le pagaba a cientos de miles de personas para que construyesen nuevas carreteras y autovías, ninguna estaba en construcción. En los úl- timos cinco años la mayoría de los caminos y carreteras en el país se ha- bían

deteriorado mucho, y aunque se veían a menudo cuadrillas de reparación y mantenimiento, nada parecía arreglarse. El gobierno ni si- quiera ha comprado la tierra que ha clausurado para la nueva autovía, así que el propietario no ha recibido su dinero todavía. Legalmente no debe- ría alquilarlo, pero evidentemente necesita el dinero y tiene a alguien en elAyuntamiento que lo encubre. La ventaja para nosotros es que no hay

registro oficial de ocupación del edificio, no hay números de la seguridad social para las autoridades, no hay inspectores de edificios o personal del departamento de bomberos viniendo constantemente a revisar las insta- laciones. George sólo debe llevarle 600$ al mes en efectivo al propietario. George cree que el propietario, un viejo y arrugado armenio con notorio acento, está convencido de que queremos el local para fabricar narcóticos o almacenar útiles robados y no quiere saber para nada detalles respecto a nosotros. Me parece positivo, significa que no andará husmeando.

El lugar se ve horrible desde fuera, está rodeado por los tres costados por una reja muy oxidada, hay motores de coche, calentadores de agua inservibles y chatarra oxidada por todas partes. El área para los vehículos estaba derruida y llena de aceite negro viejo. Hay un inmenso letrero frente al edificio que se ha roto por un lado, dice: "Pernos y Maquinaria J. T. Smith e Hijos". La mitad de los paneles para las ventanas en el piso inferior no están, el vecindario es un área de manufactura de maquinaria ligera. En la puerta contigua a nosotros hay una pequeña compañía de transporte, un garaje y una ferretería. Camiones entran y salen a todas horas, lo que significa que los policías no sospecharán nada si nos ven conduciendo a altas horas de la noche o de la madrugada. Decidimos mu- darnos al nuevo apartamento inmediatamente, lo hemos hecho hoy, como no había electricidad, agua ni gas en el nuevo lugar, era mi deber resolver la calefacción, luz y fontanería del edificio mientras los demás entraban y sacaban nuestras cosas. Conseguir el agua fue sencillo, tan pronto como localicé el medidor

de agua y quité la tapa. Después de tener el agua flu- yendo, tomé parte de la pesada chatarra y la puse encima de la tapa del medidor, así era probable que nadie delAyuntamiento encontrara nuestro fraude, si es que acaso venían a inspeccionar. El problema eléctrico fue mucho más complicado, todavía había líneas de corriente desde el edifi- cio hasta el poste del tendido, pero el flujo había sido cortado y dejado en el medidor, el cual estaba en una pared afuera. Tuve que romper y abrir un hoyo a través de la pared para llegar al medidor desde dentro, para luego poner cables de unión entre los terminales. Eso me tomó la mayor parte del día. El resto lo ocupé en cubrir cuidadosamente los ven- tanales abiertos con madera y planchas pesadas, para que no pudiera

verse ningún halo de luz saliendo del edificio desde dentro por las no- ches.Aún no tenemos calefacción, ni cocina más allá de un calentador de platos que trajimos del antiguo apartamento. Pero por lo menos el retrete funciona adecuadamente y el lugar se ve relativamente limpio, si bien algo vacío. Podemos seguir durmiendo en el piso en nuestros sacos de campaña por algún tiempo más, compraremos calentadores eléctricos y algunas otras cosillas en los próximos días.

Capítulo IV

30 de septiembre de 1991,

Ha habido tanto trabajo en la última semana que no he tenido tiempo para escribir. Nuestro plan para preparar la red era simple y claro, pero ponerlo en práctica ha requerido un esfuerzo terrible, por lo menos de mi parte. Las dificultades que he tenido que superar han puesto de ma- nifiesto otra vez el hecho de que incluso los planes mejor trazados pueden fracasar estrepitosamente a menos

que se hayan planeado con una gran dosis de flexibilidad que permita superar los problemas imprevistos. Básicamente, la red que une todas las unidades de toda la Organiza- ción consta de dos modos de comunicación: los mensajeros humanos y las transmisiones de radio muy especializadas.Yo no sólo soy responsa- ble de la radio de nuestra propia unidad, sino que también del manteni- miento global y vigilancia de los receptores de las once unidades presentes en el área deWashington y además de los transmisores delWas- hington Field Command y la Unidad 9. Lo que realmente me desbarató mi semana fue la decisión del WFC, en el último segundo, de equipar a la Unidad 2 también con un transmisor.Ami me correspondía construir todo ese equipo.

En nuestra red, todas las comunicaciones que requieren consulta o los informes de cierta duración, se hacen oralmente, cara a cara. Ahora que la compañía telefónica mantiene un registro informatizado de todas lla- madas locales así como de las llamadas de larga distancia, y con la policía política supervisando tantas conversaciones, los teléfonos no se usan ex- cepto para raras emergencias.

Por otro lado, los mensajes normales, que pueden ser fácil y breve- mente codificados, normalmente se transmiten por radio. La Organiza-

ción hizo un gran esfuerzo en desarrollar un "diccionario" de casi 800 mensajes diferentes y regularizados.

Así, en un momento dado, el número "2006" podría contener el men- saje: "La operación encomendada a la Unidad 6 será pospuesto hasta nuevo aviso". Una persona en cada unidad ha memorizado el diccionario de mensajes entero y es el responsable de saber en todo momento el nú- mero actual que codifica el diccionario. En nuestra unidad esa persona es George.

En realidad, no es tan difícil como parece. El diccionario de

mensajes está diseñado de una manera muy ordenada, y una vez has memorizado su estructura básica no es demasiado complicado memorizarlo entero. El número codificado de los mensajes se cambia cada pocos días al azar, pero eso no significa que George se tenga que aprender el diccionario de nuevo; sólo necesita saber la nueva designación numérica de un solo mensaje, y con eso ya puede deducir las otras designaciones.

Usar este sistema codificado nos permite mantener contacto por radio con bastante seguridad usando un equipo portátil y muy simple. Como nuestras transmisiones de radio nunca exceden un segundo de duración y ocurren con muy poca frecuencia, la policía política lo tiene bastante difícil para conseguir la posición de cualquier transmisor o descifrar cual- quier mensaje interceptado.

Nuestros receptores son aún más simples que nuestros transmisores y son una especie de mezcla entre una radio de bolsillo y una calculadora. Los receptores permanecen encendidos todo el tiempo, y si cualquiera de nuestros transmisores en el área transmite un pulso numérico con el tono correcto, los receptores lo recogerán y lo mostrarán en pantalla tanto si hay alguien supervisando el aparato en ese momento o no.

Mi mayor contribución a la Organización ha sido hasta ahora el des-arrollo de este equipo de comunicaciones y, de hecho, la fabricación de gran parte del mismo.

La primera serie de mensajes transmitidos por el Washington Field Command a todas las unidades en esta área se realizó el domingo. Dio instrucciones para que cada unidad enviara a su hombre de contacto a una localización numéricamente especificada, para recibir una sesión de

información y entregar un informe de la situación de unidad.

Cuando George volvió de la sesión informativa del domingo reveló

las noticias al resto de nosotros. La esencia era que, aunque no ha habido ningún problema -todavía- en el área de Washington, el WFC está an- gustiado por los informes que ha recibido de nuestros informadores en la policía política.

El Sistema va a por nosotros. Cientos de personas sospechosas de tener simpatía a la Organización o alguna remota relación con nosotros, han sido arrestadas e interrogadas. Entre éstos hay alguno de nuestros "legales", pero al parecer, las autoridades aún no han podido averiguar nada y los interrogatorios no les han dado ninguna pista real. Sin em- bargo, la reacción del Sistema a lo ocurrido en Chicago la semana pasada ha sido más amplia y enérgica de lo esperado.

Una cosa en la que ellos están trabajando es el sistema informatizado de Pasaporte Interno Universal.Acada persona mayor de 12 años le en- tregarán un pasaporte y será obligatorio llevarlo siempre encima, so pena de severas represalias. No sólo una persona podrá ser detenida en la calle por cualquier agente de policía para que muestre su pasaporte, sino que ellos han diseñado un sistema para que los pasaportes sean necesarios para todo tipo de acciones cotidianas: comprar un billete de avión, auto- bús o tren; alquilar una habitación en un motel u hotel; y recibir cualquier servicio médico en un hospital o clínica, por ejemplo.

Todos los aparatos de billetes de transporte, moteles, consultas médi- cas, etc, se equiparán con ordenadores unidos a un gigantesco centro de base de datos de ámbito nacional. El pasaporte magnéticamente codifi- cado del cliente rutinariamente informará al sistema de control cuando compre un billete, pague una factura, o contrate algún servicio. De haber alguna irregularidad, una luz de la advertencia brillará en la comisaría más cercana mostrando la situación del ordenador y del desafortunado cliente.

Han estado desarrollando este sistema de pasaporte interno durante años y lo tienen todo pensado al detalle. La única razón por la que no se ha puesto en funcionamiento ha sido por las protestas de los grupos pro derechos civiles, que lo ven como otro gran paso hacia un estado policial,

que es lo que es. Pero ahora el Sistema está seguro de que puede superar la resistencia de los pro libertades usándonos como excusa. ¡Todo está permitido en la lucha contra el “racismo”!

Se necesitarán tres meses por lo menos para instalar el equipo necesario y conseguir que el sistema opere con normalidad, aunque están tra- bajando en ello lo más rápidamente posible, mientras esperan poder anunciarlo en la fecha prevista con el total apoyo de los medios de comu- nicación. Después, el sistema se extenderá gradualmente, estando pre- sente en cada establecimiento. Nadie podrá comer en un restaurante, comprar ropa, o comida sin que su número de pasaporte sea leído por un aparato situado al lado de la caja.

Cuando las cosas lleguen a ese punto, el Sistema tendrá a los ciudadanos controlados de verdad. Con el poder de los modernos sistemas in- formáticos a su disposición, la policía política podrá capturar a cualquier persona cuando quiera, sabrá quién es y lo que hace en todo momento. Tendremos que pensar algo muy ingenioso para eludir este sistema de pasaporte.

Según nuestros informadores, no bastará con falsificar los pasaportes e inventar falsos códigos numéricos. Si la computadora central descubre un número falso, se enviaría una alerta automáticamente a la central de policía más cercana. Lo mismo pasaría si John Jones, que vive en Spo- kane y está usando su pasaporte para comprar comida allí, de repente pa- rece estar comprando también comida o cualquier cosa, en Dallas (N. del T. Estas dos ciudades norteamericanas se encuentran a una distancia de unos 2.500 Km. aproximadamente). O aun cuando la computadora tenga a Bill Smith localizado en una bolera en la Calle Principal, y apa- rezca simultáneamente en una tintorería en el otro lado de la ciudad. Todo esto nos resulta desalentador, ha sido técnicamente factible desde hace algún tiempo, pero jamás imaginamos que el Sistema inten- taría aplicarlo.

Otra noticia que George trajo de su sesión de información, fue que yo debía hacer una visita inmediatamente a la Unidad 2 para resolver un problema técnico que tenían. Ordinariamente, ni George ni yo habríamos sabido la localización de la base de la Unidad 2, y en caso de que fuera

necesario encontrarse con alguien de esa unidad, la reunión habría tenido lugar en otra parte. Pero este problema requería mi presencia en su escon- dite, y George me repitió las indicaciones que le habían dado.

Ellos están en Maryland, a más de 30 millas de nosotros, y como tenía que llevar todas mis herramientas, cogí el coche.

Tienen un buen emplazamiento, una granja grande y varias depen- dencias en aproximadamente 40 acres de prado y bosque. Hay ocho miembros en su unidad, un poco más que en la mayoría, pero al parecer ninguno de ellos sabe de voltios, amperios o qué extremo de un destor- nillador hay que usar. Un poco raro, porque se suponía que nuestras uni- dades habían sido confeccionadas con cuidado para distribuir las habilidades de una manera inteligente.

La Unidad 2 está razonablemente cerca de otras dos unidades, pero las tres están inoportunamente lejos de las otras nueve unidades del área de Washington, y sobre todo de la Unidad 9 que era la única unidad con un transmisor para avisar al WFC. Debido a esto, el WFC había decidido equipar con un transmisor a la Unidad 2, pero no pudieron hacerlo fun- cionar.

La razón de esa dificultad se puso de manifiesto cuando me llevaron a su cocina donde su transmisor, una batería de coche, y algunos trozos de cable estaban esparcidos encima de una mesa.Apesar de las instruc- ciones explícitas que yo había preparado y adjuntado con cada transmi- sor, y a pesar de las claras señales visibles al lado de los electrodos en la caja del transmisor, habían conectado la batería al transmisor con la al revés.

Suspiré e hice que un par de chicos de la unidad me ayudaran a traer mi equipo que estaba en el coche. Primero verifiqué su batería y la en- contré casi completamente descargada. Les dije que pusieran la batería en el cargador mientras yo comprobaba el transmisor. ¿El cargador? ¿Qué cargador? preguntaban. ¡No tenían nada de eso!

Debido a la incierta disponibilidad de fluido eléctrico proveniente de la red en estos tiempos, todo nuestro equipo de comunicaciones opera con baterías de almacenamiento que se cargan conectándolas a la red eléctrica. De esta manera no estamos sujetos a los cortes de electricidad

y a las caídas de tensión que se han convertido en los últimos años en fe- nómenos si no diarios, semanales.

Al igual que otros tantos servicios públicos en este país, cuanto más ha subido el precio de la electricidad, menos fiable se ha vuelto el sumi- nistro. En agosto de este año, por ejemplo, el servicio eléctrico para uso urbano en el área de Washington, ha estado cortado una media de cuatro días, y el voltaje reducido más del 15 por ciento una media total de unos 14 días.

El Gobierno sigue realizando investigaciones y elaborando informes sobre el problema, pero la situación sólo empeora. Ninguno de los polí- ticos quiere enfrentarse a las causas reales del problema, una de las cuales es el efecto desastroso que la política exterior llevada a cabo por el go- bierno de Washington, bajo control de Israel durante las últimas dos dé- cadas, ha tenido sobre el suministro de petróleo extranjero enAmérica.. Les mostré cómo conectar la batería a su camión para una recarga de emergencia y después empecé a mirar su transmisor para ver qué daños se habían producido. Más tarde tendría que encontrar un cargador de ba- terías.

La parte más crítica del transmisor parecía la unidad codificadora

que genera la señal digital usando el teclado de una calculadora. Estaba pro- tegida de un error en la polaridad mediante un diodo. En el propio trans- misor, sin embargo, se habían "quemado" tres transistores.

Yo estaba seguro que el WFC tenía, por lo menos, un transmisor de repuesto, pero para averiguarlo debería enviarles un mensaje. Eso signi- ficaría enviar a un mensajero a la Unidad 9 para que transmitiera la pre- gunta y después acordar una reunión con alguien del WFC para que nos entregara el transmisor.Yo dudé en molestar al WFC en vista de nuestra política de restringir las transmisiones de radio de las Unidades a los mensajes de una cierta emergencia.

Puesto que la Unidad 2 necesitaba también un cargador de batería, decidí obtener los transistores de reemplazo al mismo tiempo que recogía el cargador de una casa de suministros comerciales, e instalarlos yo mismo. Sin embargo, localizar las partes necesarias no fue tan fácil como creía, y hasta después de las seis de la tarde no volví finalmente a la

granja.

Cuando cogí el coche la aguja del depósito de gasolina estaba al mí- nimo. No quería arriesgarme usando mi tarjeta de racionamiento de ga- solina en una estación de servicio, y como no sabía dónde encontrar gasolina en el mercado negro por aquellos lugares, me vi obligado a pedir a los de la Unidad 2 unos galones de combustible para poder volver a casa.Además de no tener un galón en su camioneta, tampoco tenían idea de dónde conseguir combustible de contrabando.

Me pregunté cómo podría un grupo tan inepto y sin recursos sobrevi- vir como una unidad ilegal "subterránea". Parece que todos ellos eran personas que la Organización decidió que no servían para las actividades de guerrilla y los habían puesto juntos en una

unidad. Cuatro de ellos son escritores de la sección de publicaciones de la Organización, y están tra- bajando en la granja, haciendo copias de folletos de propaganda y demás propaganda impresa. Los otros cuatro sólo están actuando como apoyo, manteniendo el lugar aprovisionado con comida y otros menesteres. Como nadie en la Unidad 2 necesitaba el transporte motorizado, no se habían preocupado demasiado por el combustible. Finalmente, uno de ellos se ofreció a salir más tarde esa noche y vaciar con un sifón un poco de gasolina de un vehículo en una granja vecina. A esa hora aproxima- damente se cortó de nuevo el suministro eléctrico y no pude usar mi sol- dador. Lo dejé para el siguiente día.

Aconsecuencia de una serie de eventualidades, me llevó el siguiente día y hasta bien entrada la noche conseguir que su transmisor finalmente funcionara. Cuando acabé el trabajo, alrededor de medianoche, sugerí que el transmisor se instalase en un lugar mejor que la cocina, preferen- temente en el ático, o por lo menos en el segundo piso de la casa. Encontramos un sitio apropiado y llevamos todo el equipo arriba. Mientras lo subíamos me cayó la batería en mi pie izquierdo.Al principio yo estaba seguro de que me había roto el pie. Me resultaba imposible ca- minar.

El resultado del incidente fue que hube de quedarme otra noche en la granja.Apesar de sus limitaciones, todos los de la Unidad 2 fueron real- mente amables conmigo, y apreciaban sinceramente el esfuerzo que hacía

por ellos.

Como me habían prometido, me proporcionaron combustible robado para el viaje de vuelta. Además, ellos insistieron en cargar el coche con una gran cantidad de comida en conserva, de la que parecían tener una fuente inagotable. Pregunté de donde la sacaban, pero la única contesta- ción que recibí fue una sonrisa y la aseveración de que podrían conseguir bastante más cuando ellos lo necesitaran. Quizá son más listos de lo que pensé al principio.

Eran las 10 de mañana cuando por fin volví a nuestro edificio. George y Henry estaban fuera, pero Katherine me saludó mientras abría la puerta del garaje para que pudiera entrar con el coche. Me preguntó si había desayunado.

Le dije que ya había comido con la Unidad 2 y no tenía hambre, pero que me preocupaba mi pie que estaba latiendo dolorosamente y se había hinchado hasta casi dos veces su tamaño normal. Ella me ayudó a subir a las habitaciones pues yo iba cojeando, y una vez arriba me trajo una cu- beta grande de agua fría para poner mi pie.

El agua fría alivió el dolor casi inmediatamente, y me apoyé gustosa- mente en las almohadas que Katherine había puesto detrás de mí en la cama. Le expliqué cómo había ocurrido lo de mi pie, y también inter- cambiamos otras noticias de lo acaecido en los últimos dos días.

Ellos tres habían empleado todo el día de ayer poniendo estanterías, haciendo reparaciones menores, y terminando la limpieza y la pintura que nos había tenido ocupados durante más de una semana. Gracias el mobiliario que recogimos anteriormente, el lugar está empezando a pa- recer habitable. Qué diferencia con el local desnudo, frío, y sucio que era cuando nos instalamos.

Anoche, Katherine me informó: George fue convocado por radio a otra reunión con un hombre delWFC. Esta mañana temprano, él y Henry salieron juntos, diciendo únicamente que estarían fuera todo el día. Debí de haberme dormido durante unos minutos. Cuando desperté es- taba solo y el agua para el pie ya no estaba fría. Sin embargo, había ex- perimentado una notable mejoría, y la hinchazón había menguado notoriamente. Decidí tomar una ducha.

Nuestra improvisada ducha de agua fría es un arreglo que Henry y yo instalamos en un gran armario la semana pasada. Hicimos el trabajo de fontanería y pusimos una luz. Por su parte, Katherine

cubrió las paredes y el suelo con vinilo autoadhesivo para impermeabilizar. El armario está en el cuarto que George, Henry y yo usamos por dormir. De los otros dos cuartos encima de la tienda, Katherine usa el más pequeño como dormi- torio, y el otro es un cuarto común que sirve tanto de cocina como de co- medor.

Yo me desnudé, cogí una toalla, y abrí la puerta de la ducha.Yallí es- taba Katherine, mojada, desnuda, y encantadora, secándose de pie bajo la bombilla. Me miró sin sorprenderse y no dijo nada.

Me quedé quieto un momento, y en lugar de disculparme y cerrar la puerta de nuevo, alargué impulsivamente los brazos hacia Katherine.Va- cilantemente, ella caminó hacia mí. La naturaleza siguió su curso. Después estuvimos un largo rato en la cama y hablamos. Era la pri- mera vez que hablaba con Katherine a solas. Es una chica afectuosa, sen- sible, y muy femenina bajo su apariencia fría y profesional que siempre ha mantenido en su trabajo para la Organización.

Hace cuatro años, antes de los Decomisos deArmas, ella era la secre- taria de un Congresista.Vivía en un apartamento deWashington con otra muchacha que también trabajaba en Capitol Hill. Una tarde, cuando Ka- therine volvía a casa después del trabajo, se encontró el cuerpo de su compañera de apartamento en el suelo en un charco de sangre. Había sido violada y asesinada por un intruso negro.

Por eso Katherine compró una pistola y la guardó incluso después de que la Ley Cohen ilegalizara la posesión de armas. Entonces, junto con casi un millón de personas más, fue detenida en los Decomisos deArmas de 1989.Aunque nunca había tenido ningún contacto anterior con la Or- ganización, ella se encontró con George en el centro de detención en el que ambos estaban detenidos.

Katherine había sido apolítica. Si cualquiera le hubiera preguntado cuando estaba trabajando para el gobierno o, antes de eso, cuando era una estudiante de la universidad, probablemente habría dicho era una "li- beral". Pero ella sólo era liberal en la manera estúpida, automática, en

que la mayoría de las personas lo es. Sin realmente pensar sobre el tema o intentar analizarlo, aceptó superficialmente la ideología antinatural ven- dida por los medios de comunicación y el gobierno. Ella no tenía ni el fa- natismo, ni el sentimiento de culpa y el odio a uno mismo que realmente conforman al liberal "a jornada completa".

Tras liberarlos la policía, George le dio algunos libros sobre raza e historia y algunas publicaciones de la Organización. Por primera vez en su vida empezó a pensar en serio sobre los problemas raciales, sociales, y políticos que son la raíz de los problemas de hoy en día.

Aprendió la verdad sobre la mentira de la "igualdad" propagada Sis- tema. Comprendió el papel histórico de los judíos como destructor de razas y civilizaciones. Y todavía más importante, empezó a adquirir un sentido de identidad racial, comenzó a superar toda una vida de lavado de cerebro.

Había perdido su trabajo en el Congreso como consecuencia de su arresto, y, aproximadamente dos meses después fue a trabajar para la Or- ganización como mecanógrafa en nuestra sección de publicaciones. Es inteligente y trabajadora, y pronto pasó a ser correctora y posteriormente, editora. Ella misma escribió unos artículos para las publicaciones de la Organización, la mayoría sobre el papel de la mujer en el movimiento y en la sociedad en general, y justo el mes pasado fue nombrada editora de una nueva publicación trimestral de la Organización dirigida específica- mente a las mujeres.

Su carrera editorial, naturalmente, se ha visto ahora pospuesta, por lo menos temporalmente, y su contribución más útil a nuestro esfuerzo pre- sente reside en su notable habilidad en el maquillaje y el disfraz. Esto lo aprendió mientras realizaba teatro amateur en su época estudiantil. Aunque su contacto inicial fue George, Katherine nunca ha estado emocionalmente o románticamente involucrada con él. Cuando se en- contraron por primera vez, George todavía

estaba casado. Posterior- mente, después de que la esposa de George, que nunca aprobó su trabajo para la Organización, lo dejara y Katherine se hubiera unido a la Orga- nización, ambos estaban demasiado ocupados en sus respectivas seccio- nes como para tener demasiado contacto. George, de hecho, cuyo trabajo

como recaudador de fondos y organizador de robos le obligaba a estar siempre en movimiento, no solía estar en Washington.

Es sólo una coincidencia que George y Katherine fueran asignados juntos en esta unidad, pero George siente, obviamente, un interés perso- nal por ella. Aunque Katherine nunca hizo o dijo algo que apoyara mi idea, hasta esta mañana di por hecho, debido a la conducta de George hacia ella, que había una relación, al menos en grado de tentativa, entre ellos.

Como George es nominalmente nuestro líder de unidad, he mantenido bajo control mi atracción natural hacia Katherine.Ahora tengo miedo de que la situación se haya vuelto un poco "incómoda". Si George es incapaz de aceptar cortésmente esta nueva situación, las cosas se pondrán tensas y tendrían que solucionarse mediante algunos traslados de personal entre nuestra unidad y otras en el área.

¡Pero por el momento, tenemos otros problemas por los que preocu- parnos, y grandes! Cuando George y Henry finalmente volvieron esta tarde, averiguamos lo que ellos habían hecho todo el día: habían estado en la ciudad, estudiando el cuartel general del FBI. ¡Nuestra unidad había sido la escogida para hacerlo volar!

El orden procedía directamente del Mando Revolucionario, y habían enviado a un hombre desde el Centro de Mando del Este a la reunión del WFC, a la que George asistió el domingo, para examinar a los líderes de la unidad locales y escoger uno para esta misión.

Al parecer el Mando Revolucionario ha decidido tomar la ofensiva

contra la policía política antes de que arresten a más de nuestros "lega- les", o antes de que acaben de poner a punto su sistema de pasaporte in- formatizado.

George recibió la noticia ayer, cuando el WFC lo convocó a una se- gunda sesión informativa. Un hombre de la Unidad 8 también estaba pre- sente en la sesión de ayer. Dicha Unidad nos apoyará.

El plan, en líneas generales, es este: la Unidad 8 conseguirá una can- tidad importante de explosivos, entre cinco y diez toneladas. Nuestra uni- dad secuestrará un camión que haga una entrega legítima al cuartel general del FBI, y nos reuniremos con la Unidad 8 que estará esperando

con los explosivos y los detonadores. Después conduciremos hasta el área de descarga del edificio del FBI, activaremos los detonadores, y de- jaremos el camión.

Mientras la Unidad 8 está resolviendo el problema de los explosivos, nosotros tenemos que encargarnos del resto de detalles de la misión, lo que incluye averiguar los horarios y recorridos de los camiones que abas- tecen el edificio del FBI. Tenemos un plazo máximo de diez días.

Mi trabajo consistirá en diseñar y construir el mecanismo de la bomba.

Capítulo V

3 de octubre de 1991,

He estado compaginando mi labor en el proyecto de FBI con algún

que otro trabajo en nuestro edificio. Anoche terminé nuestro sistema de alarma que cubre todo el perímetro del edificio, y hoy he trabajado duro en nuestro túnel de escape de emergencia.

Alos lados y en la parte de atrás del edificio he enterrado una fila de almohadillas sensibles a la presión conectadas a una alarma visual y a un timbre situados en el interior. Las almohadillas son de la misma clase que se instala a menudo bajo los felpudos en de las tiendas para señalar la llegada de un cliente. Consisten en tiras de metal de dos pies de largo selladas dentro de una lámina de plástico flexible, lo que las hace imper- meables. Cubiertas con una pulgada de tierra son indetectables, pero nos avisarán si alguien camina sobre ellos.

Este método no podría usarse en la parte delantera de nuestro edificio, porque casi todo el suelo de la entrada y del parking es de cemento. Des- pués de considerar y rechazar un sensor ultrasónico, instalé un sensor fo- toeléctrico entre dos postes de acero situados en los laterales del área cubierta de cemento.

Para que la fuente de luz y la célula fotoeléctrica quedaran ocultas, fue necesario poner la fuente dentro del poste del cerco, y colocar el pequeño y discreto reflector montado justo delante, en el otro poste. Tuve que ta- ladrar varios agujeros en un poste, y fue necesario hacer algunos ajustes para que todo funcionara a la perfección.

Katherine fue de gran ayuda en todo esto, ajustando el reflector cui- dadosamente mientras yo alineaba la luz y la célula fotoeléctrica. Tam-

bién sugirió que cambiáramos el sistema de la alarma dentro del edificio, para que no sólo nos advirtiera en el momento de que un intruso andu- viese sobre los sensores o pasara a través del haz de luz, sino que también se encendiera un reloj eléctrico en el garaje. De esta manera nosotros sa- bríamos si alguien merodeaba por el edificio y de paso la hora en que lo había hecho.

Estando en el garaje, limpiando una serie de latas de aceite vacías, trapos grasientos y todo tipo de basura del hoyo que servía para cambiar el aceite y trabajar debajo de los coches, descubrimos que el hoyo daba directamente a una cloaca para el agua de lluvia, a través de un desagüe enrejado.

Cuando nos asomamos al enrejado, vimos que era posible entrar en la cloaca, que, de hecho, no era más que un tubo de cemento de cuatro pies de diámetro. La tubería discurría a lo largo de aproximadamente 400 yar- das, hasta desembocar en un canal mayor al aire libre destinado a drenar el agua de lluvia. Alo largo de la tubería principal había una docena de cañerías más pequeñas que aportaban agua a la canalización principal, al parecer proveniente de los desagües de la calle. Tanto el principio como el final de la tubería estaban protegidos por una reja reforzada, con ba- rrotes de media pulgada incrustados en el cemento.

Hoy tomé una sierra, me deslicé hasta al extremo de la cloaca, y serré todos los barrotes menos dos. Esto dejó el enrejando firme en su lugar pero hizo posible, aunque con mucho esfuerzo, poder doblarlo lo sufi- ciente como para poder arrastrarse hacia fuera.

Hecho esto eché una breve mirada alrededor. Los laterales de la alcan- tarilla eran increíblemente altos, proporcionando un buen escondite para no ser visto desde el camino cercano. Desde ese camino no era posible ver nuestro edificio o cualquier parte de la calle donde estaba situado, debido a las estructuras intermedias. Cuando volví a entrar a la cloaca, me resultó agotador poner la reja de nuevo en su lugar.

Desgraciadamente, las personas que alquilaron el garaje y la tienda antes de que nosotros nos instaláramos debieron de haber estado descar- gando todo su aceite desechado en esta cloaca durante años, porque había aproximadamente cuatro pulgadas de lodo negro y espeso, a lo largo del

fondo de la cañería de la cloaca. Cuando salí de la cloaca a la tienda es- taba cubierto por esa sustancia.

Henry y George estaban fuera los dos, y Katherine me hizo desnudarme y me roció con una manguera en el mismo garaje, antes de permi- tirme incluso ir a tomar una ducha arriba. Ella declaró los zapatos y la ropa que había llevado "siniestro total" y los tiró.

Cada vez que tomo una ducha helada, siento amargamente que Henry y yo no dedicáramos algo de tiempo para agregar el agua caliente a nues- tra improvisada ducha.

6 de octubre,

Hoy he completado el mecanismo detonador para la bomba que usa- remos contra el edificio del FBI. El propio mecanismo de disparador es bastante fácil, pero me quedé con el propulsor hasta ayer, porque no sabía qué clase de explosivos usaríamos.

Los miembros de la Unidad 8 habían planeado hacer una incursión en una de las áreas donde el metro de Washington está siendo ampliado, pero no han tenido suerte hasta ayer, y aun así no fue demasiada. Sólo han podido robar dos cajas de gelatina explosiva, y una de las cajas ni siquiera estaba llena. Menos de 100 libras en total.

Pero por lo menos eso resolvió mi problema. La gelatina explosiva es lo bastante sensible como para que mis detonadores caseros la hagan es- tallar, y 100 libras serán más que suficientes para detonar la carga prin- cipal, siempre y cuando la Unidad 8 halle más explosivos, sin tener en cuenta de qué tipo son ni cómo están empaquetados.

He puesto aproximadamente cuatro libras de gelatina en una lata de compota de manzana vacía, lo apreté tanto como me fue posible, puse las baterías y el mecanismo de cuenta atrás en la parte superior de la lata, y los he conectado a un pequeño interruptor en el extremo de un alargador de unos veinte pies. Cuando carguemos el camión con los explosivos, la lata se situará encima de los dos

cajas de gelatina.Tendremos que realizar pequeños orificios en las paredes del remolque y de la cabina para hacer llegar el cable y el interruptor a la cabina de conducción.

George o Henry -probablemente Henry- conducirá el camión hacia el área de carga y descarga dentro del edificio del FBI.Antes de salir de la cabina, él activara el interruptor, empezando así la cuenta atrás. Diez mi- nutos después la carga explotará. Si tenemos suerte, será el fin del edificio del FBI y de su nuevo complejo -de tres mil millones de dólares- de com- putadoras para el sistema de pasaporte interno.

Hace seis o siete años, cuando empezaron a sondear a la opinión pú- blica sobre el nuevo sistema del pasaporte, se dijo que su propósito prin- cipal sería descubrir a los inmigrantes ilegales, para que pudieran ser deportados.

Aunque algunos ciudadanos sospechaban profundamente de este plan, la mayoría se tragó la explicación del gobierno de por qué los pasaportes eran necesarios.Así, muchos miembros de los sindicatos, que veían a los ilegales como una amenaza a sus trabajos durante un periodo de desem- pleo alto, pensaron que era una idea genial, mientras que los liberales generalmente se opusieron porque sonaba "racista" –casi todos los ilega- les no eran blancos-. Posteriormente, cuando el gobierno concedió la ciu- dadanía automática a todos los que habían conseguido entrar furtivamente por la frontera mexicana y permanecer en el país durante dos años, la oposición liberal se evaporó, excepto un núcleo duro de li- bertarios que todavía sospechaban.

En fin, ha sido deprimentemente fácil para el Sistema engañar y ma- nipular al pueblo americano -ya sean los relativamente ingenuos conser- vadores o los corruptos y liberales. Incluso los libertarios, inherentemente hostiles a todo gobierno, se verán intimidados a la hora de continuar en su oposición, cuando el Gran Hermano anuncie que el nuevo sistema de pasaporte es necesario para encontrar y destruir a los "racistas", a nos- otros.

Si la libertad de los americanos fuera la única cosa en juego, la exis- tencia de la Organización apenas estaría justificada. Los americanos han perdido su derecho a ser libres. La esclavitud es el estado justo

y apro- piado para unas personas que han crecido así, blandas, auto-indulgentes, descuidadas, crédulas, y atontadas.

De hecho, nosotros ya somos esclavos. Hemos permitido que una dia-

bólicamente inteligente minoría extranjera, pusiera cadenas a nuestras almas y a nuestras mentes. Estas cadenas espirituales son una señal más real de esclavitud que las cadenas de hierro, que aún están por llegar. ¿Por qué no nos rebelamos hace 35 años, cuándo tomaron nuestras escuelas y empezaron a convertirlas en selvas multirraciales? ¿Por qué no los echamos del país hace 50 años, en lugar de permitir que nos usaran como carne de cañón en su guerra para subyugar Europa?

¿Y más aún, por qué no nos rebelamos hace tres años, cuando empe- zaron a tomar nuestras armas? ¿Por qué no estallamos y arrastramos a estos arrogantes forasteros a las calles y cortamos sus gargantas enton- ces? ¿Por qué no los quemamos en hogueras en cada esquina de Amé- rica? ¿Por qué no pusimos punto y final a este clan molesto y eternamente insistente, esta pestilencia de las cloacas del Este, en lugar de permitir que nos desarmaran dócilmente?

La respuesta es fácil. Nosotros nos habríamos rebelado si todo esto que nos han impuesto en los últimos 50 años, lo hubieran intentado im- poner de golpe. Pero como las cadenas que nos ligan eran sutilmente co- locadas, eslabón a eslabón, nos fuimos sometiendo.

La adición de un solo nuevo eslabón a la cadena nunca era bastante para que nos rebeláramos. Siempre parecía más fácil -y más seguro- se- guir su juego. Y cuanto más aceptábamos, más fácil les era dar un paso más.

Una cosa que los historiadores tendrán decir -si es que algún hombre de nuestra raza sobrevive para escribir una historia de esta

era- es la falta de reacción en el proceso de pasar de una sociedad de hombres libres, a ser una manada de ganado humano.

Es decir, ¿podemos culpar solamente de todo lo que ha pasado a la subversión deliberada, llevada a cabo a través de la propaganda insidiosa de los medios de comunicación de masas controlados, las escuelas, las iglesias y el gobierno? ¿O debemos culpar también en gran medida a la vida decadente, pobre en espíritu, que la sociedad occidental ha permi- tido?

Probablemente las dos cosas se entrelazan, y será difícil culpar a una sola causa. El lavado de cerebro ha hecho que la decadencia nos parezca

más aceptable, y la decadencia nos ha hecho menos resistentes al lavado de cerebro. De todas formas, ahora estamos demasiado cerca de los ár- boles para ver el contorno del bosque claramente.

Pero si algo está muy claro, es que está en peligro algo más que nues- tra libertad. Si la Organización fracasa ahora, todo estará se perderá: nuestra historia, nuestra herencia, toda la sangre y sacrificios, todo el es- fuerzo de miles de años. El Enemigo que estamos combatiendo piensa destruir totalmente nuestra base racial.

Ni siquiera podrá haber excusas ni críticas, pues sólo habrá una horda de zombis mestizos, pululando indiferentes. No habrá ningún hombre Blanco para recordarnos, ni para culparnos por nuestra debilidad ni para perdonarnos por nuestra locura.

Si fallamos, el gran Experimento de Dios se acabará, y una vez más este planeta se moverá a través del universo, como hizo hace millones de años, desprovisto del hombre, un Hombre Superior.

11 de octubre,

¡Mañana es el día! Apesar de que la Unidad 8 ha encontrado menos

explosivos de los esperados, la operación contra el FBI sigue en marcha. La última decisión sobre este tema se nos comunicó esta tarde en una conferencia en la base principal de la Unidad 8. Henry y yo estábamos allí, así como un oficial del Comando Revolucionario, una indicación de la urgencia con que la dirección de la Organización ve esta operación. Normalmente el personal del Comando Revolucionario no se involu- cra en las acciones de las unidades a nivel operacional. Nosotros recibi- mos las órdenes e informamos de nuestra actividad al Washington Field Command, con representantes del Centro de Mando del Este que parti- cipan de vez en cuando en las conferencias cuando deben decidirse temas de especial importancia. Sólo dos veces anteriormente he asistido a reu- niones con presencia de gente del Comando Revolucionario, ambas para tomar decisiones básicas acerca del equipo de comunicaciones de la Or- ganización que yo estaba diseñando. Y que, naturalmente, fue antes de que nosotros pasáramos a la clandestinidad.

Así la presencia del Comandante Williams -un pseudónimo, creo- en nuestra reunión de esta tarde ha causado una fuerte impresión en todos nosotros. Me pidieron que asistiera porque yo soy el responsable del fun- cionamiento de la bomba. Henry estaba allí porque él era quien debería "entregarla".

El motivo de la reunión era el fracaso de la Unidad 8 para obtener lo que yo y Ed Sanders estimamos que debía ser la cantidad mínima de ex- plosivos necesarios para poder hacer un buen trabajo. Ed es el experto en armas y artillería de la Unidad 8 -y, cosa bastante curiosa- ex-agente es- pecial del FBI que está familiarizado con la estructura y diseño del edi- ficio del FBI.

Tan cuidadosamente como pudimos, calculamos que deberíamos tener como mínimo 10.000 libras deTNTo algún explosivo equivalente, para destruir una porción sustancial del edificio y arruinar el nuevo centro de computadoras situado en el sótano. Para estar seguros, pedimos 20.000 libras. En cambio, lo que

tenemos actualmente es algo menos de 5.000 libras, y casi todas son fertilizante de nitrato de amonio que es mucho menos eficaz que el TNT para nuestro propósito.

Después de conseguir las dos cajas iniciales de gelatina, la Unidad 8 pudo recoger 400 libras de dinamita de otro cobertizo de construcción de las obras del metro. Sin embargo, hemos abandonado la esperanza de reunir la cantidad necesaria de explosivos de esta forma.Aunque se usan cantidades grandes de explosivos cada día en el metro, se guardan en lotes pequeños y el acceso es muy difícil. Dos miembros de la Unidad 8 se escaparon por los pelos cuando consiguieron esa dinamita.

El pasado jueves, la fecha tope para completar el trabajo se nos echaba encima.Tres hombres de la Unidad 8 hicieron una incursión nocturna en un almacén de productos para granja cerca de Fredericksburg, aproxi- madamente a 50 millas al sur de aquí. No encontraron ningún tipo de ex- plosivos de ese tipo, pero encontraron nitrato de amonio, llevándoselo todo: cuarenta y cuatro bolsas de 100 libras de este material.

Activado con aceite y fuertemente confinado, se convierte en un eficaz agente de destrucción cuando el objetivo simplemente es mover una cierta cantidad de piedra o otros materiales. Pero nuestro plan original

para la bomba, requería que esencialmente se activara en un lugar al aire libre través de dos niveles de suelo de hormigón reforzado, produciendo una poderosa onda expansiva lo suficientemente potente para derrumbar la fachada de un edificio robusto y bien construido.

Finalmente, hace dos días, la Unidad 8 se decidió a hacer lo que debió haber hecho al principio. Los tres compañeros que habían conseguido el nitrato del amonio pusieron rumbo a Maryland con su camión con el ob- jetivo de robar un arsenal militar. Deduzco por

lo que Ed Sanders dice que nosotros tenemos un legal allí que podrá ayudar.

Pero hoy por la tarde aún no ha habido ninguna noticia de ellos, y el Comando Revolucionario no está dispuesto a esperar más. Los pros y los contras de seguir con la operación con el material que tenemos actual- mente son éstos:

El Sistema nos está haciendo mucho daño arrestando a nuestro legales, de los que depende principalmente la Organización para su financia- ción. Si el suministro de fondos de nuestros legales se ve cortado, nuestras unidades clandestinas se verán obligadas a recurrir al robo a gran escala para poder mantenerse.

Así, el Comando Revolucionario piensa que es esencial golpear el Sistema inmediatamente con un golpe que no sólo interrumpa los arrestos de nuestros legales por parte del FBI, al menos temporalmente, sino que también levante la moral a la Organización avergonzando al Sistema y demuestre nuestra capacidad de actuar. De lo queWilliams dijo, creo en- tender que estas dos metas se han vuelto más importantes que la idea primordial de destruir el complejo de computadoras y las bases de datos. Por otro lado, si nuestro golpe no hace ningún daño real a la policía secreta del Sistema, no sólo fallaremos también en estas nuevas metas, sino que previniendo al enemigo de nuestras intenciones y tácticas, hará mucho más difícil destruir las computadoras posteriormente. Éste era el punto de vista expresado por Henry cuyo gran don es su habilidad de tener siempre la cabeza en su sitio y de no olvidarse de las metas futuras por las dificultades inmediatas. Pero él también es un buen soldado y está completamente deseoso de llevar a cabo su parte de la acción de ma- ñana, a pesar de su opinión de no actuar hasta estar seguros de que nos-

otros podamos completar la misión con éxito.

Yo también temo, como las personas del Comando Revolucionario, el peligro de una acción apresurada, prematura. Williams está convencido de que es indispensable atacar inmediatamente al FBI, porque de no ser así, nos aplastarán.Así, la mayor parte de nuestra discusión esta tarde ha estado centrada en la pregunta de cuánto daño podremos causar con la ac- tual cantidad de explosivos.

Si, de acuerdo con nuestro plan original, conduciremos un camión por la entrada de carga principal del edificio del FBI y lo haremos estallar en el área de carga y descarga, la explosión tendrá lugar en un gran patio central, rodeado por todos lados de fuertes paredes y abierto al aire libre. Tanto yo como Ed, estamos de acuerdo que con la cantidad presente de explosivos, en estas condiciones, no podremos causar un daño realmente significativo.

Podríamos causar estragos en todas las oficinas con ventanas que abren al patio, pero no podemos esperar volar la fachada interna del edi- ficio o llegar al sub-sótano que es dónde están las computadoras. Mori- rían varios cientos de personas, pero la maquinaria seguiría probablemente en funcionamiento.

Sanders pidió uno o dos días más de tiempo para que su unidad encontrara más explosivos, pero su fracaso para encontrarlos en los últimos 12 días no jugó demasiado a su favor. Con casi cien de nuestros legales siendo arrestados todos los días, no podemos arriesgarnos y esperar otros dos días, dijoWilliams, a menos que estemos completamente seguros de que en esos dos días nos traerán lo que necesitamos.

Finalmente decidimos intentar meter nuestra bomba directamente en el primer nivel del sótano que también tiene una entrada para los camio- nes de carga en la Calle 10, justo al lado de la entrada de carga principal. Si detonamos nuestra bomba en el sótano situado debajo del patio, el confinamiento al que sé vera sometida la explosión la hará sensiblemente más eficaz. Casi seguro que el sótano de desplomará sobre el sub-sótano enterrando las computadoras. Además destruirá la mayoría, si no todos, los equipos de comunicaciones y energéticos el edificio, ya que todos están en el sótano. El gran enigma es si lograremos causar el suficiente

daño estructural al edificio, hacerlo inhabitable por un periodo prolon- gado de tiempo. Sin unos planos detallados del edificio, y sin un equipo de arquitectos e ingenieros, no podemos contestar esa pregunta.

El inconveniente de querer operar en el sótano, es que relativamente pocas entregas se realizan allí, y la entrada está normalmente cerrada. Henry está dispuesto, si fuera necesario, a reventar la puerta con el ca- mión.

Sea como sea, mañana por la noche ya sabremos mucho más de lo que sabemos hoy.

Capítulo VI

13 de octubre de 1991,

Ayer por la mañana, a las 9:15, nuestra bomba estalló en el edificio del Cuartel General nacional del FBI. Nuestras dudas sobre el tamaño rela- tivamente pequeño de la bomba fueron infundadas; el daño es inmenso. Hemos desorganizado una parte importante de las operaciones de la Ofi- cina Central del FBI durante las próximas semanas al menos, y parece que también hemos logrado nuestra meta de destruir su nuevo centro in- formático.

Mi día de trabajo empezó ayer un poco antes de las cinco, cuando ayudé a Ed Sanders a mezclar el aceite de calefacción con el fertilizante de nitrato de amonio en el garaje de la Unidad 8. Pusimos los sacos de 500 libras en posición vertical de uno en uno, y les hicimos un pequeño agujero en la parte superior con un destornillador, lo suficientemente grande para introducir un

embudo. Mientras yo sujetaba el saco y el em- budo, Ed vertía un galón de aceite.

Entonces pegamos un trozo grande de cinta adhesiva encima del agu- jero, y tumbamos los sacos varias veces para mezclar el contenido, mien- tras Ed llenaba su aceitera en la línea del alimentador de su horno de aceite. Estuvimos cerca de tres horas para preparar los 44 sacos, y el tra- bajo me dejó agotado.

Mientras tanto, George y Henry estaban fuera para robar un camión. Con sólo dos toneladas y media de explosivos no necesitábamos un ca- mión demasiado grande, así que decidimos conseguir un camión de re- parto perteneciente a una empresa de suministros de oficina. Ellos siguieron el camión que querían en nuestro automóvil hasta que se detuvo para hacer una entrega. Cuando el conductor -un negro- abrió la parte

trasera del camión y entró, Henry saltó tras él y lo despachó rápida y si- lenciosamente con su cuchillo.

Entonces, George continuó en el automóvil mientras Henry conducía el camión al garaje. Ellos entraban la parte trasera del vehículo cuando Ed y yo estábamos terminando nuestro trabajo. Están seguros de que nadie en la calle notó nada extraño.

Tardamos otra media hora en descargar la media tonelada de papel de multicopista y de diferentes artículos de oficina del camión y entonces guardamos con mucho cuidado las cajas de dinamita y los sacos de fer- tilizante enriquecido en su lugar. Finalmente, conecté el cable y el deto- nador a través de una grieta entre la zona de carga y la cabina de la camioneta. Dejamos el cuerpo del conductor en la parte de atrás. George y yo nos dirigimos hacia el edificio del FBI en el coche, mien- tras Henry nos seguía en la camioneta. Queríamos aparcar cerca de la entrada de carga y descarga en la calle décima y esperar hasta que abrie- ran la puerta de carga al nivel del sótano para otro camión, mientras Henry aguardaba con el

"nuestro" a dos manzanas de distancia. Entonces le daríamos una señal con el walkie-talkie.

Pero cuando conducíamos alrededor del edificio, vimos que la entrada del sótano estaba abierta y no había nadie a la vista. Le dimos la señal a Henry y continuamos otras siete u ocho manzanas, hasta que encontra- mos aparcamiento. Entonces regresamos caminando, pero despacio, mi- rando de reojo los relojes.

Estábamos todavía a dos bloques de distancia cuando el pavimento se estremeció violentamente bajo nuestros pies. Un momento después la onda expansiva nos sacudió -un ensordecedor “boom”-, seguido de un ruido como de un choque, enorme y atronador, acentuado por el sonido agudo de los cristales hechos añicos a nuestro alrededor.

Los escaparates del almacén más cercano y docenas de otros que po- díamos ver a lo largo de la calle estallaron. Una centelleante y mortal lluvia de vidrios rotos continuaron cayendo a la calle desde los pisos su- periores de los edificios cercanos durante unos instantes, y una columna de humo negro se levantaba hacia el cielo delante de nosotros. Recorrimos las dos manzanas finales y quedamos desalentados al ver

lo que, a primera vista, parecía ser un cuartel general del FBI totalmente intacto, excepto, claro, por la mayoría de las ventanas que habían despa- recido. Nos dirigimos hacia la entrada de carga de la calle décima por donde habíamos conducido unos minutos antes. Un humo denso y tóxico estaba saliendo de la rampa que lleva al sótano, y era imposible entrar por allí.

Decenas de las personas corrían alrededor de la entrada que conducía al patio central, algunas iban y otras venían. Muchos estaban sangrando abundantemente por los cortes, y todos tenían expresiones de horror y confusión en sus caras. George y yo tomamos aire y nos adentramos rá- pidamente a través de la

entrada. Nadie nos detuvo o sospechó de nos- otros.

La escena en el patio era de una devastación absoluta. El ala completa del edificio que daba a la Avenida de Pennsylvania, como pudimos ver entonces, se había derrumbado, en parte sobre el patio central del edificio y en parte sobre la misma avenida. Había abierto un cráter gigantesco en el pavimento del patio y un poco más lejos estaban los escombros de la edificación derruida, y era de este agujero de donde salía la mayor parte de la columna de humo negro.

Camiones y automóviles volcados, mobiliario destrozado de las oficinas, y escombros esparcidos de forma desordenada, así como también los cuerpos de un gran número de víctimas. Suspendido sobre todas las cosas, un paño mortuorio de humo negro, abrasándonos los ojos y los pulmones y reduciendo la mañana luminosa a la casi oscuridad más ab- soluta.

Nos adentramos unos pasos en el patio para evaluar mejor el daño que habíamos causado. Tuvimos que abrirnos paso entre un mar de pa- peles que se habían desparramado de una enorme confusión de armarios de oficina a nuestra derecha, quizás miles de ellos. Parecía como si se hu- biesen deslizado en bloque al patio desde uno de los almacenes superio- res del ala destruida, y había una maraña de armarios de oficina destrozados y reventados de 20 pies alto por 80 a 100 pies de largo con sus contenidos esparcidos, que cubrían la mayor parte del patio central de papeles.

Cuando estábamos boquiabiertos con una mezcla de horror y júbilo ante la devastación, la cabeza de Henry apareció de repente a unos pies de distancia. Estaba subiendo por una brecha en la montaña de pedazos de armarios de oficina. Nos sobresaltamos al verlo, porque él había pen- sado dejar la zona una vez que hubiera aparcado el camión y entonces es- perar a que lo recogiésemos en el punto de reunión.

Nos explicó atropelladamente que todo había ido como una seda en el sótano y que había decidido esperar por allí cerca a que tuviese lugar la explosión. Había accionado el interruptor del dispositivo de tiempo de la bomba cuando descendía con el camión por la rampa hasta el interior del edificio, para que no pudiera haber ninguna posibilidad de contra- tiempos, que le obligaran a cambiar de plan. Pero no hubo dificultad al- guna. No tuvo contratiempos, salvo una indicación sin importancia de un guardia negro, cuando entraba en el sótano. Otros dos camiones esta- ban descargando en una plataforma, pero Henry condujo por detrás de ellos y detuvo su camión, según sus cálculos, bajo el ala del edificio que daba a laAvenida de Pennsylvania.

Él tenía un buen juego de documentos de reparto para dar a cualquiera que se los exigiera, pero nadie lo hizo. Caminó pasando por delante del distraído guarda negro, apoyado en la rampa, y salió a la calle.

Esperó cerca de un teléfono público a una manzana de distancia, hasta un minuto antes de la explosión como habían acordado, entonces llamó a la redacción delWashington Post. Su breve mensaje era: "Hace tres se- manas, ustedes y los suyos mataron a Carl Hodges en Chicago. Nosotros estamos igualando el marcador con sus camaradas de la policía política. Pronto ampliaremos el marcador con ustedes y todos los demás traidores. ¡LaAmérica blanca vivirá!"

¡Eso debe conmover su jaula lo bastante para provocar unos buenos titulares y editoriales!

Henry había regresado al edificio del FBI en menos de un minuto, pero lo había aprovechado bien. Señaló a unas volutas de humo ligero y pardo que estaban empezando a subir del amasijo de armarios de oficina de donde él había salido antes, y entonces nos dirigió una mueca son- riente mientras soltaba el encendedor en su bolsillo. Henry es un mili-

ciano excelente.

Cuando nos dirigíamos a la salida, oí un gemido y miré hacia abajo hasta ver a una muchacha, de unos 20 años, con medio cuerpo bajo una puerta de acero y otros restos. Su bonita cara estaba ennegrecida y ara- ñada, y parecía estar apenas consciente. Le retiré la puerta y vi que tenía una pierna aplastada, rota por muchas partes, y la sangre estaba brotando de un corte profundo en su muslo.

Le quité rápidamente el cinturón de tela de su vestido y lo usé para hacer un torniquete. El flujo de sangre se detuvo un poco, pero no lo bas- tante. Rasgué entonces un trozo de su vestido y lo doblé en una compresa que apreté contra el corte de su pierna mientras George se quitaba los cordones y los usaba para atar la compresa.Tan delicadamente como pu- dimos George y yo la recogimos para dejarla sobre la acera. Ella se la- mentó cuando la pierna rota quedó enderezada.

La muchacha parecía no tener ninguna lesión seria salvo la de su pierna, y probablemente saldrá bien de esta.Aunque no será así para mu- chos otros. Cuando me incliné para atender a la muchacha que estaba sangrando, me di cuenta por primera vez de los gemidos y gritos de do- cenas de otras personas en el patio. Ano más de veinte pies, otra mujer estaba inmóvil, su cara cubierta con sangre y una herida abierta en un lado de su cabeza. Una visión horrible que todavía puedo ver cuando cie- rro los ojos.

Según la última estimación conocida, murieron aproximadamente700 personas en la explosión o como consecuencia de los daños. Eso incluye una estimación de 150 personas que estaban en el subsótano en el mo- mento de la explosión y cuyos cuerpos no han sido aún recuperados. Pueden tardar más de dos semanas antes de que los escombros hayan sido limpiados para permitir el acceso a ese nivel del edificio, según ha informado el reportero de las noticias de televisión. Ese informe y otros que oímos ayer y hoy hacen que parezca casi seguro que los nuevos ban- cos de memoria de la computadora en el subsótano han sido totalmente destruidos o al menos seriamente dañados.

Todo el día de ayer y la mayor parte del de hoy nosotros lo hemos pa- sado viendo por televisión a las tripulaciones de rescate sacando muertos

y heridos del edificio. Es una pesada carga de responsabilidad para nos- otros, puesto que la mayoría de las víctimas de nuestra bomba eran sólo peones que no estaban comprometidos en la filosofía enferma o en los objetivos de destrucción racial del Sistema más de lo que lo estamos nos- otros.

Pero no hay ninguna manera de poder destruir el Sistema sin herir a muchos miles de inocentes. Es un tumor demasiado arraigado en nuestra carne.Ysi no destruimos el Sistema antes de que nos destruya, si no ex- tirpamos el tumor de nuestra carne, nuestra raza entera morirá.

Le hemos dado muchas vueltas a esto, y estamos completamente con- vencidos de que lo que nosotros hicimos está justificado, pero todavía es muy duro ver a nuestra propia gente sufrir tanto debido a nuestros actos. Es porque los americanos durante muchos años han sido incapaces de tomar decisiones desagradables por lo que nos obligan ahora a tomar decisiones muy severas.

¿Y es que acaso no existe una clave del problema? La corrupción de nuestro pueblo por la plaga democrático-igualitaria del judeoliberalismo que nos aflige se manifiesta más claramente en nuestro pensamiento blando, en nuestra desgana para reconocer las duras realidades de la vida, que en ninguna otra cosa.

El liberalismo es una visión del mundo esencialmente femenina, su- misa.Tal vez un adjetivo mejor que femenino sea infantil. Es la visión del mundo de hombres que no tienen la dureza moral, la fuerza espiritual, para ponerse de pie y afrontar la vida como viene, que no pueden acos- tumbrarse a la realidad de que el mundo no es una enorme guardería, de color rosa y mullida, en la que los leones

retozan con los corderos y todos viven felices para siempre.

Yaunque así fuera posible, los hombres espiritualmente saludables de nuestra raza no lo deberían permitir. Ese es un modo de vida extraño, oriental, una visión del mundo de esclavos más que de hombres libres de Occidente.

Pero ha penetrado en toda nuestra sociedad. Incluso aquellos que no aceptan las doctrinas liberales han sido corrompidos inconscientemente por ellas. Década tras década el problema racial en América se ha ido

poniendo peor. Pero la mayoría de aquellos que querían una solución, que querían preservar unaAmérica Blanca, nunca fueron capaces de reu- nir el coraje para afrontar las soluciones obvias.

Todo lo que los liberales y los judíos habían hecho era empezar a chi- llar acerca de "inhumanidad", "injusticia" o "genocidio", y la mayoría de los que habían buscado una solución habían afrontado el problema como conejos temerosos. Porque no habrá nunca una manera de resolver el problema racial que sea justa para todos o por la cual todos los implicados puedan ser convencidos educadamente para que la acepten sin quejas ni desagrado.Ylo mismo vale para el problema judío, el de la inmigración, el de la superpoblación, el eugenésico y mil problemas más relacionados con estos.

Sí, la incapacidad para afrontar la realidad y tomar decisiones difíci- les, ese era el síntoma principal de la enfermedad liberal. Siempre inten- tando evitar cualquier cosa desagradable ahora, para que algo más desagradable llegue inevitablemente más tarde, siempre posponiendo cualquier responsabilidad hacia el futuro: así funcionan las mentes de los liberales.

No obstante, cada vez que la cámara de televisión enfoca el cadáver mutilado de alguna chica digna de lástima -o incluso de un agente

del FBI- mientras lo extraen de las ruinas, se me hace un nudo en el estómago y no puedo respirar. Es una tarea terrible la que tenemos ante nosotros. Yya está claro que los medios de comunicación controlados piensan convencer al público de que lo que estamos haciendo es terrible. Están enfatizando el sufrimiento que hemos causado mezclando deliberada- mente primeros planos de las víctimas ensangrentadas con entrevistas lacrimógenas con sus parientes.

Los entrevistadores están realizando preguntas capciosas del tipo: “¿Qué clase de bestias humanas piensa que podrían hacerle algo así a su hija?” Han tomado la decisión, claramente, de describir el atentado contra el edificio del FBI como la atrocidad del siglo.

De hecho, es una acción de una magnitud sin precedentes. Todos los atentados con bombas, incendios provocados, y asesinatos llevados a cabo por la Izquierda en este país han sido de poca monta en compara-

ción.

Pero hay una actitud diferente en las noticias que dan los medios ya que recuerdo una larga serie de actos de terror marxistas, durante la gue- rra deVietnam, hace 20 años. Se incendiaron o dinamitaron algunos edi- ficios gubernamentales, y varios transeúntes inocentes murieron, pero la prensa siempre retrató tales cosas como actos idealistas de "protesta". Había una banda de negros revolucionarios armados, que se llamaban Panteras Negras. Cada vez que tenían un tiroteo con la policía, la prensa y los de la televisión les hacían entrevistas emotivas a las familias de los miembros de la banda negra, pero no a las viudas de los policías. Y cuando una negra que pertenecía al Partido comunista ayudó a planear un tiroteo en un tribunal e incluso proporcionó la escopeta de caza con la que un juez fue asesinado, la prensa formó una sección de apoyo en su juicio e intentó convertirla en una heroína popular.

Algún día tendremos una prensa verdaderamente americana en este país, pero habrá que degollar antes a muchos editores.

16 de Octubre,

Regreso con mis viejos amigos de la Unidad 2. Estas palabras se están escribiendo a la luz de la linterna en el lugar que ellos han preparado en el desván de su granero para Katherine y yo. Un poco frío y primitivo, pero por lo menos tenemos absoluta privacidad. Esta es la primera vez que hemos tenido una noche entera para nosotros.

En realidad no vinimos para un revolcón en el heno sino para recoger una caja de municiones. Los compañeros de la Unidad 8, que fueron en- viados aquí la semana pasada para conseguir los explosivos para el tra- bajo del FBI tuvieron éxito al menos en parte: no consiguieron muchos explosivos a granel, llegaron demasiado tarde con lo que lograron y casi consiguieron que los mataran, pero se hicieron con una buena cantidad de materiales variados para la Organización.

No me dijeron los detalles, pero pudieron conseguir un camión de 2 toneladas y media en la Zona de Pruebas deAberdeen, a unas 25 millas de aquí, cargarlo con las municiones, y salir de allí con la ayuda de uno

de nuestros infiltrados. Desgraciadamente, fueron sorprendidos durante el asalto a un búnker de almacenamiento y tuvieron que disparar a la sa- lida. En el transcurso de la acción uno de ellos fue herido de gravedad. Consiguieron despistar a sus perseguidores y llegar hasta la granja de

la Unidad 2, a las afueras de Baltimore, y han estado escondidos aquí desde entonces. El hombre que fue herido casi se murió del susto y por la pérdida de sangre, pero ningún órgano importante sufrió daños y pa- rece que va a salir de esta, aunque todavía está

demasiado débil para que lo muevan.

Los otros dos se han mantenido ocupados trabajando en su camión, que está aparcado bajo el nuestro. Lo han repintado y le han hecho un par de cambios más, para no ser reconocidos cuando por fin regresen aWas- hington en él.

Sin embargo, no se llevarán el grueso de las municiones con ellos. La mayor parte se guardará aquí y abastecerá a las unidades de la zona. El Mando Operativo de Washington permite a nuestra unidad escoger una buena parte de este material.

Hay bastante variedad. ¡Probablemente lo más valioso son las 30 cajas de granadas de fragmentación, 750 granadas de mano! Nos llevaremos dos cajas.

Hay aproximadamente 100 minas de tierra de varios tipos y tamaños, buenas para hacer trampas con explosivos. Cogeremos dos o tres. Yhay detonadores y cebos en abundancia. Cajas de detonadores para bombas, minas, granadas, etc. Y ocho bobinas de cable detonador. Una caja de granadas thermite. Ymuchas otras cosas.

Yuna bomba convencional de 500 libras. Hicieron tal alboroto inten- tando meter todo eso en el camión, que un guardia los oyó. Pero nos lo llevamos todo. Está rellena con unas 250 libras de tritonal, una mezcla de TNT y pólvora de aluminio, y podemos extraerlo de la carcasa de la bomba y usarlo para bombas más pequeñas.

Katherine y yo estamos muy felices al poder hacer este viaje juntos, pero las circunstancias son preocupantes. George nos pidió a Henry y a mí que fuéramos, pero Katherine se opuso. Se quejó de que no se le había dado una oportunidad para participar en las actividades de nuestra Uni-

dad y, de hecho, apenas había estado fuera de nuestros dos escondites durante el último mes. Dijo que no tenía ninguna intención de ser nada más que cocinera y ama de casa para el resto de nosotros.

Estábamos bajo la enorme tensión que siguió a la gran explosión, y Katherine estaba chillando casi como una feminista. (Nota al lector: "La liberación de las Mujeres" era una forma de psicosis de masas que tuvo lugar durante las últimas tres décadas de la Era Antigua. Las mujeres afectadas por ésta, negaron su feminidad e insistieron en ser "personas," no "mujeres". Esta aberración fue promovida y animada por el Sistema como un medio de dividir a nuestra raza). George protestó acalorada- mente, diciendo que ella no estaba siendo discriminada, que sus habili- dades de maquillaje y disfraz habían sido particularmente valiosas para nuestra Unidad, y que él asignaba las tareas solamente basándose en la efectividad.

Yo intenté calmar las cosas sugiriendo que quizás sería mejor un hom- bre y una mujer manejando un transporte de contrabando que dos hom- bres. La policía había estado deteniendo automóviles al azar en el área de Washington en los controles de los últimos días. Henry estuvo de acuerdo con mi sugerencia, y George aceptó de mala gana. Me temo, sin embargo, que él sospecha que buena parte del arrebato de Katherine se debe a que ella prefería estar conmigo en lugar de con él durante un día entero. Nosotros no hemos aireado nuestra relación, así que no es probable que Henry o George hayan adivinado por ahora que Katherine y yo somos amantes. Eso crea una situación bastante embarazosa para todos nosotros. Completamente aparte del hecho de que George y Henry son hombres sanos y Katherine es la única mujer entre nosotros, está el pro- blema de la disciplina de la Organización.

La Organización ha permitido matrimonios cuando el marido y la es- posa son miembros de la misma unidad, y que los maridos tengan poder de veto sobre cualquier orden dada a sus esposas. Pero, salvo esa excep- ción, las mujeres están sujetas a la misma disciplina que los hombres, y, a pesar de que prevalece cierta informalidad en casi todas las unidades, cualquier infracción de la disciplina Orgánica es una cuestión sumamente seria.

Katherine y yo hemos hablado sobre esto, y aunque nos negamos a considerar nuestra creciente relación como puramente sexual, sin obliga- ciones, no nos sentimos inclinados a formalizarla todavía. En primer lugar, todavía tenemos mucho que aprender el uno sobre el otro. Por otra parte, cada uno de nosotros tiene un compromiso más importante con la Organización y con nuestra unidad, y no debemos hacer nada a la ligera que pudiera afectar a ese compromiso. Sin embargo, tendremos que re- solver pronto las cosas, de una manera u otra.

Capítulo VII

23 de octubre de 1991,

Esta mañana tuve oportunidad para escribir por primera vez desde que Katherine y yo recogimos las municiones en Maryland la semana pasada. Nuestra unidad ha llevado a cabo tres misiones en los últimos seis días.

En total, la Organización es responsable de más de 200 acciones aisladas en diferentes partes del país, según las noticias. Estamos ahora en lo más intenso de una guerra de guerrillas.

El lunes pasado por la noche, Henry, George, y yo atacamos el Washington Post. Fue rápido, necesitando poca preparación, aunque debati- mos unos minutos antes sobre la manera en que debía hacerse.

Henry fue en busca del personal, mientras destruíamos una de sus im- prentas. La idea de Henry era que tres de nosotros debíamos entrar por la fuerza en la sala de redacción y en las oficinas editoriales en la sexta planta del edificio del Washington Post y matar a tantas personas como pudiésemos con las granadas de fragmentación y las ametralladoras. Si golpeábamos antes de la hora del cierre, a las 7:30 de la tarde, los coge- ríamos a casi todos.

George desechó esa maniobra por ser demasiado arriesgada para lle- varse a cabo sin una planificación detallada. Cientos de personas traba- jaban en el edificio del Washington Post, y los ruidos de las granadas y los disparos en la sexta planta llevarían a muchos de ellos como hormigas a las escaleras y al vestíbulo. Si intentáramos bajar en los ascensores, al- guien podría darle al interruptor principal, y quedaríamos atrapados. Por otra parte, el taller de imprenta del Post es visible a través de una gran cristalera desde el vestíbulo. Así que yo preparé una bomba casera

pegando con cinta adhesiva una granada de mano a una mina antitanque pequeña. El artefacto entero pesaba aproximadamente seis libras y era bastante desmañado, pero podría arrojarse a unos 50 pies como una gra- nada grande.

Aparcamos en un callejón a unas 100 yardas de la entrada principal del Post. En cuanto George hubo desarmado al guardia, Henry abrió un agujero grande en el ventanal del taller de imprenta con su escopeta re- cortada. Entonces yo tiré de la anilla del artilugio formado por la granada y la mina que había preparado y lo lancé entre los rodillos de la prensa más cercana, que habían preparado para arrancar por la noche. Nos cu- brimos detrás de un parapeto de mampostería mientras la bomba explo- taba, y entonces Henry y yo tiramos apresuradamente media docena granadas thermite en el taller de imprenta. Nos fuimos a la parte de atrás antes de que cualquiera hubiera salido a la acera, y así nadie vio nuestro automóvil. Katherine, claro, había realizado una magnífica labor con nuestras caras.

La mañana siguiente el Post apareció en las calles sobre una hora más tarde de lo habitual, y todos los suscriptores se quedaron sin sus periódi- cos, puesto que las ediciones tempranas habían sido eliminadas, pero por otra parte el Post no había sufrido daños graves. Sólo estropeamos una prensa con nuestra bomba y provocamos una humareda con nuestras gra- nadas incendiarias, una de las cuales prendió un barril de tinta, pero a pesar de nuestros esfuerzos, el Post no había visto reducida su capacidad para extender sus mentiras y veneno.

Realmente nos mortificamos por este resultado. Quedó claro que de forma tonta habíamos corrido un riesgo desproporcionado para unos re- sultados tan pobres.

Decidimos que, en el futuro, no emprenderíamos ninguna misión por propia iniciativa hasta que no estudiáramos cuidadosamente el objetivo y nos convenciésemos de que merecía la pena el riesgo. No podemos permitirnos el lujo de golpear al Sistema simplemente por golpear, o nos volveremos como un ejército de mosquitos que intentan picar a un ele- fante hasta matarlo. Cada golpe debe calcularse cuidadosamente por su efecto.

La idea de Henry de atacar la redacción del Post y la sala editorial pa- rece mucho mejor viendo lo ocurrido. Debíamos habernos retirado du- rante unos días para elaborar un plan adecuado que hubiera destruido el Post, en lugar de la incursión a medias contra las imprentas. Todo lo que hicimos en realidad fue poner en guardia al Post y hacer cualquier futura incursión mucho más arriesgada.

Nos consolamos un poco la mañana después de la acción. Sospecha- mos que la redacción había empleado la mayor parte de la noche en sus oficinas escribiendo una nueva versión sobre los sucesos de la tarde y estarían, por consiguiente, hasta tarde antes de marcharse a casa, así que decidimos hacerle una visita a uno de ellos.

Después de examinar el periódico, escogimos al editor que había escrito un artículo muy odioso contra nosotros. Sus palabras destilaban un odio talmúdico. Los racistas como nosotros, decía él, no merecen ni la menor consideración por parte de la policía o cualquier ciudadano de- cente. Nos debían disparar de inmediato como a perros rabiosos. ¡Un contraste evidente con su preocupación habitual con los violadores y ase- sinos negros y sus diatribas contra la "brutalidad policial" y los “reac- cionarios”!

Puesto que su editorial era una incitación al asesinato, nos pareció apropiado darle de su propia medicina.

Henry y yo cogimos un autobús en el centro de la ciudad y después detuvimos un taxi con un conductor negro. Para cuando paramos frente al camino de la entrada de la casa del editor en Silver Spring, el negro es- taba muerto en el maletero.

Yo esperé en el taxi mientras Henry tocaba el timbre y le dijo a la mujer que tenía que entregar un paquete para el Post y que necesitaba una firma en el recibo. Cuando unos momentos más tarde, el editor apa- reció en albornoz y somnoliento, en la puerta, Henry prácticamente lo partió por la mitad con dos tiros que le descerrajó con la escopeta recor- tada que llevaba bajo el abrigo.

El miércoles, nosotros cuatro -Katherine conducía el automóvil- destruimos por completo el repetidor de televisión más potente del área de Washington. Aquello era peligroso y había momentos en que pensaba

que no lograríamos escapar.

Todavía no está claro qué efecto están teniendo nuestras acciones sobre el público en general. La mayor parte se ocupa de sus asuntos como hace siempre.

Sin embargo, ha habido consecuencias. La Guardia Nacional de una

docena de estados ha sido convocada para reforzar las fuerzas de la po- licía local, y hay contingentes de guardias estacionados delante de cada edificio gubernamental de Washington, de los medios de comunicación más importantes de varias ciudades y de las casas de centenares de fun- cionarios del gobierno.

Dentro de una semana, sospecho que cada diputado, Juez Federal, y burócrata del gobierno federal desde el nivel de secretario adjunto hacia arriba, se habrá asignado un guardaespaldas permanente.Todos los sacos de arena, ametralladoras y los uniformes caqui que uno está empezando a ver por todas partes en Washington no nos facilitan las cosas pero pue- den despertar la conciencia del público, aunque estoy seguro de que la si- tuación es menos dramática en Iowa que aquí.

Nuestra mayor dificultad es que el público nos ve a nosotros y todo lo que hacemos sólo a través de los medios de comunicación. Podemos hacer bastante ruido para que los medios de comunicación no puedan permitirse ignorarnos o restarnos importancia, así que están usando la táctica opuesta de inundar al público con falsedades, verdades a medias y mentiras sobre nosotros. Durante las últimas dos semanas han estado dándonos un buen repaso, sin descanso, intentando convencer a todos de que somos la encarnación de mal, una amenaza a todo lo decente, noble y que merece la pena.

¡Han desatado todo el poder de los medios de comunicación de masas sobre nosotros; no sólo el habitual tratamiento parcial de las noticias, sino bastantes artículos de fondo en los suplementos del domingo, com- pletados con fotografías falsificadas de reuniones y actividades de la Or- ganización, discusiones de "expertos" en la televisión! Algunas de las historias que han inventado sobre nosotros son extremadamente invero- símiles, pero tengo miedo de que el pueblo americano sea tan incauto para creerlas.

Lo que está pasando ahora recuerda la campaña de los medios de

co- municación contra Hitler y los alemanes en los años 40: las historias sobre Hitler con ataques de furia y mordiendo las alfombras, planes ale- manes falsificados para la invasión deAmérica, bebés despellejados para hacer lámparas y luego convertirlos en jabón, las muchachas secuestradas y enviadas a “granjas de sementales”. Los judíos convencieron al pueblo americano de que esas historias eran verdad, y el resultado fue la Segunda Guerra Mundial, con millones de lo mejor de nuestra raza eliminados salvajemente -por nosotros- y toda Europa oriental y central convertida en un enorme campo de prisioneros comunista.

Ahora parece que el Sistema ha tomado la decisión, una vez más, de aumentar el estado de histeria bélica del público en contra de nosotros presentándonos como una amenaza más grande de lo que realmente somos. Nos han convertido en los nuevos alemanes y el país está siendo preparado psicológicamente.

Así, el Sistema se está esforzando más de lo que nosotros hubiéramos imaginado en despertar la conciencia del pueblo sobre nuestra lucha. Lo que me preocupa es mi sospecha de que las jerarquías del Sistema real- mente no están preocupadas por nuestra amenaza contra ellos y están usándonos cínicamente como una excusa para llevar a cabo ciertos pro- yectos de sus propios planes, como el programa del pasaporte interior. Anuestra unidad se le asignó la tarea general -después del ataque con bombas contra el FBI- de combatir los medios de comunicación en esta área a través de la acción directa, así como a otras unidades le fueron asignadas otras armas del Sistema como objetivos. Pero está claro que no podemos ganar sólo con la acción directa; hay demasiados de ellos y pocos de nosotros. Debemos convencer a una parte importante del pueblo americano de que lo que estamos haciendo es, al mismo tiempo, necesa- rio y apropiado.

Lo último es tarea de la propaganda, y hasta ahora no hemos tenido mucho éxito. Las unidades 2 y 6 son principalmente responsables de la propaganda en el área deWashington, y sé que los miembros de la unidad 6 han esparcido toneladas de octavillas en las calles; Henry recogió una de una acera del centro ayer. Aunque me temo que las octavillas solas

no pueden hacer mucho contra los medios de comunicación del Sistema. Nuestro esfuerzo más espectacular en cuanto a la propaganda ocurrió aquí el miércoles pasado, y acabó en un desastre enorme. El mismo día que nuestra unidad voló la estación de televisión, tres hombres de la Uni- dad 6 tomaron una estación de radio y empezaron a transmitir un llama- miento al pueblo para que se uniera a nuestra lucha por destruir el Sistema.

Habían grabado su mensaje en cinta, y trabaron las puertas de la estación, después de encerrar a todos los empleados en un almacén.Tenían la intención de escapar mientras se transmitía la cinta, con la esperanza de que la policía pensaría que todavía estaban dentro y sitiarían el lugar usando gas lacrimógeno, dándoles una media hora o más de tiempo de emisión.

Pero la policía llegó antes de lo esperado y atacó la estación casi inmediatamente, atrapando a nuestros hombres dentro. Dos murieron en el tiroteo y el tercero no se espera que sobreviva. El mensaje de la Orga- nización estuvo en antena menos de 10 minutos.

Aquellas fueron las primeras bajas que sufrimos aquí, pero sólo habían liquidado la unidad 6. Sus restantes miembros, dos mujeres y un hombre, han pasado temporalmente a la nuestra. Con uno de sus miem- bros en manos de la policía, tenían que abandonar su cuartel general in- mediatamente.

Con esto perdimos una de las dos imprentas de la Organización en el área de Washington, aunque pudimos recuperar la mayor parte de sus materiales de impresión y el equipo más ligero.Yganamos su camioneta de reparto, que sería muy útil si se quedaban aquí.

28 de octubre,

Anoche tuve que hacer lo más desagradable que me han ordenado desde que me uní a la Organización hace cuatro años. Participé en la eje- cución de un amotinado.

Harry Powell era el jefe de la Unidad 5. La semana pasada, cuando el Mando Operativo de Washington (WFC) dio orden de ejecutar a dos de

los defensores más odiosos y locuaces del mestizaje racial en esta zona -un sacerdote y un rabino, coautores de una petición al Congreso amplia- mente difundida pidiendo ventajas fiscales para las parejas mixtas-, Po- well se negó a cumplir la orden. Envió un mensaje al WFC que decía que él se oponía en adelante al uso de la violencia y que su unidad no par- ticiparía en ningún acto más de terrorismo.

Fue arrestado inmediatamente, y ayer, un representante de cada uni- dad bajo la dirección delWFC -incluso la Unidad 5- fue convocado para juzgarlo. La unidad 10 no pudo enviar a nadie, y así, 11 miembros -ocho hombres y tres mujeres- se reunieron con un oficial delWFC en el alma- cén del sótano de una tienda de regalos propiedad de uno de nuestros “le- gales". Yo era el representante de la Unidad 1.

El oficial del WFC enunció los cargos contra Powell, muy breve- mente. El representante de la Unidad 5 confirmó los hechos entonces: Powell no sólo se había negado a obedecer la orden de ejecución, sino que les había dicho a los miembros de su unidad que no obedecieran nin- guna más.Afortunadamente, ellos no permitieron que los manipulara. Powell tuvo una oportunidad para defenderse. Lo hizo durante más de dos horas, interrumpido de vez en cuando por una pregunta de alguno de nosotros. Lo que dijo me conmovió, pero estoy seguro de que hizo que nuestra decisión fuera más fácil para todos.

Harry Powell era, en el fondo, un "conservador responsable”. El hecho de que fuese no sólo un miembro de la Organización sino que hu- biera llegado a ser jefe de unidad refleja más sobre la Organización que sobre lo hecho por él. Su queja fundamental era

que todos nuestros actos de terror contra el Sistema estaban empeorando las cosas al "provocarlo" para que aumentara las medidas represivas.

¡Bien, por supuesto, todos nosotros entendimos eso! O, por lo menos, yo pensé que todos nosotros lo habíamos aceptado.Al parecer Powell no lo hizo. Es decir, él no entendió que uno de los propósitos principales del terror político, siempre y en todas partes, es obligar a las autoridades a tomar represalias y aumentar la represión, para así enemistarse con una parte de la población y generar simpatía por los terroristas.Yel otro pro- pósito es crear inquietud al destruir el sentimiento de seguridad de la po-

blación y su creencia en el poder del gobierno.

Como Powell continuó hablando, llegó a estar más claro que él era un conservador, no un revolucionario. Habló como si el propósito entero de la Organización fuera obligar al Sistema a establecer ciertas reformas, en lugar de destruir totalmente el Sistema, y construir algo radical y to- talmente nuevo en su lugar.

Él se opuso al Sistema porque le subieron demasiado los impuestos de su negocio -había sido propietario de una ferretería antes de que nos vié- ramos obligados a pasar a la clandestinidad-. Se opuso a la permisividad del Sistema con los negros, porque el crimen y los motines eran malos para los negocios. Se opuso a la confiscación por parte del Sistema de las armas de fuego, porque sentía que necesitaba un arma para su seguridad personal. Sus motivaciones eran las de un libertario, la clase de individuo egoísta que ve el mal esencial del gobierno como una limitación de la iniciativa libre.

Alguien le preguntó si se había olvidado de lo que la Organización había repetido una y otra vez, a saber, que nuestra lucha era para asegurar el futuro de nuestra raza, y que el problema de la libertad individual se subordinaba a aquella, propósito fundamental. Su réplica mordaz fue que las tácticas violentas de la Organización no

estaban beneficiando ni a nuestra raza ni a la libertad individual.

Esta respuesta demostraba de nuevo que él realmente no comprendía lo que nosotros estábamos intentando hacer. ¡Su apoyo inicial al uso de la fuerza contra el Sistema estaba basado en la asunción ingenua de que, por Dios, nosotros enseñaremos a esos bastardos! Cuando el Sistema, en lugar de ceder, empezó a apretar las tuercas con más fuerza, llegó a la conclusión de que nuestra política de terrorismo era contraproducente. Sencillamente, no podía aceptar el hecho de que el camino hacia nues-

tra meta no puede ser alterado en una fase tan temprana de nuestra actua- ción, sino que debe ser una superación del presente y una forja del futuro, nosotros eligiendo el rumbo en lugar del Sistema. Hasta que le arrebate- mos el timón de sus manos y arrojemos al Sistema por la borda, la nave del estado se irá escorando de forma peligrosa. No nos detendremos, no hay marcha atrás. Desde que estamos entre las piedras y bajíos, lo hemos

pasado y lo pasaremos bastante mal antes de lograr una navegación libre de obstáculos.

Quizá él tenía razón en que nuestras tácticas están equivocadas; el pueblo contestará esa pregunta en el futuro. Pero su actitud entera, su orientación, estaba totalmente equivocada. Cuando escuchaba a Powell recordé al escritor de finales del siglo XIX, BrooksAdams, y su división de la especie humana en dos clases: el hombre espiritual y el hombre económico. Powell era el prototipo del hombre económico.

Las ideologías, los fines últimos, la contradicción fundamental entre la visión del mundo del Sistema y la nuestra no significaba nada para él. Él consideraba la filosofía de la Organización como si fuera un señuelo ideológico para reclutar a gente como nosotros.Veía nuestra lucha contra el Sistema como un combate por el poder y nada más. Si nosotros no los fustigábamos, entonces podríamos

intentar obligarlos a un acuerdo con nosotros.

Me pregunté cuántos más habría en la Organización con la manera de pensar de Powell, y me estremecí. Nos habían obligado a crecer de- masiado rápido. No había habido tiempo suficiente para desarrollar en toda nuestra gente una actitud esencialmente religiosa hacia nuestra mi- sión y nuestras doctrinas que habría prevenido el incidente de Powell, cribándolo antes.

Con su forma de ser, no teníamos opción sobre el destino de Powell. Había que considerar no sólo su desobediencia, sino también que se había revelado como poco digno de confianza. Tener uno de nosotros –y ade- más jefe de unidad- hablando abiertamente a otros miembros de encon- trar una manera de acuerdo con el Sistema, con la guerra apenas en sus inicios... Había sólo una forma de tratar un problema así.

Los ocho miembros masculinos presentes escogimos una pajitas, y tres de nosotros, incluyéndome, resultamos elegidos para el piquete de ejecución. Cuando Powell comprendió que iba a ser ejecutado, intentó detenernos. Le atamos las manos y los pies, y tuvimos que amordazarlo cuando comenzó a chillar. Lo llevamos a una zona boscosa lejos de la au- topista, a unas 10 millas al sur de Washington, le disparamos y lo ente- rramos.

Regresé poco después de medianoche, pero no pude dormirme. Estaba muy deprimido.

Capítulo VIII

4 de noviembre de 1991,

Sopa y pan de nuevo esta noche, y no demasiado. El dinero casi se nos ha acabado, y todavía no hemos tenido noticias del WFC. Si nuestro di- nero no llega en los próximos dos días, tendremos que recurrir al robo a mano armada de nuevo, un futuro nada agradable.

Parece que la Unidad 2 aún tiene un suministro ilimitado de alimen- tos, y estaríamos mucho peor si no nos hubiesen dado un cargamento de comida enlatada hace un mes, especialmente desde que somos siete a la hora de comer. Pero es demasiado peligroso conducir hasta Maryland para recoger nuestro suministro de comida. Las posibilidades de toparse con un control de carreteras de la policía son demasiado elevadas.

Esta es la más notable consecuencia hasta la fecha de nuestra campaña de terror, y para el público debe ser con mucho la más irritante: viajar con el coche particular se ha convertido -al menos en la zona deWashington- en una auténtica pesadilla, con enormes atascos por todas partes causados por los controles. En los últimos días esta actividad policial ha aumentado significativamente, y parece como si fuera a convertirse en una norma ha- bitual en un futuro cercano.

Hasta ahora, sin embargo, no han parado a peatones, ciclistas y auto- buses. Todavía podemos seguir abasteciéndonos, aunque con menor fa- cilidad que antes.

¡Vaya, la luz se ha ido otra vez! Es la segunda ocasión esta noche que hemos tenido que sacar las velas. Hasta este año, el nivel más bajo de ten- sión eléctrica había ocurrido en el verano, pero ahora estamos en no- viembre y nos hemos acostumbrado ya a la reducción “temporal” del voltaje en un 15% que impusieron en julio. Ni siquiera esta reducción

definitiva nos está salvando de un número creciente de apagones. Pienso que es obvio que algún pez gordo se está beneficiando con la

escasez de tensión. Cuando Katherine tuvo la suerte de encontrar algunas velas en una tienda de comestibles la semana pasada, pagó un dólar y medio por cada una. El precio del queroseno y las linternas de gasolina está por las nubes, y las ferreterías nunca tienen. Cuando tenga un poco de tiempo libre, veré lo que puedo improvisar en ese sentido.

Hemos estado manteniendo la presión contra el Sistema durante la última semana con numerosas acciones de bajo riesgo y realizadas por un sólo hombre. Como ejemplo, ha habido aproximadamente 40 ataques con granadas contra edificios federales y medios de comunicación en Washington, y nuestra unidad es responsable de 11 de ellos.

Desde que resulta casi imposible entrar en cualquier edificio federal, excepto en una oficina de correos, sin un registro minucioso, hemos te- nido que volvernos más ingeniosos. En una ocasión Henry simplemente tiró de la anilla de una granada de fragmentación y la deslizó entre dos cartones en una gran plataforma de transporte esperando fuera de la en- trada de carga del Washington Post, ajustándola entre los cartones para que el resorte de seguridad no se moviera. No esperó por allí, pero las no- ticias de los informativos confirmaron que había habido una explosión en el edificio del Washington Post que mató a un empleado e hirió grave- mente a otros tres.

Sin embargo, más a menudo hemos usado lanzadores de granadas im- provisados sobre escopetas de caza. Nos dan un alcance máximo de 150 yardas, pero la granada siempre explota antes de tiempo a menos que el dispositivo de retraso esté modificado. Todo lo que uno necesita para usarlas eficazmente es un lugar para ocultarse en la zona a unas 100 yar- das del blanco.

Hemos disparado desde el asiento trasero de un coche en marcha, desde la ventana del baño de un edificio cercano, y, anoche, desde unos arbustos en un parque pequeño a través de la calle al edificio designado como objetivo. Con suerte uno puede alcanzar una ventana y conseguir una explosión dentro de una oficina o un corredor. Pero incluso cuando la granada rebota en un muro exterior la explosión revienta las ventanas,

y la metralla sobresalta a la gente.

Si continuamos durante mucho tiempo así, obligaremos al gobierno a tapar todas las ventanas de los edificios federales y esto ayudará a au- mentar la conciencia de los empleados federales. Pero está claro que no podemos mantener este tipo de actividad indefinidamente.Ayer perdimos a uno de nuestros mejores activistas -Roger Greene, de la Unidad 8- y perderemos más con el paso del tiempo. El Sistema ganará cualquier tipo de guerra de desgaste sin la menor duda, considerando la ventaja numé- rica con la que cuentan en comparación con nosotros.

Hemos comentado este problema internamente muchas veces, y siem- pre regresamos al mismo obstáculo: una actitud revolucionaria apenas si existe en América, fuera de la Organización, y todas nuestras acciones hasta la fecha no parecen haber cambiado esta situación. Las masas no están a gusto con el Sistema, su malestar ha aumentado claramente du- rante los últimos seis o siete años conforme las condiciones de vida se han deteriorado, pero todavía están demasiado cómodos y complacientes como para aceptar la idea de una revolución.

Por encima de todo esto está la gran desventaja que sufrimos al con- trolar el Sistema la imagen que llega al pueblo sobre nosotros. Recibimos información actualizada de nuestros “legales” sobre lo que el público está pensando, y la mayoría de las personas ha aceptado sin dudar el re- trato que el Sistema ofrece de nosotros como "gangsters" y "asesinos”. Sin empatía entre el público y nosotros nunca podremos encontrar a nuevos reclutas en número suficiente para compensar nuestras pérdidas. Ycon el Sistema controlando casi cada medio de comunicación, es com- plicado avivar cualquier clase de simpatía. Nuestras octavillas y la cap- tura ocasional de una emisora durante unos minutos apenas pueden nada contra la imparable marea de lavado de cerebro que el Sistema utiliza para mantener a la gente controlada.

La electricidad ha vuelto de nuevo, justo cuando me iba a acostar. A veces pienso que las propias debilidades del Sistema provocarán su caída con rapidez tanto con nuestra "ayuda" como sin ella. Los constantes apa- gones son sólo una de las miles de grietas en este edificio en ruinas que intentamos desesperadamente derribar.

8 de noviembre,

En los últimos días se ha producido un cambio importante en nuestros asuntos domésticos. La población en nuestro refugio aumentó hasta ocho el pasado jueves, y ahora ha vuelto de nuevo a cuatro: Bill y Carol Narran -antiguos miembros de la Unidad 6-, Katherine y yo. Henry y George han formado equipo con Edna Carlson que también vino con nosotros después del desastre de la Unidad 6 y con Dick Wheeler, el único super- viviente de una redada policial en el escondite de la Unidad 11 que tuvo lugar el jueves. Los cuatro se han trasladado a un sitio nuevo, en la ciu- dad.

La nueva estructuración nos ha repartido mejor en cuanto a los cam- pos operativos de lo que estábamos antes, así como también resolviendo el problema personal que nos preocupaba a Katherine y a mí. Nosotros, en el almacén, somos ahora esencialmente una unidad de servicio téc- nico, mientras que los cuatro que se han marchado forman una unidad de sabotaje y ejecución.

Bill Hanrahan es maquinista, mecánico e impresor. Hasta hace dos meses él y Carol tenían una imprenta enAlexandria. Su esposa no com- parte su genio técnico, pero es una tipógrafa bastante competente. En cuanto consigamos otro equipo de imprenta, su trabajo será producir mu- chas octavillas y otros materiales de propaganda que la Organización dis- tribuye clandestinamente en esta zona.

Yo continuaré siendo responsable del equipo de comunicaciones de la Organización y del suministro de armamento. Bill me ayudará

con lo úl- timo y también será nuestro armero y encargado de la armería. Katherine tendrá una oportunidad para ejercer otra vez sus habilidades editoriales, aunque a escala limitada, tendrá la responsabilidad de adaptar la propaganda mecanografiada que recibimos del WFC en los titulares y el texto listos para Carol. Podrá resumir, borrar y hacer otros cambios necesarios para las pruebas de imprenta según su criterio.

Bill y yo terminamos nuestro primer trabajo de armamento especial ayer. Modificamos un mortero de 4.2 pulgadas para utilizar proyectiles

de 81 milímetros. La modificación era necesaria porque hemos sido in- capaces de conseguir un mortero de 81 mmpara los proyectiles que cap- turamos en nuestra operación en el Campo de pruebas de Aberdeen el mes pasado. Uno de nuestros miembros más veteranos, sin embargo, tenía un mortero de 4.2 pulgadas aprovechable que había mantenido oculto en un lugar apartado desde finales de los 40.

La Organización está planeando una misión muy importante en un día o dos, en la que se utilizará el mortero, y Bill y yo nos sentíamos obli- gados a terminar el trabajo a tiempo. Nuestra dificultad principal estaba en encontrar un pedazo de tubo de acero del diámetro adecuado para sol- darlo dentro del cañón de 4.2 pulgadas, puesto que no tenemos ningún torno u otras herramientas en este momento. Una vez encontramos a un proveedor para el tubo el resto era bastante fácil, y estamos orgullosos del resultado, aunque pesa más de tres veces que un mortero de 81 milíme- tros.

Hoy hemos hecho un trabajo que era bastante simple en teoría pero que nos dio más problemas en la práctica de lo que habíamos supuesto: derretir el relleno de explosivo de una bomba de 500 libras de peso. Con una buena dosis de esfuerzo y juramentos, y con varias quemaduras de agua hirviente, sacamos la mayor parte del explosivo de la bomba en di- versas latas de zumo, botes de

mantequilla de cacahuetes y otros reci- pientes. El trabajo nos llevó todo el día y acabó con la paciencia de todos, pero ahora tenemos material para hacer bastantes bombas de mediana potencia durante varios meses.

Estoy convencido de que he encontrado en Bill Hanrahan a un magnífico camarada para llevar a cabo los nuevos deberes de nuestra unidad para con la Organización. Nos designamos ahora Unidad 6 y estoy al mando. Ciertamente la nueva situación es más agradable para Katherine y para mí, ahora que nosotros compartimos NUESTRO edificio con otro matrimonio en lugar de con dos solteros.

He escrito "otro matrimonio", pero es un lapsus al escribir, puesto que Katherine y yo no nos hemos casado formalmente. Sin embargo, en los últimos dos meses -y particularmente en las últimas dos o tres semanas- hemos experimentado tanto juntos y nos vuelto tan dependientes el uno

del otro por la camaradería que un lazo tan fuerte como el del matrimonio se ha desarrollado entre nosotros.

Es interesante que la Organización, que ha impuesto en todos nosotros una vida que es antinatural en muchos aspectos, ha naturalizado la rela- ción entre los sexos dentro de la Organización.Aunque las mujeres sol- teras son teóricamente "iguales" a los hombres, pues están sujetas a la misma disciplina que los miembros masculinos, nuestras mujeres son más valoradas y protegidas de lo que lo son en la sociedad. Considerando, por ejemplo, la violación, que ha llegado a ser como una epidemia en nuestros días. Ya había aumentando en una proporción del 20 al 25 por ciento por año desde comienzos de 1970 hasta el año pasado, cuando la Corte Suprema ordenó que todas las leyes que convierten la violación en un crimen son inconstitucionales, porque presu- men una diferencia legal entre los sexos. La violación, decretaron los jueces, sólo puede perseguirse según las leyes

aplicables a los ataques de naturaleza no sexual.

En otras palabras, la violación ha sido reducida a la categoría de un puñetazo en la nariz. En los casos donde no se puede demostrar ninguna lesión física, ahora es casi imposible conseguir una acusación o un arresto. El resultado de este disparate judicial ha sido que el índice de violaciones ha subido tanto que una de cada dos mujeres americanas pue- den esperar ser violadas por lo menos una vez en su vida. En muchas de nuestras grandes ciudades las estadísticas son mucho peores.

Los grupos feministas han recibido este acontecimiento con consternación. No es exactamente lo que esperaban cuando empezaron la agita- ción hace dos décadas para conseguir la "igualdad". Hay consternación al menos entre las bases de estos grupos; sospecho que sus líderes, la ma- yoría de las cuales son judías, esperaban esto desde el principio.

Por otra parte, los portavoces negros del movimiento por los derechos civiles, han tenido sólo alabanzas para la decisión de la Corte Suprema. Las leyes contra la violación, dijeron, son “racistas” porque se ha culpado a un número exageradamente grande de.

Hoy día las bandas de delincuentes negros andan dando vueltas por los aparcamientos y las zonas de recreo de colegios y vagan por los co-

rredores de edificios de oficinas y complejos de apartamentos, buscando cualquier mujer blanca atractiva y sin acompañante, sabiendo que el cas- tigo, o de la ciudadanía desarmada o la policía maniatada, es muy impro- bable. Las violaciones de las bandas en las aulas escolares se han convertido en un nuevo deporte especialmente popular.

Algunas mujeres particularmente liberales pueden pensar que esta si- tuación proporciona una cierta cantidad de satisfacción para su

maso- quismo, como una forma de expiar su sentimiento de culpabilidad racial. Pero para las mujeres blancas normales es una pesadilla diaria.

Uno de los aspectos más enfermizos de este asunto es que muchos jóvenes blancos, en lugar de oponerse a esta nueva amenaza a su raza, han decidido unirse. Los violadores blancos se han vuelto puesto más frecuentes, y ha habido recientemente casos de algunos integrados en las bandas de violadores.

Tampoco las muchachas han permanecido totalmente pasivas. El libertinaje sexual de los jóvenes blancos y de las mujeres, e incluso de los niños, ha alcanzado un nivel que habría sido impensable hace sólo dos o tres años. Los homosexuales, fetichistas, las parejas mestizas, los sádicos y los exhibicionistas, incitados por los medios de comunicación, ostentan sus perversiones en público, y el público está uniéndose a ellos. Precisamente la semana pasada, cuando Katherine y yo fuimos a la ciudad para recoger el dinero para nuestra unidad -finalmente cumplieron con su obligación cuando nos quedaba apenas la última lata de sopa- tu- vimos un incidente repugnante. Mientras estábamos esperando en una parada de autobús para regresar a casa, decidí entrar en una farmacia a sólo unos pasos para comprar un periódico. Me marché no más de 20 segundos, pero cuando regresé un joven de aspecto grasiento, más o menos blanco, pero con un peinado “afro” tan popular entre los jóvenes dege- nerados, estaba mofándose de Katherine con obscenidades mientras bai- laba y fintaba alrededor de ella como un boxeador. (Nota para el lector: "Afro" se refiere a la raza negra o africana que, hasta su desaparición sú- bita durante la Gran Revolución, ejerció una influencia de degeneración creciente en la cultura y la forma de vida de los habitantes deAmérica del Norte.)

Lo agarré por el hombro, lo giré y le pegué en la cara tan fuerte como pude. Cuando se cayó tuve la profunda y primitiva satisfacción de ver cuatro o cinco de sus dientes caídos mientras manaba bastante sangre os- cura de su boca destrozada.

Eché mano a mi pistola en el bolsillo con la intención de matarlo en el acto, pero Katherine me cogió el brazo y me tranquilicé. En lugar de dispararle, lo incorporé y le di tres patadas en la ingle con todas mis fuer- zas. Sufrió unas fuertes convulsiones y emitió un corto y ahogado grito al recibir la primera patada, y entonces permaneció inmóvil.

Un peatón apartó la vista y se apresuró.Al otro lado de la calle dos ne- gros miraban estúpidamente y aullaban. Katherine y yo nos apresuramos para doblar la esquina. Caminamos aproximadamente seis manzanas, en- tonces volvimos hacia atrás y cogimos el autobús en otra parada. Katherine me dijo después que el joven había corrido hacia ella tan pronto como entré en la farmacia. La había rodeado con el brazo, le había hecho proposiciones deshonestas y empezó a manosear sus pechos. Ella es bastante fuerte y ágil, y pudo zafarse de él, pero le impidió seguirme hasta la farmacia.

Como norma, Katherine lleva una pistola, pero el día era tan caluroso a pesar de la estación, que resultaba impropio para una chaqueta, y lle- vaba ropa que no permitía ocultar una pistola. Desde que estaba conmigo no le molestaba llevar uno de esos sprays de gas lacrimógeno que se ha convertido en un artículo esencial para las mujeres en estos días.

En este sentido es interesante destacar que la misma gente que se ma- nifestó tan histéricamente a favor de la confiscación de las armas antes de la Ley Cohen está pidiendo en la actualidad que el gas lacrimógeno sea también prohibido. ¡Ha habido incluso recientemente casos donde se ha acusado a mujeres que usaron el gas lacrimógeno para defenderse de una violación de haber realizado un asalto con arma! El mundo se ha vuelto tan loco que nada resulta ya una sorpresa.

En contraste con la situación en el exterior, la violación dentro de la Organización es casi inconcebible. Pero no tengo ni la menor duda de que si ocurriera un caso de violación, el perpetrador sería recompensado con ocho gramos de plomo en cuestión de horas.

Cuando volvimos al almacén, Henry y otro hombre estaban esperándonos. Henry quería que le diera un último informe detallado sobre el mortero que habíamos modificado. Cuando salieron, se lo llevaron. To- davía no sé para qué lo usarán.

Katherine y yo le tenemos un gran aprecio a Henry, y lo echamos de menos en nuestra nueva unidad. Él es el tipo de persona del que depen- derá el éxito de la Organización en última instancia.

Katherine ya le había enseñado a Henry la mayoría de sus trucos de maquillaje y disfraz, y cuando él salió con el mortero ella le dio la parte mayor de sus existencias de pelucas, barbas, postizos de plástico y cos- méticos.

Capítulo IX

9 de noviembre de 1991,

¡Qué día! Este medio día a las dos en punto se había convocado una sesión extraordinaria del Congreso para oír un discurso del Presidente. Iba a solicitar una legislación especial que permitiera al gobierno acabar con el “racismo” y combatir el terrorismo con mayor facilidad.

Una cosa que pediría al Congreso, según la prensa, era la ley del pasaporte interno esperada durante mucho tiempo.Apesar de la destrucción el mes pasado de los ordenadores que iban a usarse para el programa de pasaporte, es evidente que el gobierno sigue adelante con el proyecto. El Capitolio había sido rodeado por todas

partes con entre 3.000 y 5.000 policías secretos y soldados uniformados y armados. Los jeeps con las ametralladoras montadas estaban por todas partes. Había incluso dos tanques y variosAPCs.

Los miembros de la prensa y del personal del Congreso tenían que atravesar tres anillos separados de barricadas y alambre de púas, y en cada uno de que ellos fueron cacheados a fondo en busca de armas con el fin de proteger el Capitolio. Los helicópteros sobrevolaban la zona. Ningún comando de guerrillas decidido al sabotaje o asesinato podría acercarse a menos de dos manzanas del lugar, incluso en una acción sui- cida.

De hecho, el gobierno extremó excesivamente las medidas de seguridad sólo para elevar el sentimiento de urgencia de la ocasión. Estoy se- guro de que el espectáculo de todas las tropas y armas alrededor del Capitolio no dejó ninguna duda en las mentes de los telespectadores sobre la existencia de una situación de emergencia en el país que requiere fuertes medidas del gobierno.

Entonces, cuando las cámaras de la televisión se estaban preparando para cambiar la escena de las masas en el exterior del Capitolio al podio del portavoz en la Sala donde el Presidente iba a hablar, un impacto de mortero -aunque nadie sabía de qué se trataba- explotó a unas 200 yardas al noroeste del edificio. Los espectadores de la televisión oyeron la ex- plosión pero no podían ver nada excepto una nube de humo grisáceo sobre el Capitolio.

Durante los siguientes segundos hubo confusión general. Soldados con máscaras de gas corriendo en una dirección, mientras serios policías secretos con pistolas corrían en la otra dirección. El comentarista de la te- levisión anunció con voz jadeante que alguien había puesto una bomba en uno de los parques de aparcamiento del Capitolio.

Balbuceó durante una minuto aproximadamente, especulando acerca de quién lo había hecho, cómo habían logrado introducir la

bomba con tantas fuerzas de seguridad, cuántas personas habían resultado heridas por la explosión, y cosas por el estilo. Entonces llegó el segundo impacto. Fue un estallido y un fogonazo a unas 50 yardas frente a la cámara de

la televisión. Hizo casi un impacto directo sobre una escuadra de solda- dos que manejaban una ametralladora detrás de un montón de sacos de arena en el aparcamiento Este del Capitolio.

"¡Es nuestro mortero!" -grité. También debe de haber pensado lo mismo cada hombre con experiencia militar que esté contemplando la escena, que un mortero era responsable de las dos explosiones.

Los morteros son pequeñas armas maravillosas, sobre todo para la guerra de guerrillas. Dejan caer sus cargas mortales silenciosa y casi ver- ticalmente sobre el objetivo. Pueden dispararse desde posiciones total- mente a cubierto y las personas en la zona bombardeada no pueden saber de dónde proceden los proyectiles.

En este caso supuse inmediatamente que nuestra gente estaba dispa- rando desde una zona apartada, densamente arbolada de la orilla oeste del Potomac, a sólo dos millas del Capitolio. Henry y yo habíamos compro- bado la zona hace algún tiempo para semejante propósito, porque desde allí cada edificio federal importante de Washington está dentro del al- cance del mortero de 81 mm.

Aproximadamente 45 segundos después del segundo impacto, el ter- cero dio en el tejado del ala sur del Capitolio y explotó dentro del edificio. Habían alcanzado el objetivo por fin, y los proyectiles empezaron a llover con intervalos de cuatro a cinco segundos. Mientras tanto, prácticamente todos, incluyendo la mayoría de los equipos de televisión, había corrido para ponerse a cubierto, pero un intrépido cámara permaneció en su sitio. Vimos magníficas llamaradas y trozos de acero que saltaban por todas partes volando por el asfalto, estruendos en medio de la construcción hecha añicos y los vehículos ardientes, explosiones dentro y fuera del Capitolio,

cobrando su tributo sangriento en las altas jerarquías de la ti- ranía y de la traición.

Todo había terminado en unos tres minutos, pero mientras duró era el espectáculo más magnífico que yo he visto nunca. ¡Qué impresión debió de causar en la gente que estaba viendo la televisión!

Yha habido más acción, tanto en California como en NuevaYork. El Ayuntamiento de LosAngeles se había reunido para seguir la transmisión del discurso del Presidente al Congreso antes de votar varios decretos “anti-racistas” propios. Casi al mismo tiempo que comenzaban los fuegos artificiales aquí, cuatro de nuestros hombres, usando falsas identificacio- nes policiales, entraron en el ayuntamiento y lanzaron granadas. Mataron a ocho miembros delAyuntamiento, y escaparon sin problemas.

Una hora antes, en NuevaYork, la Organización usó un lanzagranadas para disparar a un avión de pasajeros que había llegado de Tel Aviv re- pleto de personalidades de vacaciones, la mayor parte judíos. No hubo supervivientes. (Nota al lector: Un "lanzagranadas” era un lanzador por- tátil para cohetes pequeños, usado principalmente como una arma de la infantería contra los vehículos blindados durante la Segunda Guerra Mundial, en 60-54Antes de la Nueva Era, y ya obsoleto en el año 8ANE. TelAviv era la ciudad más grande de Palestina durante el periodo de ocu- pación judía de ese desafortunado país en la Era Antigua. Las ruinas de la ciudad todavía son demasiado radiactivas para la ocupación humana.) ¡En resumen, ha sido un día muy ajetreado para la Organización! Me reconforto grandemente por estas demostraciones de nuestra capacidad por lanzar múltiples y simultáneos golpes contra el Sistema, y estoy se-

guro de que lo mismo les ocurre a todos los demás camaradas.

Apesar de todo el ruido, humo y destrucción causado por nuestro ata- que en el Capitolio, murieron sólo 61 personas, según nos

enteramos más tarde en las noticias. Entre éstas se cuentan dos diputados, un oficial sub- alterno y cuatro o cinco miembros del personal del Congreso. Pero el au- téntico valor de todos nuestros ataques de hoy radica en el impacto psicológico, no tanto en las víctimas directas.

En primer lugar, nuestros esfuerzos contra el Sistema han ganado ex- traordinariamente en credibilidad. Más importante, sin embargo, es lo que le hemos enseñado a políticos y burócratas. Han aprendido que nin- guno está fuera de nuestro alcance. Pueden esconderse detrás de alambre de espino y tanques en la ciudad (Washington), o bien ocultarse detrás de muros fortificados y sistemas de alarma en sus estados, pero aun así po- demos encontrarlos y matarlos. Todos los guardias armados y las limu- sinas a prueba de balas deAmérica no pueden garantizar su seguridad. Es una lección que no olvidarán.

Ahora están furiosos contra nosotros y prometen solemnemente al pú- blico que nos aplastarán. La gran debilidad del Sistema es su absoluta corrupción moral. Nos superan ampliamente en hombres y en armas, pero ninguno de sus líderes tiene otro interés que el suyo personal. Están listos para traicionar al Sistema cuando lo consideren ventajoso.

Por ahora, no deben saber que todos están destinados inevitablemente al patíbulo. Debemos hacerles creer que pueden hacer un trato con nos- otros y así salvar sus cuellos cuando se produzca la caída del Sistema. Sólo los judíos no tienen dudas en este aspecto.

En cuanto al público, es todavía un poco pronto para saber cuál será su reacción ante las explosiones de hoy. La mayoría de ellos, claro, creerá lo que les digan. En esencia, están saturados de cerveza y televisión. Su mentalidad se basa en las revistas de cine y las series de humor de tele- visión (sitcom) con las que el Sistema los atiborra. (Nota para el lector: la palabra "sitcom" se refiere, al parecer, a un tipo de programa de la te- levisión popular durante los últimos años de la Era Vieja.)

No obstante, debemos observar cuidadosamente los sentimientos

del público hacia el Sistema y hacia nosotros.Aunque la gran mayoría con-

tinuará apoyando al Sistema con tal de que sus neveras estén llenas, es del público de donde debemos extraer a nuestros reclutas para compensar nuestras pérdidas.

Nuestra incapacidad actual para reclutar es una fuente de gran preo- cupación para todos. Corre el rumor de que no ha habido un solo nuevo recluta en el área de Washington en los últimos dos meses. Durante ese tiempo hemos perdido aproximadamente el 15 por ciento de nuestras fuerzas. Espero que la situación no esté tan mal en otros lugares.

De todos los segmentos de la población entre los que esperábamos reclutar nuevos miembros, los conservadores y los derechistas han sido la desilusión más grande. Son extremadamente cobardes, de hecho, su co- bardía sólo es superada por su estupidez.

La teoría de conspiración que circula actualmente entre los conser- vadores es que, en realidad, la Organización está pagada por el Sistema. Nosotros somos provocadores a sueldo cuyo trabajo es provocar el sufi- ciente caos como para justificar las medidas represivas contrarrevolucio- narias y antirracistas que el Gobierno está tomando. Si dejáramos de mecer el barco, las cosas serían más fáciles para todos. Tanto si lo creen como si no, les da una excusa para no unirse a nosotros.

En el otro extremo, los liberales espasmódicos se han olvidado de su entusiasmo por el radicalismo tan de moda de hace unos años, ahora que los radicales somos nosotros. Ellos toman sus señales ideológicas de los gurús y redactores de las revistas, y lo que está de moda actualmente es ser partidario del Sistema.Asu manera, los liberales, a pesar de sus pre- tensiones de sofisticación, son tan tontos y fácilmente manipulables como los conservadores.

Los cristianos son una mezcla.Algunos de ellos se cuentan entre nues- tros más consagrados y valerosos miembros. Su odio contra el Sistema está basado –además de las razones que el resto de nosotros tenemos- en su reconocimiento del papel del Sistema en la socavación y corrupción de la Cristiandad.

Pero todos los que todavía están asociados con las iglesias mayores están contra nosotros. La invasión judía de las iglesias cristianas y la co- rrupción del ministerio son ahora casi completas. Los prostitutos del púl-

pito predican la ortodoxia del Sistema a sus rebaños todos los domingos, y recogen sus 30 monedas de plata en forma de subvenciones del go- bierno para el "estudio", premios de hermandad, gratificaciones por con- ferencias y buena prensa.

Los libertarios son otro grupo que está dividido.Aproximadamente la mitad de ellos apoya el Sistema y la otra mitad está contra él. Sin em- bargo, todos están contra nosotros. El que está contra el Sistema no pasa de verlo como una amenaza mayor que la Organización. A medida que nuestra credibilidad crezca, los libertarios apoyarán más y más al Sis- tema. Seguramente no hay manera de poder aprovechar nada de ese grupo.

No, no hay mucha esperanza de penetrar en cualquiera de estos seg- mentos ideológicos de la población. Si podemos encontrar nuevos reclu- tas, estarán entre aquellos que en la actualidad no han tomado partido. El lavado de cerebro del Sistema no ha doblegado todas las mentes. Hay todavía millones y millones de personas buenas ahí fuera, que no han permitido que la propaganda del Sistema los seduzca hasta el nivel de los animales como ha rebajado la existencia de tantos que viven sola- mente para satisfacer sus sentidos. ¿Cómo podemos motivar a estas per- sonas para que se unan a nosotros?

La vida es cada vez más desagradable, cada vez más judía. Pero to-

davía es bastante cómoda, y la comodidad es el gran corruptor, el gran fa- bricante de cobardes. Parece que, de momento, ya hemos captado a todos los auténticos revolucionarios deAmérica en nuestra red.Ahora debemos aprender cómo convertir a más y a mayor velocidad.

14 de noviembre,

Hoy hemos tenido una visita de Henry, y me he enterado de algunos de los detalles del ataque con mortero del lunes en el Capitolio. Estuvie- ron implicados sólo tres de los nuestros: Henry y el hombre que le ayudó a transportar las piezas del mortero y los proyectiles al lugar elegido para realizar los disparos entre los bosques y dejarlo todo preparado, y una muchacha con un pequeño transmisor en un parque a unas manzanas del

Capitolio que sirvió como observador de tiro. Ella transmitió por radio las correcciones del alcance al ayudante de Henry, mientras Henry dejaba caer los proyectiles en el tubo. Los cálculos que hice sobre el alcance de los proyectiles habían sido casi perfectos.

Gastaron toda la munición de 81 mm que robamos en Aberdeen el mes pasado, y Henry quiso saber si yo podría hacer algo. Le expliqué la dificultad de la tarea.

Las bombas que preparábamos eran bastante sofisticadas. Pero los proyectiles del mortero, eso era otra cosa. Eran demasiado complejos para nuestras posibilidades actuales. Algo podría improvisar, pero sería una aproximación muy basta a la auténtica, que distaría mucho de lo ne- cesario. Tendremos que hacer un asalto en otra armería, con todos los riesgos que trae consigo, antes de poder usar nuestro mortero de nuevo. Otra cosa de la que hablé con Henry fue la oleada de bombas muy ru- dimentarias que ha ocurrido en los últimos dos o tres días. Ha habido cien o más por todo el país, incluyendo cuatro en Washington, y me han sorprendido en varios aspectos, principalmente la elección de los

objeti- vos -bancos, almacenes, oficinas de empresas- pero también por su apa- rente falta de experiencia. Por cada bomba que explotó, parece que la policía descubrió otra que falló.

Henry confirmó mis sospechas: las bombas -al menos las de nuestra zona- no son obra de la Organización. Eso es interesante. Parece que hemos estimulado involuntariamente a anarquistas latentes –o Dios sabe qué- que han estado acechando en las sombras.

Los medios de comunicación, claro, han atribuido todo esto a nosotros –lo cual es un tanto embarazoso, debido a la falta de pericia demostrada- pero quizás el propio fenómeno no es un hecho negativo. Por lo menos, la policía secreta tendrá algo más para estar ocupada, y eso nos restará algo de presión. El crecimiento del nihilismo que el Sistema ha estimu- lado desde hace tanto tiempo, puede estar dando frutos para nosotros en lugar de para el Sistema. Hoy he tenido una experiencia bastante intere- sante a mi entender.

Tenía que ir a Georgetown para ocuparme de un problema menor de comunicaciones de la Unidad 4. Georgetown, que una vez fue el área

más elegante de Washington, ha sucumbido en los últimos cinco años a la misma plaga que ha convertido el resto de la capital de la nación en una selva del asfalto. La mayoría de las tiendas caras se han convertido en lo- cales de “gays”, salones de masaje, tiendas porno, licorerías y similares negocios capitalistas. La basura llena las aceras, y los negros que eran allí bastante escasos ahora pululan por todas partes.

Pero hay todavía muchos blancos que viven en Georgetown. Las que una vez fueron casas de ricos, hoy están repletas, ocupadas por colonias de intrusos, principalmente jóvenes marginados y fugitivos.

Llevan una existencia marginal, pidiendo en las calles, buscando en los cubos de basura entre los desperdicios, robando de vez en

cuando. Algunas de las muchachas caen en la prostitución ocasional. Práctica- mente todos ellos –o al menos así pensaba hasta ahora- están permanen- temente drogados. Desde que el Sistema dejó de hacer cumplir las leyes sobre la droga el año pasado, la heroína ha llegado a ser tan barata y tan fácil de conseguir como los cigarrillos.

Los policías generalmente los dejan tranquilos, aunque algunas de las historias sobre lo que sigue ocurriendo entre estos jóvenes son terribles. Dentro de sus fortalezas, los edificios repletos en los que viven, cocinan, comen, duermen, hacen el amor, dan a luz, se inyectan la droga en sus venas y mueren. Parecen haber regresado a un estilo de vida pre-civili- zado. Cultos religiosos de chiflados, en medio de incienso y conjuros, florecen entre ellos. Predominan varios tipos de culto a Satanás, reminis- cencias de antiguos cultos semíticos, y se rumorea que tienen lugar tor- turas y crímenes rituales, así como canibalismo ritual, rituales de orgías sexuales y otras prácticas no occidentales.

Yo había terminado mi trabajo para la Unidad 4 –que, teniendo algu- nos de nuestros miembros más bohemios, puede mezclarse sin problemas en el ambiente de Georgetown mejor que cualquiera de nuestras otras unidades- y me dirigía hacia la parada de autobús cuando me encontré con un incidente demasiado frecuente. Dos jóvenes delincuentes -pare- cían puertorriqueños o mexicanos- estaban forcejeando con una mucha- cha pelirroja en la acera, intentando empujarla hacia un portal.

Un ciudadano prudente habría pasado sin implicarse, pero yo me de-

tuve, miré un momento, y entonces me dirigí hacia el trío. Los dos varo- nes morenos estaban distraídos suficientemente por mi presencia para darle una oportunidad a la muchacha de escaparse fácilmente. Ellos me miraron con odio y me gritaron unas obscenidades, pero no intentaron coger a la muchacha que

rápidamente puso cien pies o más entre ella y los que habían intentado raptarla.

Me volví y seguí mi camino. La muchacha caminó despacio, permi- tiéndome alcanzarla. "Gracias", dijo ella, mientras se dibujaba en su ros- tro una sonrisa afectuosa. Era bastante bonita, pero vestía con andrajos y no tenía más de 17 años, obviamente era una de los marginados de Ge- orgetown.

Charlé con ella mientras caminábamos juntos. Lo primero que averi- güé fue que no había comido en dos días y que tenía mucha hambre. Nos detuvimos en un puesto de comida en la acera y le compré una hambur- guesa y un batido. Después de eso tenía todavía hambre, por lo que le compré otra hamburguesa y algunas patatas fritas.

Mientras ella comía hablamos, y aprendí varias cosas interesantes. Una era que la vida entre los marginados se diversifica más de lo que yo hubiera imaginado. Hay colonias que están en las drogas y colonias que estrictamente se abstienen de las drogas, colonias que son racialmente mixtas y otras totalmente blancas, colonias sexualmente equilibradas y otras en las que todos son hombres, las llamadas “guaridas de lobos”. Los grupos también están divididos según su culto religioso.

Elsa –que es su nombre- dijo que ella nunca había tomado drogas. Dejó el grupo con el que estaba viviendo hace dos días, después de una disputa doméstica, y estaba a punto de ser raptada y llevada a una “gua- rida de lobos” cuando yo intervine.

También me dio algunas buenas pistas acerca de quién es responsable de los recientes atentados que nos confundieron a Henry y a mí. Parece ser de conocimiento general entre sus amigos que algunas de las colonias de Georgetown están "en esa clase de cosas, inquietando a los cerdos". La propia Elsa parece que es completamente apolítica y que no está involucrada de ninguna forma en las bombas. No quise preguntar dema- siado y que pensara que yo era un policía, así que no la presioné para

que me diese más información sobre el asunto.

Bajo estas circunstancias no podía permitirme el lujo de llevar a Elsa a nuestro cuartel general, pero tenía la tentación. Le di un billete de cinco dólares cuando nos despedíamos, y me aseguró que encontraría un lugar para ella en uno de los grupos sin dificultad. Probablemente regresaría al grupo del que había salido. Me dio su dirección, para que yo pudiera bus- carla.

Pensando sobre esto durante esta tarde, me parece que podemos estar pasando por alto algunos aliados potencialmente útiles entre estos jóve- nes marginados. Individualmente ellos no son muy valiosos, estoy se- guro, pero tal vez podamos hacer uso de ellos de forma colectiva. Debemos considerarlo detenidamente.

Capítulo X

16 de noviembre de 1991,

El Sistema está respondiendo al ataque con mortero de la última se- mana. En primer lugar ahora es más difícil moverse en público. La poli- cía y el ejército han aumentado sus registros al azar y están parando a todo el mundo, tanto a peatones como a los vehículos. Hay anuncios en la radio cada hora advirtiendo a la gente que serán detenidos en el acto si no se identifican cuando les sea solicitado.

La Organización ya ha podido facilitarnos carnés de conducir falsos a algunos de nosotros y otras identificaciones falsificadas, pero pasará algún tiempo antes de que todos en el área de Washington estén prepa- rados. Ayer Carol tuvo un encuentro directo. Había ido a un supermer- cado para comprar los víveres de la semana para nuestra unidad y llegó una patrulla policial mientras estaba esperando en la caja. Colocaron hombres en cada salida y pedían a

todos los que salían del local que les mostrasen sus identificaciones para confirmarlas.

Justo cuando Carol estaba lista para salir, hubo un incidente en una de las puertas de salida. La policía había interrogado a un hombre que al parecer no llevaba la identificación y que se puso agresivo. Cuando los policías intentaron ponerle las esposas les golpeó e intentó escapar.

Lo atraparon antes de que pudiera avanzar unos metros, pero los po- licías que vigilaban las otras puertas corrieron a ayudar. Carol pudo es- cabullirse con su compra por una de las puertas que habían quedado sin vigilancia momentáneamente.

Toda esta campaña de comprobación de identidad ha desviado a la policía de sus deberes habituales y los negros y otros elementos delictivos están aprovechándose de ello. Algún personal del Ejército también está

participando en la comprobación de identidad y otras funciones policia- les, pero su tarea principal todavía es proteger los edificios gubernamen- tales y medios de comunicación.

Lo más interesante es que los Concejos de Relaciones Humanas también han recibido poderes policiales de emergencia y están "delegando" en muchos negros las tareas de asistencia pública, de la misma forma que hicieron en los Decomisos de armas. EnWashington y enAlexandria algunos de estos negros delegados están fanfarroneando y deteniendo a los blancos en las calles.

Hay rumores de que están exigiendo sobornos a aquellos que detienen, amenazándolos con arrestarlos si no pagan.Yhan llevado a mujeres blancas a sus cuarteles generales para "interrogatorios". ¡Allí las desnu- dan, las golpean y las violan en grupo, todo en nombre de la ley!

Los medios de comunicación no dicen ni una palabra sobre tales atro- cidades, claro, pero la noticia está en la calle. La gente está enfurecida y alarmada, pero no saben qué hacer. Sin armas, poco pueden hacer. Están por completo a merced del Sistema.

Es difícil imaginar por qué el Sistema está agitando los ánimos deliberadamente delegando en los negros otra vez, después del enorme resen- timiento que causó hace dos años. Lo hemos hablado entre nosotros en la unidad, y nuestras opiniones están divididas.Todos excepto yo piensan que los últimos acontecimientos han provocado el pánico en el Sistema y los ha llevado a reaccionar de forma desproporcionada una vez más. Quizá, pero yo pienso que no. Han tenido dos meses para acostum- brarse a la idea de una guerra de guerrillas contra nosotros.Yhan pasado casi cinco semanas desde que ensangrentamos sus hocicos con la vola- dura del edificio del FBI.

Saben que nuestra fuerza clandestina a escala nacional no podría ser de más de 2.000, y también igualmente que están desgastándonos. Creo que están dejando vía libre a los negros con

los blancos como medida preventiva.Asustando a la población blanca, nos harán más difícil captar nuevos miembros, acelerando nuestro final.

Bill defiende, por el contrario, que la reacción blanca a las nuevas ac- tividades de los Consejos de Relaciones Humanas y sus bandas de "de-

legados" hará el reclutamiento más fácil para nosotros. Hasta cierto punto eso era verdad en 1989, pero los americanos blancos se han acostum- brado al descaro creciente de la tiranía del Sistema en los últimos dos años, por lo que yo creo que el último movimiento servirá más para in- timidar que para despertarlos. Veremos.

Mientras tanto, me espera una montaña de trabajo. El Mando de Ope- raciones en Washington (WFC) me ha pedido que les proporcione 30 nuevos transmisores y 100 nuevos receptores antes del fin del año. No sé cómo podré hacerlo, pero cuanto antes empiece mejor.

27 de noviembre,

Hasta hoy, había trabajado a destajo, día y noche, intentando conse- guir los equipos de comunicaciones que necesita el Mando Operativo de Washington (WFC). Hace tres días –el martes- encontré el último de los componentes que necesitaba y preparé una línea de montaje aquí en la tienda, apremié a Carol y Katherine para que me ayudaran. Encargándo- les algunas tareas sencillas en el montaje, al final pude cumplir la fecha fijada para la entrega.

Ayer, sin embargo, recibí una llamada delWFC que me mantuvo lejos de la tienda desde muy temprano hasta las 10 de la noche. Uno de los pro- pósitos de la cita era una "prueba de lealtad".

Yo, sin embargo, no lo sabía antes de llegar a la dirección que me ha- bían dado. Era la pequeña tienda de regalos donde tuvo lugar el

juicio de Harry Powell.

Un guardia me condujo a una oficina pequeña en el sótano de un al- macén. Dos hombres me estaban esperando allí. Uno era el Mayor Wi- lliams del Mando Revolucionario a quien ya conocía. El otro era el Dr. Clark -uno de nuestros miembros legales- y, como comprendí pronto, un psicólogo clínico.

Williams me explicó que la Organización había desarrollado un pro- ceso de examen para los nuevos reclutas clandestinos. Su función era de- terminar las verdaderas motivaciones y actitudes del recluta y mantener fuera a los infiltrados enviados por la policía secreta, así como aquellos

juzgados incapaces por otras razones.

Además de los nuevos reclutas, sin embargo, están probándose tam- bién con varios miembros veteranos de la Organización: a saber, aquellos cuyos deberes les han dado acceso a información que sería de valor es- pecial a la policía secreta. Mi conocimiento detallado de nuestro sistema de comunicaciones bastaría por sí solo para incluirme en esa categoría, a lo que se suma que mi trabajo también me ponía en contacto con mu- chos miembros de otras unidades.

Nosotros planeamos originalmente que ningún miembro de una uni- dad clandestina sabría la identidad -o la situación de la unidad- de cual- quier miembro fuera de la suya. En la práctica, sin embargo, hemos incumplido ese plan. De la forma en que se han desarrollado las cosas en estos dos últimos meses, hay algunos de nosotros en el área deWashing- ton que podrían traicionar -voluntariamente o por medio de tortura- a un gran número de otros miembros.

Pusimos gran cuidado en el reclutamiento y evaluación de nuevos miembros después de los Decomisos de armas, pero nada parecido a lo que me estaban sometiendo esta mañana. Había inyecciones de algunas drogas -al menos dos, pero yo estaba flotando ya después

de la primera y no puedo estar seguro de cuántas fueron- y media docena de electrodos colocados en varias partes de mi cuerpo. Una luz brillante e intermitente cegaba mis ojos, y perdí toda noción de mi entorno, excepto por las voces de mis interrogadores.

La siguiente cosa que recuerdo es estar bostezando y desperezándome cuando desperté después en un camastro en el sótano, casi tres horas más tarde, aunque me dijeron que el interrogatorio en sí duró menos de media hora. Me sentí refrescado, sin efectos secundarios por las drogas que me dieron.

El vigilante vino hacia mí cuando me estaba poniendo de pie. Me lle- gaban voces apagadas de la oficina ya cerrada, estaban interrogando a alguien más.Yvi a otro hombre que dormía en un camastro a pocos me- tros del mío. Creo que había pasado recientemente por el mismo proceso que yo.

Me llevaron a otro cuarto del sótano, un cubículo diminuto que con-

taba sólo con una silla y una pequeña mesa de metal, con una máquina de escribir. Sobre la mesa había una carpeta de plástico negro, de varios centímetros de grosor, del tipo que sirven para recoger informes meca- nografiados. El vigilante me dijo que debía leer todo el contenido de la carpeta con mucho detenimiento y que el Mayor Williams hablaría otra vez conmigo. Cerró la puerta al salir.

Apenas me había sentado cuando una muchacha me trajo un plato de bocadillos y un jarro de café caliente. Se lo agradecí a la muchacha y como estaba hambriento tomé unos sorbos de café y devoré un bocadillo mientras leía despreocupadamente la primera página del material de la carpeta.

Cuando terminé la última página unas cuatro horas más tarde me di cuenta de que los bocadillos -incluyendo un trozo de uno que no había terminado de comer- estaban en el plato. El jarro estaba casi

lleno de café completamente frío. Era como si yo simplemente hubiera vuelto a la tie- rra -al cuarto- después de un viaje de mil años a través del espacio.

Lo que yo había leído –equivalente a un libro de 400 páginas mecanografiadas- me había elevado fuera de este mundo, fuera de mi existen- cia diaria como un luchador clandestino para la Organización, y me había llevado a la cima de una montaña elevada desde la que podía ver el mundo entero ante mis ojos, con todas sus naciones, tribus y razas. Y podía ver las épocas extendidas ante mí, desde los pantanos primordiales y brumosos de hace cien millones de años a las posibilidades ilimitadas que los siglos y los milenios fueron acumulando para nosotros.

El libro situaba la lucha presente -la Organización y sus objetivos y lo que está en juego- en un contexto mucho más grande de lo que yo nunca había imaginado en toda mi vida anteriormente. Es decir, yo había pensado antes muchas de las cosas tratadas en el libro, pero nunca las había visto reunidas en un lugar único y coherente. Nunca había visto tan claramente el cuadro entero. (Nota para el lector: es obvio queTurner está refiriéndose al Libro. Sabemos por otra evidencia que fue escrito aproximadamente diez años antes del Registro de los Mártires en que es mencionado, probablemente en algún momento del año 9 antes de la Nueva Era (ANE), o 1990 según la cronología antigua. Turner habla de

"páginas mecanografiadas", pero no está claro si él quería decir que eran reproducciones de páginas mecanografiadas o los originales mismos. ¡Si se tratara de esto último, entonces podemos tener aquí la única referencia existente a la copia original del Libro! Numerosas reproducciones del texto mecanografiado editado en carpetas según la descripción deTurner han sobrevivido y han sido conservadas en losArchivos, pero los arqueó- logos todavía no han encontrado ningún rastro del original.)

Por primera vez entendí el significado más profundo de lo que nos-

otros estamos haciendo. Entiendo ahora por qué no podemos fallar, no importa lo que debamos hacer para ganar y no importa cuántos de nos- otros deban perecer haciéndolo.Todo lo que ha sido y todo lo que es aún depende de nosotros. Nosotros somos de verdad los instrumentos de Dios en el cumplimiento de Su Gran Plan. Éstas pueden parecer palabras ex- trañas viniendo de mí, que nunca he sido religioso, pero son palabras ab- solutamente sinceras.

Estaba sentado todavía allí, pensando sobre lo que había leído, cuando el Mayor Williams abrió la puerta. Me pidió que fuera con él, hasta que notó que yo no había terminado mis bocadillos. Él trajo otra silla al cuarto diminuto y me invitó a terminar de comer mientras hablábamos. Aprendí varias cosas muy interesantes durante nuestra breve conver- sación. Una es que, contrariamente a mi creencia inicial, la Organización está consiguiendo un caudal estable de nuevos reclutas. Ninguno de nos- otros lo sabía, porque el WFC integrado a los recién llegados en las nue- vas unidades. Éste es el motivo por el que se necesitan los nuevos equipos de comunicaciones.

Otra cosa de la que me enteré es que un porcentaje significativo de los nuevos reclutas estaba formado por espías de la policía secreta. Afortu- nadamente, la dirección de la Organización previó esta amenaza e in- ventó un remedio a tiempo. Comprendieron que, una vez que fuésemos clandestinos, la única manera en la que podríamos continuar el recluta- miento con seguridad sería cribar a los nuevos reclutas de una forma fia- ble.

Esta es la manera en que funciona: cuando nuestros legales tienen al- guien que dice que quiere unirse a la Organización, se envía inmediata-

mente al Dr. Clark. El método de interrogatorios del Dr. Clark no da lugar a evasión o engaño. Como me explicó el MayorWilliams, si el candidato suspende la prueba nunca se despierta de su pequeña siesta.

Así, el Sistema nunca puede averiguar por qué sus espías están des- apareciendo. Hasta ahora, dijo, hemos cogido a más de 30 presuntos in- filtrados, incluyendo a varias mujeres.

Me estremecí al pensar lo que habría pasado si mi propio interroga- torio me hubiera revelado como demasiado inestable o carente de la le- altad necesaria con lo que yo sé. Sentí un instante de resentimiento porque el Dr. Clark, que ni siquiera es un miembro clandestino, tuviese en sus manos la decisión sobre mi vida o muerte.

El resentimiento pasó rápidamente, sin embargo, cuando consideré que no hay ningún estigma por ser un legal. La única razón de que el Dr. Clark no estuviera en la clandestinidad es que su nombre no figuraba en la lista de arrestos del FBI en septiembre. Nuestros legales juegan un papel tan vital en nuestra lucha como aquellos que somos clandestinos. Son vitales en nuestra propaganda y en los reclutamientos -nuestro único contacto íntimo con el mundo fuera de la Organización- y corren más riesgo de ser localizados y arrestados que nosotros.

El Mayor Williams debe de haber intuido mis pensamientos, porque puso su mano en mi hombro, sonrió, y me aseguró que mi prueba había ido muy bien.Así que yo iba a ser iniciado en una estructura selecta e in- terna dentro de la Organización. La lectura del libro que yo había termi- nado fue el primer paso de esa iniciación.

El siguiente paso tuvo lugar aproximadamente una hora más tarde. Fuimos reunidos seis en un impreciso semicírculo en la tienda de arriba. Ya había terminado el horario comercial y las persianas estaban firme- mente echadas. La única luz venía de dos velas grandes situadas en la parte de atrás de la tienda.

Yo estaba junto al último que entró en la habitación.Al final de la es- calera, la misma muchacha que me había traído los bocadillos me detuvo y me dio una túnica de algún material tosco y gris con una capucha, pa- recida a la túnica de un monje. Después de ponerme la túnica me mostró dónde colocarme y me dijo que permaneciera callado.

Con sus facciones oscurecidas por las capuchas, yo no podía distinguir las caras de ninguno de mis compañeros en esa reunión reducida y extraña. Cuando el sexto participante alcanzó la puerta al final de la es- calera, me volví y me sobresalté al vislumbrar a un hombre alto y corpu- lento con el uniforme de sargento de la Policía Metropolitana del Distrito de Columbia asomando por la túnica.

Finalmente, por otra puerta, en la parte de atrás, entró el Mayor Williams. Él también vestía una de las túnicas grises, pero no llevaba subida su capucha para que las dos velas, una a cada lado, iluminaran su cara. Nos habló con voz serena, mientras iba explicando que cada uno de nosotros al haber sido seleccionado para ser miembro de la Orden había pasado la prueba de la Palabra y la prueba de la Acción. Es decir, que todos nosotros habíamos sido puestos a prueba, no sólo a través de una actitud correcta hacia la Causa, sino también a través de nuestros actos en la lucha a favor de la Causa.

Como miembros de la Orden nosotros somos los portadores de la Fe. Sólo de nuestras filas saldrán los futuros líderes de la Organización. Nos dijo también muchas otras cosas, reiterando algunas de las ideas que yo había leído.

La Orden, explicó, permanecerá secreta incluso dentro de la Organización, hasta la realización exitosa de la primera fase de nuestra tarea: la destrucción del Sistema. Y nos mostró la Señal por la que nosotros po- dríamos reconocernos unos a otros.

Yentonces prestamos el Juramento ,un Juramento poderoso, un Jura- mento impresionante que me estremeció los huesos e hizo que se me eri- zase la piel del cuello.

Cuando fuimos llamados uno a uno para salir, a intervalos de aproxi- madamente un minuto, la muchacha que estaba en la puerta tomó nues- tras túnicas y el Mayor Williams puso una cadena de oro

con un pendiente pequeño alrededor de cada uno de nuestros cuellos. Ya nos había hablado de esto. Dentro de cada pendiente había una pequeña cáp- sula de vidrio. Debíamos llevarlos en todo momento, día y noche. Siempre que el peligro fuera inminente y corriéramos peligro de ser capturados, deberíamos sacar las cápsulas de los pendientes y llevarlas a

nuestras bocas.Ysi somos capturados y no vemos ninguna esperanza de escape inmediato, deberemos romper las cápsulas con nuestros dientes. La muerte será sin dolor y casi instantánea.

Ahora nuestras vidas pertenecen de verdad sólo a la Orden. En cierto sentido, hoy he nacido de nuevo. Sé ahora que nunca podré mirar el mundo o a la gente de mi entorno o mi propia vida de la misma manera que antes.

Cuando me desnudé anoche en la cama, Katherine inmediatamente notó mi nuevo colgante y me preguntó por él. También quiso saber lo que hice todo el día.

Afortunadamente, Katherine es la clase de mujer con la que uno puede ser completamente sincero, una rara joya. Le expliqué la función del pen- diente y le dije que era necesario debido a una nueva tarea que realizaría para la Organización, una tarea cuyos detalles estaba obligado a no decir a nadie, al menos por ahora. Ella tenía evidentemente curiosidad, pero no me presionó más.

Capítulo XI

28 de noviembre de 1991,

Esta noche ha ocurrido algo perturbador, que podría haber tenido con- secuencias fatales para todos nosotros. Un coche lleno de drogadictos ha intentado entrar en el edificio. Evidentemente, pensaban que estaba des- ierto y nos hemos tenido que deshacer de ellos y de su coche. Es la pri- mera vez que ocurre algo así, pero la apariencia de abandono del edificio podría provocar más problemas del mismo estilo en el futuro. Estábamos todos comiendo arriba cuando el coche entró en la zona del parking e hizo saltar la alarma. Bill y yo bajamos al oscuro garaje y abrimos una mirilla para ver quien estaba fuera.

El coche apagó las luces y uno de los ocupantes bajó e intentó abrir la puerta del garaje. Como no pudo, empezó a intentar sacar los clavos de los tablones de la ventana que tapan los cristales. Otro joven saltó del coche para ayudarlo. No podíamos verlos en la oscuridad, pero sí oír cómo hablaban. Eran negros sin ninguna duda, y evidentemente estaban dispuestos a entrar, de una forma u otra. Bill intentó disuadirlos. En su mejor acento barriobajero exclamó a través de la puerta:

-¡Eh tío, este sitio está ocupado, mueve tu culo a otra parte!

Los dos negros dieron un paso atrás sobresaltados. Entonces empeza- ron a murmurar entre ellos, y se les unieron los otros dos individuos del coche. Después comenzó un diálogo entre uno de los negros y Bill, que más o menos fue así:

-No sabíamos que esto estaba ocupado, hermano. Sólo estamos bus- cando un sitio para chutarnos.

-Vale, ahora ya lo sabéis, ¡así que largo!

-¿Por qué eres tan hostil hermano? Déjanos entrar. Tenemos material

y chicas. ¿Estás solo?

-No estoy solo y no quiero nada. Mejor date el piro hermano.

(Nota al lector: La jerga de los negros en América contenía muchos términos especiales relacionados con las drogas y su consumo, que fue endémico entre ellos hasta el final. "Material" significa droga, normal- mente heroína, un derivado del opio que era especialmente popular. "Chutarse" significaba inyectarse la heroína en una vena.Tanto su hábito de drogarse así como gran parte de su jerga, se extendió entre la pobla- ción blanca de América durante el periodo de mezcla racial forzada por el gobierno en las últimas décadas de laAntigua Era.)

Pero Bill no consiguió disuadirlos. El segundo negro empezó a gol- pear sin parar la puerta del garaje, mientras repetía: "¡Abre hermano, abre!"Alguien en el coche encendió la radio y empezó a retumbar música de negros a un volumen ensordecedor.

Puesto que lo último que podíamos permitirnos era atraer la atención de la policía o de alguien en la vecina empresa de transportes, y con esta ruidosa escena no hubiera sido nada raro, Bill y yo acordamos la manera de solucionarlo rápidamente.Armamos a las dos chicas con escopetas y se colocaron detrás de unas cajas. Yo cogí una pistola, salí por la puerta trasera, y rodeé sigilosamente el edificio para pillar por detrás a los in- trusos. Entonces dijo Bill: "Ok, ok, ya abro la puerta. Entra el coche tío." Mientras Bill estaba levantando la puerta, uno de los negros volvió al coche y lo arrancó. Bill se apartó y mantuvo la cabeza agachada, para que cuando los faros lo iluminaran su tez blanca no se notara.

Cuando entraron todos, Bill empezó a bajar la puerta. El coche de los negros no había entrado completamente y la puerta no se podía cerrar, ya que los negros ignoraron repetidamente la orden Bill de que avanzaran un metro más. Entonces uno de los negros que estaban de pie miró mejor a Bill e inmediatamente dio la alarma: "¡Este no es un hermano!", alertó. Bill encendió las luces de la

tienda, y las chicas salieron de sus escon- dites mientras yo me deslizaba por debajo de la puerta parcialmente ce- rrada.

-¡Todos fuera del coche, tiraos al suelo!, ordenó Bill abriendo la puerta del automóvil. “¡Venga negros, moveos!”

Los negros, al ver las cuatro armas que les apuntaban, se movieron no sin antes protestar enérgicamente. Dos de ellos, sin embargo, no eran ne- gros. Cuando se pusieron los seis tumbados en el suelo boca abajo, vimos que había tres negros, una negra y dos chicas blancas. Moví la cabeza con disgusto al ver las dos chicas blancas, ninguna de las cuales parecía tener más de 18 años. No tardamos demasiado en decidir lo que haríamos. No nos podíamos permitir el ruido de las escopetas, así que agarré una pa- lanca bastante pesada y Bill una pala. Mientras las chicas nos cubrían con las escopetas, empezamos por los lados opuestos de la fila tendida en el suelo, actuando de manera rápida y eficaz. Un golpe seco o un tajo en la nuca de cada uno de los prisioneros fue suficiente. Este método fun- cionó hasta los dos últimos. La hoja de la pala de Bill chocó contra el crá- neo de unos de los negros y golpeó el hombro de la chica blanca que tenía a su lado, haciéndole un gran corte pero sin llegar a ser una herida mortal.Antes de que pudiera poner mi palanca en juego para acabar con ella, la muy zorra se había levantado como un rayo.

Al entrar, había empujado la puerta del garaje tan abajo como pude, pero no se quedó bien cerrada y durante todo el rato fue abriéndose poco a poco, hasta llegar a dejar unos dos palmos entre el suelo y la puerta. La chica consiguió escurrirse por este pequeño espacio y se dirigía a la calle mientras yo la seguía a ocho o nueve metros de distancia.

Me quedé helado de miedo cuando vi un resplandor en el asfalto, justo enfrente de la chica. Un gran camión estaba saliendo hacia la calle desde el aparcamiento de al lado. Si la chica hubiera llegado a la calle, habría sido sin duda iluminada por los faros del camión, y

el conductor la hu- biera visto de forma inevitable.

Sin pensarlo dos veces saqué mi pistola y disparé abatiendo a la chica al lado de los setos que separan nuestra entrada de la de los vecinos de la empresa de camiones. Fue un buen tiro, no sólo por su efecto, también porque el rugido del camión acelerando disimuló de un modo efectivo el estruendo del disparo. Me agazapé al lado de la puerta, empapado en un sudor frío, hasta que el ruido del camión se hubo desvanecido en la dis- tancia.

Bill y yo cargamos los seis cadáveres en el maletero del coche del

negro. Bill condujo el coche, mientras Carol lo seguía en nuestro vehí- culo, y dejó el terrible cargamento aparcado al lado de un restaurante de negros en el centro deAlexandria. ¡Dejemos que la policía se imagine lo que pasó!

El trabajo con los equipos de comunicaciones va bastante bien. Las chicas han montado tantas unidades antes de la hora de cenar –y del des- afortunado accidente de esta noche– que yo no he podido seguir su ritmo a la hora de sintonizar y comprobar los equipos, que es mi parte del tra- bajo. Si tuviera un osciloscopio mejor y algunos instrumentos más, po- dría hacer más.

30 de noviembre,

Pensando en los hechos del pasado sábado, lo que me sorprende es que no siento ninguna clase arrepentimiento ni culpa por matar a aquellas dos putitas blancas. Hace seis meses, no me podía imaginar a mí mismo degollando a una adolescente blanca, bajo ningún concepto.

Pero últimamente me he ido volviendo más realista acerca de la vida. Entiendo que aquellas dos chicas estaban con esos negros sólo porque ha- bían sido infectadas por el mal del liberalismo, las escuelas, las iglesias y la pseudo-cultura que el Sistema promueve

entre la gente joven en nuestros días. Seguramente, si hubieran sido educadas en una sociedad sana, habrían tenido algo de orgullo racial.

Pero tales consideraciones son irrelevantes en la presente fase de nuestra lucha. Hasta que tengamos en nuestras manos los medios para poder aplicar una cura definitiva contra la enfermedad, debemos tratarla con otros medios menos sutiles, al igual que uno aparta y se deshace de los animales enfermos en cualquier rebaño, a menos que quiera perder el rebaño entero. Este no es momento para sentimentalismos.

Esta lección la hemos aprendido a la fuerza cuando hemos visto las noticias de esta noche. El Consejo de Relaciones Humanas de Chicago había celebrado una gran manifestación “antirracista”.

La supuesta razón para tal manifestación era para protestar por el ase- sinato el viernes, de un coche lleno de delegados negros, en el centro de

Chicago y a plena luz del día, presumiblemente realizado por la Organi- zación. Sólo tres negros habían resultado muertos, pero el Sistema se ha aprovechado de la situación para sofocar el creciente resentimiento de la población blanca contra el Consejo de Relaciones Humanas y sus bandas de matones negros.

Parece ser que estos escuadrones de delegados negros han perpetrado peores atrocidades contra blancos indefensos en Chicago, que las que han hecho por aquí. La manifestación de Chicago, que ha sido fuerte- mente respaldada y anunciada por todos los medios de comunicación en el área de Chicago, ha reunido unas 200.000 personas en sus primeras fases, más de la mitad blancos. Cientos de autobuses especiales, cedidos por la autoridad municipal de transportes, han traído gente de todos los suburbios para la ocasión.

Cientos de jóvenes negros llevando bandas del CRH en el brazo se pa- seaban arrogantemente entre la gran muchedumbre “manteniendo el orden”. Durante la manifestación han pronunciado sus discursos los ha- bituales prostitutos políticos y del púlpito, quienes han lanzado piadosas llamadas a favor de la “hermandad” y la “igualdad”.

Después el Sistema ha expuesto a uno de los “Tom” locales, que ha dado un exaltado discurso acerca de aplastar “el diabólico racismo blanco” de una vez por todas. (Nota al lector: Un “Tom” era un negro se- guido y respetado por la comunidad, usado por las autoridades o los ju- díos para sus propios intereses. Eran expertos en manipular a las masas de su propia raza y estaban bien pagados.Algunos “Toms” incluso fueron empleados brevemente por la Organización, durante las últimas fases de la Revolución, cuando fue necesario conducir a millones de negros fuera de ciertas áreas urbanas hacia campos de retención, con unas perdidas mínimas de vidas blancas.)

Posteriormente, los habilidosos agitadores del CRH han llevado a va- rias áreas de la gran muchedumbre a un estado de excitación, casi locura, en pro de la "fraternidad" y la "tolerancia". Estos muchachos judíos, con su pelo rizado, oscuros de apariencia, sabían realmente lo que estaban haciendo mientras soltaban sus consignas incendiarias por sus megáfonos electrónicos. Han convertido a los manifestantes en una masa que chi-

llaba, que anhelaba sangre, con verdaderos deseos de destrozar a cual- quier “blanco racista” que fuera tan desafortunado como para caer en sus manos.

Mientras entonaban un “¡Matemos a los racistas!” y otras consignas de amor fraternal, las masas empezaron una marcha por el centro de Chi- cago. Los comerciantes, trabajadores y todo aquel que estaba por la calle, han sido obligados por los delegados negros a unirse a la marcha. Todo aquel que haya rehusado, ha sido

golpeado sin piedad.

Mientras, bandas de negros han empezado a entrar en las tiendas y bloques de oficinas a lo largo de la ruta de la manifestación, ordenando a todo el mundo que saliera a la calle. Normalmente sólo ha sido nece- sario patear, hasta que eran poco más que una masa sangrienta en el suelo, a uno o dos tozudos blancos que se negaban, para que el resto de los ocupantes de la oficina o del comercio se unieran entusiasmados a la manifestación.

Mientras la marcha ha ido engrosando sus filas, acercándose al medio millón de personas hacia el final, los negros con los distintivos del CRH, se han vuelto más y más hostiles. Cualquier blanco que pareciera que no entonaba las consignas lo suficientemente alto, podía ser fácilmente ata- cado.

También se han producido algunos incidentes especialmente delez- nables, de los que las cámaras de TV no han perdido detalle. Alguien entre la gente había propagado el rumor de que en una librería vendían “libros racistas”. En apenas un minuto, un grupo de varios centenares de manifestantes –esta vez, la mayoría jóvenes blancos– se escindieron del grupo principal y se plantaron delante de la librería. Rompieron las ven- tanas y grupos de manifestantes que habían penetrado en el estableci- miento, empezaron a traspasar montones de libros a sus cómplices que esperaban fuera.

Después de que el arranque inicial de rabia se hubiera disipado al arrancar salvajemente paginas y lanzarlas al aire, encendieron una ho- guera en la acera para el resto de los libros. Después arrastraron al pobre dependiente hasta la calle y empezaron a golpearlo. Cayó al suelo y toda la gentuza se le echó encima, pateándolo y pisándolo. La televisión ha sa-

cado un primer plano de la escena. Las caras de los manifestantes blancos estaban contorsionadas por el odio… ¡hacia su propia raza!

Otro incidente en el cual laTVno ha perdido detalle, ha sido la muerte de un gato. Alguien había señalado a un gran gato callejero de color blanco y empezó a chillar: ¡a por el maldito gato blanco! Una docena de manifestantes persiguieron al desafortunado gato hasta el callejón. Cuando reaparecieron unos instantes más tarde, llevando el sangriento cadáver del gato, se produjo una gran exaltación, rebosante de felicidad, entre los manifestantes que habían presenciado tal barbaridad. ¡Pura lo- cura!

Es imposible describir con palabras lo deprimidos que estamos por el espectáculo de Chicago. Este es, naturalmente, el objetivo de los or- ganizadores de la manifestación. Son expertos psicólogos, y conocen per- fectamente el uso del terror a gran escala para intimidar. Saben que millones de personas que aún se les oponen ahora estarán demasiado asustadas para exteriorizar tal oposición.

¿Pero cómo nuestro pueblo –los blancos americanos- ha podido ser tan cobarde, tan rastrero, tan deseoso de complacer a nuestros opresores? ¿Cómo podemos reclutar a un ejército revolucionario a partir de esta panda de inútiles? ¿Es realmente ésta la misma raza que hace 20 años caminó por la Luna y emprendía rumbo a las estrellas? ¡Qué bajo hemos caído! Ahora está claro que la victoria no será posible sin el derrama- miento de verdaderos ríos de sangre.

El coche lleno de carroña que dejamos el sábado en Alexandria ha sido mencionado brevemente en las noticias locales, pero no en las na- cionales. Sospecho que la razón para esta diferenciación no estriba en que los asesinatos séxtuplos se hayan vuelto demasiado corrientes para ser noticia, sino más bien que las autoridades se han dado cuenta de la significación racial del asunto y han preferido no dar ideas a posibles imitadores.

Capítulo XII

4 de diciembre de 1991,

Hoy he ido a Georgetown a hablar con Elsa, la pequeña pelirroja "de- sertora". La conocí hace un par de semanas. Con esta visita pretendía evaluar de una manera más exhaustiva el potencial de algunos amigos de Elsa para jugar un papel en nuestra lucha contra el Sistema.

En realidad, algunos que están en similares circunstancias ya están implicados en la guerra contra el Sistema. En el último mes ha habido una desconcertante proliferación de incidentes en los que la Organización no ha estado envuelta. Éstos incluyen bombardeos, incendios, secuestros, demostraciones públicas de violencia, sabotaje, amenazas a personajes destacados, e incluso dos asesinatos públicos. La autoría de varios inci- dentes ha sido reclamada por muchos grupos anarquistas diferentes, re- beldes del Sistema, "frentes de liberación" de una ideología u otra, y media docena de sectas religiosas.

La mayoría de estas personas son simples aficionados, y el FBI multirracial ha hecho un trabajo bastante eficiente capturándolos, pero parece que todavía quedan más.

Lo más interesante de todo esto es que demuestra que el Sistema no controla por completo las mentes del pueblo. La mayoría de estadouni- denses, por supuesto, están aún subordinados a los sumos sacerdotes de la religión televisiva, pero una creciente minoría se ha rebelado y consi- deran al Sistema como un enemigo. Desafortunadamente, su hostilidad está, por lo general, basada en razones equivocadas, y sería casi imposi- ble coordinar sus actividades.

De hecho, en la gran mayoría de los casos no hay una causa verdade- ramente justificada para sus actividades. Realmente es sólo un gran des-

ahogo de frustraciones en forma de vandalismo o terrorismo político. Sólo quieren destruir algo, infligir alguna herida a las personas que ven como los responsables del deprimente mundo en el que les ha tocado vivir. De todas formas, el vandalismo a gran escala que ahora estamos viendo podría causar futuros quebraderos de cabeza a la policía política si se prolonga un cierto tiempo.

Aparte de los vándalos políticos y los inconformistas, hay otros dos segmentos de la población que han jugado un importante papel en los sucesos recientes: los separatistas negros y los criminales organizados. Hasta hace unas pocas semanas todos asumían que el Sistema había com- prado a los últimos nacionalistas Negros en los años 70.Aparentemente han estado disimulando y ocupándose de sus asuntos y ahora ven un po- sible cambio. Principalmente parece que se han dirigido contra las ofici- nas de los grupos Tom, pero también organizaron un buen motín en Nueva Orleans la semana pasada, en el que hubo muchos destrozos de ventanas y varios saqueos.

La Mafia, con los dos o tres mayores sindicatos que poseen, y un par de otros grupos criminales organizados se ha aprovechado de la actual si- tuación de desorden y la preocupación popular por la creciente extorsión. Cuando le dicen a un hombre de negocios que bombardearán su empresa a menos que les abonen un pago por "protección", están mucho mejor de lo que pensaban hace sólo unos pocos meses.Además, los secuestros han llegado a ser un gran negocio. Los policías están demasiado ocupados trabajando en asuntos que preocupan de verdad al Sistema -a saber, nos- otros- como para preocuparse por las molestias de los matones profesio- nales, que están teniendo su agosto.

Estudiando la cuestión con sangre fría, deberíamos alegrarnos por este crecimiento del crimen ya que contribuye a la pérdida de confianza del Sistema entre la gente. No obstante, también deberá llegar la hora a los criminales que están libres gracias a los jueces sobornados que los han dejado en libertad.

Llamé en la dirección que me había dado Elsa, una entrada a un só-

tano de lo que había sido una elegante casa de campo. Cuando pregunté por Elsa, me invitó a entrar una mujer embarazada con un bebé llorando

en sus brazos. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi que todo el era utilizado sótano como zona de vivienda comunal. Las mantas y las sábanas atadas a los tubos que están bajo el techo sirven como zonas de descanso semi-privadas. Además, había varios colchones en el suelo en la parte principal del sótano y una mesa próxima al desagüe de lavado, donde dos mujeres jóvenes estaban lavando algunos utensilios de cocina, pero no había horno, ni siquiera una silla.

Había una vieja estufa de leña contra la pared que era la única fuente de calor en el sótano. Como supe más tarde, el único servicio público que tenía la comuna era el agua corriente, y conseguían leña para la estufa buscando por el barrio o mandando a grupos en busca de puertas, baran- dillas, ventanas, tablas o todo lo que pudiera. Había otra comuna mayor en la parte superior de la casa, al otro lado las de puertas de acero del só- tano, pero sus habitantes se entregan a fiestas salvajes con drogas, des- pués de las cuales no están en condiciones de repeler el asalto de los buscadores de leña de abajo.

Los habitantes del sótano evitan las drogas duras y se sienten muy superiores a los de escaleras arriba. No obstante, prefieren su caótico só- tano, porque es más fácil de calentar y de defender que arriba, siendo las únicas ventanas diminutas y los paneles sucios y golpeados que están cerca del techo demasiado pequeños para permitir la entrada de algún in- truso, y además es más fresca en verano.

Cuando entré, siete u ocho de ellos estaban tumbados sobre los col- chones viendo algún insustancial programa concurso en una televisión a pilas y fumando cigarrillos de marihuana. El lugar entero estaba impreg- nado por el olor fétido de las cervezas

caducadas, ropa sucia y humo de marihuana –según ellos, la marihuana no es una droga-. Dos niños peque- ños, de unos cuatro años, ambos completamente desnudos, estaban ro- dando por el suelo y peleando cerca de la estufa. Un gato gris, sentado cómodamente en uno de las desocupadas tuberías de calefacción cerca del techo, me miraba fijamente con curiosidad.

Los de los colchones también, aunque, después de un corto vistazo, no me prestaron más atención. Observé que ninguno de los rostros ilu- minados por la pantalla de la TV era el de Elsa. Sin embargo, cuando la

chica que me había dejado entrar gritó su nombre, una de mantas colo- cadas verticalmente de una esquina lejana de repente se hizo a un lado, y la cabeza y hombros desnudos de Elsa fueron por un momento visibles. Gritó de júbilo cuando me vio, se agachó nuevamente detrás de su manta y apareció nuevamente un momento después con su vestido de "abuelita". Elsa me dio un rápido abrazo de genuino afecto y luego me ofreció una taza de humeante café, que vertió en un bote desgastado en la estufa. Acepté el café con agradecimiento porque caminar desde la parada del autobús me había enfriado hasta los huesos. Nos sentamos en un colchón desocupado cerca de la estufa. El sonido de la televisión y el ruido que hacía el llanto del bebé y los dos niños peleando nos permitía hablar con cierta privacidad.

Charlamos sobre muchas cosas, ya que no quería soltar inmediata- mente la verdadera razón de mi visita. Aprendí mucho sobre Elsa y los que están viviendo con ella.Algunas cosas me entristecieron y otras me conmocionaron profundamente.

Estaba entristecido por la propia historia de Elsa. Era la única hija de unos padres de clase media-alta. Su padre es -o era, ella no ha tenido contacto con su familia desde hace más de un año- un escritor de discur- sos de uno de los más poderosos senadores de Washington. Su madre es una abogada de una fundación

izquierdista cuya principal actividad es comprar casas en barrios suburbanos y mover a familias negras subsi- diadas allí.

Hasta los 15 años ella fue muy feliz. Su familia había vivido en Con- nectitut hasta entonces, y Elsa había asistido a un colegio privado exclu- sivo para chicas -los colegios exclusivos para un sexo son ilegales ahora, por supuesto-. Pasaba los veranos con sus padres en la casa de la playa. La cara de Elsa se iluminó cuando describía los bosques y senderos de alrededor de su casa de verano y las largas caminatas que daba por ellos. Tenía su propio velero pequeño y con frecuencia navegaba a una pequeña isla en alta mar para picnics y largas, felices horas bajo el sol y días de ensueño.

Luego, la familia se mudó a Washington, y su madre insistió en com- prar un apartamento en un barrio predominantemente negro cerca de Ca-

pitol Hill, en vez de vivir en un suburbio blanco. Elsa fue una de las úni- cas cuatro chicas blancas de la escuela de secundaria a la que enviaron. Elsa se había desarrollado anticipadamente. Su simpatía natural y su naturaleza abierta y desinhibición, combinado con sus sobresalientes en- cantos físicos, produjeron una chica extraordinariamente atractiva a los 15 años. El resultado fue que los varones negros, quienes también inten- taban seducir a la otra chica blanca en el colegio, no le dieron paz. Las chicas negras, al observar esto, odiaron a Elsa y la atormentaron de todas las maneras que pudieron.

Elsa no se atrevía a ir al baño o incluso separarse de los profesores en toda su etapa estudiantil. Pronto se dio cuenta de que los profesores no le ofrecían una protección real, cuando un profesor negro la acorraló en su oficina e intentó meter su mano bajo el vestido.

Cada día Elsa llegaba a su casa del colegio llorando y suplicando a sus padres que la enviasen a otro colegio. La respuesta de su madre

fue gri- tarle, abofetearle la cara y llamarla racista. Si los chicos negros la estaban molestando, era su culpa, no la de ellos.Ydebería intentar especialmente hacer amistad con las chicas negras.

Tampoco su padre le ofreció ayuda, aun cuando le contó el incidente con el profesor negro. El problema lo avergonzaba y no quiso escucharla. Su liberalismo era más pasivo que el de su madre, pero normalmente es- taba de acuerdo con su esposa en todas las cuestiones que tratasen sobre la raza. Incluso cuando tres jóvenes matones negros se le acercaron mucho, tomaron su cartera y su reloj de pulsera, y luego la derribaron y pisaron sus gafas, la madre de Elsa no le permitió llamar a la policía y de- nunciar el atraco. Consideraba la denuncia ante la policía por la agresión de los negros como “fascista”.

Elsa soportó eso durante tres meses, y luego huyó de casa. Fue aco- gida por la pequeña comuna con la que vivía ahora, y, con su carácter básicamente alegre, aprendió a ser feliz en su nueva situación. Después, hace un mes, los problemas la llevaron a mi encuentro. Una nueva chica, Mary Jane, entró en el grupo, y habo roces entre ella y Elsa. El chico con el que Elsa estaba compartiendo su colchón en aquel mo- mento había conocido a Mary Jane anteriormente, antes de que ambos

hubiesen entrado en el grupo, y Mary Jane consideraba a Elsa como una usurpadora.AElsa, a su vez, le molestaban los no demasiado sutiles es- fuerzos de Mary Jane para quitarle su novio. El resultado fue una pelea con gritos, arañazos y tirones de pelo entre las dos, que ganó Mary Jane gracias a su mayor fortaleza.

Elsa deambuló por las calles durante dos días -cuando yo la conocí- y luego volvió a la comuna del sótano. Mientras tanto, Mary Jane tuvo otra discusión con otra chica del grupo y Elsa aprovechó esta situación para presentar un ultimátum: o se iba Mary Jane, o ella se iría para siem- pre. Mary Jane respondió amenazando a Elsa con un cuchillo.

-¿Y que ocurrió? –pregunté.

-La vendimos.

-¿La vendisteis? ¿Qué significa eso? -exclamé.

-Mary Jane se negó a irse después de que todos estuviesende mi parte, así que la vendimos a Kappy “the Kike”. Él nos dio la televisión y 200 dólares por ella.

Kappy “the Kike”, es un judío llamado Kaplan que se gana la vida gracias a la trata de blancas. Viaja regularmente de Washington a Nueva York con el propósito de comprar chicas fugadas. Sus proveedores usua- les son los “grupos de lobos”, de uno de los cuales yo había rescatado a Elsa. Estos grupos de depredadores secuestran a chicas de la calle, las retienen una semana o así, y luego, si sus desapariciones no han causado comentarios en los periódicos, las venden a Kaplan.

Qué le ocurre a las chicas después es algo que nadie puede decir con certeza, pero se cree que la mayoría son confinadas en clubes seguros privados en Nueva York donde los ricos van a satisfacer extraños y per- vertidos apetitos.Algunas, se rumorea, son finalmente vendidas a un club satánico y desmembradas dolorosamente en rituales horripilantes. De todos modos, alguien en la comuna había escuchado que Kaplan estaba en la ciudad y "comprando", así que como Mary Jane no se iría, la ataron, localizaron a Kaplan, e hicieron la venta.

Pensaba que era inconmovible, pero estaba horrorizado por la historia de Elsa sobre el destino de Mary Jane. “¿Cómo -pregunté en un tono de indignación- pudisteis vender una chica blanca a un judío?” Elsa estaba

avergonzada por mi evidente disgusto. Confesó que fue algo terrible

de hacer y que a veces sentía remordimientos cuando pensaba en Mary Jane, pero parecía una solución oportuna al problema de la comuna en el mo- mento.

Sacudí la cabeza, disgustado, pero este nuevo tema de nuestra conver- sación me dio la oportunidad para plantear la cuestión en la que estaba principalmente interesado. "Una civilización que tolera la existencia de Kaplan y sus sucios negocios debería ser borrada de la tierra", dije. "De- beríamos hacer una hoguera con todo y empezar de nuevo". Inconscientemente había elevado mi voz lo suficiente como para que mi último comentario fuese escuchado por todos en el sótano. Un gre- ñudo se levantó de su colchón en frente de la televisión y se fue lenta- mente mientras me preguntó: "¿Qué puede hacer alguien?", sin esperar realmente una respuesta.

Kappy "the Kike" ha sido arrestado al menos una docena de veces, pero los policías siempre lo dejan suelto. Tiene contactos políticos. Al- gunos de los mayores judíos en Nueva York son sus clientes. Y he oído que dos o tres hombres del Congreso van regularmente a visitar alguno de los clubes que él suministra.

-Pues alguien debería volar el Congreso, -contesté.

-Creo que alguien ya lo ha intentado, -rió, aparentemente refiriéndose al ataque con mortero de la Organización.

-Bien, si tuviera una bomba ahora lo habría intentado yo mismo, -dije. ¿Dónde puedo conseguir algo de dinamita?

Los compañeros se encogieron de hombros y volvieron de nuevo a la televisión. Luego intenté sacarle a Elsa algo de información. "¿Qué gru- pos en Georgetown han hecho bombardeos? ¿Cómo puedo contactar con alguno de ellos?"

Elsa intentó ser útil, pero no sabía nada. Era algo que no le interesaba. Finalmente, llamó al hombre que había hablado antes: "Harry, ¿no son los de más allá de la Calle 29, los que se hacen llamar 'Frente de Libe- ración del Cuarto Mundo', los que están en la lucha contra los cerdos?" AHarry no le gustó la pregunta. Se levantó y salió del sótano sin res- ponder, cerrando de un golpe la

puerta detrás de él.

Una de las mujeres del desagüe de la lavandería se dio la vuelta y le recordó a Elsa que era su día para preparar la comida y que ni siquiera había puesto aún las patatas a hervir en la estufa.Apreté la mano de Elsa, le deseé lo mejor y me fui.

Supongo que hice las cosas bastante mal. Era increíblemente ingenuo por mi parte imaginar que podía contactar, sin más, con los grupos de oposición al Sistema. Obviamente, cada policía secreto enWashington ha intentado lo mismo. Ahora la gente debe de pensar que soy un policía infiltrado, lo cual echa por tierra la posibilidad de contactar con los mi- litantes anti-Sistema.

Por supuesto, podríamos haber enviado a alguien más para intentar encontrar el "Frente de Liberación del Cuarto Mundo", sea lo que coño sea eso. Pero me pregunto si eso tiene alguna valía. Mi visita a Elsa me ha convencido bastante de que, en las personas que comparten su estilo de vida, no hay mucho potencial para una colaboración constructiva con la Organización. Carecen de autodisciplina y voluntad de lucha. Lo único que quieren es vivir lo mejor posible sin trabajar y estar todo el día fu- mando, si el Sistema intensificara la represión contra este tipo de grupos, con toda seguridad cesarían los bombardeos.

Elsa es una buena niña, y supongo que habrá más gente con buenas ideas, pero ellos solos no pueden hacer nada por cambiar la situación y desisten de realizar cualquier actividad.Apesar de que tanto ellos como nosotros rechazamos el mundo actual, nosotros sí que somos capaces de hacerle frente al Sistema, mientras que ellos no. Me resulta imposible imaginarme a Henry, Katherine o a mí mismo todo el día viendo la tele- visión mientras hay tantas cosas que arreglar. Es una simple diferencia de calidad humana. Al menos son capaces de ver la actual injusticia y lo re- pugnante que es el mundo moderno, cosa que la mayoría de los ameri- canos no perciben.

¡Qué frágil es la civilización del hombre! ¡Qué superficial es su naturaleza primaria! Sin la presencia de tal vez el uno o dos por ciento de las personas más capaces, los más agresivos, inteligentes, y trabajadores de nuestros conciudadanos, estoy convencido de que ni esta civilización ni ninguna otra puede sostenerse a sí misma a largo plazo. Se iría desin-

tegrando a lo largo de los siglos. Estaríamos abocados a una sociedad si- milar a los barrios ocupados de Georgetown, desaparecería todo lo gran- dioso, ya que la gente vulgar carece de sensibilidad hacia la belleza y están contaminados por las modernas ideas de fealdad y contra-natura. En realidad, sólo una minoría de una minoría fue quien sacó a nuestra raza de la selva y dio los primeros pasos hacia la verdadera civilización. Debemos todo a los pocos de nuestros ancestros que tenían tanto la sen- sibilidad necesaria para saber lo que era necesario como la capacidad de poder hacerlo. Sin sensibilidad, por mucha capacidad que exista, esta no puede conducir algún logro verdaderamente grande; y sin la capacidad, la sensibilidad sólo conduce al ensueño y a la frustración. La Organiza- ción ha seleccionado de las masas de la humanidad a aquellos de nuestra presente generación que poseen esta rara combinación. Ahora debemos hacer lo que sea necesario para prevalecer.

Capítulo XIII

21 de marzo de 1993,

Hoy es un nuevo comienzo. Bastante coincidencia que es el primer día de primavera. Para mí es como un regreso de entre los muertos; 470 días de muerte viviente. Estar de vuelta con

Katherine, de vuelta con mis otros camaradas, capaz de seguir con la lucha de nuevo después de tanta pérdida de tiempo, todo esto me llena con una alegría indescriptible.

Es mucho lo que ha sucedido desde mi última entrada en este diario (¡cómo me alegro de que Katherine me lo guardara!), por lo que es difícil condensar todo aquí. Bien, lo primero es lo primero.

Eran sobre las cuatro en punto de la mañana, oscuro como el carbón, un domingo. Estábamos todos dormidos. La primera cosa que recuerdo es a Katherine sacudirme en el hombro, intentando despertarme. Podía oír un zumbido insistente de fondo, el cual, en mi condición de neblinoso sueño, asumía como la alarma del despertador de nuestro dormitorio. "Ciertamente, no es el momento de levantarse aún", murmuré.

"Es el timbre de alerta de abajo", susurró Katherine con urgencia. "Al- guien del exterior del edificio".

Eso me quitó el sueño, pero antes de que yo pudiera incluso poner mis pies en el suelo, se produjo un fuerte golpe y entraron una especie de chipas por la venta y casi de inmediato la sala se llenó de gas asfixiante, mientras yo jadeaba agónicamente.

Los siguientes están un poco confusos en mi memoria. De alguna ma- nera, todos cogimos nuestras máscaras de gas sin encender ninguna luz. Bill y yo corrimos escaleras abajo, dejando a Katherine y Carol para el hombre de la ventana de arriba.Afortunadamente, nadie había intentado

entrar al edificio aún, pero cuando Bill y yo llegamos alcanzamos el

final de las escaleras pudimos escuchar a alguien en el exterior con un megá- fono ordenándonos salir con las manos en alto.

Eché un vistazo rápido por la mirilla. La oscuridad de fuera se había iluminado como si fuese de día por una docena de luces de búsqueda, todas dirigidas hacia el edificio. El deslumbramiento me impedía ver más allá de las luces, pero era evidente que había cientos de soldados y poli- cías, bien equipados, allí fuera.

Obviamente era inútil defenderse, pero establecimos una pequeña ba- rrera de todos modos, media docena de disparos rápidos desde las ven- tanas de arriba y abajo, por delante y por detrás, sólo para disuadir a las personas de fuera de intentar forzar una entrada rápida al edificio. Des- pués de eso, las ventanas y puertas fueron inmediatamente acribilladas al responder al fuego los del exterior, y nos concentramos en llevarnos la mayor parte de nuestro equipo esencial a través de nuestro túnel de es- cape. Los muros de bloque de cemento del garaje nos protegían de los disparos de pistola que nos llovían de todas partes.

Bill, Katherine y Carol metían nuestros equipos en el largo y oscuro túnel, mientras yo me quedaba amontonándoles las cosas que pensaba que deberíamos intentar salvar. En unos frenéticos y agotadores tres cuar- tos de hora, reunieron una pequeña montaña de armamento y equipos de comunicación en el extremo final del túnel.

Aunque los tres hicieron la mayor parte de la tarea, al menos no esta- ban en peligro de que les dispararan. Tuve balas silbando alrededor de mis oídos todo el tiempo y me rozaron al menos una docena de veces las astillas de hormigón de las paredes martilleadas por los rebotes de las balas. Aún no entiendo cómo no me mataron. Incluso disparaba a la puerta de nuestros atacantes cada cinco minutos o así, tan sólo para man- tenerlos escondidos.

Finalmente sacamos todas nuestras armas pequeñas y municiones, cerca de la mitad de nuestras cargas de explosivos y armas pesadas, y todas las unidades completas de comunicaciones.

Las herramientas de Bill se salvaron, porque él tenía la costumbre

de mantenerlas todas juntas en una caja de herramientas, pero abandonamos

la mayor parte de mi equipo de ensayo, porque estaba diseminado por toda la casa.

Nos agachamos brevemente en el pozo de grasa y decidimos que Bill y las chicas robarían un vehículo y cargarían nuestras cosas en él mientras yo me quedaría en la casa preparando una carga de demolición que cu- briría la entrada de nuestro túnel de escape. Les daría 30 minutos, luego prendería la mecha y me retiraría.

Katherine se separó y corrió rápidamente escaleras abajo donde tomó algunos de nuestros artículos personales, incluyendo mi diario, y luego vi su espalda en el túnel con los demás por última vez.

Estaba entrando tanta luz de los focos de búsqueda a la casa que cual- quier movimiento se estaba convirtiendo en algo extremadamente peli- groso.Trabajando deprisa y nervioso, reuní 20 libras de carga de tritonal en el pozo de grasa, justo por encima de la entrada del túnel.

Entonces me arrastré por el suelo, partiendo de la pared donde apro- ximadamente otras 100 libras de tritonal estaban apiladas en pequeños contenedores. Tenía la intención de hacer una carrera récord desde ese lote a la carga en el pozo de grasa, así que la casa entera explotaría. Los policías tardarían un par de días en quitar los escombros y descubrir que habíamos escapado.

Pero nunca llegué a la pared. De algún modo -aún no entiendo exac- tamente qué ocurrió- la carga del pozo de grasa explotó prematuramente. Quizá alguna bala rebotada golpeó la carga. O quizá chispas de una de las granadas de gas lacrimógeno que aún seguían lanzando hacia dentro encendieron la mecha. En cualquier caso, la conmoción me dejó incons- ciente y muy cerca de matarme.

Recuperé la conciencia sobre una mesa de operaciones en una sala de emergencias del hospital.

Los siguientes días fueron extraordinariamente dolorosos. Hago una mueca de dolor al recordarlo. Me llevaron directamente de la sala de emergencias a una celda de interrogatorio en el subsótano del edificio del FBI, la cual aún se encontraba sólo parcialmente despejada de los es- combros de nuestros bombardeos siete semanas antes.

Aunque todavía estaba desorientado y extremadamente dolorido por mis heridas, me trataron brutalmente. Me esposaron las muñecas por la

espalda, y me patearon y dieron puñetazos cada vez que me tropezaba o no respondía lo suficientemente rápido a una orden. Forzado a estar en el centro de la celda mientras media docena de agentes del FBI me gri- taban preguntas desde todos los lados, difícilmente podía algo más que balbucear incoherentemente, incluso si hubiese querido cooperar con ellos.

Incluso en mi agonía, sin embargo, sentí una oleada de júbilo cuando me di cuenta por las preguntas de mis interrogadores de que los otros es- taban seguros y a salvo. Una y otra vez los hombres a mi alrededor me gritaban las mismas preguntas: "¿Dónde están los otros? ¿Cuántos esta- ban contigo en el edificio? ¿Cómo salieron?"Aparentemente, la carga en el pozo de grasa había destruido con éxito la entrada del túnel. Las pre- guntas eran seguidas de bofetones y puñetazos, hasta que caí me desmayé en el suelo, afortunadamente inconsciente de nuevo.

Cuando recuperé la consciencia, aún estaba acostado donde había caído, en el desnudo suelo de hormigón. La luz estaba encendida, nadie más se encontraba en la habitación y podía oír el ruido de los taladradores y otros sonidos hechos por los reparadores que trabajaban en el corredor más allá de la puerta de mi celda. Me

dolía todo, con las esposas causán- dome una especial molestia, pero mi cabeza estaba casi despejada.

Mi primer pensamiento fue lamentar que ya no tenía mi cápsula de ve- neno. La policía secreta, por supuesto, había cogido mi pequeño collar tan pronto como había encontrado inconsciente mi cuerpo en los restos del garaje. Me maldije a mí mismo por no haber tenido la precaución de llevar la cápsula en la boca antes de la explosión. Probablemente no la ha- brían encontrado ahí y la podría haber mordido tan pronto como hubiese despertado en el hospital. En los días venideros, este lamento se repitió una y otra vez.

Mi segundo pensamiento fue también de lamento y auto-recrimina- ción. Estaba atormentado por una sospecha tan fuerte que casi equivalía a certeza de que mi mal aconsejada visita a Elsa dos días antes era la res- ponsable de mi situación. Evidentemente, alguien del grupo de Elsa me había seguido hasta casa y luego había informado sobre mí. Esta sospe- cha fue confirmada más tarde indirectamente por mis captores.

Estuve solo con mis dolores y pensamientos sombríos sólo unos pocos minutos antes de que comenzase mi segundo interrogatorio. En esta oca- sión dos agentes del FBI entraron a la celda, seguidos de un físico y otros tres hombres, siendo dos de éstos tres últimos grandes y negros. El tercer hombre era un encorvado con pelo blanco que rondaba los 70. Tenía una conrisa un poco desagradable alrededor de su boca de aspecto áspero, que a veces se transformaba en una maligna sonrisa, mostrando los em- pastes de oro de sus dientes manchados de tabaco.

Después de que el médico me hubo chequeado, marcando mi relativo "apto", y se fuera, los dos agentes del FBI me tiraron y tomaron posicio- nes cerca de la puerta. La sesión dio paso a la siniestra visión del tipo de los dientes de oro.

Hablando con un espeso acento hebreo y una forma profesoral, cau-

tivadora y apacible, se presentó como el Coronel Saul Rubin, de la Inte- ligencia Militar Israelí.Antes de que yo ni siquiera pudiera sorprenderme de que un representante de un gobierno extranjero me estuviera interro- gando, Rubin explicó:

”Dado que sus actividades racistas están en violación con la Conven- ción Internacional del Genocidio, Sr.Turner, será juzgado por un tribunal internacional, con representantes de su país y el mío. Pero primero nece- sitamos algo de información suya, de modo que podamos llevar a la jus- ticia a sus compañeros de delincuencia.”

”Entiendo que no estuviese muy cooperativo anoche. Permítame avi- sarle que será muy duro para usted si rechaza contestar a mis preguntas. He tenido gran experiencia en los últimos 45 años en extraer información de personas que no querían cooperar conmigo.Al final, todos me conta- ron todo lo que quería saber, tanto los árabes como los alemanes, pero fue una desagradable experiencia para los que fueron testarudos.”

Luego, tras una breve pausa: “Ah, sí, algunos de esos alemanes, atrás en 1945-1946, en particular los de las SS, fueron bastante testarudos.” El aparentemente satisfactorio recuerdo trajo otra horrible mueca a la cara de Rubin, y yo no podía reprimir un estremecimiento. Recordé las horribles fotografías que uno de nuestros miembros que era un ex-oficial de Inteligencia del Ejército me había enseñado hace años de presos ale-

manes que acabaron con los ojos heridos, dientes arrancados, dedos cor- tados, y testículos destrozados por interrogadores sádicos, muchos vis- tiendo uniformes del Ejército de Estados Unidos, antes de su condena y ejecución por los tribunales militares como “criminales de guerra”.

No había nada que quisiera más que poder golpear la cara maligna del judío que estaba ante mí con mis propios puños, pero mis

esposas no me permitirían ese lujo. Decidí escupirle en la cara al mismo tiempo que dirigía una patada a su entrepierna. Lamentablemente, mis agarrotados músculos arruinaron mi objetivo, y mi única patada dio en el muslo de Rubin, enviándolo asombrosamente un par de pasos atrás.

Luego, los dos negros se ocuparon de mí. Bajo las instrucciones de Rubin, procedieron a darme una feroz, minuciosa y “científica” paliza. Cuando terminaron, mi cuerpo entero era una palpitante masa de dolor, y estaba retorciéndome en el suelo, gimoteando.

Los posteriores interrogatorios fueron peor, mucho peor. Debido a que un juicio fue planeado para mí, presumiblemente al modo de Adolf Eichmann, Rubin evitó dañarme los ojos y cortarme los dedos, lo cual me habría desfigurado, pero las cosas que hizo eran extremadamente dolo- rosas. (Nota al lector: Adolf Eichmann era un oficial alemán de nivel medio durante la Segunda Guerra Mundial. 15 años después de la guerra, fue secuestrado en Sudamérica por los judíos, en avión a Israel, y hecho la figura principal del escenario de una campaña elaborada por etapas de dos años de duración para evocar la simpatía de los no-judíos de todo mundo hacia Israel, el único refugio para los judíos "perseguidos". Des- pués de las torturas, Eichmann fue mostrado en una caja de cristal inso- norizado durante un periodo de 4 meses en el juicio que lo condenó a muerte por “crímenes contra el pueblo judío”.)

Hubo días en que algunos momentos estaba completamente ausente, y como había predicho Rubin, finalmente le dije todo lo que quería saber. Ningún ser humano podría haber hecho otra cosa.

Durante las sesiones de tortura, los dos agentes del FBI, que siempre estaban presentes como espectadores, a veces se volvían un poco pálidos. Una vez Rubin hundió mucho una burda varilla en mi recto, así que yo estaba gritando y meneándome como si fuese un cerdo pinchado, y a uno

se le vio como si estuviese enfermo, pero nunca planteó una objeción. Supuse que era muy parecido después de la Segunda Guerra Mundial, cuando oficiales americanos de ascendencia alemana observaron tran- quilamente a torturadores judíos a lo largo de su labor hacia sus hermanos raciales que habían estado en el Ejército alemán y asimismo no vieron nada malo cuando violaron brutalmente a mujeres alemanas. ¿Habían sido sometidos a un lavado de cerebro por los judíos y odiaban a su pro- pia raza, o es que son sólo insensibles bastardos que harían todo lo que se les diga, siempre que mantengan sus sueldos?

A pesar de la exquisitamente dolorosa experiencia de Rubin, estoy totalmente convencido de que las técnicas de interrogación de la Orga- nización son mucho más efectivas que las del Sistema. Somos científicos, en tanto que el sistema no es más que brutal. Aunque Rubin rompió mi resistencia y obtuvo respuestas a sus preguntas, afortunadamente muchas de las preguntas no eran adecuadas.

Cuando él hubo terminado finalmente conmigo, después de casi un mes de pesadilla, le había dicho los nombres de la mayoría de los miem- bros de la Organización que yo sabía, la ubicación de sus escondites, y quienes habían participado en diversas operaciones contra el Sistema. Había descrito en detalle la preparación de la bomba colocada en el edi- ficio del FBI y mi papel en el asalto de mortero en el Capitolio.Y, por su- puesto, expliqué exactamente cómo los otros miembros de mi unidad habían escapado de la captura.

Todas estas revelaciones causaron ciertamente un problema a la Or- ganización. Pero fueron capaces de anticipar exactamente lo que la po- licía política averiguó de mí, y tuvieron la posibilidad de anular los posibles daños. Principalmente, significó abandonar apresuradamente varios escondites perfectos y crear otros nuevos.

Pero técnica del interrogatorio de Rubin sólo obtuvo información en forma de respuestas a preguntas directas. Nunca me preguntó sobre nues- tros sistemas de comunicaciones así que nunca supo nada al respecto. Como supe más tarde, nuestro legales dentro del FBI mantenían a la Or- ganización informada de la información que mi interrogatorio iba propor- cionando, por lo que conservaron la

confianza en la seguridad de nuestra

emisora de comunicaciones.

Tampoco supo nada de la Orden o acerca de nuestra filosofía o nues- tros objetivos de largo alcance, conocimientos que podrían haber ayu- dado al Sistema a entender nuestra estrategia.Todo lo que averiguó de mí Rubin fue sólo de carácter táctico. Creo que la razón de esto fue la arro- gante presunción del Sistema de que la tarea de liquidación de la Orga- nización sería sólo una cuestión de semanas. Nos consideraban un problema importante, pero no mortal.

Después de que mi periodo de interrogación acabase, fui retenido en el edificio del FBI otras 3 semanas, aparentemente en previsión de serles útil para identificar los diversos miembros de la Organización que po- drían ser detenidos en base a la información que había proporcionado. Ninguno fue arrestado durante ese tiempo, sin embargo, fui finalmente trasladado a la cárcel especial en el Fuerte Belvoir donde casi 200 miem- bros de la Organización y aproximadamente el mismo número de nuestro legales estaban retenidos.

El gobierno tenía miedo a ponernos en cárceles comunes por el peli- gro de que la Organización pudiera liberarnos y a que nosotros también, sospecho, pudiéramos adoctrinar otros presos blancos. Por lo tanto, todos los miembros de la Organización capturados fueron llevados a Fort Bel- voir y mantenidos en celdas de confinamiento solitario, en edificios ro- deados de alambre de espino, tanques, torres de guardia con ametralladoras, y dos compañías de policía militar, todos en el centro de un ejército de base. Yallí pasé los siguientes 14 meses.

Muchas personas consideran el régimen de incomunicación un trata- miento especialmente duro, pero fue una bendición para mí.Yo estaba to- davía en una depresión y estado de ánimo

anormal, en parte por el resultado de la tortura Rubin y en parte por un sentido de culpabilidad por haber cedido a la tortura.Acababa de ser encerrado y no podía participar en la lucha, así que necesitaba algo de tiempo a solas para enderezarme a mí mismo de nuevo.Y, por supuesto, es bueno no tener que preocuparse por los negros, lo que habría sido una verdadera maldición.

Nadie que no haya sido sometido al terror y agonía a la que fui some- tido puede comprender el profundo y duradero efecto de tal experiencia.

Mi cuerpo ha sanado por completo, y me recuperé de la peculiar combi- nación de depresión y nervioso pánico con los que el interrogatorio me dejó, pero yo soy el mismo hombre que era.

Estoy más impaciente, con mentalidad más seria (incluso sombrío, quizá), más decidido que nunca a continuar con nuestra tarea.

Yhe perdido todo miedo a la muerte. No me he hecho más temerario, pero nada me amedrenta ahora. Puedo ser mucho más duro conmigo mismo que antes, y también más duro con otros, cuando sea necesario. ¡Ay cualquier lloriqueo “conservador responsable"! No voy a escuchar más excusas de estos colaboradores.

Todo el tiempo que los otros y yo estuvimos en el Fuerte Belvoir nos encontramos en régimen de incomunicación y no se nos permitía ningún material de lectura, periódicos o de otra manera. Sin embargo, pronto aprendimos a comunicarnos de forma limitada con otros, y establecimos una exposición oral del oleoducto de noticias desde el exterior a través de nuestros guardias.

Las noticias que todos queríamos oír, por supuesto, eran de la guerra entre la Organización y el Sistema. Nos alegrábamos especialmente cada vez que había noticias de una acción exitosa

contra una "atrocidad" del Sistema, en la jerga de los medios de comunicación, y nos deprimíamos si el periodo transcurrido entre las noticias de las principales acciones se extendía a más de unos pocos días.

Con el paso del tiempo, las noticias de las acciones se hicieron mucho menos frecuentes, y los medios de comunicación comenzaron a asegurar, muy confiados, que el fin de la Organización era inminente, y que el país volvería pronto a la normalidad. Eso nos preocupaba, pero nuestra pre- ocupación no era completa ya que cada vez menos nuevos presos se unían a nosotros en el Fuerte Belvoir. Cuando entré el promedio era de uno al día, pero la media disminuyó a uno por semana en agosto del año pasado

Luego vinieron los grandes atentados del 11 y 12 de septiembre de 1992 en Houston.

En dos días de sacudida de la tierra hubo 14 grandes atentados, lo que dejó más de 4.000 muertos y gran parte de de las instalaciones industria-

les de Houston y los restos del transporte marítimo ardiendo.

La acción comenzó cuando un buque cargado de municiones, bombas aéreas para llevar a Israel, detonó en el atestado canal de Houston antes del amanecer del 11 de septiembre. Este buque se llevó a otros cuatro buques al fondo del canal, su bloqueo, y también prendió fuego a una enorme refinería cercana. En una hora, otras ocho enormes explosiones se habían producido a lo largo del canal, poniendo fuera de juego al se- gundo puerto de mayor actividad de las empresas durante más de cuatro meses.

Cinco explosiones más tarde cerraron el aeropuerto de Houston, des- truyeron la ciudad principal de la estación de generación de energía, y se derrumbaron dos pasos superiores y un puente

situados estratégicamente. Houston se convirtió en zona catastrófica, y el gobierno federal se apre- suró en utilizar a miles de soldados que pudieran contener a un airado pú- blico asolado por el pánico.

La acción de Houston no nos ganó amigos, pero tampoco ayudó a la causa del gobierno. Y disipó completamente la creciente noción de que nuestra revolución se había ahogado.

Y, después de Houston, fue Wilmington, más tarde la Providencia, luego Racine. Las acciones eran menos que antes, pero mucho, mucho más grandes. Se hizo evidente para nosotros el otoño pasado que la re- volución había entrado en una nueva y más decisiva fase. Pero más de eso más adelante.

Anoche fue la acción más importante de todas para aquellos de nos- otros en el Fuerte Belvoir. Justo antes de la media noche, como de cos- tumbre, dos autobuses de color gris-oliva se detuvieron frente a la puerta de nuestro complejo de la cárcel.

Por lo general traen unos 60 policías militarizados para el cambio de guardia de la medianoche y se iban a lo lejos en la noche. Esta vez fue diferente.

Mi primera idea de que una fuga estaba en marcha me llegó cuando fui despertado por el sonido de una ametralladora que se disparó desde una de las torres de guardia. Fue rápidamente silenciado por un golpe di- recto de cañón de 105 milímetros sobre uno de los cuatro tanques en

nuestro complejo. Después de eso hubo un intermitente tiroteo de armas pequeñas y muchos gritos y sonidos de pies corriendo. Finalmente, la puerta de madera de mi celda se rompió hacia el interior bajo el golpe de un mazo, y yo era libre.

Yo era uno de los afortunados 150 o así que se juntaron en los dos

au- tobuses y montaron en ellos. Varias docenas de otros se aferraban afuera de los cuatro tanques capturados, cuyas distraídas tripulaciones habían sido el primer blanco de nuestros libertadores. El resto tuvo que ir a pie, a través de un aguacero que providencialmente mantenía a los helicóp- teros del Ejército en tierra.

En total perdimos 18 presos y cuatro socorristas muertos y 61 prisio- neros recapturados. Pero 442 de nosotros, de acuerdo con el informe sobre las noticias de la radio, fueron apresados a la espera de camiones que esperaban fuera de la base, mientras que los tanques mantenían a raya a nuestros perseguidores.

Ese no fue el final de la emoción, pero, basta con decir que a las cuatro en punto de esta mañana nos habíamos dispersado con éxito por más de dos docenas de previamente seleccionadas "casas de seguridad" en la zona de Washington. Después de unas horas de descanso, me deslicé en una ropa de trabajador civil, tomé la serie de tarjetas de identificación falsas que habían sido cuidadosamente preparadas con maestría para mí, y, llevando un periódico y un bote con el almuerzo, hacía mi camino entre los puestos de trabajadores de la mañana hacia el punto donde se me había asignado una cita.

En dos minutos un camión de la recogida que llevaba a un hombre y una mujer se paró en la curva a mi lado. La puerta se abrió y entré. Como Bill conducía el camión en el tráfico de hora punta, llevé a mi querida Ka- therine en mis brazos, una vez más.

Capítulo XIV

24 de marzo, 1993,

Hoy he sido juzgado por el delito de romper el Juramento, la más grave ofensa para un miembro de la Orden. Ha sido una experiencia do- lorosa, pero ya sabía que era lo que tocaba, así que me siento aliviado por haberla superado a pesar de los resultados.

Alo largo de los meses en mi celda de la prisión, me angustiaba la pre- gunta: ¿Rompí mi Juramento de la Orden al no matarme antes de ser cap- turado? Debo de haber recapitulado cientos de veces el proceso de mi captura y los posteriores sucesos, intentando convencerme de que yo no era culpable, de que había caído en manos del enemigo sin mi culpa. Hoy he relatado de nuevo la secuencia a un jurado de mis compañeros.

La citación llegó esta mañana, a través de la radio, y de inmediato supe lo que era, aunque estaba sorprendido por la dirección a la que me enviaron: uno de los edificios de oficinas más modernos y más grandes en el centro deWashington. Cuando una atractiva recepcionista me indicó una sala de conferencias en un gran complejo de las oficinas de derecho, mi temor se mezcló con gratitud por el periodo de tres días de recupera- ción que me permitieron desde la fuga.

Acababa de deslizarme en la túnica que me había esperado en un per- chero, cuando se abrió otra puerta y otras ocho figuras encapuchadas en- traron en la habitación en silencio y tomaron asiento en torno a una gran mesa. La última de las ocho había retirado su capucha, y reconocí los rasgos familiares del Mayor Williams.

Los procesos fueron dinámicos y bañados en un aire de formalidad. Después de un poco más de una hora de interrogatorio, me dijeron que esperase en una sala adyacente más pequeña. Esperé allí durante casi tres

horas.

Cuando finalmente los otros habían terminado de discutir mi caso y habían llegado a una decisión, fui convocado de nuevo en la sala de con- ferencias. Mientras me encontraba en un extremo de la mesa, el Mayor Williams, sentado en el otro extremo, anunció el veredicto. Sus palabras, en la medida que puedo recordarlas, fueron los siguientes:

"Earl Turner, hemos sopesado su desempeño como miembro de la Orden en dos campos, y hemos encontrado faltas en ambos.

En primer lugar, en su conducta inmediatamente anterior a la incursión policial en la que fue capturado y encarcelado, dio pruebas de una sorprendente falta de madurez y buen juicio. Su indiscreción en visitar a la niña en Georgetown, un acto que, aunque no específicamente prohi- bido, no estaba en el ámbito de sus tareas asignadas y que llevó directa- mente a una situación en la que usted y los miembros de su unidad fueron puestos en extremo peligro, y un valioso servicio se perdió a la Organi- zación.

Debido a esta falta de juicio por su parte, su periodo de prueba como miembro de la Orden se alargará por un periodo de seis meses.Además, su tiempo como prisionero no contará como parte de su prueba. Por lo tanto, no se le permitirá el rito de Unión antes de marzo del próximo año, como muy temprano.

Nos parece, sin embargo, que su conducta antes de la redada policial no constituye una violación de su Juramento."

Solté un inaudible suspiro de alivio al escuchar esta última declaración. Pero luego continuó Williams, con un tono lúgubre en su voz:

"El hecho de que usted fuese capturado vivo por la policía política y permaneciera con vida durante casi un mes de interrogatorio es mucho más grave.

Cuando hizo el Juramento, consagró su vida al servicio de la Orden. Usted se comprometió a anteponer su deber a la Orden antes del resto de factores, incluida la conservación de su vida, en todo momento. Usted aceptó esta obligación de buen grado y con el

conocimiento de que, por la duración de nuestra lucha, eso implica, probablemente, tener que re- nunciar a su vida con el fin de evitar romper su Juramento.

Yse le advirtió en concreto que no cayera en manos de la policía política con vida, y se le dieron los medios para evitarlo.

Sin embargo, cayó en preso y siguió con vida. La información que obtuvieron de usted obstaculizó seriamente la labor de la Organización y puso a muchos de sus compañeros en muy grave peligro. Entendemos, por supuesto, que usted no tomó una decisión consciente

de violar su juramento. Hemos estudiado cuidadosamente las circuns- tancias de su captura, y somos conscientes de las técnicas de interroga- torio que la policía política usa ahora contra nuestro pueblo. Si usted fuese un soldado más en otro ejército del mundo, sería disculpado. Pero la Orden no es como cualquier otro ejército. Hemos reclamado para nosotros mismos el derecho de decidir el destino de todos nuestros pueblos y, con el tiempo, para gobernar el mundo de acuerdo con nues- tros principios. Si hemos de ser dignos de este derecho, entonces tenemos que estar dispuestos a aceptar la responsabilidad que conlleva.

Cada día, tomamos decisiones y llevamos a cabo acciones que tienen como resultado la muerte de personas blancas, muchas de ellas inocentes de cualquier ofensa que consideramos punible. Estamos dispuestos a sa- crificar las vidas de estas personas inocentes, porque el daño sería mucho mayor para nuestro pueblo si no actuamos ahora. Nuestro criterio es, en última instancia, el bien de nuestra raza. Debemos aplicar el criterio, qué menos, a nosotros mismos.

De hecho, tenemos que ser mucho más severos con nosotros mismos que con el resto. Debemos mantener una disciplina mucho mayor de la que pedimos al público en general o incluso de los miembros

ordinarios de la Organización. En particular, nunca debemos aceptar la idea, nacida de la degeneración de nuestra era, de que una buena excusa para el in- cumplimiento de una obligación es un sustituto satisfactorio de los resul- tados.

Para nosotros, no puede haber excusas. O realizamos nuestro deber, o no lo hacemos. Si no, no necesitamos ninguna excusa, simplemente aceptar la responsabilidad por el fracaso. Y si hay una pena, la recono- cemos también. La pena por romper Juramento es la muerte.

La habitación estaba en completo silencio, pero podía oír un zumbido

en mis oídos, y el suelo parecía tambalearse bajo mis pies. Estuve en un silencio sorprendente hasta que Williams comenzó a hablar de nuevo, esta vez en una voz muy suave.

”El deber de este tribunal está claro, Earl Turner. Debemos actuar de este modo, de tal manera que cada uno de los miembros de esta Orden que podría, en alguna ocasión en el futuro, encontrarse a sí mismo en cir- cunstancias similares a la suya durante la redada policial en su cuartel general, sabrá que la muerte es inevitable si no puede evitar la captura, ya sea en forma honorable de muerte por su propia mano o una muerte menos honorable a manos de sus compañeros más tarde. No debe existir la tentación de incumplir su deber, con la esperanza de que una "buena excusa" más tarde salvará su vida.

Algunos de nosotros aquí hoy han argumentado que esta considera- ción -dar un claro ejemplo para los demás- debe ser el único factor de- terminante de su suerte. Pero otros de nosotros hemos argumentado que aún no era miembro de pleno derecho en esta Orden en el momento del interrogatorio, ya que todavía no había participado en el rito de la Unión que concluye el periodo de prueba.

Nuestra decisión no ha sido fácil, pero ahora tiene que escucharla y respetarla. En primer lugar, usted debe completar satisfactoriamente su largo periodo de prueba. Luego, en algún momento después del final de ese período, se le permitirá la Unión, pero sólo con una condición que nunca antes hemos permitido. La condición será que usted realice una misión cuyo éxito puede, posiblemente, producirle su muerte. Lamentablemente, con demasiada frecuencia es necesario asignar a nuestros miembros misiones suicida, cuando no podemos encontrar nin- guna otra forma de lograr un objetivo necesario. En su caso, dicha misión tendrá dos objetivos.

Si la completa con éxito, se eliminará la condición de su Unión. Entonces, aun cuando usted muriera, usted seguirá viviendo en nosotros y en nuestros sucesores por el tiempo que perdure nuestra Orden, al igual que con cualquier otro miembro que realiza la Unión y pierde su vida.Y si, por alguna casualidad, usted sobreviviera a su misión, entonces es po- sible que tome su lugar en nuestras filas sin mancha en su registro. ¿Com-

prende todo lo que he dicho?”

Asentí, y respondí: "Sí, entiendo, y acepto su sentencia sin reservas. Es justo y adecuado. Nunca he esperado sobrevivir a la lucha que estamos realizando actualmente, y estoy agradecido de que me sea permitido hacer un aporte a la misma.Agradezco también que la perspectiva de la Unión sigue estando antes que yo”.

25 de marzo,

Hoy ha venido Henry, y él, Bill, y yo hemos tenido una larga charla. Henry sale hacia la Costa Oeste mañana, y ha querido ayudar a Bill a "llenarme" de información sobre los acontecimientos del último año antes de que se fuese. Aparentemente se dedica a la formación de los nuevos reclutas y la manipulación de algunas de las otras

funciones internas de la Organización en la zona de Los Angeles, donde son especialmente fuertes. Cuando me saludó me mostró la Señal, y supe que también se había convertido en un miembro de la Orden.

En esencia, lo que he aprendido hoy es lo que yo ya había intuido en mi celda de la prisión: la Organización ha desplazado el eje principal de sus ataques tácticos personales a los objetivos estratégicos económicos. Ya no estamos tratando de destruir el Sistema directamente, sino que ahora nos concentramos en socavar el apoyo del público en general hacia el Sistema.

Sentí durante mucho tiempo que este cambio era necesario. Aparentemente dos cosas llevaron al Comando Revolucionario a la misma con- clusión: el hecho de que no reclutásemos a un número suficiente de nuevos miembros para compensar nuestras pérdidas en la guerra de des- gaste contra el Sistema, y que ni nuestros golpes contra el Sistema ni las cada vez más represivas respuestas del Sistema a los golpes tuvieran nin- gún efecto decisivo en la actitud del público hacia el Sistema.

El primer factor era crucial. Simplemente no podíamos continuar con nuestro nivel de actividad en contra del Sistema con nuestras bajas de manera constante, incluso si hubiéramos querido. Henry estima que el número total de nuestra primera línea de tropas de combate para todo el

país de los dispuestos y capaces de utilizar un cuchillo, un arma, o una bomba contra el Sistema se había reducido a unas 400 personas el pasado verano. Nuestras tropas de primera línea representan sólo alrededor de un cuarto de los miembros de la Organización, y habían sufrido una despro- porcionada tasa de bajas.

Así, la Organización se vio obligada reducir el nivel de la guerra tem- poralmente, si bien aún preservaba un núcleo lo suficientemente fuerte para otro enfoque. Nuestra estrategia contra

el Sistema estaba fracasando. Estaba fracasando porque el grueso de los blancos norteamericanos no estaba respondiendo a la situación en la forma en que se había esperado. Es decir, habíamos contado con una respuesta positiva a nuestra "propa- ganda de los hechos" pero no fue así.

Teníamos la esperanza de que cuando establecimos el ejemplo de re- sistencia a la tiranía del Sistema, otros se resistirían también. Teníamos la esperanza de que al hacer dramáticas acciones contra personalidades importantes de la parte superior del Sistema e importantes instalaciones del mismo, inspiraríamos a los norteamericanos de todas partes a iniciar acciones similares. Pero nada de eso sucedió.

Seguramente se incendiaron una decena de sinagogas, y se produjo un aumento general del nivel de violencia por motivos políticos, pero en ge- neral, la orientación era errónea e ineficaz. Sin organización, esas accio- nes tienen poco valor, a menos que estén muy extendidas y puedan sostenerse durante un largo período.

Yla respuesta del Sistema a la Organización irritó a muchas personas y causó muchas quejas, pero ni siquiera se acercó a provocar una rebe- lión. La tiranía, tal como hemos descubierto, no es del todo impopular entre el pueblo americano.

Lo que es realmente precioso al americano medio no es su libertad o su honor o el futuro de su raza, sino su sueldo. Se quejó cuando el Sis- tema comenzó a enviar a sus niños a escuelas negras hace 20 años, pero se le permitió mantener sus bienes, así que no luchó.

Se quejó cuando se llevaron sus armas hace cinco años, pero aún tenía su televisor en color y su patio trasero con barbacoa, por lo que no luchó. Y hoy se queja de la violación de su mujer por negros y cuando el

Sistema le hace mostrar un carné de identidad para comprar

comestibles o recoger su ropa, pero todavía tiene un vientre lleno la mayor parte del tiempo, así lo que no luchará.

Carece de ideas que no provengan de su televisor. Quiere ser por en- cima de todo "políticamente correcto", y hacer, pensar y decir exacta- mente lo que piensa que se espera de él. Se ha convertido, en suma, exactamente en lo que el Sistema ha estado tratando de hacer de él estos últimos 50 años, más o menos: una masa de hombre, un miembro más del conjunto, lavado de cerebro proletariado; una manada de animales; un verdadero demócrata.

Ese, lamentablemente, es nuestro americano blanco medio. Desearí- amos que no fuera así, pero es lo que es. La llana y terrible verdad es que hemos tratado de evocar el espíritu heroico, que ha desaparecido. Se ha lavado el cerebro del 99% de nuestro pueblo por la inundación de la pro- paganda judía y materialista.

En cuanto al último uno por ciento, hay varias razones por las que ellos no están siendo efectivos. Algunos, por supuesto, son demasiado cómodos para trabajar dentro de la Organización, o de cualquier grupo or- ganizado, sólo quieren "hacer sus propias cosas". Otros pueden tener ideas diferentes de las nuestras, o simplemente puede que no hayan po- dido contactar con nosotros desde que fuimos forzados al subsuelo. Even- tualmente, se podría contratar a la mayoría de estos, pero ya no tenemos tiempo.

Lo que la Organización comenzó a hacer hace unos seis meses atrás es tratar a los americanos por primera vez de modo realista, es decir, como una manada de ganado. Dado que ya no son capaces de responder a un llamamiento idealista, apelamos a las cosas que pueden entender: el miedo y el hambre.

Vamos a quitarles la comida de sus mesas y vaciar sus frigoríficos.Y, cuando empiecen a tener hambre, nos haremos temer más de lo que temen al Sistema. Vamos a tratarlos exactamente de la manera en que merecen ser tratados.

No sé la razón por la que esperamos durante tanto tiempo para esta re- solución. Hemos tenido el ejemplo de décadas de guerra de guerrillas en

África, Asia y Sudamérica para instruirnos. En todos los casos la gue- rrilla ganó creando temor a la gente, no amor. Por las torturas públicas hasta la muerte de los líderes de las aldeas que se oponían a ellos y por las brutales matanzas de las poblaciones de las aldeas que se negaban a darles de comer, inspiraron tal terror en las aldeas vecinas que todo el mundo tenía miedo de negarse a lo que le pedían.

Nosotros los norteamericanos observamos todo esto, pero fallamos al aplicarnos la lección a nosotros mismos. Consideramos -correcta- mente- a todos los no blancos como simples rebaños de los animales y no nos sorprendemos de que se comportaran como lo hicieron. Pero nos consideramos a nosotros mismos de manera incorrecta, como algo mejor. Hubo un tiempo en el que fuimos mejores -y estamos luchando para asegurar que será así de nuevo-, pero por ahora somos sólo un rebaño, nos manipulan a través de nuestros instintos más básicos por un grupo in- teligente de extranjeros. Nos han hundido hasta el punto de que ya no odiamos a nuestros opresores o tratamos de luchar contra ellos; simple- mente les tememos e intentamos hacerles favores.

Que así sea. Vamos a sufrir gravemente por haber permitido caer en el hechizo judío.

Hemos dejado de gastar nuestros recursos en ataques terroristas a pe- queña escala, y nos dedicamos a ataques a gran escala contra objetivos económicos cuidadosamente escogidos: centrales eléctricas, depósitos de combustible, servicios de transporte, fuentes de alimentos y plantas in- dustriales clave. No esperamos reducir la ya de por sí chirriante estructura económica americana inmediatamente, pero esperamos causar un número de localizadas y temporales averías, que poco a poco tienen un efecto acumulativo sobre todo el público.

Ya una parte considerable de la opinión pública se ha concienciado

de que no puede sentarse y ver la guerra en la televisión con seguridad y comodidad. En Houston, por ejemplo, cientos de miles de personas es- tuvieron durante casi dos semanas sin energía eléctrica el pasado mes de septiembre.

Los alimentos en sus frigoríficos y congeladores rápidamente se es- tropearon, al igual que los productos perecederos en los supermercados.

Hubo dos principales disturbios por hambre entre los habitantes de Hous- ton antes de que el Ejército fuese capaz de crear suficientes estaciones de socorro para ayudarlos a todos.

En otro caso, las tropas dispararon a 26 personas en una multitud que trataba de asaltar un depósito de alimentos del Gobierno y, a continua- ción, la Organización comenzó otro motín con el rumor de que las racio- nes de emergencia que el gobierno estaba entregando estaban contaminadas con botulismo.

Houston ha vuelto a la normalidad, con la mayor parte de la ciudad to- davía sujeta a un apagón de seis horas al día.

En Wilmington dejamos a la mitad de la ciudad en paro tras destruir dos grandes plantas de DuPont. Y hemos apagado las luces de la mitad de Nueva Inglaterra cuando eliminamos el generador de energía de la es- tación justo a las afueras de la Providencia.

El fabricante de electrónica que atacamos en Racine no era muy grande, pero era el único proveedor de determinados componentes clave para otros fabricantes de todo el país. Por el incendio de su planta, cau- samos el cierre de otras veinte.

Los efectos de estas acciones no son decisivos aún, pero, si podemos continuar, lo serán. La reacción de la opinión pública ya nos ha conven- cido de ello.

Esa reacción puede considerarse desfavorable para nosotros. En Houston, una turba tomó dos prisioneros sospechosos y les desgarraron parte de la extremidad.Afortunadamente, no eran de nuestra gente, sólo dos desafortunados becarios que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Ylos conservadores, por supuesto, han redoblado su teoría de que es- tamos arruinando todas las posibilidades de una mejora en las condicio- nes por estar provocando al gobierno con nuestra violencia. Lo que significa para los conservadores cuando hablan de una "mejora" es una estabilización de la economía y otra serie de concesiones a los negros, a fin de que todos podamos volver a consumir en una comodidad multirra- cial.

Pero hace mucho tiempo que hemos aprendido a no contar a nuestros

enemigos, sólo a nuestros amigos.Yel número de éstos últimos está cre- ciendo ahora. Según Henry, hemos aumentado casi un 50 por ciento en miembros desde el verano pasado.Aparentemente nuestra nueva estrate- gia ha derribado una gran cantidad de barreras y muchos espectadores han debido tomar partido, algunos de nuestro lado y otros, del otro. La gente está empezando a darse cuenta de que no van a poder permanecer fuera de esta guerra. Estamos obligándolos a entrar en las líneas del frente, en el que deben elegir y participar, independientemente de que les guste o no.

Capítulo XV

18 de marzo de 1993,

Ya estoy de vuelta en el meollo de las cosas. Durante el fin de

semana, Katherine me respondió algunas preguntas y me dio los detalles, especial- mente acerca de las novedades locales que no pude sacarle a Henry el viernes.

Mientras estaba en la cárcel, el trabajo de nuestro equipo de comuni- caciones tenía que continuar, por supuesto, y ahora había otras dos per- sonas perfectamente cualificadas ocupadas en la tarea. Pero aún había montones de trabajo técnico esperándome. Bill es un maravilloso arte- sano de la mecánica, y un gran armero, pero no puede preparar los pedi- dos que requieran técnicas químicas o electrónicas. Me dio una larguísima lista de pedidos para envíos especiales, que llegaron a nuestra unidad cuando yo estaba aún en prisión, y que se había visto obligado a dejar de lado momentáneamente.

Revisamos juntos cuidadosamente la lista la noche pasada, y decidimos qué cosas eran más importantes para las necesidades actuales de la Organización. Y también hice mi propia lista de provisiones y equipa- miento necesarios para empezar a trabajar.

Los pedidos de máxima prioridad de la lista de Bill eran detonadores con control por radio, y detonadores con temporizador, así como mechas. La Organización había estado improvisando demasiado en los últimos tiempos, y había tenido demasiados intentos fallidos. Necesitábamos un dispositivo de retardo que fuera ajustable desde unos pocos minutos a un día o más, y que fuera 100% preciso.

Otra categoría de objetos pedidos eran bombas camufladas y dispositivos incendiarios.

Dr. William Pierce

Es poco menos que imposible últimamente acceder al control o a la instalación de los medios de comunicación del gobierno sin pasar a través de un detector de metales, y todos los envíos son escaneados de forma ru- tinaria por rayos X. Esto requerirá alguna solución ingeniosa, pero ya se me han ocurrido unas pocas ideas.

Yluego está el propio proyecto personal de Bill, para el que necesita alguna asistencia técnica: ¡Falsificaciones! La Organización estaba im- primiendo dinero a una escala bastante grande en la Costa Oeste, había dicho Bill, y ellos querían que él empezara a hacer lo mismo aquí. Comprendí entonces por qué el status económico de la Organización parecía haber mejorado considerablemente el año anterior. Realmente, desde que comenzamos a hacer acciones a gran escala, comenzamos tam- bién a tocar diferentes fuentes de contribución, sobre todo los peces gor- dos que sólo compran sobre seguro. Sospecho, pues, que hemos encontrado la manera de comenzar a imprimir nuestro propio dinero. Independientemente del genio que lleva nuestra operación de falsifi- cación en la Costa Oeste, se instruyó una lista muy cuidadosa de instruc- ciones, que Bill me mostró. El chico debía haber trabajado para la Oficina del Servicio Secreto de Grabados e Impresiones. Realmente parecía co- nocer este negocio. (La Oficina de Grabados e Impresiones es la agencia gubernamental que produce el papel-dinero en los EEUU, y el “Servicio Secreto” es una agencia de Policía que combate las falsificaciones, entre otras cosas. Como sabemos, la falsificación fue posteriormente usada por la Organización no solamente para financiar sus unidades, sino también para crear un clima de ruptura en la economía general. En los últimos días de la Gran Revolución, la Organización vertía tales ingentes canti- dades de dinero falsificado, que el Gobierno, desesperado, anuló todo el papel-moneda, obligando que todas las transacciones monetarias fueran hechas o en moneda o por cheque. Esta reacción provocó estragos en la moral pública, y fue uno de los factores que más influyeron en los acon- tecimientos finales de la Revolución.)

Bill ya ha terminado de configurar casi todo; realmente, ha sido una maravillosa adquisición para la impresión de precisión. Solo

necesita ayuda con el problema de la fluorescencia. Las instrucciones le indican

qué aditivos químicos tiene que inyectar, pero no cómo conseguirlos. Y tampoco está muy seguro de cómo hacer y usar la unidad de inspección ultravioleta para probar el producto final. Eso no va a ser difícil. Nuestro nuevo centro de trabajo y residencia es radicalmente diferente

al que habíamos tenido antes. En lugar de ser "subterráneo", estamos ahora bien a la vista. Hay un cartel de neón en la puerta de la imprenta, y figuramos en la lista de las Páginas Amarillas. Durante el día la im- prenta está "abierta para negocios" con Carol en el mostrador, pero Bill mantiene sus precios lo bastante altos como para poder mantener las apa- riencias mientras trabajamos. Su trabajo real tiene lugar después de las horas de cierre, habitualmente en la base, donde está el arsenal. Nosotros cuatro vivimos encima de la tienda, como hicimos en el an- tiguo emplazamiento, pero no tenemos que mantener las ventanas cerra- das y bloqueadas. Y la furgoneta de Bill está aparcada en la calle, justo enfrente. Para lo que al mundo concierne, solo somos dos jóvenes parejas que trabajan juntas en el negocio de la imprenta.

El truco, por supuesto, está en establecer falsas identidades que sopor- ten el escrutinio del Sistema, pero la Organización ha adquirido un ad- mirable grado de experiencia en este tema.Tenemos tarjetas de Seguridad Social, y dos de nosotros tenemos licencia para conducir. Las tarjetas y las licencias son genuinas -he oído historias bastante desagradables de los métodos utilizados por la Organización para conseguirlas- así que pode- mos abrir cuentas de banco, pagar tasas, y otras cosas por el estilo. Solo tengo que recordar que mi nuevo nombre es -¡ouch!- David J. Bloom. Creo que me están tomando el pelo con este nombre. Afortuna- damente, la fotografía en el carné de identidad es lo bastante parecida a mí como para pasar por auténtica, siempre que me acuerde de mantener el pelo bien teñido.

La Organización no da elección acerca de establecer nuevas identida- des de los que trabajamos en secreto. Una persona sin una identidad do- cumentada, simplemente no puede funcionar en esta sociedad. No puede comprar víveres, no puede coger al autobús sin mostrar su carné de con- ducir o cualquiera de las nuevas tarjetas de identidad que el gobierno ha comenzado a emitir.

Aún es posible pasar desapercibido con una mala falsificación en algunos casos, pero el sistema computerizado estará listo en unos pocos meses más, y entonces las falsificaciones serán automáticamente detec- tadas. Entonces la Organización decidió hacerlo bien, y darnos creden- ciales "auténticas", lo cual es un trabajo extremadamente lento y pesado. Unas pocas unidades especiales se ocupan de esta tarea con una especial crueldad y sangre fría, pero la demanda de nuevas credenciales poco a poco va excediendo a las disponibles.

También parece ser que el Sistema se ha vuelto especialmente cruel en su campaña contra nosotros. Una cierta cantidad de los nuestros – quizá unos cincuenta en todo el país– han sido asesinados por profesio- nales en los últimos cuatro meses. Es difícil precisar cuántos en total, porque algunos que sospechamos que han sido asesinados simplemente han desaparecido, y no se han encontrado sus cuerpos.

Cuando nuestra gente comenzó a desaparecer, o a ser encontrada flo- tando muerta en el río con sus manos atadas a la espalda y con seis o siete agujeros de bala en sus cabezas, hubo un rumor extendido entre las filas de la Organización de que esos asesinatos habían sido acciones dis- ciplinarias de la propia Organización. De hecho, hubo un periodo en el pasado en el que perdíamos más miembros por las acciones disciplinarias que por ningún otro motivo. Era la época en que la moral estaba muy baja, y era necesario usar métodos extremos para convencer a los dudosos de sus obligaciones con la Organización.

Pero pronto se le hizo evidente al Comando Revolucionario –así como a todos los demás– que un nuevo factor había entrado en juego. Desde nuestros contactos dentro de una de las agencias de Policía Federal, su- pimos que nuestros agentes estaban siendo masacrados por dos grupos: una cuadrilla especial de asesinos israelíes y un surtido de tiradores de la Mafia, bajo contrato del gobierno de Israel. En lo que a estos dos grupos se refieren, la policía estadounidense tenía las manos atadas por orden del FBI. (La Mafia es una confederación criminal, usualmente compuesta por italianos y sicilianos, pero gobernada casi siempre por judíos, que habían prosperado en las ocho décadas anteriores a la Gran Revolución. Había habido buenos y duros intentos gubernamentales para erradicar a

la mafia durante este periodo, pero el libre capitalismo proveía las con- diciones ideales para el crimen organizado y a gran escala, y la conse- cuente corrupción política. La Mafia casi se extinguió cuando todos sus miembros –más de 8.000 hombres– fueron capturados y ejecutados en una única y masiva operación de la Organización durante el periodo de limpieza inmediatamente posterior a la Revolución.)

Todas las víctimas se contaban entre nuestros “legales”. Aparente- mente, alguien en el FBI dio los nombres de las personas sospechosas de ser miembros de la Organización, pero que aún no habían sido arrestados por la embajada israelí, y ellos se aprovecharon de la información. Tuvimos algunas represalias en Nueva Orleans, por ejemplo. Después

de que dos de nuestros “legales”, uno de ellos un abogado muy influyente en la zona, fueron asesinados hace unas seis semanas con un estilo cla- ramente de la Mafia, preparamos uno de los clubes nocturnos que servían de sede a la Mafia. Cuando las bombas estallaron y el local voló por los aires durante la celebración del cumpleaños de uno de sus capos, los jefes que intentaron escapar

fueron cariñosamente saludados por las ráfagas de ametralladora de nuestra gente, apostada en los tejados justo encima de las únicas dos salidas. Más de 400 personas perdieron sus vidas aquella noche, incluidos aproximadamente 60 miembros de la Mafia.

Pero esta nueva amenaza aún pende demasiado sobre nosotros, y está haciendo verdadero daño en la moral de algunos de nuestros miembros y partidarios, que están viendo como sus nombres pueden ser expuestos. Actúan bajo sus propias identidades, y no disfrutan como nosotros de estar a cubierto. Está claro que pronto nos tendremos que movilizar para librarnos de esta amenaza.

2 de abril,

El problema de las provisiones ha sido solucionado temporalmente. Requirió una de esas operaciones de rateo que yo realmente detesto. No me puse tan nervioso como cuando Henry y yo hicimos la primera ope- ración -parece que ha pasado toda una vida- pero sigue sin gustarme. Bill y yo dividimos la lista de objetos necesarios en tres categorías, de

acuerdo con su fuente. Unos dos tercios de los objetos químicos no es- taban disponibles en cualquier mercado de la ciudad, y teníamos que con- seguirlos en la industria especializada química. También necesitaba al menos 100 relojes de pulsera para los engranajes de distribución, y cos- taban demasiado si como para comprarlos. Finalmente, conseguimos un buen número de componentes electrónicos y eléctricos, algunas cosas de hardware general, y un puñado de artículos químicos, todo lo cual podría haber sido comprado sin la mayor dificultad, y sin afectar para nada a nuestro presupuesto.

Empleé la mayoría del martes y del miércoles consiguiendo los obje- tos de la última categoría.

El problema químico fue finalmente resuelto el miércoles. Esto se

había vuelto un problema, porque se obligaba a los proveedores de labo- ratorio y la industria química a comprobar todos los nuevos compradores con la policía política, igual que los proveedores de explosivos. Sola- mente necesitaba evitar este escrutinio cuanto antes. Pero revisé con ayuda delWFC y encontré que uno de nuestros "legales" en Silver Spring tenía una pequeña tienda de galvanizados, y podía pedir lo que necesitá- ramos a su habitual proveedor. Escogeré de la mercancía que tenga, el lunes.

¡Pero, ay, los relojes! Sé exactamente qué necesitamos para los tem- porizadores, y quiero que todos sean del mismo estilo para que los tem- porizadores estén estandarizados, para mejorar la eficiencia a la hora de hacerlos y tener la mayor precisión posible en la operación. Entonces, Katherine y yo atracamos una joyería el viernes en el norte del D.C. y conseguimos 200 unidades.

Me llevó dos días saber dónde estaban los relojes que yo estaba bus- cando. Ienían que ser enviados desde la joyería de Philadelphia a Was- hington. Le dije al hombre de Washington que estaba muy contento con ellos y quería mandarle un cheque certificado de 12.000 dólares para comprárselos. Él dijo que estarían esperándome en el mostrador.Yallí es- taban.

Le pregunté a Bill si quería ir conmigo, pero él estaba atado con el tra- bajo en la tienda toda la semana. Y Katherine realmente quería ir. La

chica tiene algo salvaje en ella, que no sospecha nadie que no la conozca bien. Primeramente una de las tareas de Katherine es proteger mi identi- dad "David Bloom" y la suya propia. Identidad sobre identidad.Ya he ol- vidado quién es Earl Turner o cuál es su aspecto.

Tuvimos que proveernos de un vehículo. Esto solo ocupó un par de minutos, y fue con el procedimiento usual.Aparcamos la furgoneta en el centro comercial, caminamos al otro lado del aparcamiento,

encontramos un coche que no estaba cerrado, y lo cogimos. Usé una pequeña navaja para cortar el cable de encendido bajo el salpicadero, y solo fue cuestión de un par de segundos saber cuáles eran los cables correctos y unirlos con un clip.

Tenía la esperanza de que no hubiera violencia en la joyería, pero mi deseo se vio frustrado. Nos presentamos nosotros mismos al jefe, y pre- guntamos por nuestro pedido. Él preguntó por el cheque. “Lo tengo”, le dije, “Y se lo daré tan pronto como compruebe que los relojes son los que le he pedido.”

Mi plan era coger los relojes y salir a la calle, dejando al dueño gritando por su cheque. Pero cuando el hombre volvió con nuestro paquete, dos de sus empleados venían con él, y tomaron posiciones entre nosotros y la puerta. No nos dieron elección.

Abrí el paquete, comprobé el contenido y cogí mi pistola. Katherine también sacó la suya, y apuntó al hombre que estaba más cerca de la puerta. ¡Pero la puerta no se abrió cuando ella intentó abrirla!

Mi compañera apuntó al empleado, el cual no perdió el tiempo en ex- plicar: “Tienen que pulsar el botón en la oficina, para desbloquear la puerta”.

Entonces volví junto al jefe y le gruñí: “¡O abres esta puerta ahora, o cobrarás tus relojes en acero caliente!”

Pero él saltó ágilmente al otro lado del umbral de la oficina que había en el almacén, y cerró de golpe la puerta de metal detrás de él antes de que pudiera reaccionar.

Entonces le ordené a la dependienta que pulsara el botón de la puerta. Ella, no obstante, continuó sentada tan rígida como una estatua, con su boquita abierta en una expresión de horror.

Comenzando a sentirme desesperado, decidí dispararle al bloqueo

de la puerta para abrirla. Hicieron falta cuatro disparos para abrirla, en parte porque mi nerviosismo hizo que mi puntería no fuera demasiado buena. Corrimos hacia el coche, pero el dueño de la joyería ya estaba allí. ¡El muy bastardo estaba desinflándonos las ruedas!

Estampé la culata de mi revólver en su cabeza y lo dejé llorando en el suelo.Afortunadamente, solamente había desinflado parcialmente una rueda, y el coche aún era manejable. Katherine y yo no perdimos más tiempo y huimos rápidamente.

¡Mierda de vida!

No fue hasta esta tarde, cuando terminé de ensamblar y probar el pri- mer temporizador, hasta que estuve convencido que los bonitos relojes de lujo que tanto nos había costado conseguir habían valido la pena las mo- lestias que tuvimos que tomarnos para conseguirlos. Los nuevos tempo- rizadores trabajaban perfectamente; esto significaba algo positivo, baja resistencia al contacto en cualquier momento, y estaba seguro que esto reduciría nuestro porcentaje de fallos a prácticamente cero.

También tenía la unidad de inspección UVde Bill trabajando para él, y estaba preparado para imprimir sus primeros verdes tan pronto como yo le llevara los aditivos para la tinta el lunes. Su producto aún no era per- fecto, pero le faltaba muy poco. Realmente, pasarían todos los tests es- tándares usados en los bancos para detectar billetes falsos. Tendrían que utilizar un laboratorio para detectar la copia.

Y yo terminé de diseñar tres diferentes mecanismos de bombas que pasarían un examen de rayos X sin levantar sospechas. Uno de ellos es- taba escondido dentro del mango de un paraguas; baterías, temporizador y todo lo demás. El eje principal del paraguas se puede llenar de gasolina si uno desea un dispositivo incendiario, o la manija se puede separar y utilizar como detonador.

Otra combinación temporizador-detonador puede ser instalada dentro de un transistor de radio de bolsillo -que a su vez puede ser detonado usando una señal de radio codificada- y el tercero puede

ser un reloj de pulsera eléctrico, con el detonador y el explosivo moldeado en la pulsera y puesto en marcha por la batería instalada en el reloj. En cada caso, por

supuesto, los explosivos deben ser instalados en un área separada, pero pueden ser camuflados en muchos moldes diferentes, como el yeso por ejemplo, y hasta pueden pintarse del mismo color que cualquier objeto habitual.

Capítulo XVI

10 de abril de 1993,

Esta es la primera vez en una semana que tengo algo de tiempo para mí y puedo relajarme. Estoy en un motel de Chicago sin nada que hacer hasta mañana por la mañana cuando me daré una vuelta por el Evanston Power Project. Tomé un avión para venir aquí el viernes por la tarde por dos motivos: para dar una vuelta por el Evanston y para un reparto de mucho dinero para una de nuestras unidades de Chicago. Bill empezó a presionarnos el lunes por la noche, tan pronto como mezclamos los adi- tivos químicos en la tinta, y continuó haciéndolo hasta primera hora del viernes, con Carol pidiéndole unas pocas horas para poder dormir. Él no se dio por vencido hasta que no usó el último billete adquirido para tal propósito. Katherine y yo ayudamos cortando y sujetando el papel entre ambas partes de la prensadora. El trabajo estuvo cerca de matarnos a todos, pero la Organización necesitaba el dinero rápidamente.

¡Tienen un montón ahora! Nunca había soñado con ver tanto dinero en mi vida. Bill imprimió unos diez millones de dólares en billetes de 10$ y 20 $, que pesaban más de una tonelada en billetes nuevos. ¡Ydaban el pego! Comparé uno de los billetes de Bill con uno auténtico y no po- dría decir cuál era cuál, excepto por los números de serie.

Bill hizo un trabajo verdaderamente profesional en todo. Cada billete tenía un número de serie diferente. Este proyecto muestra que puede lle- varse a cabo con una cuidadosa planificación, dedicación y un duro tra- bajo. Claro que Bill tuvo seis meses para poner las cosas bien y hacer muchas prácticas, antes de que yo estuviera disponible para ayudarle con los aditivos de tinta y la unidad UV. Él ya había solucionado todos los fa- llos del proceso antes de empezar su loca carrera de tres días y medio.

Llevé conmigo 50.000 de los nuevos billetes de 20$ y los entregué a mi contacto de Chicago ayer. Su unidad tenía encomendada la misión de lavar el dinero, para conseguir un equivalente de dinero auténtico para los gastos de la Organización en esta área. Era un trabajo mucho más lento y fatigoso que la impresión de billetes.

Al mismo tiempo que me marchaba de aquí Katherine embarcaba en un vuelo a Boston con 800.000 dólares en su equipaje. Más tarde, esa misma semana estaríamos haciendo repartos en Dallas y Atlanta. Pasar todos los controles de seguridad del aeropuerto con todo ese dinero es un poco inquietante, pero mientras no hagan nada aparte de pasar por los rayos Xnuestro equipaje, no pasa nada. Lo único que parecían estar bus- cando eran bombas o armas de fuego. ¡Sólo había que esperar a que em- pezasen a recoger nuestros billetes por todo el país!

Tuve ocasión de pensar un poco en el avión haciaWashington. Desde 35.000 pies uno tiene una perspectiva diferente de las cosas.Viendo todos esos barrios, carreteras y fábricas extenderse por

debajo le hace a uno darse cuenta de cuán grande esAmérica y lo dificultoso que era el trabajo que habíamos emprendido.

Esencialmente, lo que estábamos haciendo con nuestro programa de sabotaje estratégico era desencadenar algo que estaba inscrito en la propia podredumbre deAmérica. Estábamos extirpando las termitas que se co- mían las vigas de sujeción de la economía, que hacían que la estructura se desmoronaría unos pocos años antes -y con final más devastador- que sin nuestros esfuerzos. Es deprimente hacer algo que va a influir poco con todos los sacrificios que estábamos haciendo en el curso de los aconte- cimientos.

Consideremos nuestras falsificaciones por ejemplo.Tenemos que im- primir y distribuir en un año por lo menos cien veces más dinero de lo que Bill imprimió la semana pasada -a razón de por lo menos 10 billones de dólares anuales- antes de poder hacer una triste medida de los efectos en la economía nacional.América gasta tres veces más de ese dinero sólo en cigarrillos.

Claro que teníamos otras dos prensas funcionando en la Costa Oeste, e instalaremos otras pronto.Ysi puedo pensar en una forma de quitar de

en medio el Proyecto Evanston, sería una pérdida cercana a los 10 billo- nes de dólares de un plumazo, por no mencionar el daño a la economía que sería como resultado de la pérdida de la distribución de la energía eléctrica a través de las plantas industriales de la región de los Grandes Lagos.

Pero estamos haciendo algo que es realmente más importante que nuestra campaña contra el Sistema.Alargo plazo, será infinitamente más importante. Estamos forjando el núcleo de una nueva sociedad, una nueva civilización por entera, que surgirá de las cenizas del pasado.Yes por eso que nuestra nueva civilización se basará en una nueva visión del mundo totalmente diferente de la actual y que sólo puede reemplazar a la anterior de una manera revolucionaria. No

hay una sociedad basada en los valoresArios y la visiónAria puede desarrollarse pacíficamente desde una sociedad que ha sucumbido a la corrupción espiritual judía.

De esta forma, nuestra lucha actual es ineludible, desde el hecho de que el Sistema nos ha sido impuesto sin haber sido nuestra elección. Viendo los sucesos de los pasados 31 meses desde este punto de vista - esto es, considerando nuestra positiva tarea de construir un nuevo núcleo social en vez de nuestra destructiva guerra contra el Sistema- me hace pensar que la idea de golpear a los líderes del Sistema en vez de a la eco- nomía general no estaba tan mal para empezar como al principio pensé. Se configuró el carácter de la batalla desde el principio como nosotros contra el Sistema, mejor que contra la economía. El Sistema respondería con represiones para protegerse de nuestros ataques, lo que tendría como consecuencia su aislamiento de una cierta parte de la gente. Cuando no estuviéramos haciendo mucho más que eliminar gente del Congreso, jue- ces federales, policías secretos y dueños de los medios de comunicación, la gente no se sentiría especialmente amenazada, pero se resentirían de los inconvenientes creados por las nuevas medidas de seguridad adopta- das por el Sistema.

Si hubiésemos actuado contra la economía desde el principio el Sis- tema podría haber presentado la amenaza como alguien de nosotros con- tra la gente, y habría sido más fácil para los medios de comunicación convencer al público de la necesidad de colaboración con el Sistema con-

tra la amenaza común, nosotros.Así, nuestro primer error estratégico nos ha hecho más fácil reclutar gente ahora, cuando estamos trabajando de- liberadamente para hacer las cosas tan incómodas para todo el mundo como podemos.

Yno sólo está la Organización, que ha estado reclutando mucha gente últimamente. La Orden también está creciendo de un modo sin prece- dentes en sus últimos 48 de sus cerca de 68 años de

historia. Yo oculta- mente hice el Signo cuando me encontré con nuestro contacto aquí ayer -como siempre hago cuando me encuentro con los miembros de la nueva Organización- y fui gratamente sorprendido cuando me respondió ama- blemente.

Me convidó a presenciar una ceremonia de iniciación ayer por la noche para nuevos miembros en el área de Chicago.Acepté encantado y me asombré al contar aproximadamente 60 personas en la ceremonia, en la que cerca de la tercera parte eran iniciados. Eso era más de tres veces el número total de miembros que la Orden tenía en el área deWashington. Me conmovió la ceremonia como si fuera mi propia iniciación hace un año y medio.

14 de abril,

¡Problemas, problemas, problemas! Nada ha ido bien desde que volví de Chicago.

Bill no puede encontrar más papel del que usó para la última tanda de dinero, y me ha pedido que le ayude a improvisar. Intentamos tintar algo de papel ligero incoloro de la misma textura y composición pero el resul- tado ha sido insatisfactorio. Bill continuará buscando otra fuente para conseguir el papel original, mientras yo continúo intentando diferentes procesos de tintado.

Entonces ahí estaba la delegación local del Concilio de Relaciones Humanas, que visitaron la tienda ayer. Cuatro negros y un enfermo, en- fermo, enfermo hombre blanco, todos vistiendo brazaletes del Concilio, entraron en la tienda de impresión. Querían poner un gran póster en la ventana de la tienda, del mismo tipo que se ve en cualquier lugar hoy,

apremiando a los ciudadanos a “ayudar a combatir el racismo”, dando parte a la policía de personas sospechosas y dejando una hucha para do- naciones en el mostrador. Carol estaba detrás del mostrador y les dijo vi- gorosamente que se fueran al infierno.

Esa, claro, no era la mejor cosa que se podía decir, tal como estaban las cosas. Ellos podrían haber dado parte a la policía política, si yo no hu- biera oído la conversación e intervenido. Subí las escaleras del sótano con lo que yo esperaba que fuese una convincente expresión judía en mi rostro y entré con un “¿Hey, qué pasa por aquí?”. Intenté quitarle hierro al asunto, esperando que no pensasen que el dueño de la tienda era un miembro de un grupo minoritario, un grupo muy especial minoritario, que podría ser sospechoso de guardar algún resentimiento del Concilio de Relaciones Humanas o sus encomiables esfuerzos.

El cabecilla negro empezó a quejarse indignado hacia mí por la repulsa de Carol. Le corté con un impaciente movimiento de mi mano y le dirigí una mirada burlesca a Carol. “Claro, claro” dije. “Deja tu hucha aquí. Es por una buena causa. Pero no pongáis pósteres que no hay sufi- ciente habitación. Ni siquiera he dejado a mi primo Abe poner uno de sus pósteres de los Atractivos Judíos Unidos ahí. ¡Venid! Os enseñaré dónde podéis colocarlo”.

Tan pronto lideré la comitiva a través de la puerta, ordené a Carol que volviese al trabajo con mis mejores maneras de Simon Legree. “Sí, Mr. Bloom” dijo ella mansamente.

Fuera, en la acera me tragué mi repulsa cuando puse amistosamente un brazo alrededor de los hombros del negro hablador y dirigí su atención a una tienda que estaba directamente cruzando la calle. “Nosotros no te- nemos muchos clientes por aquí” le expliqué. “Pero mi buen amigo Solly Feinstein tiene mucha gente entrando y saliendo. Y tiene una gran ven- tana. El póster estaría mejor ahí. Podrías ponerlo justo debajo de donde pone Sol´s Pawn Shop y todo el mundo lo vería.Yestate seguro de dejar una hucha o dos, pues tiene una gran tienda”.

Parecieron encantados con mi amigable propuesta y comenzaron a cruzar la calle. Pero el blanco, un lastimoso espécimen con granos y cierta imitación “afro” dudó, se volvió y me dijo: “Quizá deberíamos

saber el nombre de esa chica.Algunas de las cosas que nos ha dicho so- naron racistas".

"No pierdas el tiempo con ella" le respondí bruscamente, desestimando sus sospechas con un ademán. "Ella es sólo una tonta. Habla así a todo el mundo. Me desharé de ella pronto".

Cuando volví a la tienda Bill, que siguió todo el suceso desde las escaleras y Carol se partían de risa. "No sé qué tiene de gracioso", les re- prendí con rigidez. "Tenía que hacer algo deprisa, y si mi enfurruñamiento y mi acento imitado no hubiera engañado a ese hatajo de subhumanos, estaríamos en un serio problema".

Después le expliqué a Carol: "No podemos permitirnos el lujo de decirles a esas criaturas lo que pensamos de ellas. Tenemos un trabajo que hacer primero, y después ajustaremos cuentas con ellos de una vez por todas. Así traguémonos nuestro orgullo tanto tiempo como sea preciso. Los que no tienen nuestra responsabilidad pueden ser investigados por ra- cismo si así lo desean ellos y les daría más poder aún".

Pero no pedía reprimir un retortijón cuando vi el póster colocado en el escaparate de la casa de empeños enfrente de la calle, como una man- cha en medio de todo el surtido de cámaras usadas y prismáticos de sol. ¡Se ha tenido que morder la lengua!Yahora toda la gente que viera el su- sodicho póster haría la correcta asociación mental entre el lavado de ce- rebro del Concilio y la gente detrás de él.

La última cosa que salió mal fue la recaída de Katherine ayer por la noche.Tenía programada llevar mucho dinero a Dallas esta mañana, pero estaba muy enferma para poder ir, y todo parecía señalar que guardaría cama dos o tres días más. Lo que significaba que no sólo me retrasaría el viaje aAtlanta, sino que también debía hacer el reparto de Dallas. Eso significaba la pérdida de un día entero en aviones y aeropuertos, y nece- sitaba tiempo desesperadamente para estar a punto para la operación Evanston.

Nosotros queríamos sabotear el nuevo complejo nuclear de Evanston durante las próximas seis semanas, mientras todavía seguirían con las vi- sitas turísticas.Apartir del primero de junio, cuando sería cerrado al pú- blico permanentemente el sabotaje sería mucho más complicado.

El Proyecto de Energía Evanston es algo enorme: cuatro tremendos reactores nucleares rodeados de las mayores turbinas y generadores del mundo. Y la susodicha mole descansa sobre un montón de hormigón a una milla desde la orilla dentro del Lago Michigan, que abastece agua para refrigerar los intercambiadores de calor de los reactores, que generan 18.000 megavatios de energía eléctrica, ¡casi 20 billones de vatios! ¡In- creíble!

La potencia alimenta la red de energía que abastece toda la región de los Grandes Lagos.Antes de que el Proyecto Evanston se pusiera opera- tivo hace dos meses todo el Medio-oeste sufría cortes de luz mucho pe- ores de los que tenemos aquí, que ya son suficientemente malos. En algunos sitios las fábricas sólo podían operar dos veces por semana, y los apagones repentinos estaban a la orden del día, sumado a que la re- gión se hallaba en el borde de una gran crisis económica.

Si conseguíamos sabotear la nueva planta nuclear las cosas se torna- rían mucho peor de lo que estaban antes. Para conseguir luz en Chicago y Milwaukee las autoridades tendrían que robársela de plantas muy leja- nas como Detroit y Minneapolis donde la energía no sobraba. Toda esa parte del país se resentiría fuertemente. Y llevaría diez años diseñar y construir de nuevo el Proyecto Evanston y no serían capaces de remediar la situación a corto plazo.

Pero el gobierno ya había reparado en las consecuencias de perder el Proyecto Evanston, y la seguridad allí es formidable. Uno no puede acer- carse si no es por agua o aire. Y hay luces de búsqueda, barcos patrulla y redes rodeando el complejo, que hace desestimar

la opción de acercarse por el agua. La orilla está vallada en una dirección, y hay numerosos ra- dares militares e instalaciones antiaéreas tras la valla, de manera que un intento de estrellar un avión cargado de explosivos contra la planta tiene muy pocas probabilidades de éxito.

Todo parece indicar que la única manera que podamos lanzar un ata- que de una manera convencional sería colar unos morteros con gran al- cance en algún lugar cerca de la orilla donde habría alguna posibilidad de impacto. Pero por lo que sé, no tenemos ese tipo de armamento disponi- ble por ahora. De todas formas las partes vitales de la planta de energía

están dentro de tales edificaciones, por lo que dudo que los morteros hagan daños de consideración.

De este modo el Comando Revolucionario me pidió que hiciera una incursión de reconocimiento por el sitio y que buscase alguna idea ori- ginal, y así lo he hecho, pero todavía quedan muchos problemas que deben ser resueltos.

Mi visita del último lunes me dio una buena impresión de los puntos fuertes y débiles de las medidas de seguridad. Alguno de los puntos dé- biles era realmente asombroso. Lo más increíble de ello era que la deci- sión del gobierno de permitir turistas en el lugar, aunque sea temporalmente. La razón de esa decisión, estoy seguro, es el gran jaleo que habían montado los locos anti-nucleares acerca de la central. El go- bierno se sentía obligado a enseñar al público todas las características de seguridad que habían construido.

Cuando me registré para la guía turística me llené deliberadamente de todo tipo de parafernalia, sólo para ver lo que podría introducir en la central. Me llevé un portafolios, una cámara y un paraguas y me llené los bolsillos con monedas, llaves y lapiceros.

En el ferry que lleva a los turistas a la central hay muy poca

seguridad. Sólo me pidieron abrir mi portafolios para una inspección rutinaria. Pero cuando entré a la propia central me requisaron mi portafolios, mi cámara y el paraguas. Después tuve que pasar por el detector de metales, que me sacó toda la calderilla de metal que tenía en los bolsillos. Me vacié los bolsillos para los guardias, pero después me devolvieron toda la parafer- nalia. No se fijaron mucho en nada. De este modo, cualquiera puede colar un lápiz incendiario.

Lo que realmente me interesó fue que a un viejo caballero de mi grupo que llevaba un bastón con cabeza metálica los guardias le permitieron quedárselo durante la visita.

Esencialmente mi idea es esta: partiendo de que no hay manera de que un solo turista pueda colar suficiente explosivo para volar el lugar de ninguna manera puede colocar el poco explosivo que haya podido colar para que fuese realmente efectivo, como agujereando una de las vasijas de presión de un reactor, deberíamos olvidarnos de los explosivos. En

cambio, trataríamos de contaminar la central con material radioactivo, para que no pueda ser usada.

Lo que hace factible esta idea es que tenemos una fuente, dentro de la Organización, para ciertos materiales radioactivos. Él es profesor de química en una universidad de Florida y usa el material en sus investi- gaciones.

Podemos empaquetar fácilmente material radioactivo caliente y sór- dido -algo con una media de vida de medio año o parecido- en un bastón o muleta, junto a una pequeña carga explosiva que lo disperse para hacer toda la planta inhabitable. La central no se vería muy dañada estructural- mente, pero deberían apagarla. La descontaminación sería una tarea tan complicada que quizás la central debería quedarse fuera de servicio per- manentemente.

Desafortunadamente sería una misión suicida. Quien llevase el mate- rial radioactivo a la central sería también expuesto a una dosis letal de ra- diación antes de llegar a la central con él, pues no hay una manera práctica de proveerle de protección.

La mayor preocupación son los detectores de radiación que están por toda la planta. Si uno de ellos captura una exhalada de nuestro hombre antes de que pudiera hacer su trabajo podría quedarse pegado.

No obstante me enteré de que no había detectores en la entrada de la central, donde los guardias chequean a los turistas entrantes. Hay diversos en la sala del generador, donde son llevados los turistas y otro junto a la puerta de salida usada por los turistas, presumiblemente para protegerse del improbable suceso de que un turista hurtase material radioactivo. Pero no parecía que se les hubiera ocurrido que alguien quizá intentase colar material radioactivo en la central.

Recuerdo bastante bien dónde están los detectores y debo consultar a nuestro hombre en Florida en el caso de que uno de ellos esté recogiendo algo a una distancia dada del material que él nos suministrará. Si una alarma se dispara detrás de nuestro portador cuando él esté en la central pero antes de llegar a la sala del generador, sólo debería correr para llegar a él. Pero intentaríamos diseñar nuestro artilugio para darle la mayor pro- babilidad posible de éxito.

Todo el plan es un poco arriesgado, pero tiene una gran ventaja: el impacto psicológico en la gente. La gente es casi supersticiosa en su miedo a la radiación nuclear. El grupo antinuclear tendría un nuevo frente de lucha. Llevaría la imaginación de la gente más allá de un rutinario ataque bomba. Horrorizaría a mucha gente y echaría a muchos de ellos fuera de la valla.

Debo confesar que me alegra que a mi periodo de prueba todavía le

quedan once meses y que no seré requerido voluntario para esta particular misión.

Capítulo XVII

20 de abril de 1993,

Un bonito día, un día de descanso y paz, después de una semana agi- tada. Katherine y yo hemos ido en coche a las montañas esta mañana temprano y hemos pasado el día andando por los bosques. Estaba bien, brillante y claro. Después de un almuerzo hicimos el amor en un claro bajo el claro cielo.

Hablamos de muchas cosas, y estábamos ambos contentos y sin pre- ocupaciones. La única sombra que caía en nuestra felicidad eran las que- jas de Katherine acerca del número de viajes fuera de la ciudad que me había asignado la Organización recientemente, aun pensando que hacía menos de un mes que había salido de la cárcel. No tuve el valor de decirle que en el futuro todavía tendríamos menos tiempo para estar juntos. Sólo me pude dar cuenta de ello ayer. Cuando informé de la situación

al MayorWilliams ayer por la noche tras volver de Florida, me comunicó que viajaría muchísimo en sucesivos meses. No conseguí todos los de- talles por su parte, pero sugirió que la Organización se estaba preparando para una ofensiva generalizada en toda la nación este verano, y que yo seré una especie de ingeniero militar ambulante.

Pero hoy me he olvidado de eso y me he dedicado a disfrutar de estar vivo, libre y solo con una encantadora chica en la belleza de la naturaleza. Cuando estábamos en el coche de vuelta a casa esta noche escucha- mos en la radio una noticia que puso la guinda a un día perfecto: la Or- ganización ha atacado la embajada israelí en Washington. No podría haber sido una fecha mejor elegida para esa acción.

Durante meses una escuadra israelí asesina, trabajando fuera de su embajada, ha estado quitando de en medio a nuestra gente por el país.

Hoy hemos igualado la puntuación -por el momento-.

Bombardeamos con grandes morteros cuando los israelíes celebraban una fiesta para sus obedientes sirvientes del Senado. Unos cuantos ofi- ciales israelíes vinieron para la ocasión, y debía de haber más de 300 per- sonas en la embajada cuando nuestros morteros de 4.2 pulgadas empezaron a lanzar TNT y fósforo sobre sus cabezas a través del techo. El ataque sólo duró unos dos o tres minutos, según el reportaje en las noticias, pero más de 40 proyectiles impactaron en la embajada, no de- jando más que un montón de cenizas humeantes y un puñado de super- vivientes. De ser así, habremos tenido por lo menos dos morteros disparando. Esto confirma lo que dije hace dos semanas acerca de nues- tras nuevas adquisiciones armamentísticas.

Un fascinante incidente en la historia de las noticias, que los censores fallaron en cortar antes de que fuese emitida, era el asesinato de un grupo de turistas a manos de un guardia de la embajada. Durante el ataque un israelí salió corriendo del desmoronadizo edificio con una ametralladora y su ropa en llamas. Él reparó en un grupo de unas doce personas de tu- ristas, todos ellos mujeres y niños pequeños, que estaban presenciando horrorizados la escena de destrucción desde el otro lado de la calle. Des- atando su odio en hebreo gutural, el judío abrió fuego sobre ellos, ma- tando a nueve de ellos en el acto e hiriendo gravemente a los otros tres. Por supuesto que no fue reprendido por la policía. ¡Vuestro día está lle- gando judíos, vuestro día está llegando!

Debería irme a la cama pronto esta noche para estar listo en el largo día que me espera mañana, pero la excitación que me produce nuestro logro de esta tarde me hace imposible conciliar el sueño

todavía. La Or- ganización ha demostrado otra vez que el mortero es un arma incompa- rable para la guerra de guerrillas.Ahora estoy mucho más entusiasmado con nuestro nuevo plan para Evanston y estaré mucho más mentalizado para cualquier imprevisto por parte de nuestro profesor de Florida.

El sábado pasado, cuando discutía mi plan para introducir material radioactivo en la central de Evanston con Henry y Ed Sanders me con- vencieron de que un mortero podría hacer mejor el trabajo, puesto que ahora estábamos bien surtidos de ellos. De ese modo rediseñé el reci-

piente, cambiando un bastón por un proyectil de mortero de 4.2 pulgadas. Sustituiremos el fósforo en los proyectiles por nuestro contaminante radioactivo. Tras impactar en el blanco con las rondas rutinarias lanza- remos nuestros tres proyectiles modificados, que deberán ser ajustados para exactamente tener el mismo peso, claro.

Esta manera de actuar tenía tres ventajas sobre mi plan original. La primera está clara: hay muchas menos probabilidades de que algo vaya mal. Segunda, repartiríamos aproximadamente 10 veces más contami- nante, y las cargas explosivas de los proyectiles dispersarían mejor el contenido que lo que podíamos esperar de un bastón cargado de material radioactivo.Ytercero, no tenía por qué ser una misión suicida. Podíamos mantener los “calientes” proyectiles protegidos hasta el momento que fuesen lanzados, de este modo la dotación de los morteros no estaría ex- puesta a una dosis letal de radiación.

Mi mayor preocupación era si seríamos capaces de dar con nuestros proyectiles dentro de la estación de energía en vez de justo en el techo. El edificio está muy fuertemente construido y dudaba si se podría pene- trar, ni tan siquiera con mechas de efecto retardado. Ed Sanders me con- venció, si un mortero de 4.2 pulgadas está bien calibrado y firmemente asentado repartiría fuego con suficiente precisión, y con una trayectoria suficientemente corta tendremos

una excelente probabilidad de impactar en el lado del edificio del generador que estaba de cara a la orilla, que era prácticamente una, en una gran ventana de diez pisos de alto y a más de 200 yardas.

Con este nuevo plan bajo el brazo fui a hablar con Harrison, nuestro químico de Florida. Le expliqué que su parte del trabajo era procurarnos una suficiente cantidad de material radioactivo y después, usando sus instalaciones especiales, cargar el material con seguridad en los proyec- tiles de mortero que yo le entregaría.

Harrison tenía reparos. Se quejó de que él sólo se ofreció a proveer a la Organización pequeñas cantidades de material radiactivo y otros ma- teriales difíciles de obtener. No quería verse implicado en la manipula- ción de artillería, y se reiteró especialmente en la cantidad de material que nuestro plan requería. No hay mucha gente en el país que tenga acceso a

mucho material radioactivo y se mostraba temeroso de que siguieran el rastro.

Intenté razonar con él. Le expliqué que si intentamos cargar los pro- yectiles nosotros mismos, sin las instalaciones de seguridad que él poseía, una o más personas se verían expuestas a una dosis letal de radiación. Y le dije que era libre de elegir el compuesto radiactivo o una mezcla de compuestos, lo que rebajaría las sospechas en él tanto como lo necesario para nuestro propósito.

Pero lo rehusó tercamente. “Está fuera de lugar”, dijo. “Podría com- prometer mi carrera entera”.

“Dr. Harrison” –repliqué-, temo que no entienda la situación. Estamos en guerra. El futuro de nuestra raza depende del resultado de esta guerra. Como miembro de la Organización está obligado a poner su responsabi- lidad al servicio de nuestro esfuerzo común por encima de opiniones per- sonales. Está sujeto a la disciplina de la Organización”.

Harrison se puso blanco y comenzó a balbucear, pero continué sin aflojar: “Si continúa rechazando mis peticiones estoy preparado para ma- tarle en el acto”. A decir verdad estaba desarmado pero Harrison no lo sabía.Tragó saliva unas cuantas veces, buscando su voz, y dijo que haría lo que pudiera.

Volvimos a nuestros requerimientos y los plasmamos en un calenda- rio.Antes de irme le aseguré a Harrison que si sentía que la operación lo comprometía mucho le daríamos cobertura hasta que estuviese comple- tada.

Está todavía claramente nervioso y pesaroso, pero no creo que intente traicionarnos. La Organización ha dado muy poca credibilidad a sus ame- nazas.Además, de todos modos, usaremos otro mensajero cuando llegue el momento de llevar los proyectiles a Florida para ser cargados y traer- los. No hacen falta conocimientos técnicos para tal menester.

No me gusta hacerme el tipo duro y amenazar a la gente; es antinatural a mi forma de ser. Pero no guardo mucha simpatía hacia gente como Ha- rrison y estoy seguro de que si se hubiese negado a cooperar lo habría es- trangulado con mis propias manos.

Creo que hay otras muchas personas que quieren nadar y guardar la

ropa, mientras nosotros corremos todos los riesgos y hacemos el trabajo sucio. Se piensan que se repartirán los beneficios con nosotros si gana- mos, y que no perderán nada si fracasamos. Así ha sido en otros países y revoluciones, pero no creo que se resuelva así esta vez. Nuestra actitud hacia los que en estos tiempos de amenazas a nuestra raza sólo se preo- cupan de disfrutar de la vida es que no merecen vivir. Dejémosles morir. En el transcurso de esta guerra no nos atañe la búsqueda de su bienestar. Cada vez más unos se posicionarán con nosotros o contra nosotros.

25 de abril,

Fuera de NuevaYork por lo menos durante una semana. Se están cociendo muchas cosas que requieren mi atención. El asunto en Florida ya ha sido solucionado y habrá otro viaje a Chicago para mí, esta vez en coche.

Los judíos están verdaderamente asustados del ataque a su embajada. Están dando mucho más énfasis en las noticias que el que le dieron al ata- que del Capitolio o el bombardeo del edificio del FBI. Cada día la TV se vuelve peor, con más y más propaganda de la vieja “cámara de gas” que les funcionó tan bien en el pasado. Se están tirando de los pelos y ras- gando las vestiduras: “¡Oh, cómo sufrimos!, ¡Cómo somos perseguidos!, ¿Por qué nos pasa esto a nosotros?, ¿No eran suficientes seis millones?” ¡Qué acto de inocencia interrumpida! Son tan buenos engañando que casi derramo unas lágrimas por ellos. Pero misteriosamente no ha habido mención al asesinato de nueve turistas a manos del guarda israelí. Ah, claro, ¡eran sólo gente normal!

Un beneficio inesperado para nosotros de la acción de la embajada ha sido una mayor disputa entre los negros y sus patrones judíos. Por coincidencia el ataque llegó tres días antes del día que había sido dis- puesto para una nacional “lucha por la igualdad”, otro de esos grandes ne- gocios de los medios de comunicación que son puestos en escena y controlados por los Consejos de Relaciones Humanas, cuyas “espontá- neas” manifestaciones debían apoyarse en muchas grandes ciudades, con ciudadanos negros y blancos participando juntos en una llamada al go-

bierno para romper las últimas barreras entre las razas y asegurar a los ne- gros “total igualdad”.

Pero el último jueves, el día después del golpe a los israelíes, los jefazos en los Concilios Judíos, denegaron realizar el llamamiento. Deci- dieron que no podían permitirse compartir los medios con los

negros antes de haber acabado de sacar jugo a su propio “martirio” al ataque de la embajada por todos los medios.

Unos pocos de los más activos militantes negros, que perdieron mucho tiempo trabajando en los preparativos de la “lucha por la igual- dad”, no lo vieron de esa forma.

Se habían resentido en la altanera forma en la que los judíos manipu- laban y explotaban por entero el movimiento de la “igualdad” para sus propios fines, y esa era la gota que colmaba el vaso para muchos de ellos. Hubo coléricas acusaciones y contraacusaciones, que culminaron el sá- bado en la casa del número uno de los judíos, el negro puesto por los ju- díos en el Consejo de las Relaciones Humanas, dio una conferencia en la que denunciaba a sus jefes judíos. Desde ahora, dijo, el Consejo de las Relaciones Humanas no reconocería a los judíos como minoría. Serían tratados como la mayoría de gente blanca, no quedando exentos de inves- tigación y castigo por “racismo”.

Estuvo fuera de su sitio antes de que pudiera saber qué había pasado, y por supuesto, su lugar había sido ocupado por otro negro más dócil, pero el daño ya estaba hecho. En las calles las bandas errantes de negros tomaron la palabra y presagiaron penurias para cualquier miembro del pueblo auto-elegido que cayera en sus manos. Varios han muerto mien- tras eran “interrogados” sólo en los últimos dos días.

Los “Toms” conseguirían llamar a filas a sus hermanos militantes más resentidos, pero mientras tanto los negros estarían en boca de todos, lo que es una alegría a observar.

6 de mayo,

Es una alegría estar en casa otra vez, auque sólo por un día. ¡Pero Nueva York estaba interesante! Vi más mandatos derogados de lo que

nunca imaginé que tendríamos a nuestra disposición.

Una de nuestras unidades especiales aquí ha estado adquiriendo ma- terial militar de todo tipo y almacenándolo. El propósito de mi visita era anotar los tipos de artefactos militares disponibles que podrían ser utili- zados para diseñar y construir armas especiales y dispositivos de sabo- taje, para que pudiera hacer recomendaciones sobre futuro material a adquirir.

Fui citado en el aeropuerto con una chica, que me llevó a una tienda de venta al por mayor de fontanería en un increíblemente sucio polígono industrial en Queens, cerca del East River. Deshechos, viejos periódicos y botellas de licor vacías estaban esparcidas por todo el lugar. Tuvimos que navegar alrededor de las carrocerías saqueadas de automóviles aban- donados que casi bloqueaban la calle antes de que la chica llegase a un pequeño y fangoso aparcamiento delante de una gran valla cerrada me- diante un candado y una cadena.

Ella llamó a una puerta de metal en la que se podía leer “sólo emple- ados” y fuimos rápidamente introducidos en un lóbrego y polvoriento al- macén lleno de encajes de tuberías. Entonces ella me llevó hacia un simpático hombre joven, de unos 25 años, vestido con un mono grasiento y llevando una carpeta. Me lo presentó como Richard y me ofreció una taza de café de un escacharrado microondas.

Después nos subimos en un viejo y destartalado montacargas al se- gundo piso del edificio. Cuando salimos del ascensor me llevé una sor- presa. En una gran sala de techo bajo, de más de cien pies de larga, había inmensos montones de armamento militar inimaginable: rifles automá- ticos, ametralladoras, lanzallamas, morteros y cientos de cajas de muni- ción, granadas, explosivos, detonadores y partes sobrantes. No sé cómo el suelo soportaba todo ese peso.

En una esquina de la habitación cuatro hombres y una mujer trabaja- ban en dos largos bancos bajo las luces de los fluorescentes. Un hombre estaba remarcando los números de serie de rifles

automáticos, que to- maba de uno en uno de una pila de aproximadamente 50 rifles, mientras los demás engrasaban y volvían a montar los rifles, tras lo cual los intro- ducían cuidadosamente en una larga tubería de calefacción de la cual de

había extraído su tapa. Vi una docena de cajas de cartón que contenían más calentadores de agua.

”Así almacenamos y distribuimos las armas”, explicó Richard. “Quitamos los números de serie para hacer más difícil a las autoridades com- probar de dónde sacamos el material, en caso de que lleguen a encontrar alguna de ellas.Yuna vez que los calentadores salen de aquí no hay ma- nera de que nos sigan la pista hasta aquí. Las etiquetas de destinación que ponemos tienen un código que nos dice qué contienen. Verás que nuestros radiadores especiales han sido instalados en algunos de los cuar- teles principales de unas pocas de nuestras unidades de combate por la costa este, pero también hacemos envíos a cualquier parte del país.” Me asombró ver todos los montones de armas. Me paré junto a una pila de jaulas de color oliva, tan altas como el techo. Grabadas en cada se podía leer: “Mortero, 4.2 pulgadas, M30, Completo.” y debajo: “Peso 700 libras”.

”¿Dónde habéis conseguido eso?” pregunté. Recordé todo el trabajo que nos había llevado modificar un sólo mortero antiguo hace año y medio. “Vinieron la semana pasada del Fuerte Dix”, respondió Richard. Una de nuestras unidades de fuera de Trenton pagó a un negro sargento de la base 10.000$ para escamotear un camión con esas cosas y llevár- selo. Después los trajeron en dos viajes a recoger armas.”

”Recibimos material aquí de más de una docena de bases y arsenales en NuevaYork, Nueva Jersey y Pennsylvania. Mira lo que conseguimos la semana pasada del arsenal de Picatinny.” dijo, quitando un toldo que cubría una pila cercana de objetos cilíndricos.

Me acerqué para examinarlos. Había tubos de fibra óptica de unos dos pies de largo y cinco pulgadas de diámetro. Cada uno contenía un M329, un proyectil de mortero altamente explosivo. Debía de haber por lo menos 300 de ellos en un solo montón.

Richard continuó con su explicación: “Se podía suponer que muchas de nuestras nuevas armas eran robadas de bases militares una cada vez por nuestra gente que estuviera destinada allí. Pero últimamente lo hemos cambiado por alquilar servicio personal negro para que sustraiga cosas por nosotros mediante los camiones de carga. Nunca nos llevamos exac-

tamente lo que queremos, pero conseguimos mucho más material.” ”Hemos puesto en marcha un par de frentes más para conseguir material, como compradores mafiosos para el negocio de exportación ar- mamentística. Nuestra gente en las bases dirige a los compradores a los negros encargados del almacenamiento de armas. Por el suficiente dinero ellos salen de la base con todo el material para nosotros. Sólo tienen que compartir algo del dinero que les damos con unos pocos de sus guardas hermanos del alma”.

”Hay varias ventajas. Primera, es más fácil para los negros escamotear el material sin que sean cazados. La policía no los vigila tanto como a los blancos, y los negros también han organizado redes en todas las bases para sacar y vender neumáticos, gasolina y otras cosas que demandan los civiles. Yello permite a nuestra gente de servicio concentrarse en su principal tarea, reclutar otros blancos en el servicio y reforzar nuestra fuerza”.

Dediqué el resto del día recorriendo toda la habitación y catalogando mentalmente todo el material. Cuando me fui tomé muestras de una vein- tena de diferentes tipos de mechas, detonadores y otras cosas con las que quería experimentar. Lo que significaba que tenía que volver en el tren. Todo esto es un arma de doble filo. Con más del 40 por ciento de ne- gros en laArmada, los

servicios, la moralidad, la disciplina y la eficiencia eran escandalosamente bajas. Eso hacía mucho más fácil para nosotros robar armas y también reclutar, especialmente entre el personal acadé- mico, que se resentían de lo hecho a sus servicios. Pero a largo plazo po- seía un temible peligro, porque llegaría el día en que tuviésemos que entrar en la armada. Con tantos negros armados, se limitaría a ser una confusión sangrienta. Mientras estuviésemos limpiando la armada de ne- gros y reorganizando los servicios, el país estaría virtualmente indefenso. Bueno, creo que se ha planeado de esta manera.

Capítulo XVIII

23 de mayo de 1993,

Esta es mi última noche en Dallas. Llevo ya dos semanas aquí, y es- pero estar de vuelta enWashington mañana, pero las órdenes que han ve- nido esta tarde me mandan a Denver. Parece que haré lo mismo que he estado haciendo aquí, es decir, enseñar.

Justo he acabado de dirigir un curso fatigoso sobre la tecnología de sa- botaje para ocho activistas seleccionados aquí, y “fatigoso” significa que esta es la primera hora libre que he tenido desde que he llegado aquí cuando no estaba demasiado cansado para pensar. Hemos estado en ello desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche todos los días, con sólo unos pocos minutos para las comidas.

He enseñado a la gente aquí prácticamente todo lo que sé. Empecé enseñando cómo construir improvisados detonadores, temporizadores y otros artilugios del mismo tipo. Después estudiamos la estructura, propie- dades y características de

rendimiento de dispositivos militares aún dis- ponibles que puedan ser adaptados para varios propósitos. Todos mis alumnos ahora pueden desmontar y montar todo tipo de mechas y retar- dar los dispositivos que hemos estudiado con los ojos cerrados.

Más tarde examinamos un largo número de objetivos hipotéticos y trazamos detallados planes para atacarlos. Sopesamos embalses, oleo- ductos, vías de tren, terminales de vuelo y hangares, centrales de telefo- nía, refinerías, líneas de alta tensión, estaciones generadoras, cruces de autopistas, elevadores de grano, almacenes y varios tipos de maquinaria y otro equipamiento de fábricas.

Para acabar, tomamos un objetivo real y lo destruimos: la central de teléfonos de Dallas. Eso fue ayer. Hoy hemos sostenido un debate sobre

la operación en detalle.

Hasta ahora, todo ha ido extraordinariamente bien; todos mis estu- diantes han pasado su examen final con sobresaliente. Pero hice todo lo posible para garantizar que no habría contratiempos. Nos llevó tres días enteros prepararnos exclusivamente para la central de teléfonos. Primero preguntamos detenidamente a una de los nuestros que había trabajado formalmente dentro de la central como operador. Ella describió el trazado por nosotros, proporcionándonos la aproximada situación de las salas en cada piso que contenían el equipamiento intercambiador de llamadas automático. Con su ayuda trazamos un mapa de las instalacio- nes, que incluía las escaleras, las entradas de los empleados, la habitación del vigilante y otros detalles pertinentes.

Después preparamos nuestro equipamiento. Decidí que utilizaríamos precisión quirúrgica para este trabajo en vez de la fuerza bruta, puesto que no podríamos llevar una suficiente cantidad de explosivos para un trabajo de demolición. Lo que teníamos eran 500 pies de carrete de cordel explo- sivo y un poco

más de 20 libras de dinamita.

Dividí a nuestros ocho activistas en cuatro grupos de dos. Uno en cada equipo llevaría una escopeta que se auto recargaba y el otro el equipa- miento de demolición propiamente dicho.Tres grupos estaban asignados a los tres pisos que tenían el equipamiento telefónico, un grupo por planta.Acada uno de esos grupos se le había entregado uno de los carre- tes de cordel detonante; una lata de cinco galeones de una mezcla casera de jabón líquido y una mezcla de gasolina parecida al napalm y un deto- nador de acción retardada. Al cuarto grupo se le había dado un maletín cargado con dinamita y una granada incendiaria casera; siendo asignados al sótano. La dinamita destruiría los transformadores y la granada pren- dería fuego al aceite del transformador.

Acerca de las diez de ayer por la noche estábamos aparcando dos au- tomóviles en una calle oscura dos bloques más allá de la central. Cada pocos minutos un camión de servicio de la compañía telefónica cruzaba la intersección directamente enfrente de nosotros.

Finalmente la situación por la que estábamos esperando ocurrió: un camión de servicio se paró en la intersección al tener el semáforo en rojo

y no había otros vehículos o peatones a la vista. Rápidamente salimos de la calle, bloqueando el camión por delante, mientas tanto dos de nuestros hombres abrieron de un tirón las puertas del camión y obligaron al con- ductor a meterse en la parte de atrás a punta de pistola. Después condu- jimos los tres vehículos de vuelta a la calle lateral y nos metimos con todos nuestros instrumentos en el camión de servicio.

Eso sólo nos tuvo ocupados unos pocos segundos, pero nos tiramos otra media hora hablando con el hombre de la compañía de teléfonos que habíamos secuestrado. Con un mínimo de presión

respondió a muchas preguntas que todavía teníamos acerca del emplazamiento y la situación del equipo telefónico en el edificio y acerca del personal de seguridad y sus formas de proceder.

Fuimos gratamente sorprendidos al averiguar que sólo había un guar- dia armado en el lugar por la noche y que él dependía sobre una línea di- recta con la subestación de policía situada cinco bloques fuera del edificio en caso de emergencia. Despojamos al hombre de su uniforme y su llave magnética de seguridad de la compañía, que era necesaria para desblo- quear la entrada de empleados trasera por la noche. Después lo amorda- zamos rígidamente y condujimos el camión de vuelta a la entrada trasera del edificio de telefonía.

Me vestí con el uniforme. Siguiendo las instrucciones del hombre, entré al edificio mientras los demás permanecían escondidos en el ca- mión. Me llevó un suspiro desposeer al guarda de su arma y hacer señas a los demás para que entraran. Mientras nuestros cuatro equipos se aven- turaron en el edificio, yo encontré un armario adecuado y usé la llave maestra del guarda para encerrarlo en él.

Desde ese punto la operación duró menos de cinco minutos. Los tres grupos asignados al equipamiento intercambiador de llamadas funciona- ron rápida y eficientemente. Mientras el hombre que llevaba la escopeta en cada grupo conducía a los empleados que se iban encontrando a una oficina y les echaba un ojo, el otro trabajaba en el equipamiento telefó- nico.

El cordel detonante estaba firmemente atando dos o tres grandes ban- cos de paneles electrónicos en cada planta. Entonces, el hombre que lle-

vaba los explosivos cogió la lata de cinco galones de napalm y despa- rramó su contenido por largas secciones del equipamiento, por las que ha- bían sido atadas con el cordel y por las que no. Finalmente, un temporizador fue colocado al extremo del cordel

detonante.

Mientras nuestros hombres venían corriendo por las escaleras a reunirse conmigo en la planta baja, tres explosiones sordas sacudieron el edificio sin ventanas. Un momento más tarde, nuestro cuarto equipo subió corriendo las escaleras desde el sótano.

No perdimos el tiempo volviendo al camión. Justamente cuando salimos conduciendo del parking, el maletín explosivo estalló en el sótano con un bramido que hizo que una gran parte del muro de ladrillo se vi- niera abajo y se diseminara por la calle, dejando a la vista su interior, que se encontraba en llamas y humeando calcinando el equipo telefónico. La crónica de la operación en el periódico local de la tarde indicaba que las dos docenas más o menos de empleados que se encontraban en el edificio han salido del edificio y se encuentran bien, menos el guarda que encerré en el armario, que ha muerto intoxicado. Me sentí culpable por ello, pero no podía ayudarle porque estábamos en un aprieto. Aunque nuestra destrucción del equipamiento en el edificio fue con- cienzudamente preparada, la compañía de teléfonos ha anunciado que espera tener las más esenciales líneas de teléfono operativas en menos de 48 horas y la completa restauración del servicio de teléfonos en la ciudad en dos semanas.

Este anuncio no nos sorprendió. Sabíamos que la compañía telefónica podía literalmente volar consiguiendo nuevos equipos de telefonía y montones de especialistas para deshacer rápidamente todo el daño que habíamos hecho. Nuestro ataque sólo podría haber sentado como un so- plido al Sistema si lo hubiésemos coordinado con un gran asalto en otros frentes.

El Sistema ya lo había previsto, por supuesto, y, sin manera de saber que la operación de ayer fue un mero entrenamiento, se está preparando para lo peor. Hay tanques cerca de cada bocacalle de los barrios bajos, tropas y policía han colocado algunos puestos de control en los principa- les caminos y carreteras haciendo que el tráfico esté prácticamente parado

a través de la ciudad. Si no fuera por eso, saldría para Denver esta misma noche en vez de mañana.

8 de junio,

¡Recibida una nota de Katherine hoy! Ha venido dentro de una caja de equipamiento que pedí a la Organización que me mandara desde la tienda de casa. No encontré la nota hasta que desempaqueté la caja, y por eso no tuve oportunidad de mandar una respuesta con el repartidor que hizo el reparto.

Ella y los demás están trabajando 70 o 80 horas por semana en la tienda, me informaba, principalmente imprimiendo dinero y también gran cantidad de panfletos de propaganda. Ella sospechaba por la urgencia con la que los panfletos habían sido requeridos de que se estaba proce- diendo a hacer una nueva gran campaña en el área de Washington.

Ella piensa que todavía me encuentro en Dallas, y dice que tiene es- peranzas de que se le encomiende hacer otro reparto de dinero a Dallas pronto y así poder verme. ¡Cómo añora mi corazón estar con ella de nuevo, aunque sea por unas pocas horas!

No hay muchas probabilidades de volver a Washington de nuevo du- rante por lo menos tres semanas, pienso. Las cosas están realmente ex- pandiéndose aquí, en las Montañas Rocosas. La Organización no es muy fuerte aquí, y todavía el Comando Revolucionario tiene designados 43 objetivos prioritarios en la zona, la mayoría de ellos instalaciones mili- tares que debemos prepararnos para golpear cuando den la orden, proba- blemente a principios de julio.

Además no hay prácticamente nadie por aquí con experiencia en ar- tillería, por lo que estoy entrenando a cualquiera que pueda, 26 estudian- tes entre todos. Ellos tendrán la responsabilidad de preparar y utilizar todos los dispositivos incendiarios y explosivos requeridos para los ob- jetivos asignados en el área. Por suerte contamos con algunos miembros militares con un excelente rodaje

en tácticas de guerrilla, por lo que estoy limitando mi entrenamiento a temas técnicos solamente y dejando las tácticas para los militares.

Apesar del corto alcance de mi trabajo aquí, va todavía más lento que en Dallas, porque las cosas están muy diseminadas. Se veía inviable in- tentar dar clase a 26 personas al mismo tiempo, por lo tanto me junto con seis alumnos aquí en Denver, 11 en Boulder, una escuela unas veinte mi- llas al norte de aquí; y otros nueve en una granja justo al sur de aquí. Estoy con cada grupo siempre cada tres días, pero les doy abundantes deberes para hacer entre nuestros encuentros.

No hemos realizado prácticamente ninguna acción violenta contra el Sistema en el área de las Montañas Rocosas desde hace mucho, y la at- mósfera general aquí está un poco más relajada que a lo largo de la Costa Este.Algo muy desagradable ocurrió la última semana, pienso, que sirve como una horrorosa advertencia de que la pelea aquí será tan brutal y rencorosa como en cualquier lugar.

Uno de nuestros miembros, un operario de la construcción, fue pillado intentando escamotear unos pocos cartuchos de dinamita de la construc- ción donde estaba trabajando.Aparentemente había estado hurtando una docena de cartuchos más o menos guardándolos en su caja del almuerzo todos los días durante largo tiempo.

El guarda del emplazamiento le reportó al sheriff local, quien inme- diatamente registró la casa del hombre, encontrando no sólo grandes can- tidades de dinamita, también varias armas y algo de literatura de la Organización. El sheriff pensó que se había topado con algo que le daría un gran impulso a su carrera. Si pudiese desmantelar la Organización en el área de las Montañas Rocosas, el Sistema le estaría muy agradecido. Tendría una buena oportunidad de ganar un asiento en la legislatura del estado, quizás convirtiéndose en teniente gobernador o siendo citado para otro

gran puesto en el gobierno del estado.

Entonces el sheriff y sus súbditos comenzaron a apalear a nuestro hombre, intentando que dijese nombres de algún miembro de la Organi- zación. Le dieron una soberana paliza pero no habló. Entonces se ensa- ñaron con su mujer y comenzaron a abofetearla y patearla en su presencia.

El desenlace fue que nuestro hombre, desesperadamente, tomó un re- vólver de su pistolera a uno de los súbditos. Fue muerto por un tiro de

otro súbdito antes de que pudiese apretar el gatillo. La mujer fue entre- gada al FBI y se la llevaron aWashington para interrogarla. Ella no podrá darles nada de información, pero me estremece pensar la experiencia a la que será sometida.

Aun así, la gloria del sheriff le duró poco. La tarde del día en que nuestro hombre fue asesinado, el sheriff apareció en una entrevista en las noticias de la televisión, pavoneándose del golpe que había dado en nombre de la ley, el orden y la igualdad, y advirtiendo pomposamente que trataría con similar dureza a cualquier otro “racista” que cayera en sus manos.

Cuando llegó a casa esa noche tras su entrevista, encontró a su mujer en el suelo del salón, degollada. Dos días más tarde, su coche patrulla fue emboscado. Su cuerpo acribillado por las balas fue encontrado en los restos calcinados de su coche.

Es una acción terrible matar mujeres de tu propia raza, pero estamos en una guerra en la cual todas las antiguas reglas han sido desechadas. Es- tamos en una guerra a muerte con el judío, que ahora siente estar cerca de su victoria final con la que podrá quitarse su máscara con seguridad y procesar a sus enemigos como el “ganado” que dice su religión que son. Nuestra respuesta contra el sheriff aquí servirá como advertencia a los secuaces gentiles de

los judíos, por lo menos, que si adoptan la actitud judía hacia nuestras mujeres y niños, no podrán esperar que sus propias familias estén a salvo. (Nota al lector: varias series de libros que contie- nen la doctrina religiosa de los judíos, llamada “judaísmo” están todavía extendidas hoy. Esos libros, el Talmud y la Torah se refieren en efecto a los no-Judíos como “ganado”. Especialmente horrorosa para nosotros es la actitud que los judíos tienen hacia la mujer no-judía. La palabra que usan para referirse a una chica de nuestra raza es “shiksa” que deriva de la palabra hebrea que significa “abominación”, “carne no-apta” o “carne sucia”.)

21 de junio,

Fui parado en un control de la policía conduciendo de vuelta de Boul-

der esta noche. No hubo problema en pasarlo; solo comprobaron mi carné de conducir -el viejo e ilegítimo carné de David S. Bloom-, me pregun- taron adónde iba y echaron un rápido vistazo a mi coche, puesto que el control tenía tráfico parado durante millas y otros conductores estaban fuera de sí. Uno de ellos me dijo que era la primera vez que habían puesto controles en esta zona.

El control y un par de cosas que había encontrado en las emisiones de noticias durante los últimos días me incitaron a creer que el Sistema sabía que algo se estaba cociendo. Espero que no estrechen la seguridad aquí del mismo modo que en la Costa Este, echarían a perder nuestros planes si así procedieran.

Por otra parte, eso haría que esos paletos de por aquí tuviesen una ra- ción de amor del Gran Hermano. Muchos de ellos difícilmente han visto alguna vez un judío o un negro, y actúan como si no hubiese una guerra. Parecen pensar que están suficientemente lejos de los acontecimientos que están infestando otras partes del país como para continuar con su vieja rutina. Se resienten ante cualquier resolución que debieran tomar para cortar el cáncer deAmérica que

nos destruiría a todos si no fuera ex- tirpado pronto, para no paralizar su persecución del placer y la opulencia. Pero siempre es así con el BoobusAmericanus.

Me intranquiliza bastante el hecho de no haber oído nada nuevo de Evanston. He estado esperando el ataque aquí todos los días desde la úl- tima semana del último mes. ¿Ha habido más problemas con Harrison? ¿O ha decidido el Comando Revolucionario posponer el ataque, quizá hasta nuestra gran ofensiva del próximo mes?

No hay indicios que indiquen un cambio de fecha en mi último in- forme. ¡Más de lo deseado el problema es Harrison, el condenado! Cuando recalculé la probabilidad de impacto en el objetivo en el rango que me daba el equipo del mortero de Chicago justo ates de que dejase Washington para ir a Dallas decidí que deberíamos distribuir nuestro con- taminante radioactivo entre cinco rondas de tiro en vez de tres. Eso nos daba una probabilidad cercana al 90 por ciento de éxito de meter una o más rondas en el edificio del generador. Pero Harrison quizá se habría plantado acerca de procesar tanta artillería. Si ese era el caso, ¿por qué

nadie me lo había dicho?

También me preocupa no haber recibido órdenes acerca de qué debo hacer cuando acabe mi trabajo aquí la semana que viene. Si no he regre- sado a Washington para entonces, temo que no pueda hacerlo antes de que empiece la gran ofensiva. Quiero volver allí con Katherine y los demás cuando empiecen los serios problemas el mes que viene. Y no puedo ver ninguna razón de por qué no debería volver, porque difícil- mente habrá tiempo para enviarme a ningún otro sitio a empezar otro curso de entrenamiento de artillería especial.

Capítulo XIX

27 de junio de 1993,

¡Por fin tengo mis pedidos! California es mi destino durante nuestra gran ofensiva de verano.Al principio estaba muy disgustado por no poder volver aWashington, pero al final consideré las implicaciones de algunas de las cosas que dije esta tarde, y al final me convencí de que el punto neurálgico real de nuestras actividades en las próximas semanas será en la Costa Oeste. Parece que voy a estar en el meollo de las cosas allí, y esto puede ser un cambio bienvenido de todas estas “tareas de trabajo de clase”, al menos.

El Comando de Campo de Denver nos ha convocado a mí y a seis de mis alumnos a un encuentro con ellos con dos horas de antelación. No nos dijeron casi nada, excepto que yo y cuatro de los otros tenemos que estar en LosAngeles el miércoles por la noche como muy tarde. Los otros dos serán destinados a San Mateo, justo en las afueras de San Francisco. Protesté inmediatamente y vehementemente: “Todas estas personas han sido entrenadas específicamente para atacar objetos concretos en esta área. Y, además, han sido entrenados como equipo. No creo que tenga mucho sentido romper esos grupos ahora, y mandar a unos pocos a Ca- lifornia, cuando pueden ser muchísimo más efectivos aquí. Si son envia- dos lejos, nuestro programa completo para el área de las Montañas Rocosas será puesto en peligro”.

Los dos oficiales del DFC que estaban allí me aseguraron que su de- cisión no había sido fruto de un capricho, y que eran completamente conscientes de la validez de mis objeciones, pero otras consideraciones más importantes debían prevalecer. Finalmente, les forcé a revelar que habían recibido una orden urgente proveniente del Comando Revolucio-

nario para transferir inmediatamente cada activista con el que pudieran contactar a la Costa Oeste. Aparentemente, los demás comandos de campo del país habían recibido órdenes similares.

Fueron renuentes a decir nada más, pero el énfasis que pusieron en el plazo límite para trasladarnos a California me hizo sospechar que las cosas se iban a poner calentitas la próxima semana.

Realmente conseguí una cosa esta tarde: Lo preparé para que Albert Mason, que iba a ir a San Mateo pero cuya presencia aquí era realmente esencial para que la operación planeada fuera perfecta, fuera cambiado por otro hombre. Pero me costó mucho ganar esta concesión. Insistí en conocer exactamente qué criterio había sido utilizado para seleccionar los hombres que deberían ser transferidos. Resultó que, excepto en mi caso, había dos criterios: experiencia en combate de infantería y puntería con el rifle, lo cual parece mostrar que están más interesados en franco- tiradores y gente para levantar barricadas para mantener afuera a los luchadores que no sean de la Costa Oeste, que en saboteadores o expertos en demolición.

Al, por supuesto, fue calificado como un experto con el rifle cuando estaba de servicio, y había estado tres años como líder de escuadrón en el Suroeste deAsia. (NdR.Turner se está refiriendo a la llamada “Guerra delVietnam” que había terminado hacía unos 20 años, aproximadamente, pero que había jugado un papel fundamental en el trazado del trabajo preliminar enfocado al éxito posterior de la Organización en relación con las FuerzasArmadas del Sistema.)

Pero él también había sido mi mejor alumno aquí. Es la única persona en la que empleé tiempo explicándole las características de nuevos ob- jetos militares que teníamos la esperanza de conseguir en nuestras incur- siones en los arsenales de alrededor. Es el único del que estoy seguro que puede usar los nuevos M58 con puntero láser de rango de alcance, por ejemplo, y enseñar a nuestros equipos de mortero como usarlos, también. Y también es el único aquí al que le enseñé algunas técnicas básicas de electrónica para

que pudiera controlar los detonadores por radiocontrol que son una parte esencial de nuestro plan para poner fuera de combate la red de carreteras y mantenerla así.

Sólo en el momento en que informé de estas cosas a los DFC estuvie- ron de acuerdo en dejar a Al aquí. Estuvimos acerca de una media hora estudiando una lista de todos los activistas de aquí antes de encontrar a uno que podría ir sin problemas a California en el sitio de Al, y que no perjudicara las cosas aquí y que también satisficiera su criterio.

Mi impresión fue que todo lo que habíamos planeado para esta área aún estaba en marcha, y aún lo consideraba importante para conseguir nuestros objetivos aquí, pero que el escenario crítico para las operaciones sería la Costa Oeste. Aproximadamente, estábamos doblando nuestros efectivos allí con estas transferencias de última hora, pero lo hicimos de tal manera que las demás operaciones pudieran seguir adelante, si bien es verdad, con menos personal.

Bueno, solamente tenemos 48 horas para conducir más de 1000 millas, y no comentemos en cuántos puntos de control tendremos que parar. Los otros vendrán conmigo en unas dos horas, y entonces me tomaré unas cuatro horas para empaquetar mis cosas en el coche de manera que no encuentren nada si somos cacheados. Pero primero me tomaré una siesta rápida.

1 de julio,

¡Vaya! ¡Las cosas están tensas aquí! Llegamos ayer, sobre la una de la madrugada, después de un viaje que espero olvidar pronto. Los demás fueron dispersados a sus unidades asignadas, pero yo estoy con el Co- mando de Campo de L.A. temporalmente, en un lugar llamado Parque Canoga, unas 20 millas al noroeste de L.A.

Aparentemente la Organización tiene un entramado mucho más sólido aquí que en ningún otro sitio, simplemente por el hecho de

que hay ocho comandos de campo diferentes solamente en el área metropolitana de Los Angeles, cuando una sería suficiente para la mayoría de las demás ciudades del país. Esto indica que los miembros “en la sombra” son entre unos 800 y unos 700 aproximadamente.

Básicamente, estuve durmiendo un poco y recuperando algunas horas de sueño, aunque la gente aquí parece no dormir nunca. Los mensajeros

constantemente vienen y van, y las conferencias se mantienen a cualquier hora. Esta tarde por fin abordé a alguien y conseguí una imagen parcial de la situación.

Un asalto simultáneo de más de 600 objetivos militares y civiles por todo el país ha sido programado para la mañana del próximo lunes 4 de julio. Desafortunadamente, uno de nuestros miembros fue capturado por la policía el miércoles, sólo unas horas antes de nuestra llegada. Parece haber sido sólo una tontería. Fue parado en la calle para una inspección de identificación rutinaria, y los policías sospecharon algo.

Ya que el hombre no estaba en esta misión, no tenía orden de suicidarse si era capturado. La peor preocupación que tuvimos durante los úl- timos dos días, fue que, bajo tortura, él revelara bastante de lo que sabe, e informe al Sistema del plan de asalto principal programado para el lunes. Entonces, como las autoridades no sabrán qué objetivos planeamos golpear, aumentarán la seguridad en todos los puntos disponibles, lo cual hará que el número de víctimas sea considerablemente más alto.

El Comando Revolucionario tenía dos elecciones: silenciar al hombre antes de que fuera interrogado, o reorganizar toda la ofensiva completa. La última opción es impensable. Demasiadas cosas han sido preparadas cuidadosamente y sincronizadas al detalle para el próximo lunes, de forma anticipada, y posponerlo

todo puede implicar meses, con enormes riesgos de no tener a los efectivos suficientes, primeramente convocados para este lunes, sin saber hasta cuándo tienen que estar aquí.

Así que decidimos ayer en el acto por la primera opción. Pero esto también presentaba un problema. No podemos eliminar a nuestro hombre aquí en LosAngeles sin correr el riesgo de destrozar la mascarada de uno de nuestros legales más valiosos, un agente especial en la oficina del FBI de LosAngeles. Esto es así porque se supone que el prisionero está rete- nido en una localización que se supone que es alto secreto. Si atacamos el lugar, ellos solamente tendrán media docena de personas entre las que sospechar que alguno de ellos seis nos filtró la información.

El procedimiento habitual del Sistema cuando capturan a uno de nues- tros hombres, es proceder a un interrogatorio muy superficial en el te- rreno, solo para determinar si existe algún indicio de que el prisionero

está conectado de algún modo con la Organización. Si es así, entonces toman un vuelo rápido aWashington para comenzar a trabajar con sus es- pecialistas israelíes en tortura.Yesto es justamente lo que debemos evi- tar.

Lo interesante en este caso particular –y lo que ha mantenido al Comando Revolucionario en una angustiosa indecisión durante dos días– es que el FBI ha mantenido al prisionero aquí, en lugar de volar con él a los cuarteles generales de Washington el jueves por la mañana, tan pronto como sospecharon que era un miembro de la Organización. Nadie sabe exactamente por qué, desde luego, no nuestro legal FBI. Puede que sea solamente un detalle de falta de eficiencia por su parte. O quizá están trayendo un equipo de interrogatorios desde Washington ahora mismo, contrariamente a su rutina anterior.

De cualquier modo, RC ha decidido suspender la ejecución y ver

qué ocurre. Si no se mueven para trasladar al prisionero en avión a Washing- ton o para interrogarlo aquí en las próximas 36 horas, el problema estará solucionado, y cualquier información que el Sistema le saque entonces será demasiado tarde para interferir con nuestra programación del lunes. Pero si la transferencia o un interrogatorio se ve inminente antes del do- mingo por la tarde, tenemos que estar preparados para una incursión ex- tremadamente rápida en la prisión secreta del FBI, aun con el riesgo de perder a nuestro hombre dentro de la oficina local del FBI, cuya informa- ción los próximos meses podría ser invalorable para nosotros.

En lo que a mí se refiere, no sé realmente qué es lo que se supone que hago aquí, y no estoy seguro de que nadie lo sepa. Solamente me han dicho que espere.

Bueno, creo que realmente estamos afrontando una importante prueba otra vez, como hicimos en septiembre de 1991. Me parece increíble que la Organización esté lanzando un ataque completo al sistema en dos días. El número total de hombres que podemos poner en la línea de fuego, por todo el país, no puede ser más de 1.500, a pesar del reclutamiento masivo y rápido de los últimos meses. De cualquier forma, incluyendo nuestro personal de soporte, los miembros femeninos, y nuestros legales, nuestras fuerzas posiblemente no excedan de 5.000 miembros, y estimo que una

tercera parte de ellos están reunidos en California ahora. Realmente pa- rece un plan irreal, como si un enano planeara asesinar a un elefante. Por supuesto, no esperamos que el Sistema colapse el lunes. Si lo hace, no sé como controlaremos la situación, porque la Organización aún es demasiado limitada como para tomar el control del país y rehacer la sociedad americana. Necesitamos una infraestructura cien veces más grande antes de comenzar a plantearnos ese objetivo.

Lo que haremos el lunes será poner el conflicto a un nuevo nivel, y poner a prueba la última estrategia del Sistema para deshacerse de

nos- otros. Realmente no tenemos elección en esto. Si la Organización sobre- vive y continúa creciendo bajo las difíciles circunstancias que nos serán impuestas, debemos mantener nuestra fuerza, especialmente nuestra fuerza psicológica.

El peligro está en no continuar subiendo la guerra, en que el Sistema encuentre un nuevo equilibrio y que la gente se vuelva a acomodar con ello. La única manera de mantener el influjo actual de reclutamientos es mantener una sustancial porción del público psicológicamente descon- tento, mantenerlos medio convencidos de que el Sistema no es tan fuerte ni tan eficiente como para eliminarnos, que somos una fuerza irresistible, y que tarde o temprano la guerra les afectará, quieran o no.

De todos modos, los peores bastardos tomarán la vía fácil para estar en la parte de atrás cuando todo suceda. La gente americana ha demos- trado ser increíblemente capaz de mantener su nivel de placer incluso bajo las más provocativas de las condiciones imaginables, siempre y cuando las nuevas provocaciones sean introducidas gradualmente entre ellos, para que se vayan acostumbrando. Este es el mayor peligro que te- nemos.

Además, también, la policía política está continuamente apretándonos los tornillos. A despecho de nuestros procedimientos de alta seguridad, se siguen infiltrando de manera ocasional en la Organización y detectar- los nos lleva nuestro tiempo.Yes muy duro estar todo el tiempo movién- donos para que no nos atrapen. Muy pronto, el nuevo sistema de pasaportes que arruinamos hace algo más de un año, volverá redoblado. No sé cómo vamos a sobrevivir cuando sea totalmente operativo.

Viendo hacia atrás los últimos dos años, pienso que es sorprendente que hayamos sobrevivido hasta ahora. Ha habido cien ocasiones al menos en las que no sabíamos qué pasaría, o quién sobreviviría al mes siguiente. Parte del motivo para sobrevivir como lo hicimos no fue gracias a nuestra habilidad, sino a la ineficiencia del

Sistema.Tuvieron unos cuan- tos errores que les hicieron no darse cuenta de un montón de cosas que nos habrían hecho mucho daño.

Uno tiene la impresión que excepto por los judíos, quienes realmente sí están quemando todas las naves en sus esfuerzos contra nosotros, el resto del Sistema son un puñado de miradores de reloj. ¡Gracias por la "igualdad de oportunidades" –y a todos esos negros en el FBI y en laAr- mada- por ello! El Sistema se ha vuelto tan corrupto y desprestigiado como para que sólo los judíos se sientan en casa en él, y nadie siente nin- guna lealtad hacia ellos.

Pero una gran parte de razón la tiene el que estamos adaptados a nues- tras peculiares circunstancias. En solo dos años la Organización ha apren- dido una completa y nueva forma de existencia. Ahora hacemos un número de cosas que son absolutamente vitales para nuestra superviven- cia, y que no podíamos ni pensar en hacer hace dos años.

Nuestra técnica de interrogatorios para probar a nuevos reclutas, por ejemplo. No habría habido ningún modo de que sobreviviéramos sin esta técnica todo este tiempo, y no habíamos pensado siquiera en desarro- llarlo. Qué habríamos hecho sin el Dr Clark y su trabajo en la técnica, no quiero ni pensarlo.

Ytambién estaba el problema de las falsas identidades.Teníamos solo vagas ideas acerca de la copia, y fue este problema lo que nos volvió "subterráneos". Ahora tenemos un número de unidades especializadas cuyo único objetivo es proveer de falsas identidades "verdaderas" a nues- tros activistas. Son auténticos profesionales, pero han tenido que aprender su profesión de una manera un tanto apresurada.

El dinero. ¡Menudo problema fue al principio! Tener que contar cada penique afectaba a nuestra psique; nos hacía vernos poca cosa. Tanto como recuerdo, nadie en la Organización había pensado un poco seria- mente acerca del problema de financiar el movimiento a la sombra antes

de que el problema se volviera crucial. Entonces aprendimos la técnica de la falsificación.

Fue providencial que alguien de la Organización tuviera el conocimiento técnico imprescindible, por supuesto, pero aún estábamos en la fase de distribuir nuestra labor entre el terreno, para después poder poner los billetes falsificados en circulación una vez que los hubiéramos im- preso.

Fue en los últimos meses que toda esta reorganización produjo una enorme diferencia para todos nosotros. Teniendo realmente una fuente de ingresos –volviendo posible el hecho de comprar cualquier cosa que necesitáramos, en lugar de tener que robarlo como en los viejos tiem- pos– hizo las cosas mucho más fáciles. Nos dio más movilidad y más se- guridad.

Hubo también un considerable elemento de suerte en los acontecimientos, y no hay duda de que el Comando Revolucionario está haciendo un maravilloso trabajo de coordinación. Tenemos buena planificación, buena estrategia, pero más que todo esto, hemos visto la capacidad de alcanzar nuevos objetivos y solucionar nuevos problemas. Nos hemos vuelto flexibles.

Creo que la historia de la Organización demuestra que nadie puede hacer un plan fijo para una revolución y atenerse estrictamente a ello. El futuro es siempre demasiado incierto. Uno nunca puede estar seguro de cómo va a acabar una nueva situación.Ylas cosas totalmente inesperadas siempre suceden, y cosas que no estaban planeadas, ni pensadas, suelen suceder. Entonces, según van sucediendo, un revolucionario debe estar siempre preparado para adaptarse a las nuevas circunstancias y tomar ventaja de las nuevas oportunidades.

Nuestro recuerdo, nuestro respeto es tranquilizante, pero no puedo evitar estar aprensivo acerca de la próxima semana. Estoy seguro de que vamos a aplastar a esos bastardos el lunes. Meteremos un gran mono justo en medio de la máquina económica del país si solo la mitad de las cosas que hemos planeado salen bien.Yentonces

forzaremos al Sistema a un estado de total movilización, con el resultado de un shock psicoló- gico brutal en la población civil.

¿Pero entonces qué? ¿Qué haremos el siguiente mes, y el siguiente tras éste? Estamos centrados en todo lo que tenemos que hacer en la ofen- siva de la próxima semana, y no hemos planeado un nivel de actividad para más de unos pocos días. Es un plan un poco endeble, realmente. Pero, de todas maneras, mi instinto me dice que la Organización no está actuando puramente por desesperación ahora. No estamos haciendo un último y desesperado esfuerzo por bloquear el Sistema el lunes. Como mucho, espero que no, estaremos haciendo un esfuerzo total, que en el caso de que falle –espero que esto no suceda– el efecto psicológico será letal para nosotros y puede ser demasiado beneficioso para el Sistema. El Comando Revolucionario debe de tener un as en la manga que yo no soy capaz de descifrar. Y estoy seguro de que la concentración de nuestra gente en California es una clave, pero no soy capaz de imagi- narme de qué.

Capítulo XX

7 de julio de 1993,

Parece que estaré aquí hasta la mañana, así que me puedo tomar una hora aproximadamente para anotar los sucesos de los últimos días.

Este lugar es realmente lujoso. Es un apartamento situado en un

ático desde el que podemos ver la mayor parte de LosAngeles, por eso lo es- tamos utilizando como un puesto de mando. Pero el lujo es increíble: sá- banas de satén; genuinos cobertores de piel; adornos de oro y plata en el baño; llaves en la pared que distribuyen whisky americano, scotch, y vodka en cada habitación; enormes, enmarcadas, fotografías pornográfi- cas en las paredes.

El apartamento perteneció a un tal Jerry Siegelbaum, un agente de negocios de la Unión local de Empleados Municipales, que es el sujeto estrella de las sucias fotos de las paredes.

Parece ser que las prefería rubias, chicas gentiles, aunque su compa- ñera en una de las imágenes es una negra, y en otra se le ve en compañía de un chico joven. ¡Algún representante de los trabajadores debía ser! Espero que alguien lo saque del vestíbulo pronto; no hay aire acondicio- nado desde el lunes, y ya está empezando a apestar.

Esta enorme ciudad presenta un aspecto bastante diferente desde la úl- tima vez que tuve una vista panorámica de ella por la noche. Se ha ido el resplandor de las luces perfilando las principales calles. En cambio, cien- tos de fuegos dispersados al azar por toda la ciudad rompen con la oscu- ridad general. Sé que hay miles de vehículos moviéndose ahí abajo, pero conducen sin luces, por lo que no les dispararán.

En los últimos cuatro días uno ha escuchado el chillido prácticamente continuo de las sirenas de la policía y de los vehículos de emergencia

mezclado con el ruido de disparos y explosiones y el estruendoso zum- bido de los helicópteros. Esta noche sólo hay disparos, pero tampoco de- masiados. Parece que la batalla ha llegado aquí a su etapa decisiva.

Alas dos en punto de la mañana del domingo más del 60 por ciento de nuestras unidades de combate atacaron simultáneamente por todo el área de Los Angeles, mientras otros cientos de unidades alcanzaron sus objetivos de un lado a otro del país, desde Canadá hasta México y de costa a costa. Todavía no he escuchado qué fue lo que logramos en otro lugar, porque el Sistema ha impuesto una total censura en todas las noti- cias de los medios –los únicos de los que no nos hemos apoderado- y no he tenido la posibilidad de hablar con cualquiera de nuestro pueblo de quiénes han estado en contacto con el Comando Revolucionario.

Pero aquí, en Los Angeles hemos obtenido el éxito de manera sor- prendente.

Nuestro asalto inicial cortó el agua y la energía eléctrica en toda el área metropolitana, dejando fuera de servicio los principales aeropuertos y haciendo intransitables todas las autopistas. Dejamos fuera de servicio las centrales telefónicas e hicimos estallar los depósitos de almacena- miento de gasolina. La zona del puerto ha sido una sólida masa de llamas durante casi cuatro días hasta estos momentos.

Nos hemos apoderado de al menos 15 estaciones de policía. Principal- mente cogimos sus armas, destruimos su equipo de comunicaciones y cualquier vehículo que no estuviera patrullando en esos instantes, para entonces sacarlo. Pero al parecer nuestra gente permanece escondida en varios edificios de policía y los están usando como puestos de mando. Al comienzo los policías y los bomberos estuvieron corriendo como pollos sin cabeza, con sirenas y luces destellando por todas partes. El lunes por la tarde, sin embargo, las comunicaciones se habían estropeado tanto y había tantos fuegos y otras emergencias, que la policía y los de-

partamentos de bomberos estaban siendo mucho más selectivos a la hora de reaccionar. En muchas zonas nuestros equipos fueron capaces de se- guir con su trabajo sin sufrir prácticamente interferencias.Ahora, por su- puesto, la mayor parte de los coches de policía están sin gasolina y no se pueden mover en absoluto. Y los que siguen con gasolina parecen estar

mintiendo.

La clave para neutralizar a la policía –y a todo lo demás, por esa cues- tión– fue el trabajo entre los militares. Era evidente para cada uno de nosotros que tan pronto como llegara el lunes por la tarde, algo grande iba a suceder dentro del estamento militar. Por alguna razón, otros tales como las tropas y los tanques estaban protegiendo las centrales eléctricas, transmisores de televisión, y de este modo –como siempre- ningunas uni- dades militares fueron desplegadas contra nosotros. Por alguna otra razón, había signos obvios de conflicto armado dentro de todas las bases militares en la zona.

Podíamos ver y oír aviones cazabombarderos descendiendo en picado y volando muy bajo sobre la ciudad, pero sin atacarnos, al menos no di- rectamente.

Estaban bombardeando y bombardeando la docena y pico de arsenales de la Guardia Nacional de California en el área metropolitana. Esos avio- nes eran por lo visto de la Estación del Aire de la Marina de El Toro, al sur de aquí. Más tarde vimos varias reyertas sobre el cielo de Los Ángeles y escuchamos que Camp Pendleton, la gran base del Cuerpo de la Marina aproximadamente a unas 70 millas al sudeste de aquí, estaba siendo ata- cada por bombarderos pesados de la Base de la FuerzaAérea de Edwards. Todo junto, un escenario muy confuso para todos los involucrados. Pero el lunes al atardecer, por casualidad, corrí hacia Henry, de entre toda la gente, y me explicó cómo estaba la situación militar. Buen viejo Henry, ¡qué contento estaba por volver a verlo!

Nos encontramos en el edificio de la emisora KNX, donde estaba ayu- dando a nuestro equipo de emisión para volver a poner la emisora en marcha después de haberla conseguido.

Eso, a propósito, fue lo que estuve haciendo durante cuatro días: re- parando transmisores fusilados, cambiando las frecuencias de los trans- misores e improvisando equipamiento.

Ahora tenemos una emisora FM y dos emisorasAM, todas operando desde generadores de emergencia. En los tres casos cortamos cables desde los estudios e instalando nuestros equipos de emisión directamente en los lugares de transmisión.

Henry vino rugiendo a la KNXcon un jeep, con un uniforme de laAr- mada de los Estados Unidos con una insignia de coronel y acompañado por tres soldados, transportando ametralladoras y cohetes antitanque. Traía un texto a difundir, dirigido principalmente al personal militar. En cuanto hube terminado de empalmar el micrófono y el equipo de audio a la entrada del transmisor, Henry y yo pasamos a un lado para ha- blar mientras nuestro portavoz comenzaba a leer el mensaje. Consistió en un llamamiento al personal militar blanco que no se había unido a nuestra revolución, junto con una advertencia a los que no hicieron caso del lla- mamiento.

El mensaje estaba muy bien diseñado, y yo estoy seguro de que su efecto en ambos, oyentes militares y civiles, fue muy fuerte.

Henry lo hizo posible. Ha sido el responsable del esfuerzo de reclu- tamiento para la Organización en las FuerzasArmadas durante más de un año, y ha estado concentrando sus esfuerzos en la Costa Oeste desde que fue transferido allí el pasado marzo.

La historia que me contó fue larga, pero, junto con lo que he apren- dido desde entonces, su esencia viene a ser la siguiente: “Hemos estado reclutando en dos niveles en el estamento militar desde que

se formó la Organización. En el nivel más bajo operamos semi-abiertamente desde septiembre de 1991 y clandestinamente después de que nos implicáramos en la difusión de nuestra propaganda entre el personal alistado y los ofi- ciales no-comisionados, principalmente sobre una base de persona-a- persona."

Pero Henry me dijo que también habíamos estado reclutando en nive- les superiores, pero en extremo secreto. La estrategia del Comando Re- volucionario dependió de nuestro éxito a la hora de convencer a comandantes militares de alto rango, y el lunes comenzamos jugando con ese triunfo oculto. Eso es por lo que las Fuerzas Armadas no se ha- bían utilizado contra nosotros y también porqué varias unidades militares se habían estado disparando y bombardeando las unas a las otras durante los últimos cuatro días.

El conflicto militar interno comenzó con unidades comandadas por nuestros simpatizantes de un lado y aquellos que eran leales al Sistema

-la mayoría- del otro.

Otro aspecto se desarrolló pronto durante el conflicto y ensombreció al primero: negro contra blanco.

Unidades militares dirigidas por oficiales pro-Organización comenza- ron a desarmar a todo el personal militar negro tan pronto como nos lan- zamos al ataque en la mañana del lunes. La excusa que utilizaron fue que los militantes negros habían preparado un motín en otras unidades y que sus órdenes de más arriba eran las de desarmar a todos los negros para prevenir la extensión del motín. Generalmente, los hombres blancos del servicio estaban preparados y dispuestos a creerse esa historia y no ne- cesitamos decirles dos veces que giraran sus pistolas contra los negros que había en sus unidades. A aquellos pocos cuyas predisposiciones li- berales les hicieron vacilar se les pegó un tiro sobre el terreno.

En otras unidades nuestro personal alistado simplemente comenzó por pegarle un tiro a cualquier negro que vieran con el uniforme y luego desertaron a unidades comandadas por nuestros simpatizantes. Los ne- gros reaccionaron de tal modo que hicieron que la historia sobre un motín negro se convirtiera en realidad. Incluso en aquellas unidades mandadas por oficiales pro-Sistema se desató una dura pelea entre negros y blan- cos.

Y, en algunas de esas unidades donde cerca de la mitad eran negros, la pelea había sido sangrienta y prolongada. El resultado había sido que, aunque las unidades controladas por nuestros simpatizantes inicialmente sólo poseían alrededor de un cinco por ciento de la fuerza de las unidades pro-Sistema, más tarde habían sido paralizadas por luchas internas entre negros y blancos. Y ahora los blancos aumentaban en número debido a esto.

Nuestras emisiones nos han ayudado enormemente a lo largo de este proceso. Hemos exagerado nuestra propia fuerza, desde luego, y les hemos dicho a los militares blancos que se quieren unir a nuestras uni- dades adonde deben ir.Yayudar a convencerlos -así como mantener a los negros asustados y haciendo sus cosas- hemos convertido uno de nuestros transmisores en una falsa emisora de soul y hemos difundido una llamada para una revolución negra, instando a los negros a pegarles un tiro a sus

oficiales blancos y a los oficiales no-comisionados antes de que los blan- cos puedan desarmarlos.

En lo que se refiere a las únicas unidades militares en LosAngeles ca- paces de oponer una eficaz resistencia, se ha tratado de algunos cazas de la Fuerza Aérea y unidades de bombarderos y la unidad de Aire de la Marina en ElToro. Han atacado unidades militares que creían tener algo que ver con nosotros.

Pero, según Henry, les han causado más daños a las fuerzas pro-Sis-

tema que a las nuestras.

Henry reía entre dientes mientras me explicaba que la Organización había sido incapaz de hacer los progresos suficientes en cuanto al reclu- tamiento en la Guardia Nacional de California para ser capaces de contar con algunas de las unidades que se nos unieran. De modo que la Organi- zación secuestró al comandante de la Guardia local, el General Howell, justo antes del ataque en la mañana del lunes, como medida preventiva. Cuando el Sistema no pudo localizar a Howell, por lo visto tuvieron miedo de que se hubiera unido a nosotros. Sus miedos fueron indudable- mente confirmados cuando oyeron que éste había abandonado apresura- damente su casa pasada la medianoche del lunes en compañía de tres extraños, menos de una hora antes de que todo se desatara. De todos modos, sus sospechas no eran infundadas, de modo que pusieron en orden todos los arsenales y depósitos bombardeados por las unidades le- ales delAire el lunes por la tarde.

No sé desde qué base vino la columna de tanques que neutralizó los principales cuarteles de la policía de Los Angeles, pero fueron desde luego un regalo del cielo. Nunca lo hubiéramos podido hacer sin ellos. Desde el comienzo los policías de L.A. fueron nuestra única oposición realmente organizada. Las pequeñas fuerzas de policía en las jurisdic- ciones circundantes no habían sido un problema.Aalgunas las dejamos fuera de combate por completo; otros decidieron mentir con la boca pe- queña y decidieron meterse en sus propios asuntos después de algunas prontas escaramuzas. Pero los aproximadamente 10.000 hombres del Distrito de Policía de LosAngeles estuvieron muy activos hasta algunas horas antes, y la huída fue muy accidentada. Hemos tenido al menos a

100 muertos aquí en los cuatro últimos días, entre el 15 y el 20 por ciento de nuestra fuerza local de combate.

No sé por qué fallamos al hacer lo mismo con la policía que lo que pa- recíamos haber hecho con los militares. Quizá tan sólo era por

una esca- sez de cuadros de nuestro lado, y porque se le había dado una mayor prioridad al reclutamiento militar que al policial. En cualquier caso, aquí la principal jefatura de policía se había convertido casi de inmediato en el centro de la resistencia contra-revolucionaria.

Los policías de la ciudad de L.A. fueron integrados por algunas unidades de sheriffs desde el condado e incluso por algunas unidades de pa- trulla de las autopistas del estado, y volvieron a sus principales cuarteles construyendo así una fortaleza que era impenetrable para cualquier cosa que lleváramos para utilizarla contra ella. De hecho, casi era una muerte certera para alguno de los nuestros que se aventurase a llevar un par de bloques al lugar. Tenían una gran reserva de combustible, más de un mi- llar de vehículos, y potencial eléctrico de emergencia para su equipo de comunicaciones, y acudieron hacia nosotros con un largo comisionado. Utilizando helicópteros para el reconocimiento, señalaron nuestros diferentes puntos-fuertes y los edificios que habíamos ocupado, y envia- ron grupos de asalto que implicaban a tantos como vehículos y a unos 200-300 hombres. Nuestra práctica demolición de cada paso elevado de autopista había limitado su movilidad en gran parte, pero sus observado- res aéreos eran capaces de encaminarlos alrededor de los múltiples obs- táculos.

Logramos proteger realmente ciertos puntos vitales, incluyendo las emisoras de radio que habíamos conseguido, únicamente teniendo bue- nos hoyos cubriendo las avenidas próximas en los grupos de ametralla- doras. Afortunadamente, los policías sólo tenían algunos vehículos armados, porque la mayor parte de nuestra gente no tenía armas por uti- lizarlas como armaduras. Sólo en el día de hoy las armas antitanque es- tuvieron generalmente disponibles para nuestros equipos de combate. Si los policías de L.A. hubieran sido capaces de unirse a algunas uni- dades militares que permanecían leales al Sistema, ése hubiera sido nues- tro final. Afortunadamente, una docena de viejos M60 provenientes de

una unidad que habían venido antes hacia nosotros que hacia ellos. Pla- nearon por encima de las barricadas que la policía había establecido al- rededor de sus oficinas, acribillando el edificio con HE y obuses incendiarios, y además regaron generosamente con sus ametralladoras los cientos de coches policiales de la zona.

Las comunicaciones de la policía y el suministro eléctrico fueron neu- tralizados, y su edificio ardía en una docena de lugares. Habían tenido que evacuar el edificio, y rociamos con fuego de mortero de 81 mm todos los aparcamientos y calles circundantes hasta que el área les resultara irreconocible. El lugar está desierto ahora y continúa ardiendo.

La mayor parte de los policías parecen haber cogido el camino a casa para cambiar su uniforme por el de paisano.

Ahora la mayor parte de la resistencia aquí organizada contra nosotros ha sido desarticulada, todo depende de si podemos poner bajo nuestro control esta zona antes de que unidades militares de otros lugares del país sean enviadas. No entiendo por qué eso no ha sucedido ya.

Estaba diciendo hace tan sólo un par de horas de informar por la ma- ñana a uno de nuestros grupos de técnicos, que tendrán la tarea de planear los detalles para el suministro de electricidad y agua a la zona, el reesta- blecimiento de carreteras para el tráfico de vehículos, y la localización y aseguramiento de todos los suministros de gasolina y combustible diesel que quedaban. Palabras más propias de un ingeniero civil que no de mi persona.

Palabras también un tanto prematuras, pero resulta alentador saber que el Comando Revolucionario se muestra confiado en el futuro. Quizá mañana averigüe más sobre la situación general.

10 de julio,

¡Bien, bien, bien! Las cosas realmente han se sucedido, algunas cosas buenas y algunas cosas malas, pero en su mayoría buenas, de largo. Aquí la situación policial y militar parece estar esencialmente bajo nuestro control, y, concretamente, en la mayor parte de la

Costa Oeste, aunque por lo visto aún hay numerosas peleas en los alrededores de San

Francisco y en algunas otras zonas.

Y todavía hay algunos grupos armados por aquí, algunos policías y algo de personal militar alrededor ocasionando algún daño leve. Pero es- tamos seguros de que aquí todas las bases y campos de aviación militares reunirán personal militar disperso en uno o dos días.

La orden dada es la de disparar a cualquier persona a la que se vea portando armas, a menos que lleve uno de nuestros brazaletes.

Esto es un cambio bienvenido desde hace algunos días, cuando éra- mos los únicos expuestos a recibir un tiro al ser divisados. Después de años de escondite, abortando operaciones entre disfraces, y poniéndonos enfermos del miedo que pasábamos cada vez que veíamos un policía, es maravilloso sentirse libre al descubierto y ser los victoriosos con las armas.

El gran problema aquí ha sido convertirse en un civil. La población civil ha enloquecido por completo. Actualmente, uno puede culparlos con dureza, y estoy sorprendido por cómo se comportaron, más o menos como lo habían hecho. Después de todo, han estado sin electricidad ni agua durante una semana. Una porción muy sustancial de ellos también ha estado varios días sin comida.

Durante los dos primeros días –lunes y martes- los civiles hicieron justo lo que esperábamos que hicieran. Cientos y miles de ellos amonto- nados con sus coches en las autopistas. Ellos no podían ir muy lejos, por supuesto, porque habíamos volado un número de intercambios claves, pero lograron crear una colección de los más monumentales atascos, fi- nalizando así nuestra tarea de hacer casi imposibles los viajes por tierra de la policía.

El martes por la tarde la mayor parte de la población blanca había vuelto a sus hogares –o, al menos, a los de sus vecinos- muchos de ellos dejando sus coches parados en las carreteras y volviendo a pie. Primero habían descubierto que no había un camino viable para abandonar en au- tomóvil el área de Los Angeles; segundo, que no podían comprar gaso- lina, porque las bombas eléctricas de las estaciones de servicio no funcionaban; tercero, que la mayoría de las tiendas y negocios habían sido cerradas herméticamente; y cuarto, que algo realmente grande estaba

sucediendo. Se quedaron en casa y siguieron con preocupación sus tran- sistores de radio. La violencia era bastante leve, excepto en las zonas de negros, donde los disturbios, los saqueos y los incendios comenzaron a primeras horas de la tarde del lunes para ir creciendo progresivamente en intensidad y extensión.

Pero el jueves temprano, sin embargo, había ya algunos saqueos en las zonas blancas también, mayoritariamente en tiendas de ultramarinos.Al- gunas personas no habían comido nada en más de 48 horas pero actuaban más por desesperación que por anarquía.

Ya que no fue hasta la noche del jueves que comenzamos a estar se- guros de que teníamos a la policía noqueada, no hicimos nada por des- alentar el desorden civil. La mayoría de ellos en las calles, desesperados y hambrientos, rompiendo escaparates y robando comida, buscando agua potable y pilas nuevas para sus radios, peleándose con gente que buscaba lo mismo que ellos; menos tiempo le quedaba a la policía para nosotros. Eso, por descontado, fue la principal idea escondida tras el corte del su- ministro eléctrico, del agua y de los transportes al principio de todo.

Si la policía sólo nos hubiera tenido que hacer frente a nosotros, no podríamos haber ganado. Pero ellos no podían encargarse de nosotros y al mismo tiempo de un colapso general del orden público.

Ahora, en cambio, somos los únicos con la misión de restablecer el orden y eso va a ser complicado. La gente ha perdido por completo la ca- beza, tienen miedo y pánico. Se están comportando de una manera total- mente irracional, y un gran número de vidas se ven abocadas al sacrificio antes de que lo pongamos todo bajo control. En parte, tengo miedo, el hambre y el agotamiento van a tener que hacerlo por nosotros, porque nuestra mano de obra y otros recursos materiales son completamente in- suficientes para la tarea.

Hoy salí con el equipo de recuperación de combustible, y obtuve una visión cercana de nuestro problema civil. Me impresionó realmente. Íba- mos conduciendo un gran camión cisterna de gasolina, con un jeep ar- mado de escolta, de estación a estación de servicio por la zona de Pasadena, bombeando la gasolina del tanque de cada estación al de nues- tro camión. Había suficiente combustible en la zona como para cubrir

nuestras necesidades durante bastante tiempo, pero los civiles van a tener que ponerse en fila sin sus coches por su duración.

Pasadena hace algunos años solía ser mayoritariamente blanca, pero se ha vuelto negra. En las zonas negras, cada vez que íbamos hacia los negros próximos a una estación de servicio, simplemente abríamos fuego contra ellos para mantenerlos a distancia. En las zonas blancas fuimos acosados por blancos hambrientos que nos pedían comida, por supuesto, no teníamos para darles.

Es una maldita bendición que no tengan armas, si no ahora estaríamos en un apuro del demonio. ¡Gracias, senador Cohen! ¡Ups! No hay más tiempo para escribir ahora, tengo que ir a una reunión. Debemos mante- ner una reunión informativa acerca de la situación nacional.

Capítulo XXI

11 de julio de 1993,

¡Un día ajetreado! Tenemos algo de electricidad en el área de una de las plantas hidroeléctricas del norte, pero no mucha. La electricidad tiene que ser estrictamente racionada, y he pasado el día planeando las seccio- nes del área metropolitana que deben energizarse y luego enviando equi- pos para cortar o apagar unas líneas de conducción eléctrica y reconectar otras. Más tarde, si el racionamiento es exitoso, también podremos pro- porcionar energía a otras secciones.

Anoche me enteré de por qué Washington no había intentado enviar tropas aquí desde otras partes del país, ¡porque tenemosVandenbergAFB y todos los silos de misil allí!

En las primeras 48 horas después del ataque del lunes por la mañana la semana pasada, el Sistema estaba en tal pánico y la situación militar era tan incierta que ningún movimiento especial de tropa era posible. Aunque estábamos divididos en grupos tan pequeños que no había espe- ranza de apoderarse y retener territorio en ningún sitio excepto aquí en la costa oeste, creamos una enorme cantidad de trastorno, desorden, y confusión en todas partes.

Nuestra gente dentro de los militares en otras zonas del país había re- cibido órdenes para llevar a cabo acciones calculadas para paralizar tem- poralmente sus unidades. Esto implicaba algo de sabotaje, incendios provocados y demoliciones, pero para una extensión mayor implicaba tiroteos. En unidades con una alta cuota de no-blancos, nuestra gente de- rribó a disparos varios negros al azar, gritando “¡Poder blanco!”, con la deliberada intención de provocar alguna reacción en los negros. Esto fue respondido con el

mismo método que usamos aquí con tanto éxito: apo-

derarse de estaciones de radio y emitir falsas llamadas para que los negros volvieran sus armas contra sus oficiales blancos.

En otras ciudades, centros de comunicación fueron secuestrados y se enviaron mensajes que creaban la falsa impresión de que las unidades se habían acercado a nosotros.

Sobretodo, hicimos estragos en la población civil. Centrales eléctricas, instalaciones de comunicación, presas, intercambios cruciales de autopis- tas, patios de tanques, tuberías de gas, y todo lo demás podía estallar en el golpe del lunes por la mañana con un esfuerzo exhaustivo, a través de todo el país, para causar el pánico civil y mantener al Sistema temporal- mente ocupado con problemas de atención al civil.

También aprendí que, junto con todo lo demás, el asalto al Evanston Project tuvo lugar la mañana del lunes. Tuve el placer de oír que fue un completo éxito.

Así que el resultado fue que cuando el Sistema había evaluado la situación y había recobrado bastante confianza en la lealtad de cualquiera de sus unidades militares para intentar moverse en contra de nosotros, habíamos terminado de limpiarVandenberg y habíamos publicado nues- tro ultimátum: cualquier movimiento militar en contra de nosotros resul- taría en el lanzamiento de misiles nucleares dirigidos a sectores específicos de la ciudad de Nueva York y Tel Aviv. ¡Y por eso las cosas han estado tan tranquilas estos últimos días!

Y ahora entiendo la estrategia del Comando Revolucionario, que había hecho que me equivocase durante tanto tiempo y me había causado tantas dudas. Se percató de que no había manera, con nuestro número de presentes, de poder apoyar un asalto militar en contra del Sistema a gran escala en el tiempo suficiente para

derribarlo. Podríamos haber conti- nuado nuestra campaña de guerrilla de sabotaje económico y la guerra psicológica durante un buen tiempo, pero el tiempo estaba, definitiva- mente, de parte del Sistema. Amenos que pudiéramos hacer algún ade- lanto que aumentara nuestro número sustancialmente, las fuerzas de policía en crecimiento del Sistema nos paralizarían.

Pues hemos hecho el gran adelanto ahora.Yhemos obtenido el poten- cial, al menos, para un crecimiento notable; hay doce millones de perso-

nas aisladas bajo nuestro control en el área metropolitana de LosAngeles. Lo grande que es la base demográfica total que tenemos que dejarlos salir aún no está claro, a causa de la extraña situación en California del norte. Bajo control directo de la organización está en este momento una franja de California que va desde la frontera con México hasta aproxima- damente a 150 millas de L.A. y desde la costa interior en una distancia que varía de 50 a 100 millas. Incluidos en esta franja están San Diego, L.A., y VandenbergAFB. Los Desiertos de Sierras y Mojave forman un límite natural al este de nuestro territorio.

En una franja costera que va casi al borde de Oregon e incluye San Francisco y Sacramento, una facción militar anti-Sistema parece estar organizando algo, pero tengo entendido que nuestra autoridad aún no se ha establecido allí.Ylos estados de Oregon y California parecen estar to- davía firmemente bajo control del Sistema, en contra de algunos rumo- res.

En otros sitios del país las cosas están en un gran alboroto general y se están llevando a cabo los asaltos de nuestro golpe sorpresa, pero el Sistema no está en peligro inmediato de colapso.

El problema principal que causa preocupaciones al gobierno parece estar en si puede o no confiar en sus propias fuerzas armadas. Como con- secuencia de esta preocupación, en algunas áreas las tropas

aún están li- mitadas a sus bases, incluso si son urgentemente necesitadas para reestablecer el orden entre la población civil.

En algunas de las peores áreas civiles, donde hay motines por la interrupción de suministros de comida, el gobierno está usando unidades especiales militares formadas sólo por no-blancos. Han enviado apresu- radamente algunas de esas unidades de negros al área fronteriza alrededor de nuestro enclave de California.

Lo más cercano a tal unidad parece estar en Barstow, alrededor de 100 millas al noroeste de aquí. Algunos refugiados blancos han entrado en nuestra área, y los informes que nos traen son bastante asquerosos: terror y violación masiva por parte de las tropas negras, quienes señorean sobre los blancos locales. Odio escuchar tales cosas ocurridas a personas blancas, pero la reacción sólo puede ser favorable para nosotros. Y es

bueno que hayamos forzado al Sistema a exteriorizar su falta de con- fianza en la lealtad de la población blanca y su dependencia de los ele- mentos no-blancos.

Lo que es más importante para nosotros, sin embargo, es que el gobierno no está intentando meterse a la fuerza en nuestro territorio. Nuestra amenaza de Vandenberg los mantiene alejados por el momento, aunque esa situación no durará para siempre. Pero al menos nos da una oportu- nidad para intentar traer aquí a la población civil que está bajo nuestro control.

¡Ymenudo desorden hay dentro! Hay más fuegos que nunca, y hacer motines se ha transformado en algo normal. Nosotros, simplemente, no tenemos suficientes personas ni incluyendo a todo el personal militar que está de nuestro lado ahora, para mantener el orden mientras restauramos los servicios públicos esenciales y establecemos un sistema de distribu- ción de comida de emergencia.

Tenemos, en total, aproximadamente 40.000 empleados de fuerzas

armadas a nuestra disposición, casi dos tercios de ellos en el área metro de aquí y la otra tercera parte se dispersó desde San Diego hastaVanden- berg. Es una situación quisquillosa, porque exceden en número a los miembros de la Organización de esta área en casi 20/1. No es ni la mitad de mal proporción en comparación a la que había pensado anteriormente, pero todavía es lo suficientemente mala. La gran mayoría de esas tropas no adeuda lealtad para la Organización y, de hecho, no se da cuenta de que sus órdenes provienen de nosotros.

Hasta ahora los hemos tenido ocupados noche y día, y no han tenido tiempo de hacer muchas preguntas. Los miembros de la Organización han sido asignados a todas las unidades militares, desde el nivel de com- pañía hasta más arriba, y Henry, a quien vi anoche, parece pensar que te- nemos un asimiento bastante bueno. ¡Espero que sea así!

He tenido la ocasión de hablar con unos cuantos de las tropas que hemos usado para la recuperación del combustible y tripulaciones de re- paración. Parecen quedar impresionados por tres hechos: que el gobierno en Washington ha perdido totalmente el control aquí; que los negros, tanto en los militares como fuera de ellos, son un elemento peligroso y

poco fiable; y que ellos, con armas y comida, están mucho mejor que la población civil.

¡Pero ideológicamente están en mala forma! Algunos de ellos están vagamente de nuestro lado, otros aún están bajo el efecto del lavado de cerebro del Sistema; y la mayoría están en algún punto intermedio. Lo único que los mantiene bajo control es la ausencia total de cualquier fuente alterna de control aquí.

El Sistema aún no está dispuesto a difundir súplicas de lealtad dirigi- das a nuestras tropas, probablemente porque eso constituiría una admi- sión para el resto de países de cuán grande ha sido

nuestra victoria aquí. La línea oficial del Sistema por el momento está en bajo control, y los "gangsters racistas" en California -esos somos nosotros- pronto serán acorralados o liquidados. Desde que hemos apelado a sus tropas para que se rebelasen, día y noche y también dándoles una idea de la situación aquí -mucho más de color de rosa de lo que es actualmente-, la historia del Sistema suena bastante vacía. En lugar de negar nuestras reclama- ciones, el Sistema, simplemente, ha empezado a provocar interferencias en nuestras emisiones, lo cual es probablemente su táctica más astuta.

14 de julio,

El primer embarque sustancial de comida entró en el área metro hoy: un convoy de cerca de 60 remolques y grandes tráileres llenos de produc- tos frescos delValle de San Joaquín. Descargaron en 30 puntos de distri- bución de emergencia que hemos preparado en las secciones blancas; pero era como intentar llenar el océano con un vaso de agua. Necesita- mos, al menos, 5 comidas al día, lo justo para mantener a la población blanca en un nivel básico de subsistencia.

Todavía hay grandes reservas de comida no perecedera en los alma- cenes, aunque todas las tiendas han sido saqueadas.Tan pronto como es- tuvimos mejor organizados y habíamos localizado e incluido en un inventario todo, pudimos usar la comida almacenada para suplementar la comida fresca que nos iba llegando. Entretanto, ha habido incidentes ma- lintencionados en varios almacenes, donde tuvimos que disparar a varias

personas que no tomarían un "no" por respuesta.

El asunto realmente desagradable es en el que entramos a las áreas negras y racialmente mixtas. He pasado los últimos 2 días dirigiendo equipos de salvamento en las áreas en las que las tropas han terminado la limpieza total.

El trabajo de las tropas es separar a los negros del resto de la población y confinarles en las áreas de acceso controlado hasta que puedan ser escoltados a nuestro enclave. Está hecho de una forma simple y franca. Un área de residentes negros está designada, habiendo sido ele- gido por su proximidad, a un encabezamiento de la autopista del este y con la facilidad de que todo lo que existe en esa área pueda ser blo- queado.

Los equipos de tanques y ametralladoras subían posiciones en esas salidas. Luego empieza un barrido alrededor de los barrios, precedidos por camiones que, repetidamente, difunden el siguiente anuncio: "Todos los negros deben reunirse inmediatamente para el abastecimiento de agua y comida en la escuela elemental Martin Luther King en la calle 47. Cual- quier negro encontrado al norte de la Calle 43 después de la 1 será tiro- teado. Todos los negros deben reunirse..."

Al principio, grupos de negros trataron de quedarse en su tierra y des- afiar a las tropas, aparentemente bajo la impresión de que los honkeys no les dispararían (Nota: "Honky" era uno de los términos despectivos en argot que se referían a una persona blanca usada por negros en las 3 dé- cadas anteriores de la Gran Revolución. Su origen es incierto). Descu- brieron su error muy pronto, y se propagó rápidamente.

La mayoría de los negros avanzaron por las calles, desembocando a las áreas designadas, a un bloque o dos de la infantería, que avanzaba lentamente, e hicieron búsquedas rápidas en cada edificio. Los negros que aún no habían desocupado los locales fueron dirigidos a las calles del punto de la bayoneta. Si presentaban resistencia todos serían disparados, y el sonido de ese tiroteo ocasional ayudaría a mantener a los otros negros moviéndose.

Hasta ahora sólo se ha tratado de media docena de instancias de negros con armas de contrabando bloqueándose con una barricada en edi-

ficios y disparando a nuestras tropas. Cuando esto ocurre las tropas bor- dean el edificio ocupado con un tanque y acribillan el edificio con el cañón y una ráfaga de fuego de ametralladora.

Una vez más, es algo bueno que la población civil fuese desarmada por el Sistema hace años. Si más negros tuviesen armas no habría manera de tratar con ellos, considerando la disparidad en números.

Mis tropas de salvamento se mueven justo detrás de la infantería. Nuestro trabajo es hacer un inventario y asegurar todos los suministros e instalaciones: gasolina y cantidades en masa de otros combustibles, co- mida no perecedera, abastecimiento médico, vehículos pesados de trans- porte, instalaciones industriales, etc.

Los negros han acabado bastante bien con toda la comida en sus áreas, y han destruido muchas otras cosas que estábamos buscando, aunque es- tamos encontrando muchas cosas que habían perdido, incluyendo más de 40 toneladas de pescado seco en una planta de comida para mascotas esta mañana. No sabe muy bien, pero suministrará el mínimo de proteínas requeridas a 100.000 personas durante una semana.Yayer topamos con 30.000 galones de cloro líquido, que es necesario para la purificación del agua. También recuperamos la mayoría de las medicinas de un hospital y dos clínicas, en cuyos almacenes de medicinas estaban intactas incluso después de que los negros los registraran de arriba abajo en los motines. También encontramos pruebas horripilantes de la manera en que los negros habían solucionado su escasez de comida: canibalismo. Empeza- ron levantando barricadas en una calle principal para parar coches con- ducidos por blancos, supuestamente ya el martes de la semana pasada. Los desafortunados blancos eran arrastrados fuera de sus coches, llevados a un restaurante negro cercano, asesinados, cocinados, y comidos.

Más tarde los negros organizaron comitivas de caza e hicieron asaltos en las áreas blancas. En el sótano de un edificio de apartamentos negro encontramos una escena de indescriptible horror que daba testimonio del éxito de esos asaltos.

Yo y una tropa de mis hombres notamos una conmoción en frente del edificio cuando terminamos de comprobar el desorden de un almacén adyacente y regresar a la calle. Un grupo de GI's (Nota: "GI" es la con-

tracción de Government Issue, soldado del ejército americano) que estaba arremolinándose en la entrada estaba notablemente preocupado por algo. Uno de ellos salió corriendo del bloque de pisos y empezó a tener náuseas y a vomitar en la acera. Luego otro, con expresión sombría en el rostro, guió a una pequeña niña blanca fuera del edificio. Ella tenía alrededor de 10 años, estaba desnuda, muy sucia y estaba en un obvio estado de shock. Tan pronto como me encaminé hacia el interior del edificio di un salto hacia atrás a causa del horrible hedor que llenaba el lugar. Poner un pa- ñuelo sobre mi nariz y mi boca parecía no ayudar, pero con la ayuda de mi linterna descendí la escalera hacia el sótano y pasé a dos GI's más que subían. Uno de ellos llevaba en sus brazos a un niño silencioso con la mirada fija, blanco, de unos 4 años, vivo pero aparentemente dema- siado débil para andar.

El sótano, que estaba iluminado por dos lámparas de queroseno que colgaban de las los conductos de aire, había sido convertido por los ne- gros que vivían en el apartamento en un matadero de personas. El suelo era resbaladizo, cubierto de sangre medio coagulada. Los tubos de lavado estaban llenos de entrañas que desprendían mal olor, y otros estaban lle- nos de cabezas. Cuatro diminutas piernas humanas estaban colgadas en alambres.

En un banco de trabajo de madera bajo las linternas vi la cosa más te- rrible que he visto nunca. Era el cuerpo asesinado y parcialmentedescuar- tizado de una chica adolescente. Sus ojos azules miraban fijamente y con mirada vacía al techo, y su cabellera larga y dorada estaba enredada y llena de la sangre que salía de la herida abierta en su garganta.

Me entraron náuseas y tropecé, subí la escalera y volví a la luz de

nuevo. No pude volver a entrar a aquel horrible sótano, pero envié a dos de mis hombres con cámaras y linternas para que hiciesen un registro fo- tográfico. Las fotos serían útiles para el adoctrinamiento de las tropas. Gracias a uno de los GI's que estaban fuera del edificio me enteré de que aquellas partes de al menos 30 niños, todos blancos, habían sido en- contradas en el sótano, junto a los dos que todavía estaban vivos. Habían sido atados a una tubería en una esquina. En el patio trasero del edificio había una barbacoa improvisada y un montón de pequeños huesos huma-

nos roídos a fondo. También tomamos fotografías del patio trasero.

He estado trabajando en su mayor parte en áreas negras, pero también he escuchado algunas historias bastante malas de la gente que ha estado en áreas blancas y chicanas. Ningún caso de canibalismo por parte de blancos o chicanos ha sido reportado –los negros son una raza aparte res- pecto a esto- pero ha habido muchas disputas por comida.Ytambién al- gunas atrocidades grotescas en las que pandillas de negros han invadido áreas blancas y han tomado en posesión casas de blancos, especialmente el los distritos más ricos, donde las casas estaban más aisladas unas de otras.

En el lado positivo, en algunos de los barrios blancos predominantes de media clase y clase trabajadora, los blancos formaron grupos para pro- tegerse a si mismos de incursiones de los negros y chicanos. Esto es algo actual, pero sorprendente, en vista de la forma en que los imbéciles de fuera han estado votando estos últimos años. ¿Es posible que los años de lavados de cerebro por parte de los judíos hayan fallado en las masas blancas?

De todas maneras, me asusta que haya funcionado después de todo en demasiados casos. En los barrios racialmente mezclados, por ejemplo, los blancos han sufrido terriblemente en los últimos 10 días, y no han hecho ningún esfuerzo por protegerse a sí mismos. Sin armas, por su- puesto, la defensa personal es una cuestión de número y una forma de so- brevivir.Aunque los blancos son más en

sólo unos pocos barrios mixtos, parecen haber perdido el sentido de la identidad y de la unidad que los negros y los chicanos aún tienen.

Sobre todo, muchos de ellos parecen estar convencidos de que cualquier esfuerzo de autodefensa sería “racista”, y temen ser considerados racistas –o de pensar en ellos mismos de esa forma- más de lo que temen a la muerte. Incluso cuando pandillas de negros secuestraron a sus hijos o violaron a sus mujeres ante sus ojos, no ofrecieron resistencia alguna. ¡Es de enfermos!

Es difícil para mí sentir lástima por los blancos que no intentan protegerse a sí mismos, y es aún más difícil para mí entender por qué debe- ríamos arriesgarnos y exponernos a quedar fuera de combate para salvar

a tal escoria de cerebro lavado del destino que realmente merecen. ¡Y encima en las áreas mixtas, donde estamos teniendo la mayoría de los problemas y donde más nos arriesgamos!

Nos negamos a disparar a multitudes donde podamos matar tanto a blancos como a no-blancos, y los cabrones se dan cuenta y se aprovechan de ello. En algunos barrios estamos encontrando tanta oposición que es imposible lograr nuestra meta de separar a los distintos grupos raciales en enclaves.

Otro gran problema en el intento del logro de la separación racial es que hay demasiada gente en esta área que no puede ser clasificado fácil- mente como blanco o no blanco. El proceso de mestizaje ha ido dema- siado lejos en este país y hay demasiados morenos de pelo crespo de todos los tamaños y formas, tantos que uno no sabe donde poner la línea. No obstante, tenemos que poner la línea en alguna parte, ¡y pronto! No hay forma de poder alimentar a todos en nuestro área, y si quere- mos evitar una hambruna masiva entre los blancos debemos separarlos en áreas claramente definidas pronto, donde la electricidad, el agua, la co- mida y otros artículos de primera necesidad estén disponibles.Ydebemos mover a todos los

demás fuera de nuestra área, de una forma u otra. Cuanto más tardemos, más revuelto estará todo.

Hasta ahora lo hemos hecho muy bien concentrando a los blancos. Cerca del 80 por ciento de ellos están sellados en cuatro pequeños encla- ves ahora, y tengo entendido que el primer convoy masivo de ellos se dirigirá al este esta misma noche. Pero en cuanto al resto, lo único que hemos hecho es inmovilizar a la población, para que así no puedan mo- verse de un barrio a otro. Ciertamente no los tenemos bajo control, y, hasta lo que sé, no hemos comenzado arrestos masivos ni tomado nin- guna otra medida contra los judíos u otros elementos hostiles todavía. ¡Sigamos con esto ya!

Capítulo XXII

19 de julio de 1993,

Durante los últimos cinco días, he sido testigo de lo que seguramente haya sido la mayor migración de masas de toda la historia: la evacuación de negros, mestizos y refugiados del sur de California. Los hemos des- plazado hacia el Este a un ritmo de más de un millón por día y parece que no terminamos, todavía.

Sin embargo, me enteré, en la reunión de nuestra unidad de esta tarde, que mañana será el último día de evacuación masiva. Después de eso, solo será cuestión de reenviarlos en grupos, a través de las líneas, unos pocos miles cada vez, según íbamos completando grupos de extraviados y terminando de separar algunas áreas donde todavía existían mezclas raciales.

Mis hombres y yo teníamos la responsabilidad de buscar medio de transporte para aquellos que no podían hacerlo a pie. Comenzamos con remolques de tráiler de baja plataforma y con remolques grandes tirados por tractores capaces de transportar unos doscientos cada uno, y acaba- mos usando todos los camiones disponibles, tractores, etc, que pudimos encontrar en los barrios evacuados de

negros y chicanos. Casi 6.000 ca- mionetas y camiones.

Al principio, intentamos hacer un trabajo bastante cuidadoso al ase- gurarnos que todos los camiones tuviesen el suficiente combustible para hacer el viaje de ida a territorio enemigo, pero eso nos llevaba demasiado tiempo, así que decidimos asegurarnos mínimamente de que tuvieran su- ficiente combustible para el viaje.

Ayer tarde, empezamos a quedarnos sin camiones, así que durante el día de hoy hemos utilizado vehículos de pasajeros. Dividí los trescientos

hombres a mi cargo en escuadrones de 10. Cada escuadrón, completó grupos de unos 50 jóvenes negros voluntarios que bajo la promesa de re- cibir alimentos, arrancaron los vehículos haciéndoles.

Nuestros escuadrones comenzaron a mover todo vehículo aparcado, desde Volkswagen hasta Cadillacs que pudieran arrancar y cuyo indica- dor de combustible indicase por lo menos un cuarto de depósito lleno, hasta la zona de embarque.Ahí, nuestros ladrones de coches, voluntarios negros, forzaban a las negras preñadas, o a ancianos minusválidos a po- nerse al volante, cargaban el vehículo con todo lo que pudiesen, de en- seres domésticos y todo lo demás, hasta incluso encima de los techos, y de vuelta, a buscar más coches.

Me sorprendió ver lo crueles podían ser nuestros voluntarios negros con su propia gente.Algunos de los negros ancianos, que no podían va- lerse por sí mismos, están al borde de la muerte, por hambre y deshidra- tación, pero aun así, nuestros voluntarios los manejaban con tanta rudeza y los apilaban tan apretados dentro de los coches, que no pude evitar es- tremecerme al verlos. Cuando un Cadillac, sobrecargado dio un bandazo cuando entraba a la autopista del este, esta mañana, un anciano negro se soltó y cayó desde el techo del coche, de cabeza, rompiéndose el cráneo como un huevo. Los

negros, que acababan de cargar el coche, soltaron una carcajada terrible.Aparentemente, era la cosa más divertida que ha- bían visto en mucho tiempo.

Nuestra logística había sido nefasta. Habíamos violado todas las nor- mas de seguridad habidas y por haber y tomado riesgos extraordinarios. Hubo cientos de ocasiones en las cuales los negros nos podían haber ata- cado, por estar tan dispersos y obligados a meternos en sus dominios, sin tener apoyo de los nuestros para rescatarnos en caso de necesidad.

En realidad, no tenía hombres suficientes para hacer este trabajo apro- piadamente, trabajando 18 horas al día, sin parar a descansar, hasta que no podíamos más. Menos mal que mañana es el último día porque no creo que mis hombres aguanten mucho más, ni que la suerte nos favo- rezca más.

Lo que hemos conseguido hasta ahora, es sin embargo realmente des- tacable. Hemos movido, aproximadamente, a medio millón de no-blan-

cos, que no podrían haberse movido por su propio pie. Todos y cada uno de ellos son ahora responsabilidad del Sistema, para que los alimenten, les den vivienda y los tengan sin que den problemas. Junto con los más o menos siete millones de chicanos y negros capaces de valerse por sí mismos, que les estamos enviando, eso es toda una responsabilidad. Toda esta evacuación nos lleva a otra guerra. La guerra demográfica. No solamente estamos sacando de nuestra zona a los no-blancos, sino que estamos haciendo dos cosas más que nos resultaran favorables al de- jarlos en territorio enemigo. Estamos sobrecargando la ya ajustada eco- nomía del Sistema y estamos haciendo la vida a los blancos, en la frontera, como algo intolerable.

Incluso una vez que los evacuados hayan sido dispersados por todo el país, constituirán un aumento del 25% de los no-blancos, en

cuanto a la densidad de la población fuera de California. Incluso para la mayoría de los liberales blancos de cerebro lavado esta dosis de "hermandad" será di- fícil de tragar.

En el camino a la reunión de mi unidad hace como una hora, me paré en un mirador con vistas a la ruta principal de evacuación de LosAnge- les. Fue después de la puesta del sol, pero aún quedaba algo de luz como para ver algo, y me sobrecogí por la vista de una corriente de vida de color moviéndose lentamente hacia el Este. Por lo que pude ver, en ambas direcciones, se podía ver una corriente informe arrastrándose. Más tarde, conectaremos la iluminación de la autopista y así la marcha continuara por toda la noche. Entonces, con el calor de la mañana, la evacuación de los capaces, habrá avanzado lo suficiente y serán reagrupados en las ori- llas como para dejar paso por la autopista a los vehículos cargados. Nos dimos cuenta de que si les hacíamos caminar durante el día, caían como moscas.

La vista del movimiento de esa enorme marea de no-blancos, me dio una sensación de aplastante alivio, al ver como se alejaba de nuestra zona. Me dio un escalofrió al pensar si yo estuviese en el otro lado, viendo como toda esta marea avanzaba hacia mi área.

Si los jefes del Sistema hubiesen tenido opción, habrían hecho volver a los negros atrás, con ametralladoras. Pero con la frontera controlada

con tropas mayoritariamente no-blancas, sería bastante duro el que obe- deciesen la orden de disparar contra esa sangre no-blanca. Desde que co- menzó la marea, no han podido encontrar una manera de evitarla. Están atrapados por su propia línea de propaganda, la cual dice que cada una de esas criaturas es un "igual", con "dignidad humana" y esas cosas, y que deben de ser tratadas adecuadamente. Sí, las cosas mejoran aquí y estoy seguro de que pintan más y más negras ahí.

La prueba de ello es el contra flujo de refugiados blancos que vienen a nuestra zona desde el Este. Desde unos cien por día, hace como diez días, ahora han aumentado a varios miles por día. Nuestros guardias fron- terizos han registrado más de 25.000 cruzando la línea, hasta esta tarde. La mayoría de estos, simplemente están corriendo para escapar de las tropas negras y de los evacuados negros y chicanos que han inundado las áreas fronterizas del enemigo. Si es más fácil correr hacia el Oeste en vez de hacia el Este, entonces correrán hacia el Oeste.

Pero un 10% de ellos no son del área fronteriza en absoluto. Son voluntarios blancos que han cruzado la frontera para unirse a nuestra lucha. Algunos vienen de tan lejos como de la costa Este, familias enteras así como jóvenes, que tomaron esta decisión tan pronto como fue evidente en el país, que nuestra revolución se había asentado firmemente aquí.

24 de julio,

¡Chico! Me estoy convirtiendo en el comodín para todo. Acabo de llegar a nuestro Cuartel General después de un viaje para reparar una es- tación de conexión en las afueras de Santa Barbara. Había estado dándo- nos problemas en nuestro sistema eléctrico un día sí y otro también, y tuve que ir a ver qué es lo que pasaba y formar una cuadrilla para repa- rarla. Me sentiré muy satisfecho cuando podamos organizar a la pobla- ción civil, para así tener a la gente que en teoría debe hacer el mantenimiento de la infraestructura.

Pero lo primero, es lo primero, y eso quiere decir el restablecimiento del orden público y asegurarnos un abastecimiento adecuado de comida. Todavía no tenemos orden, pero estamos trayendo casi comida suficiente

al área metropolitana como para asegurarnos que la gente no pase ham- bre. Se me ha ocurrido cómo manejar este asunto, durante mi viaje a Santa Barbara. En el campo, pasé por delante de grupos

organizados de jóvenes blancos, algunos trabajando en huertos y arboledas de frutales, otros, caminando por la carretera, cantando, con cestas de frutas a la es- palda.Todos estaban contentos, bronceados y sanos. ¡Una gran diferencia del hambre y las revueltas en las ciudades!

Hice parar a mi chofer cuando llegamos junto a un grupo de unas veinte muchachas, todas con gruesos guantes y vistiendo indistintamente pantalones cortos y monos de trabajo. Su líder era una pecosa de 15 años, con coletas, que identificó alegremente al grupo como la Brigada deAli- mentos 128 de Los Angeles. Habían acabado una recolección de frutas de cinco horas y se volvían para comer a su campamento, más adelante, en la carretera.

Bien, pensé para mí mismo, esto apenas es una brigada, pero obvia- mente estaban mucho mejor organizadas que lo que había visto hasta ahora en la población civil. Yo sabía que la muchacha era demasiado joven como para ser un miembro de la Organización y según se vio des- pués, era completamente muy inocente de cualquier planteamiento polí- tico. Todo lo que sabía es que en las ciudades la cosa estaba mal y daba miedo, así que, cuando la agradable dama con brazalete, en el centro de distribución de emergencia de comida le habló a ella y a sus padres y les dijo que a los jóvenes que fuesen voluntarios a trabajos de granja se les cuidaría y se les daría bien de comer, estuvieron de acuerdo en que ella debería de ir. Esto fue hace una semana y ayer se la nombró líder del grupo de muchachas.

Le pregunté qué opinaba de su trabajo. Dijo que era duro, pero que sabía que recolectar el máximo era importante para ella y para las demás chicas, para que así sus padres y amigos en la ciudad pudiesen comer. En el campamento, los mayores les habían dicho lo importante que era su responsabilidad.

¿Les habían explicado también el significado de la revolución? No, no sabía nada de eso, sólo que los chicanos de las granjas se habían mar- chado y que ahora, la gente blanca debería hacer ese trabajo. Pensaba

que posiblemente esa era una buena idea.Ymás aun, todo lo que las chi- cas habían aprendido era hacer ese trabajo en particular, las canciones de trabajo y las lecciones de higiene que se daban en el campamento todas las tardes, alrededor de una hoguera.

Bueno, eso no es un mal comienzo para chicas de 12 y 15 años. Ya habrá tiempo para su educación mas tarde. ¡Ojalá los adultos fuesen tan colaboradores como los jóvenes!

Las chicas solo tenían una queja: su comida. Había mucha en abundancia pero sólo era fruta y vegetales. No había ni carne, ni leche, ni tan siquiera pan. Obviamente la gente que está organizando las brigadas de alimentos, tienen que solucionar otros muchos problemas de logística. Les cambiamos algunas latas de sardinas y galletas que teníamos en la ca- mioneta por una cesta de manzanas y ambas partes nos dimos por satis- fechos.

Yendo por los montes, justo al norte de Los Angeles, nos topamos con una gran columna de marchantes, fuertemente vigilados por los GI y por personal de la Organización. Según pasamos, despacio, miré a los prisioneros de cerca, para ver qué eran. No me parecieron negros ni chi- canos y sólo unos cuantos de ellos parecían blancos. Muchos de los ros- tros eran indudablemente judíos, mientras que otros tenían rasgos o pelo que sugerían contaminación negroide. La cabeza de la columna salió de la carretera principal y continuó por un sendero poco utilizado que des- aparecía en un cañón pedregoso, mientras la cola de la fila se extendía por algunos kilómetros desde la ciudad. Podían ser unos 50.000, de toda edad y sexos, según vimos en la porción de columna que adelantamos.

Al regreso al Cuartel General, pregunté sobre la extraña columna. Nadie estaba muy seguro pero todos convinieron que eran judíos y demás gentes de matiz demasiado claro como para haberlos incluido entre los evacuados que fueron enviados al Este. Recuerdo ahora algo que me había confundido hacia unos cuantos días: la separación de negros muy claros casi blancos, los mestizos

inclasificables asiáticos y de zonas del sur.

Ycreo que ahora comienzo a comprenderlo. Los claramente distingui- bles no-blancos son a los que queremos utilizar para ejercer más presión

racial sobre los blancos de fuera de California. La presencia de más mes- tizos casi blancos daría pie a confusiones y siempre existe el peligro de que después pudieran hacerse pasar por blancos. Mejor solucionar la cuestión ahora que les podemos poner la mano encima. ¡Sospecho que el viaje al cañón, es un viaje de solo ida! Pero obviamente todavía hay mucho que “tamizar”. Hemos limpiado las áreas de negros y chicanos y completamente todos los barrios judíos, pero existen áreas todavía que comprenden casi la mitad del territorio urbano bajo nuestro control, donde el completo caos esconde a los judíos que trabajan junto con ele- mentos reaccionarios blancos y se muestran cada día mas descarados. Hay manifestaciones diarias y reyertas en las peores secciones y los ju- díos se valen de panfletos y de otros medios para mantener la inquietud general en esas zonas. Desde el viernes, cuatro de los nuestros han sido asesinados por francotiradores. ¡Hemos de hacer algo rápido!

25 de julio,

Un contraste muy agradable comparado con mis misiones de los úl- timos días. He pasado el día entrevistando a algunos de los voluntarios que se han pasado a nuestra zona desde el 4 de julio, tratando de escoger un centenar, más o menos, para un grupo de resolución de problemas es- peciales, que comenzarán a desarrollar de una manera regular y sistemá- tica las cuestiones de ingeniería y logística que mi grupo y yo hemos estado realizando hasta ahora.

La gente a las cuales he entrevistado han sido preseleccionadas antes de que les viese y todos tienen experiencia de gestión o de ingeniería. Son unos 300 hombres más un centenar de esposas e

hijos, que es una in- dicación del flujo substancial real de sangre nueva en nuestra área. No sé cuales son los totales ahora mismo, pero sé que la Organización ha au- mentado su fuerza en California mucho desde las pasadas semanas y eso que estamos reclutando como miembros a solo una fracción de los nue- vos voluntarios.

La gran mayoría de ellos han sido organizados en brigadas de trabajo, principalmente para trabajos de granja o en el caso de los hombres en

edad militar, se les han dado uniformes y rifles que pudimos salvar de las armerías de la Guardia Nacional bombardeadas. Como poco, estamos aumentando la eficacia y el desempeño de las fuerzas militares bajo nues- tro control. Muchos de estos “soldados instantáneos” no tienen apenas entrenamiento militar y todavía no hemos tenido la oportunidad de darles ninguna preparación ideológica de las que reciben los miembros nuevos de la Organización, aunque simpatizan más con nuestra causa que muchos de los miembros del GI. Los estamos integrando tan rápido como podemos a las unidades regulares.

He preguntado a la gente que vi hoy sobre sus condiciones de vida y su situación familiar así como su entrenamiento y experiencia de trabajo. Casi todos ellos han sido reasignados a bloques recientemente evacuados de barriadas negras, justo al sur de LosAngeles. La Organización ha ins- talado una sección del Cuartel General en un pequeño edificio de apar- tamentos, y fue allí donde los entrevisté.

Ha habido muy pocas quejas de las personas con las cuales hablé, aunque todos mencionaron las condiciones asquerosas de los edificios a los que se mudaron.Algunos apartamentos están tan saturados de mugre que son simplemente inhabitables. De todas formas, todos están anima- dos y el esfuerzo de raspado, pintado y desinfectado ha logrado en un par de días una diferencia notable.

Hice un breve recorrido de inspección y sentí tibieza en mi corazón cuando vi a niños preciosos blancos jugando tranquila y silenciosamente en sitios donde enjambres de hordas chillonas negras lo hacían antes. Un grupo de dos docenas de padres trabajaban todavía en los jardines de al- rededor de los apartamentos. Habían recolectado un montecito de basura: latas de cerveza, colillas de cigarrillos, televisores vacíos, envases de co- mida, mobiliario destrozado y todo tipo de porquerías. Dos mujeres ha- bían marcado un área de terreno baldío, lo cercaron con estacas y cables y labran la tierra para hacer un jardín para la comunidad. En las ventanas que sólo habían conocido harapos de papel y cortinas hechas de sábanas de dormir, fueron retiradas. Hay flores frescas en los alfeizares, en donde antes solo había botellas de licor vacías.

La mayoría de esta gente llegó aquí con poco más de la ropa que lle-

vaban, habiendo abandonado todo lo demás y arriesgado su vida por unirse a nosotros. Es una pena que no podamos hacer algo más por ellos, por ahora, pero son del tipo de que lo pueden hacer todo por sí mismos. Uno de los primeros voluntarios que escogí esta mañana es un hombre que ha de buscar una camioneta por ahí y utilizarla para sacar todos los desechos del nuevo asentamiento y además traerá comida diariamente de uno de los centros de distribución, que está como a unos doce kilóme- tros. Será responsable del mantenimiento mecánico y de encontrar gaso- lina donde pueda, hasta que podamos instaurar un nuevo sistema de distribución de combustible. Es un hombre de 60 años, que poseía su propia fábrica de plásticos en Indiana, ¡pero aquí está contento con ser el encargado de la basura!

Cuando tengamos más o menos organizados a todos los civiles apro- piadamente, la densidad media de población en nuestra parte de Califor- nia, será de un poco menos de la mitad de lo que era hace un mes. Habrá una gran cantidad de viviendas para la gente nueva

que venga y proba- blemente nivelaremos la mitad de las áreas residenciales y comerciales en el condado de LosAngeles, plantaremos más árboles y haremos más zonas verdes. Eso, para el futuro, no obstante. Para hoy, nuestro objetivo es asentar temporalmente a los recién llegados en áreas bien separadas de aquellas que no hemos pacificado todavía y arrancado a las malas hier- bas.

Pero aun con el humilde comienzo que hemos hecho hasta ahora, me llena de júbilo y de orgullo. ¡Qué milagro es el pasear por calles que tan solo unas semanas estaban atestadas de no-blancos, que estaban por ahí, en cada esquina y en cada entrada de las viviendas y ver ahora caras blan- cas limpias, entusiastas, decididas y con esperanza en el futuro! ¡Ningún sacrificio es demasiado grande como para que se pueda ver el triunfo de nuestra revolución y asegurar ese futuro para ellos y para la Brigada de Alimentos 128 de las muchachas de LosAngeles, y para millones como ellas en nuestra tierra!

Capítulo XXIII

1 de agosto de 1993,

Hoy ha sido el Día de la Soga, un día sombrío y maldito, aunque in- evitable. La noche, por primera vez en semanas, está silenciosa y total- mente pacífica en todo el sur de California. Pero la noche está llena de horrores silenciosos; de decenas de miles de farolas, postes de luz, y ár- boles de esta vasta área metropolitana, cuelgan formas espeluznantes. En las zonas iluminadas, se ven por todos lados. Han sido utilizadas incluso los postes con el nombre de las calles, y prácticamente por cada esquina que he pasado esta tarde, de camino al Cuartel General, había un cuerpo colgante, cuatro en

cada intersección. Colgando de un solo paso elevado solo a una milla de aquí, hay un grupo de unos treinta, cada uno con un cartel idéntico colgando del cuello con la leyenda “traicioné a mi raza”. Dos o tres de ese grupo fueron “decorados” con togas académicas antes de ser colgados, y todo el grupo son al parecer miembros de las Faculta- des del cercano campus de UCLA.

En las zonas en las cuales todavía no hemos restaurado la energía eléctrica los cuerpos son menos visibles pero la sensación de horror en el aire es todavía mayor que en las áreas iluminadas. He tenido que ca- minar esta noche, entre dos bloques de viviendas a oscuras, en una zona residencial entre el Cuartel General y mi área de campamento, después de la reunión de mi unidad. Como a la mitad de uno de los bloques sin iluminación, vi lo que parecía ser una persona, de pie en la acera, direc- tamente enfrente de mí. Según me acerqué a la silenciosa figura, con los rasgos escondidos en la sombra de un gran árbol sobre la acera, continuó sin moverse, obstaculizando mi paso.

Sintiendo cierta aprensión, saqué mi pistola de la funda. Entonces,

cuando estaba como a cuatro metros de la figura, que había estado de es- paldas a mí, comenzó a volverse hacia mí. Había algo espeluznante en su movimiento y yo me paré en seco según se iba dando la vuelta. Una brisa tenue hizo crujir la hojarasca de las ramas que colgaban, y a través de las hojas pasó un rayo de luz de luna cayendo directamente en la silueta que giraba justo enfrente de mí.

Lo primero que vi con el rayo de luz de luna fue un cartel con una le- yenda en mayúsculas: “PROFANÉ MI RAZA”. Por encima del cartel, aparecía lasciva una cara hinchada y púrpura de una joven, con los ojos saltones abiertos y boquiabierta. Finalmente vi la delgada cuerda vertical que desaparecía arriba entre las ramas. Parecía ser que la cuerda se había resbalado un poco o que la rama a la que estaba sujeta se había doblado, hasta que los pies de la

mujer tocaron el suelo, tuve la sensación de que el cuerpo estaba de pie por sí mismo.

Me estremecí y rápidamente continué mi camino. Hay muchos miles de cuerpos colgantes como este, de mujeres, en esta ciudad, esta noche, todas con idénticos carteles en el cuello. Son las mujeres blancas que es- taban casadas o viviendo con negros, con judíos o con gente no-blanca. Hay también un número de hombres llevando también el cartel de "profané mi raza", pero las mujeres los superan en una relación de siete u ocho a uno. Por otro lado, como el noventa por ciento de los cuerpos con el cartel de "TRAICIONÉ A MI RAZA" son de hombres, así que más o menos todo está balanceado.

Aquellos que llevan estos últimos carteles son políticos, abogados, hombres de negocios, presentadores de televisión, periodistas y editores, jueces, maestros, académicos, líderes de "derechos civiles", burócratas, predicadores, y todos aquellos que por razón de su carrera o estatus o votos, o lo que sea ayudaron a promover o a aplicar el programa racial del Sistema. El Sistema les había pagado con treinta monedas de plata. Hoy les pagamos nosotros.

Empecé a las tres de la mañana.Ayer fue especialmente un mal día de disturbios, con los judíos utilizando megafonía para fustigar a las masas y lanzar piedras y botellas a nuestras tropas. Coreaban: "el racismo ha de irse" e "igualdad para siempre" y otros eslóganes que los judíos les ha-

bían dado. Me recordaron a las manifestaciones de masas de la época de Vietnam. Los judíos manejaban muy bien este tipo de trucos.

Pero como a las tres de la madrugada, las muchedumbres habían ter- minado con su orgía de cánticos y violencia y estaban todos acostados, a excepción de algunos grupos recalcitrantes que habían instalado alta- voces atronando con las emisiones radiofónicas del

Sistema por todos los vecindarios alrededor, emisiones que alternaban con “música”, alari- dos de rock y llamadas a la “hermandad”.

Escuadrones de nuestras tropas, con los relojes sincronizados aparecieron de repente en miles de bloques de apartamentos en cincuenta di- ferentes barrios habitacionales, cada líder de escuadrón con una larga lista de nombres y direcciones. La música ensordecedora cesó repentina- mente y fue reemplazada por el sonido de miles de puertas astilladas por las botas que las abrían a patadas.

Era como las Redadas deArmamento de hacía cuatro años atrás solo que al revés, pero el resultado fue más drástico y más permanente con los que sufrieron ahora las redadas.Alos arrastrados a las calles por las tro- pas les sucedió una de estas dos cosas. Si eran no-blancos y eso incluía a todos los judíos y a los que mostraban tener antecesores con un mínimo rasgo de no-blanco, eran empujados a columnas formadas apresurada- mente y comenzaron su viaje sin retorno al camión que estaba al pie de las colinas, al norte de la ciudad. La más mínima resistencia, cualquier intento de discusión o la menor de las reticencias era solucionado con un tiro rápido.

Los blancos por otra parte fueron, en la mayoría de los casos, colgados al instante. Se les colocaba uno de los dos carteles en el pecho y se les ataba las manos a la espalda, se colocaba una cuerda en cualquier poste y se les colgaba sin más, dejándolos bailando en el aire mientras los sol- dados se dirigían al siguiente nombre de la lista.

Los ahorcamientos y la formación de las columnas de la muerte duraron aproximadamente diez horas sin interrupción. Cuando las tropas terminaron entrada la tarde con su triste cometido y comenzaron a reti- rarse a sus cuarteles, el área de LosAngeles estaba total y completamente pacificada. Los residentes de las barriadas a las cuales ayer sólo podía-

mos entrar con tanques, temblaban tras sus puertas hoy, con miedo in- cluso a dejarse ver intentando mirar a través de las cortinas. Durante la mañana no hubo oposición en gran escala a nuestras tropas y ya en la tarde, incluso el deseo de resistencia se había evaporado.

Mis hombres y yo estuvimos en el meollo del asunto todo el día, sobre todo haciéndonos cargo de la logística. Cuando a los escuadrones de eje- cución se les acabaron las cuerdas, desmontamos varios kilómetros de cable de postes de energía eléctrica, para usarlos como cuerdas.También nos hicimos con varios cientos de escaleras.

Y también fuimos los que pegamos en cada bloque de viviendas los pasquines de nuestra Comandancia Revolucionaria, advirtiendo a todos los ciudadanos que, de ahora en adelante, cualquier acto de saqueo, motín, o sabotaje o cualquier acto de desobediencia de una orden de un soldado, tendría como resultado la ejecución sumarísima del transgresor. La proclama también advertía de manera similar a todos los que oculta- sen a cualquier judío o no-blanco o que diese voluntariamente informa- ción falsa u ocultase información a nuestras unidades de policía. Finalmente se emitía una lista de lugares en cada vecindario a los que las personas, en día y hora determinados deberían presentarse según la posición de su nombre en el orden alfabético, para ser registrado y asig- nado a una unidad de trabajo.

Esta mañana, casi acabo a tiros con un comandante de una unidad, sobre las nueve, cerca del ayuntamiento. Fue cuando estábamos trasla- dando a los “pesos pesados” para ahorcar. Los políticos famosos, un nú- mero prominente de actores y actrices de Hollywood y algunas personalidades de la Televisión. Si los hubiésemos colgado delante de sus casas, como a todos los demás, solo unas pocas personas los hubieran visto, y queríamos que su ejemplo instruyese a un número mucho mayor de personas. Por esa razón muchos de los sacerdotes de nuestras listas a una de las tres grandes iglesias en las que teníamos equipos de televisión para emitir su ejecución.

El problema era que la mayoría de los peces “gordos” llegaban al

ayuntamiento más muertos que vivos. Las tropas en los camiones de transporte les habían dado un “repaso”.

Una famosa actriz, bien conocida como persona “interracial” o mezcladora de raza, protagonista de película de alto presupuesto sobre amor “interracial” había perdido casi todo su cabello, un ojo y varios dientes, por no mencionar toda su ropa, antes de colocarle la soga alrededor del cuello. Estaba magullada y hecha una pena. Si no pregunto, no hubiese sabido quien era. ¿Para qué colgarla, si el público no podría reconocerla y sacar las conclusiones de su comportamiento y su castigo?

Me vi conmocionado cerca de unos de los camiones que acababan de llegar. Un viejo extremadamente gordo, al que reconocí inmediatamente como un Juez Federal responsable de algunas de la leyes más escanda- losas del Sistema en los años recientes incluyendo la que confirmaba el poder de arrestar otorgado por los diputados negros del Comité de Rela- ciones Humanas, se resistía a que las tropas le quitasen el pijama y le pu- siesen su toga judicial. Uno de los soldados lo derribó y otros cuatro comenzaron a patearlo y a abofetearlo en la cara, estómago e ingles con la culata de sus rifles. Estaba inconsciente y probablemente muerto cuando le fue colocada la soga y colgado a media altura de una farola. Una cámara de televisión estaba grabando toda la escena y emitiéndola en vivo.

Yo estaba profundamente disgustado sobre este último incidente y por otros de similar naturaleza así que pedí una explicación al oficial a cargo de las tropas que estaban allí. Le pregunte por qué no mantenía una dis- ciplina adecuada entre sus hombres y le dije duramente que golpear a los prisioneros era contraproducente.

Debíamos mantener una imagen pública de fuerza sin misericordia para con nuestros enemigos de raza, pero que el comportarse como una banda de ugandeses o de Puerto Rico, eso no nos iba a ayudar (nota al lector: Uganda fue una subdivisión política en el continente

africano du- rante la Vieja Era, cuando ese continente estaba habitado por la raza negra. Puerto Rico era el nombre durante laVieja Era de la isla de Nueva Carolina.Actualmente está habitada por los descendientes de los refugia- dos blancos de las áreas radiactivas del sureste de los Estados Unidos pero antes de las purgas raciales en los días finales de la Gran Revolu- ción, estaba habitado por una raza mestiza de un carácter especialmente

indeseable.)

Por todo lo demás, debemos mostrarnos disciplinados ya que nosotros también pedimos disciplina a la población civil. No debemos dar rienda suelta a nuestros sentimientos y frustraciones o a nuestros odios perso- nales y debemos demostrar con nuestro comportamiento que lo que es- tamos haciendo es servir a un propósito más elevado.

El capitán explotó. Me gritó que me ocupase de mis propios asuntos. Cuando le insistí que estaba haciendo precisamente eso, se puso rojo de ira y dijo que era él y no yo el que tenía la responsabilidad y que estaba haciendo lo mejor posible dentro de unas circunstancias de extrema di- ficultad.

Señaló, correctamente, que la Organización había sustituido a más de la mitad de los hombres de su compañía por novatos sin entrenamiento, durante el mes pasado así que no debería sorprenderme si la disciplina no era todo lo buena que debería de ser.También me dijo que conocía lo su- ficiente sobre la psicología de sus hombres para comprender y valorar el hecho de dejarles golpear a los prisioneros como una manera de justificar que los prisioneros eran sus enemigos y que merecían ser ahorcados. No pude rebatir realmente ninguno de los argumentos del capitán, pero noté con cierta satisfacción que cuando se dio la vuelta y me dejó a grandes zancadas, se dirigió furiosamente a un grupo de soldados que estaban propinando una brutal paliza con sus pistolas a un joven de ca- bello largo y de pinta afeminada, como una estrella de

rock, y les gritó que parasen.

Al pensar sobre el asunto me he dado cuenta que debo ver más las cosas desde el punto de vista del capitán.

Naturalmente que tenemos que reforzar la disciplina tan pronto como sea posible, pero por el momento es mejor para nosotros tener mayor efi- cacia política a menor disciplina en las tropas. Retrasamos las medidas enérgicas en la población como lo hacíamos siempre y cuando pudiése- mos erradicar y desarmar a los GIs y reemplazarlos con la gente nueva pasada de las líneas enemigas a las nuestras.

También queríamos disponer de tiempo para acostumbrar a las tropas al nuevo orden de las cosas aquí y darles por lo menos una mínima pre-

paración ideológica para las labores diarias. Ydejamos a propósito des- controlarse a los civiles solo para tener una excusa manifiesta para tomar medidas radicales en vez de medidas a medias, que no solucionarían los problemas civiles a largo plazo.

Otra de las razones de nuestro retraso era que necesitábamos tiempo para recopilar las listas de arrestos. Durante muchos años los miembros de la Organización aquí, al igual que en otras partes del país habían es- tado confeccionando dossieres de los aduladores del Sistema, pelotilleros de los judíos, teóricos del igualitarismo y otros blancos criminales racia- les así como las guías de direcciones de todos los no-blancos residentes en áreas predominantemente blancas.

Pudimos utilizar estas últimas, actualizadas incluso sin apenas modi- ficación alguna, durante el pasado mes. Pero los dossieres requerían una cantidad de selección y de evaluaciones enormes. En primer lugar porque había muchísimos.

Por ejemplo; una familia blanca puede tener un dossier como criminales a su raza solo porque algún vecino vio a un negro asistir a una fiesta en su casa o porque llevaron alguna vez alguna pegatina en el coche de esas que decía “Igualdad Ahora” las que distribuyeron a todo lo largo y ancho los Consejos de Relaciones Humanas. En general y a no ser que hubiese alguna otra evidencia mayor en un dossier particular esta gente no estaba en las listas de arresto. De otra manera hubiésemos tenido que colgar a más del diez por ciento de la población blanca, tarea completa- mente impracticable.

Yaunque hubiésemos podido colgar a toda esa gran cantidad de gente, no habría razón para hacerlo; la mayoría de ese diez por ciento no es peor que el otro 90 por ciento restante. Les han lavado el cerebro; son débiles y egoístas, no tienen sentido alguno de lealtad racial pero lo mismo apli- cado al resto de la gente en estos días. La gente es lo que ha llegado a ser y tenemos que aceptar esto como punto de partida.

De hecho, ha sido una verdad histórica que solo una pequeña parte de la población es buena o malvada. La gran masa es moralmente neutral, incapaz de distinguir el bien absoluto del mal absoluto y siguen las indi- caciones de los que estén por encima de ellos en un momento dado.

Cuando los gobernantes y los que hacen leyes sociales son buena gente, la población, como conjunto, reflejará eso, y personas sin la menor originalidad o sentido moral para tener criterio propio apoyarán fervien- temente los más altos objetivos de su sociedad. Pero cuando gobierna gente malvada, como ha sido el caso de América desde hace mucho tiempo, la mayoría de la población se rebozará alegremente en la auto- compasión de la peor degeneración y repetirán como loros cualquier idea indecente y destructiva que les hayan metido en la cabeza.

Hoy, la mayoría de los jueces, de los maestros, actores o figuras cívi- cas, no son malvados, ni tan siquiera cínicos al seguir las

directrices de los judíos. Piensan que son “buenos ciudadanos” tal y como pensarían de sí mismos si actuasen de una manera diametralmente opuesta bajo la in- fluencia de buenos líderes.

Así que no tiene sentido matarlos a todos. Esta debilidad moral deberá ser extirpada de la raza. Por ahora es suficiente eliminar a la porción de malvados que lo son conscientemente y a unos cuantos cientos de miles de nuestros “buenos ciudadanos” lisiados morales del país, como ejemplo para los demás.

El ahorcamiento de unos cuantos de los peores criminales raciales en cada vecindario enAmérica ayudara enormemente el enderezar a la ma- yoría de la población y reorientar sus ideas. De hecho, no sólo ayudará sino que será absolutamente necesario. La gente necesita un fuerte cho- que psicológico para romper los antiguos hábitos de pensamiento. Yo esto lo tengo muy claro pero debo admitir que hoy he estado preocupado por algunas de las acciones de las que fui testigo.

Cuando comenzaron los arrestos, la gente no se daba cuenta de lo que se les venía encima y muchos ciudadanos se ponían chulos y abusivos. Estuve presente poco antes del atardecer cuando los soldados arrastraron a como a una docena de jóvenes de una gran casa cercana a uno de los campus universitarios, y ellos, al igual que los compañeros de la casa que no habían sido arrestados, escupían y gritaban obscenidades a nues- tros soldados. Todos menos uno de los arrestados eran judíos, negros o mestizos de todo tipo y dos de los más gritones fueron inmediatamente ejecutados mientras los demás fueron llevados como rebaño a una co-

lumna en camino.

La última fue una joven blanca de unos 19 años, un poco gorda pero todavía bonita. Los disparos la calmaron bastante así que ya no gritaba a los soldados “¡cerdos Racistas!” pero cuando vio los preparativos para su ahorcamiento inmediato, contempló

claramente su destino y se puso his- térica.Al ser informada que iba a pagar el precio por profanar su raza al vivir con un amante negro, gemía: “¿por qué yo?”.

Según se anudaba la soga a su cuello, balbuceaba: “¿Yo hacía lo que todos los demás, por qué me habéis escogido a mí? No es justo. ¿Qué pasa con Elena?También se acostaba con él”.Ante este último grito antes que su aliento fuera cortado para siempre, una de las chicas -presumi- blemente Elena- del grupo de espectadores silenciosos que estaban en el césped, retrocedió llena de terror.

Por supuesto que nadie respondió a la pregunta de la chica del “¿por qué yo?” La respuesta es que simplemente su nombre estaba en la lista y el de Elena no. Nada tiene que ver con que sea justo o injusto. La chica ahorcada se merecía lo que tuvo. Probablemente Elena merezca la misma suerte y es indudable que estará sufriendo ahora los tormentos de los malditos, con miedo a que sea descubierta y a pagar el mismo precio que su amiga.

Este pequeño episodio me ha hecho aprender algo sobre el terror po- lítico. Su arbitrariedad y su imprevisibilidad son aspectos importantes para que sea efectivo. Hay gran cantidad de gente en la misma situación que Elena, que con miedo a ser descubiertos, caminan como si lo hiciesen sobre huevos.

El aspecto melancólico de este episodio se resume en el lamento de la chica “yo sólo hacía lo que los demás”.

Eso es un poco exagerado, pero bien es cierto que si otros no le hu- biesen dado ejemplo, la muchacha no se habría convertido en una crimi- nal racial. Pagó por sus faltas y por las de los demás. Ahora me doy cuenta más que nunca de la gran importancia de inculcar en nuestra gente nuevas bases morales, de valores fundamentales para que jamás se en- cuentren a la deriva como esta chica desafortunada y la mayoría de la gente enAmérica.

Esta falta total de moral sana y natural me fue mostrada de nuevo al mediodía. Estábamos ahorcando un grupo de unos cuarenta agentes in- mobiliarios afuera de las oficinas de la Feria de laAsociación Inmobilia- ria del Condado de Los Angeles. Todos habían participado en un programa especial de créditos especialmente bajos para familias mezcla- das racialmente para la compra de casas en vecindarios predominante- mente blancos. Uno de los agentes inmobiliarios era un individuo fuerte, rubio y atractivo de unos 35 años y con un corte de pelo a lo militar. Se defendía vehementemente: “Diablos, nunca estuve de acuerdo con esta mierda de mezclas raciales. Me pone enfermo el ver a estas familias mez- cladas con sus mestizos mocosos. Pero un hombre ha de ganarse la vida. Me dijo el inspector jefe de los edificios del condado que harían la vista gorda a las violaciones de construcción en aquellos que desarrollasen este programa hipotecario especial”.

Sin darse cuenta, nos estaba confesando que unas mayores ganancias estaban por encima de su lealtad de raza en su escala de valores, cosa que es desgraciadamente cierta para muchos de los que hoy no fueron colgados. Bien, él hizo su elección libremente y no nos merece simpatía alguna.

Los soldados no discutieron con él, naturalmente. Cuando le llegó el turno, lo izaron del suelo con la misma imparcialidad mostrada hacia aquellos que aceptaron su suerte en silencio. Tenían órdenes de no dis- cutir ni dar explicaciones a nadie excepto decirles brevemente el delito por el que iban a ser colgados. Ni tan siquiera las protestas más convin- centes como “debe de haber algún error” les hacían dudar ni un momento. Ciertamente, hoy hemos cometido algunos errores, errores de identifica- ción, errores de direcciones, falsas acusaciones, pero una vez comenzadas las ejecuciones no había posibilidad de admitir ningún error. Creamos a propósito en la mente de la gente una imagen inexorable.

Y aparentemente fuimos muy convincentes. Por la tarde, al regresar a sus cuarteles nuestros escuadrones de ejecución comenzamos a recibir informes provenientes de toda la ciudad de lo que parecía ser una oleada de asesinatos y palizas. Cuerpos, la mayoría mostrando heridas de arma blanca, aparecían en aceras, callejones y en los portales de edificios de

apartamentos. Gran número de heridos, unos cientos, fueron recogidos en las calles por nuestras patrullas.

A pesar de que había algunos negros entre las victimas acuchilladas y golpeadas, rápidamente nos dimos cuenta de que la mayoría de ellos eran judíos.Aparentemente todos eran personas que habían podido evitar a nuestros escuadrones, pero no habían podido escapar de los ciudadanos. El interrogatorio de varios de los judíos que habían recibido palizas pronto nos reveló que por lo menos algunos de ellos se habían escondido con familias de gentiles. Después de colocar nuestras proclamas y avisos, sus protectores lo0s abandonaron y los echaron a las calles. Grupos de vi- gilancia locales, armados con cuchillos y bates habían agarrado, como hurones, a los que no estaban siquiera en nuestras listas.

Estoy seguro de que, sin la enérgica lección del Día de la Soga, no hu- biésemos obtenido de una manera tan rápida esta especie de cooperación ciudadana. Los ahorcamientos animaron a la gente a dar el paso rápida- mente.

Mañana por la tarde, algunos de mis hombres comenzarán a organizar batallones civiles de trabajo para recoger los cadáveres y llevarlos al lugar que previamente he escogido. Probablemente nos llevará tres o cua- tro días recoger los cadáveres, que son entre cincuenta y sesenta mil y con este calor, no será nada agradable según pasen los días.

¡Pero qué sensación de descanso saber que la tarea más dura ya está terminada!Apartir de ahora todo será cuesta arriba pero en el buen sen- tido: reorganizando, reeducando y reconstruyendo la totalidad de la so- ciedad.

Capítulo XXIV

8 de agosto de 1993,

En los últimos cuatro días he ejercido como jefe de nuestro recién or- ganizado Departamento de Recursos Públicos, Servicios Públicos y Transportes (PRUST) para el sur de California. Es una posición estricta- mente temporal y en los próximos diez días le pasaré la tarea a otro in- geniero, uno del grupo de voluntarios con los que he estado trabajando en las últimas dos semanas. Estará asistido por un número de personas lo- cales que estaban contratados formalmente por el Estado, el condado, por los municipios, o por alguna compañía privada de servicios públicos y creo que será capaz de bregar con los pequeños inconvenientes que aún tiene el departamento.

Con más de la mitad de la gente clave ahora de nuevo en su trabajo las cosas parece que se desarrollan casi con normalidad. Hemos restau- rado la electricidad, el agua, las plantas tratadoras de aguas negras, reco- lección de basura y servicios telefónicos en todas las zonas ocupadas, aunque la electricidad está estrictamente racionada. Hemos puesto en servicio unas cincuenta estaciones gasolineras y todos aquellos civiles que por su trabajo tienen prioridad pueden ahora obtener carburante para sus automóviles.

El PRUST cubre la totalidad de nuestro enclave, desde Vandenberg hasta la frontera mexicana y he viajado mucho para investigar las nece- sidades y los recursos de las diferentes áreas para tener todo mínima- mente coordinado. Estoy muy contento con lo que hemos logrado en un periodo tan corto de tiempo. Junto con los militares y el Departamento deAlimentación, el PRUST tiene una función más que esencial a llevar a cabo y emplea a la mayoría de los trabajadores de todas las agencias que

hemos montado aquí.

Uno de los aspectos más interesantes de mi trabajo ha sido el organi- zar la interfase con el Departamento de Alimentación. Ellos producen los alimentos; nosotros los transportamos, los almacenamos y los distri- buimos. Ha habido bastantes problemas a solucionar, principalmente por- que hay una cierta cantidad de alimentos que no va directamente de los campos a los puntos de distribución, sino que primero han de ser proce- sados. Esto significa que el Departamento deAlimentación tiene que ocu- parse, hasta cierto punto del almacenamiento y transporte desde el campo a las plantas procesadoras, antes que el PRUSTentre en acción.También el DAtiene una necesidad bastante especial como el transportar a los tra- bajadores desde sus viviendas a los campos y de vuelta.

He tenido que familiarizarme al máximo con toda las operaciones del DAde cara a decidir de la mejor manera la definición de nuestras respon- sabilidades respectivas. Han movilizado más de 600.000 trabajadores, como un cuarto del segmento productivo de la población bajo nuestro control, para la producción de alimentos. Entre un 10 y un 12% de estos trabajadores están los blancos que originalmente eran agricultores o ga- naderos en esta zona. Cerca de una tercera parte, son jóvenes voluntarios con un rango de edad entre los 16 a los 18. El resto es gente de áreas ur- banas que trabajaban formalmente en tareas no esenciales y que ahora han sido asignados para trabajar en cuadrillas bajo la supervisión del DA. Muchos de los de este último grupo están haciendo un trabajo produc- tivo real por primera vez en sus vidas. Esto quiere decir que el DA está llevando a cabo una función muy importante de rehabilitación social así como la producción de alimentos, y nuestro Departamento de Educación está trabajando muy de cerca con el DAen este asunto. Cada trabajador tiene 10 horas de cursillos a la semana y se le evalúa no sólo por su ac- titud general hacia su trabajo sino por su capacidad de respuesta a los cursillos recibidos.

Hay un proceso continuo de selección con trabajadores reasignados

a nuevos grupos de trabajo basados en su actitud y desempeño en el grupo en que estaban previamente. De esta manera están empezando a emerger de la masa en general los primeros grupos de trabajo de entrenamiento de

líderes. De estos últimos serán seleccionados candidatos para ser miem- bros de la Organización.

En bastantes ocasiones durante mi periplo a través de la operación del DA, me paré para charlar con trabajadores en los campos. La moral variaba considerablemente de los grupos con una alta proporción de pa- rásitos sociales a los grupos de los líderes en entrenamiento, pero de nin- guna forma se podría hablar de pobreza moral en ambos casos. A todos se les ha hecho entender que, a pesar de la dureza y privaciones a causa de la Revolución, ahora habrá suficiente comida, pero que aquellos que no trabajen no la tendrán.

Me ha impresionado el hecho de que todas las caras que he visto en los campos eran blancas: ni chicanos, ni orientales, ni negros, ni mestizos. El aire parece más limpio, el sol más brillante, la vida más alegre. Qué diferencia tan maravillosa gracias a nuestra revolución.

Y todos los trabajadores notan también la diferencia, estén ideológi- camente con nosotros o no. Hay entre ellos un nuevo sentimiento de so- lidaridad, de parentesco, de cooperación no egoísta para alcanzar los objetivos comunes.

La mayoría de los informes de otras partes del país son muy alenta- dores. A pesar de que el Sistema todavía aguanta, sólo se mantiene au- mentando abiertamente la brutal represión. El país entero está bajo la ley marcial y el gobierno depende totalmente de estúpidos escuadrones de negros armados precipitadamente para mantener intimidada a la pobla- ción civil blanca. La mitad de las unidades militares del Sistema están confinadas en sus cuarteles por no ser fiables.

Las condiciones se están deteriorando casi en todos lados.Apagones eléctricos, interrupción de transportes y comunicaciones, atentados te- rroristas, escasez de alimentos, asesinatos y sabotajes industriales masi- vos están asolando al Sistema provocando tensiones sociales.

Las unidades de acción de la Organización están haciendo un trabajo heroico, pero sus pérdidas son cuantiosas. Ahora su único objetivo es mantener la presión sobre el Sistema y la población en general, golpe- ando cualquier objetivo a tiro una y otra y otra vez sin descanso. Contamos con información veraz por parte de los voluntarios que se

pasan a nuestro bando desde las líneas enemigas, aumentando día a día, del efecto que está teniendo esta situación caótica sobre la gente. Los blancos liberales y las minorías están pidiendo históricamente que el go- bierno "haga algo"; los conservadores se quejan, retorciéndose las manos, y deplorando la total "irresponsabilidad" de todos; y otros están cada vez más exasperados con todos los involucrados: con nosotros, con el Sistema, con los negros y con los diferentes portavoces liberales y con- servadores. Solo quieren una vuelta a la "normalidad" y a las comodida- des a las que están acostumbrados, lo antes posible.

Los propagandistas del Sistema están haciendo un ruido enorme sobre la expulsión llevada a cabo por nosotros de los no-blancos y de nuestras ejecuciones sumarísimas de los traidores a nuestra raza y de otros ele- mentos hostiles y degenerados. Sin embargo, no tiene el resultado espe- rado, únicamente entre los liberales y las minorías. La gran masa de la población está demasiado preocupada por sus propios problemas como para poder derramar una sola lágrima por "las víctimas del racismo". Nuestra espina clavada es el Norte de California. Las cosas allí están totalmente fuera de control. El General Harding ha convertido la situa- ción en una chapuza. Nos sirvió tanto como lo puede hacer un conserva- dor. (Nota al

lector:Turner se refiere alTeniente GeneralArnold Harding, comandante de la Base de la FuerzaAérea Travis, situada como a medio camino entre Sacramento y San Francisco. El papel jugado por Harding durante la Gran Revolucion, aunque importante, sólo duró 11 semanas; finalmente fue ejecutado por un comando de la Organización el 16 de septiembre de 1993, después de varios intentos fallidos anteriormente.) Si la situación en la zona de San Francisco-Sacramento no mejora a corto plazo, nos veremos involucrados en una guerra civil contra las tro- pas bajo el mando de Harding. El Sistema estaría encantado con ello. La única cosa que Harding ha hecho bien ha sido la ruptura conWashington durante la primera semana de nuestra ofensiva del 4 de julio, tan pronto como quedó claro que el Sistema había perdido el control en California. Por su propia iniciativa instauró un gobierno militar independiente en

el norte de California y logró que casi todos los mandos militares de las unidades estacionadas allí -excepto nuestras unidades militares no clan-

destinas- se le uniesen.

El Comando Revolucionario tomó la decisión, muy estricta y práctica, de poner la pelota en su tejado, así que a nuestra gente se le dio la orden de no oponerse al Teniente General. Esto tuvo como efecto la reducción sustancial de nuestras propias bajas ya que nuestra milicia ha sufrido mu- chas más bajas en el Norte de California que en el Sur.Yesto ha sido así porque Harding fracasó en tomar las medidas radicales adecuadas para consolidar su autoridad y poder manejar así al personal militar negro. Y fracasó estrepitosamente en controlar a la población civil, porque parecía incapaz de comprender la necesidad de tomar medidas radicales. Los judíos y otros elementos bolcheviques en San Francisco lo están cer- cando y los chicanos en el área de Sacramento han causado disturbios más o menos durante un mes.

Cuando una delegación de miembros de la Organización fue a entre- vistarse con Harding el mes pasado, y le sugirió una alianza de la Orga- nización con los militares, en el Norte de California, con las fuerzas de Harding manejando los asuntos de defensa y la Organización manejando los asuntos civiles incluyendo las acciones de policía, Harding los arrestó y se negó a ponerlos en libertad.

Desde entonces ha emitido comunicados estúpidos sobre “la restauración de la Constitución” poniendo fuera de la ley al comunismo y a la pornografía y la convocatoria de nuevas elecciones para “restaurar la forma de gobierno republicana a semejanza de como lo hicieron los Pa- dres Fundadores de la Patria”, sea lo que sea el significado de esto.

Ha denunciado nuestras medidas radicales en el Sur como “comunis- tas”. Está horrorizado por el hecho de que no convocamos ningún refe- réndum para la expulsión de los no-blancos y de que no garantizamos juicios individuales a los judíos y a los traidores a nuestra raza, y que fuesen tratados bajo ley sumarísima.

¿Acaso no entiende este viejo idiota que el pueblo americano votó por el desmadre en el cual se encuentra hoy? ¿No entiende acaso que los judíos se han hecho con el poder de una manera legal y recta de acuerdo a la Constitución? ¿Es que no entiende que la gente común ha tenido la oportunidad de saber quiénes les gobernaban y tiraron piedras sobre su

propio tejado?

¿Adónde cree que nos llevarían unas nuevas elecciones con esta generación de votantes condicionados por la televisión, que no sea de nuevo a la pocilga judía? ¿Ycómo piensa que podríamos haber solucionado los problemas que tenemos aquí sin el uso de las medidas radicales que ins- tauramos?

¿Es que Harding no comprende que el caos en esa zona crecerá si no aparta de la gente normal a los negros, judíos, chicanos y demás basura? Aparentemente no se da cuenta porque el idiota todavía lanza procla- mas suplicando a los líderes negros “responsables” y a los judíos “pa- triotas” que lo ayuden a reinstaurar el orden. Harding, como todos los conservadores en general, no puede hacer lo que deba hacerse porque significaría el castigo de los “inocentes” sobre los “culpables”, los negros “buenos” y los judíos “leales” en el mismo saco que los “malos”. Y así, atemorizado por poder tratar “injustamente” a las individualidades, in- tenta mantenerse a flote mientras que todo se va al infierno y los civiles mueren de hambre como moscas. Los generales han de ser de material más duro.

La ventaja para nosotros de la situación en el norte es la marea de re- fugiados blancos que nos ha traído. Ha llegado más gente a nuestra zona en su huída del área de San Francisco que los que han cruzado las líneas del Sistema en el resto del país.

Y, mientras dure, es interesante poder tener ejemplos de primera mano de los tres sistemas que conviven simultáneamente: en el norte, un sis- tema conservador; al este, la democracia judeo-liberal; y aquí el co- mienzo del nacimiento de un nuevo mundo sobre las ruinas del viejo.

23 de agosto,

Mañana vuelvo aWashington de nuevo. He estado enVanderberg cua- tro días, aprendiendo el funcionamiento de las cabezas nucleares. Estoy al mando de un grupo que llevará cuatro cabezas de 60 kilotones a Was- hington para ocultarlas en posiciones clave alrededor de la capital.

He recibido entrenamiento junto con aproximadamente otros 50

miembros de la Organización, y cada uno de ellos tiene una misión igual a la mía como líder de grupo. Eso significa que colocaremos

unas dos- cientas cabezas nucleares a lo largo de todo el país, más las que se colo- quen después.

Todas las cabezas nucleares son idénticas. Las desmontaron de cohe- tes balísticos de artillería de 240 mm que nuestra gente encontró aquí. Han sido ligeramente modificados para que puedan detonarse con señales codificadas de radio. Eso nos asegurará poder activarlas aun en caso de que pudiésemos perder la capacidad de activación desde aquí.

Esta misión es la más difícil de todas de las que he llevado a cabo hasta ahora. Será mucho más dura que la voladura del cuartel general del FBI hace dos años. Cinco de nosotros debemos atravesar 3.500 millas (5.633 kilómetros) de territorio enemigo transportando cuatro bombas nucleares con un peso total de 520 libras (236 kilos) sin que nos atrapen. Después las debemos llevar a áreas que estarán altamente vigiladas, y allí, esconderlas y minimizar la posibilidad de que las descubran. Aparte de los peligros que conlleva, se me hace un nudo en la garganta cuando pienso en ello, tengo sentimientos contradictorios respecto a esta misión. Por una parte odio dejar California. El hecho de participar en el nacimiento de una sociedad nueva ha sido tremendamente excitante y reconfortante para mí, y eso que esto es sólo el principio. Se lanzan nue- vos proyectos día a día y quiero participar en todos ellos. Aquí estamos estableciendo las bases de un Nuevo Orden Social para los próximos 1,000 años.

Ypoder vivir y trabajar en un mundo de hombres blancos sanos y sa- ludables es algo que se me escapa, que está más allá de lo hubiera podido soñar. Estas últimas semanas han sido maravillosas. Es bastante depri- mente pensar en abandonar este oasis blanco y meterse de nuevo en la cloaca de mestizos, negros, judíos y liberales blancos enfermos e inver- tidos.

Por otra parte, hace más de tres meses que no veo a Katherine pero a mí me parece un año. Lo único que limitó mi entusiasmo sobre lo que hemos conseguido aquí es el que ella no ha podido compartirlo conmigo. Yahora, debido al cambio de la situación, ella y los demás enWashington

están viviendo en condiciones mucho más difíciles y más peligrosas que aquí en California. Pensar en ello me hace sentir culpable a cada instante. El sentimiento más fuerte que tengo ahora es, sin embargo, el de la responsabilidad. Estoy al mismo tiempo orgulloso y sobrecogido porque aun estando en una situación de prueba para la Orden, me ha sido con- fiada una misión importante y difícil.

Debo esforzarme para quitarme de la cabeza estos pensamientos hasta que haya finalizado la misión exitosamente. Durante los pasados cuatro días, no solamente aprendí sobre la estructura y funcionamiento de las ojivas nucleares bajo mi responsabilidad, además comprendí por qué esta misión es de vital importancia. Ello implicó una lección de estrategia que te da que pensar.

Las personas del Comando Revolucionario, con la mirada firmemente fija en nuestros objetivos de largo alcance, de la victoria total sobre el Sis- tema, no se dejan distraer sobre los logros alcanzados en California ni por las dificultades del Sistema, a las que se enfrenta en todos lados.

Los hechos son los siguientes:

Primero: Fuera de California el Sistema se mantiene casi intacto y la diferencia de fuerzas entre el Sistema y las nuestras son todavía mayores que antes del 4 de julio.Yeso se debe a que hemos gastado imprudente- mente nuestras fuerzas a todo lo largo y ancho del país para mantener al Sistema ocupado y darnos la oportunidad de consolidar los logros con- seguidos aquí.

Segundo:Apesar de las fuerzas militares bajo nuestro control aquí, el Sistema, tan pronto como haya solucionado algunos de los problemas de moral en sus tropas, nos puede derrotar con medios convencionales sin apenas esfuerzo. Lo único que les ha frenado para dejarnos tanto tiempo ha sido la amenaza nuclear contra Nueva York y TelAviv.

Tercero: Nuestra amenaza nuclear está en grave peligro de ser

neutra- lizada. El Sistema tiene la capacidad para dar el primer golpe contra nos- otros por sorpresa con una alta posibilidad de acertar a nuestros sitios “reforzados” antes de que podamos lanzar nuestros proyectiles.

Las fuentes de información del Comando Revolucionario han confir- mado que este ataque por sorpresa es lo que tienen planeado exactamente.

El Sistema sólo está esperando terminar con su reorganización militar de emergencia que dé confianza política al Ejército de los Estados Unidos deAmérica. Quiere, una vez destruida nuestra capacidad nuclear, lanzar una invasión masiva que termine con nosotros en un par de días.

Peor todavía. El Sistema tiene un plan alternativo de destrucción nu- clear de todo el sur de California. Llevará a cabo este plan si fracasa en restaurar la confianza de sus fuerzas terrestres dentro de dos semanas. Todavía desconocemos el calendario exacto del Sistema, pero sabe- mos que más de 25,000 judíos de las familias más ricas de Nueva York han hecho las maletas disimuladamente y se han marchado de la zona durante los últimos diez días, la mayoría con poco equipaje, sólo como para unas vacaciones de dos o tres semanas.

De esta manera, nuestra estrategia contra el Sistema ha sido neutrali- zada. Si pudiésemos maniatar al enemigo por tiempo indefinido, o por lo menos durante un año o dos con nuestra amenaza de represalia nuclear, entonces sí que le podríamos derrotar. Con California como base de en- trenamiento y suministros, y con una población de más de cinco millones de blancos factibles de ser reclutados, podríamos aumentar constante- mente nuestras acciones guerrilleras por todo el resto del país. Pero sin California no podemos hacerlo, y el Sistema lo sabe.

Así que lo que tenemos que hacer inmediatamente es regar fuera de

California con el mayor número posible de armas nucleares. Detonaría- mos entonces por lo menos una de ellas para convencer al Sistema de que existe una nueva situación. Si después de esto el Sistema ataca Ca- lifornia, nos veríamos obligados a detonar todas o la mayoría de nuestras cabezas nucleares dispersas, en un intento de destruir la capacidad del Sistema para organizar su resistencia. Desgraciadamente perderíamos la mayoría de la población blanca si nos viésemos forzados a ese extremo. El país quedaría expuesto también a ser invadido por otras naciones. Una perspectiva muy sombría, por cierto.

Capítulo XXV

A pesar de haber estado casi una semana en Washington, esta es la primera oportunidad que he tenido para escribir. Después de nuestra agi- tada travesía a través del país, dedicamos también otros cuantos días, bastantes agitados, a la colocación de dos de las bombas que teníamos planeadas colocar. Fue anoche la primera que pude pasar ininterrumpi- damente con Katherine, desde que regresé.Ymañana tenemos otra nueva misión para colocar más bombas. Pero esta noche la puedo dedicar a es- cribir.

La travesía desde California hasta aquí, pareció como una película cómica o más bien surrealista.Apesar de que conservo todo fresco en la memoria, es complicado recordar lo que realmente sucedió. Las condi- ciones en este país han cambiado tanto desde las últimas nueve semanas que parece como si hubiésemos utilizado una máquina del tiempo para saltarnos Eras y llegar a una totalmente diferente, en las que las viejas re- glas que nos llevó toda una vida aprenderlas, hubiesen cambiado. Afortunadamente para nosotros, claro, todos los demás parecen estar tan confusos como nosotros. Me quedé sorprendido por lo fácil que fue abandonar nuestra

posición. Las tropas del Sistema andaban todas arra- cimadas en unas cuantas zonas fronterizas que lindan con las autopistas principales, con compañías adicionales estacionadas como controles en las carreteras secundarias. Estas últimas apenas patrullan, por lo que re- sulta fácil y seguro el evitarlas, y es así como ha sido fácil que tantos vo- luntarios blancos hayan sido capaces de llegar hasta nuestras posiciones actuales en California desde el pasado 4 de julio.

Cogimos un camión del ejército, y nos dirigimos hacia el norte, a Ba- kersfield y después condujimos hacia el noreste durante unos 40 kilóme- tros hasta más o menos un kilómetro antes del control en la carretera de

las tropas negras.Ambos grupos nos podíamos ver, pero ni se molestaron cuando tomamos un desvío por un camino forestal que nos adentraba al bosque. Estábamos en las estribaciones de la Sierra.

Después de aproximadamente una hora de rebotar por los caminos de cabras, difícilmente transitables, volvimos a la autopista, evitando el con- trol, pero entonces ya nos encontrábamos dentro del corazón del territorio controlado por el Sistema. No estábamos preocupados por encontrar algún tipo de oposición en los montes. Sabíamos que la mayor parte de la concentración de tropas del Sistema se encontraba en China Lake, al otro lado de la Sierra, así que nuestra intención era encarar hacia el norte por la autopista 39S, y así evitarlos. Nuestro plan, en caso de encontrar- nos con algún vehiculo que volviese del punto de control de la autopista hacia Bakersfield, era simplemente volarlo en la estrecha autopista de montaña, antes que se diesen cuenta de que éramos el enemigo.

Todos nosotros, los cinco, manteníamos el dedo crispado en el gatillo de nuestros rifles automáticos amartillados.Además de eso teníamos dos lanzacohetes listos, pero no nos cruzamos con ningún vehículo. Sabíamos que, a pesar de la ausencia de tráfico, nada

natural en la ca- rretera de montaña, encontraríamos tráfico muy denso en el cruce con la 39S, la principal autopista de norte a sur al este de la cordillera. Nuestras patrullas de reconocimiento no pudieron darnos detalles concretos, tan solo un cuadro muy general de la posición de las tropas hacia el este, y por lo tanto no teníamos ni idea de lo que podríamos encontrar a niveles de controles y bloqueos de carreteras.

Sin embargo, sabíamos que, por lo menos, algo más de un diez por ciento de las tropas del Sistema en esa área eran blancas. El Sistema es- taba volviendo a confiar en algunas tropas blancas, pero todavía evitaba utilizarlas en la zona fronteriza debido a que podrían verse tentados a pa- sarse a nuestro lado.

El poco personal militar blanco en la zona, a pesar de ser antirracistas, era tratado bajo sospecha y con el desprecio “merecido” por parte de los negros. Nuestros informadores nos habían contado situaciones en las cua- les estos blancos renegados habían sido humillados y sufrido abusos por sus compañeros de tropa negros.

Tomando esto en cuenta, habíamos decidido que nos sería más fácil desplazarnos haciéndonos pasar por no-blancos. Así que nos aplicamos un tinte oscuro en cara y manos y nos colocamos, en nuestros uniformes de faena, credenciales con nombres que sonasen a chicano. Imaginamos que podríamos pasar por mestizos, siempre y cuando no nos topásemos con auténticos chicanos.Así que, por cuatro días, fui Jesús García. Nuestro chófer, el cabo Rodríguez, hizo su papel de una manera su- prema. Cerrando el puño izquierdo y haciendo gala de una deslumbrante dentadura sonriente, según nos cruzábamos con tropas de haraganes en los puestos de control, en las dos ocasiones en las que nos pararon.Tam- bién llevábamos un radio transistor sintonizado a una emisora mexicana que emitía a todo volumen tonadas chicanas conmovedoras. Claro que lo poníamos únicamente cuando nos podían oír las tropas del Sistema. En una ocasión, teniendo necesidad de rellenar nuestros tanques de

combustible, casi estuvimos tentados a meternos en una estación militar de gasolina donde estaban repostando otros camiones militares, pero la larga fila de espera, y la cantidad de tropas de negros vagueando, nos hi- cieron desistir. Por el contrario, paramos en una estación multi-servicio al borde de la carretera cerca del Monte Whitney. El lugar parecía des- ierto así que dos de nuestros hombres comenzaron a llenar los tanques de combustible, mientras que los demás y yo nos dirigimos al restaurante a ver si tenían algo de comida.

Dentro estaban cuatro soldados, borrachos, sentados en una mesa aba- rrotada de botellas y vasos vacíos. Tres de ellos eran negros y el cuarto era blanco. "¿Hay alguien que nos cobre la gasolina y algo de comida para llevar?" -pregunté.

-No hombre, coge lo que quieras. Matamos a los propietarios honkies (nota: honky es el despectivo de blanco que usan los negros), hace como tres días- dijo uno de los negros.

-¿Pero no sin antes divertirnos con su hijita, eh? -aseveró el blanco dando codazos al de al lado.

Es posible que notase mi mirada severa o que se diera cuenta de los ojos azules del "cabo Rodríguez", o quizá se nos estuviese disolviendo el tinte de nuestros rostros, debido al sudor, de cualquier forma, el blanco

paró su burla y murmuró algo a los negros, al tiempo que se echó hacia atrás para intentar agarrar su rifle, apoyado en una mesa contigua. Antes de que pudiese tocar su arma, tomé de mi hombro mi M16 y co- mencé a disparar, barriendo a todo el grupo, con una ráfaga que los mandó a todos al suelo, chorreando sangre a borbotones. Los tres negros estaban obviamente muertos, pero el blanco renegado, a pesar de tener varios impactos en el pecho, se incorporó, se sentó, y preguntó con voz lastimera:

-¡Eh! ¿Hombre, que mierda pasa?

El “cabo Rodríguez” lo remató, sacando de la funda su bayoneta, aga- rrándolo del pelo y levantándolo al tiempo que ponía la bayoneta en su barbilla.

-Tú, pedazo de basura antirracista, vete a juntarte con tus hermanos negros.

Yde un solo tajo, salvaje, lo decapitó.

Cinco millas más adelante, en la autopista, en el cruce donde pensá- bamos girar al este, nos topamos con un jeep de la policía militar con dos negros dentro, bloqueando el camino. Había un tercer negro, diri- giendo el tráfico de vehículos y desviando todo el tráfico militar del norte hacia la autopista principal.

No hicimos caso de las indicaciones y giramos a la derecha, saliéndo- nos al arcén para poder rebasar el jeep. El negro que dirigía el tráfico sopló furiosamente su silbato, y todos, los tres negros nos amenazaron gesticulando con los brazos, pero nuestro “cabo Rodríguez” les sonrió y les mostró el saludo del Black Power al tiempo que les gritaba “¡Siesta, frijoles, hasta la vista!” y alguna que otra palabra en español que le vino a la cabeza, señalando fijamente el desvío de la carretera al tiempo que pisaba a fondo el acelerador. Dejamos a los negros bajo una ducha de polvo y gravilla.

El negro del silbato aún continuaba pitando y haciendo aspavientos, cogimos la curva y ahí los perdimos.Al parecer pensaron que no merecía la pena perseguirnos, pero tres de los nuestros, en la parte trasera de la camioneta, mantenían los dedos en el gatillo de las armas automáticas, sólo “por si las moscas”.

Desde allí hasta los aledaños de St. Louis no nos topamos con ninguna otra concentración de las tropas del Sistema. Pero nos

dimos cuenta de que debíamos evitar a toda costa las autopistas principales y ciudades, y avanzar únicamente por carreteras secundarias. Nos deslizamos y dimos botes por todo el desierto de California, Nevada, Utah y Colorado y des- pués por las planicies de Kansas y por las suaves colinas de Missouri, 75 horas sin parar, sólo para repostar y aliviarnos.

Íbamos dos en los asientos delanteros y un tercero vigilaba la parte trasera de la camioneta mientras que otros dos intentaban dormir, pero sin conseguirlo.

Cuando llegamos al este de Missouri, cambiamos de táctica por dos razones. Primero, porque escuchamos en la emisora de radio el bombar- deo de Miami y Charleston y el ultimátum de la Organización al Sistema. Eso hacia al factor tiempo aún más importante que antes. No podíamos asumir ningún retraso por avanzar por carreteras secundarias. Segundo, el peligro de poder ser interceptados por las autoridades entre St. Louis y Washington disminuía debido a la confusión imperante en todo el es- tado. Eso nos daba la oportunidad de adoptar otras tácticas.

Habíamos estado escuchando durante el viaje las frecuencias de la radio civil y la de las comunicaciones militares, y estando a unas 80 mi- llas al oeste de St. Louis, cuando, durante el reporte del tiempo meteoro- lógico vespertino, la emisión se cortó para dar una noticia urgente. Anteayer, al mediodía, había sido detonada una bomba nuclear, sin previo aviso, en Miami Beach, según dijo el locutor, matando a unas 60.000 personas y causando daños enormes. Una segunda bomba nuclear se de- tonó en las afueras de Charleston, Carolina del Sur, apenas hacía 4 horas, pero todavía no se disponía de información sobre muertos y daños. Según el locutor, las dos bombas eran cosa de la Organización y se- guidamente daría lectura al texto del ultimátum emitido por la Organiza- ción. Tomé nota, palabra por palabra del texto del ultimátum, en un pedazo de papel según se escuchaba por la radio de la camioneta, y esto es prácticamente lo que decía:

“Al Presidente, al Congreso y a todos los mandos de las fuerzas arma- das de los Estados Unidos: nosotros, el Comando Revolucionario de la

Organización, exigimos las siguientes demandas y advertimos: “Primero, el cese de concentración de fuerzas militares en el este de California y alrededores, y exigimos el abandono de todos los planes de invasión de la zona Libre de California.

“Segundo: el abandono de todos los planes de agresión nuclear contra la zona liberada de California o contra cualquier porción de esta.” “Tercero: informar al pueblo de los Estados Unidos, a través de todos los canales y medios de que dispongan, estas exigencias y esta adverten- cia.

“Si no cumplen con cada una de estas demandas, mañana al mediodía, 27 de agosto, detonaremos un segundo artefacto nuclear en una población del centro de los Estados Unidos, tal como hemos detonado una en el área de Miami, Florida, hace pocos minutos. Continuaremos detonando nuestro armamento nuclear (DEVICE) cada 12 horas hasta que cumplan con nuestras exigencias.

“Además, les advertimos que si efectúan cualquier acto hostil y por sorpresa contra la zona liberada de California, detonaremos más de 500 cabezas nucleares, posicionadas en lugares clave de los Estados Unidos. Más de 40 de estas cabezas están colocadas ya en el área de la ciudad de Nueva York. Y además, utilizaremos todos los misiles nucleares dispo- nibles para destruir la presencia judía en Palestina.

“Finalmente, les advertimos también que nuestro objetivo prioritario es liberar todos los Estados Unidos y posteriormente, el resto del planeta. Cuando lo hayamos logrado, aniquilaremos a todos los enemigos de nuestro pueblo, incluyendo especialmente a todos los blancos que hayan ayudado conscientemente a nuestros enemigos.

“Estamos al corriente, y lo seguiremos estando, de sus planes más se- cretos y de todas las órdenes que reciben de sus amos judíos.Abandonen la traición a la raza ahora que pueden o si no,

despídanse de cualquier es- peranza cuando caigan en las manos del pueblo que ustedes han traicio- nado.”

(Nota al lector: la versión deTurner del ultimátum de la Organización es esencialmente correcta, excepto por algunos errores mínimos y la omi- sión de un párrafo completo que sigue al último. El texto completo y

exacto de este ultimátum se encuentra en el capítulo nueve y definitivo de la Historia de la Gran Revolución, del ProfesorAndersson.)

Salimos de la carretera cuando escuchamos el comunicado especial, y nos llevó unos minutos poner en orden nuestras ideas y decidir qué hacer. No habíamos esperado que los acontecimientos se desarrollasen tan rápidamente. Los compañeros que habían llevado las ojivas nucleares a Miami y a Charleston debieron de haber salido uno o dos días antes que nosotros o habrían ido a toda velocidad para llegar tan pronto. A pesar de nuestro viaje sin parar, nos sentíamos como un ramillete de au- ténticos gilipollas.

Sabíamos que se había armado gorda; estábamos en medio de una guerra civil nuclear y que en los próximos días se decidiría la suerte del planeta, para siempre.Ahora era, o los judíos o la Raza Blanca, y todo el mundo sabía que era ahora o nunca.

Todavía no había decidido nuestra estrategia, para adaptarla al ultimá- tum. No sabía por qué, por ejemplo, se había escogido Miami y Charles- ton como primeros objetivos. Había escuchado el rumor de que inicialmente se había evacuado a los judíos ricos de Nueva York al área de Charleston; en cuanto a Miami, tenía ya una super abundancia de po- blación judía, pero, ¿por qué no haber escogido el área de Nueva York con sus dos millones y medio de judíos? Quizá nuestras bombas todavía no estaban instaladas en NuevaYork, a pesar de lo que dijese nuestro ul- timátum.

Tampoco estoy seguro de por qué el ultimátum se dio de esa manera, poca chicha y mucho hueso. Posiblemente la intención era provocar una estampida de la población, cosa que por otra parte se consiguió. O tal vez habría alguna comunicación bajo cuerda entre el Comando Revolu- cionario y los jefes militares, que habrían determinado la forma y el con- tenido del ultimátum. En cualquier caso, había provocado el efecto de dividir al Sistema en dos partes. Los judíos y casi todos los políticos, en una facción, y los líderes militares, en la otra.

La facción judía aboga por la inmediata aniquilación de California, sin importarles las consecuencias. Los malditos goyim (gentiles) se habían atrevido a ponerle la mano encima al Pueblo Elegido y debían ser des-

truidos a toda costa. Por otra parte, la facción militar se muestra a favor de una tregua temporal, para aprovechar y poder localizar y desactivar las 500 -una exageración disculpable- cabezas nucleares.

Después de escuchar las noticias, nuestro pensamiento sólo se centraba en transportar nuestra carga mortífera cuanto antes a Washington. Suponíamos que todo el mundo estaría descolocado después de lo suce- dido y decidimos aprovecharnos de la confusión general para convertir nuestra camioneta en un vehículo de primeros auxilios y salir disparados por la autopista hacia nuestro objetivo final. No teníamos sirena pero sí llevábamos luces de destello rojas adelante y en la parte trasera, y com- pletamos la conversión unos minutos después al parar junto a un almacén de productos rurales y comprar algunos sprays de pintura, y utilizando unos periódicos a modo de molde, colocamos los signos de la Cruz Roja en los lugares más apropiados de nuestra camioneta.

Después de eso, llegamos aWashington en menos de 22 horas, a pesar de las condiciones caóticas de las autopistas.Acelerábamos por los arce- nes para pasar los tapones de tráfico, o conducíamos en el lado contrario, pitando y haciendo brillar las luces de destello,

nos metíamos campo a través para evitar intersecciones bloqueadas y generalmente ignorando a cualquier controlador de tráfico, pasando como un tiro más de una docena de controles.

Nuestra primera bomba fue a Fort Belvoir, la gran base del ejército, justo al sur de Washington, donde estuve encerrado por más de un año. Tuvimos que esperar dos días, enloquecedores, para contactar con nues- tro hombre del interior, para poder introducir la bomba y esconderla en el lugar escogido.

"Rodríguez" saltó la valla con la bomba atada a su espalda. Recibí una señal de radio suya al día siguiente, confirmando el éxito de su mi- sión. Mientras tanto, el resto de nosotros, colocamos una segunda bomba en el distrito de Columbia donde sería capaz de cepillarse a un par de cientos de negros cuando hiciese explosión, además de unas cuantas agencias del gobierno y una porción importante del sistema de comuni- caciones de la capital.

No recibí las órdenes para la tercera bomba hasta esta tarde. La colo-

caríamos en el área de Silver Spring, al norte, en el centro de la zona re- sidencial de la comunidad judía del barrio de Maryland. La cuarta está destinada al Pentágono, pero la vigilancia es tan fuerte, que no he podido todavía dar con un plan para acercarnos. Debo confesar que mis pensa- mientos no han estado exclusivamente centrados en la misión, desde que volví aquí.

Katherine y yo habíamos robado algo de tiempo de nuestras respon- sabilidades en la Organización para estar juntos. Ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta de lo que significábamos el uno para el otro hasta que nos separamos este verano, tan rápidamente, después de que yo es- capé de la prisión. En el mes que estuvimos juntos, esta primavera, antes de que fuese enviado a Texas y después a Colorado y finalmente a Cali- fornia, nos unimos todo lo que dos personas puedan unirse. Las cosas habían sido duras para Katherine

y los demás tras mi marcha, especial- mente desde el 4 de julio. Habían estado bajo una enorme presión, en dos direcciones. La Organización los había presionado para que incre- mentasen su nivel de activismo, al mismo tiempo que el peligro de ser de- tenidos por la policía crecía y aumentaba semana en semana.

El Sistema está aplicando nuevos métodos para combatirnos: registros masivos, casa por casa, en áreas de pisos enteros; recompensas astronó- micas para informadores; controles más estrictos de los movimientos ci- viles. En otras partes del país, estas medidas represivas han sido esporádicas, y fracasaron totalmente en donde el Sistema no ha sido capaz de mantener el orden público, especialmente desde el pánico cau- sado por el bombardeo de Miami y Charleston. Pero en Washington el Sistema tiene todo firmemente controlado, y es duro.

Ya bien entrada la tarde, Katherine y yo nos fuimos un rato del taller un par de horas a pasear. Pasamos por delante de varios grupos de solda- dos parapetados con ametralladoras tras sacos de tierra en los edificios oficiales; pasamos por los restos, todavía coloreados de humo negro que había dejado una carga de dinamita, puesta por Katherine en una estación de metro, dos semanas antes; por una zona parecida a un parque en donde un altavoz instalado en un poste del alumbrado lanzaba exhortos a los ciudadados bien- pensantes, para que informasen de inmediato a la policía

política cualquier mínima manifestación de racismo, tanto en el trabajo, como de cualquiera de sus vecinos; y así continuamos a través de uno de los principales puentes de la autopista que cruza el río Potomac desde Virginia al distrito de Columbia. No había tráfico en el puente ya que es- taba hundido en la parte donde termina Virginia, a unas 50 yardas en un amasijo de hierros retorcidos.

La Organización lo había volado en julio y nada se había hecho para repararlo.

Estaba todo bastante silencioso al final del puente, sólo los sonidos lastimeros de las sirenas de la policía, a distancia y el aletear de algún que otro helicóptero de la policía. Hablamos, nos abrazamos y en silencio observamos la escena que nos rodeaba mientras se iba poniendo el sol. Nosotros y nuestros compañeros, habíamos influenciado totalmente en los pasados meses a ambos mundos, es decir en las áreas residenciales de la gente blanca del otro lado del puente, en Virginia, y en la zona de edi- ficios gubernamentales al otro lado del puente. Ya pesar de ello, el Sis- tema todavía parece bastante entero en todo a nuestro alrededor. ¡Qué contraste con la situación en California!

Katherine tenía un montón de preguntas sobre cómo era la vida en la zona liberada, yo intenté responder de la mejor manera posible pero me temo que las meras palabras son inadecuadas para expresar la que yo sentía en California y como me sentía aquí. Es más una cuestión espiri- tual que una mera diferencia de la situación política y de ambiente social. Según estábamos hablando encima de los restos de hierros colgantes

al final del puente, nuestros cuerpos se apretaron el uno contra el otro, el mundo haciéndose más oscuro a nuestro alrededor, un grupo de jóvenes negros apareció en el otro lado del puente, el del lado de Washington. Empezaron a hacer el animal, según sus costumbres, un par de ellos ori- nando en el río. Finalmente uno de ellos nos vio y todos empezaron a gritar haciendo gestos obscenos.Al menos para mí, eso acentuaba la di- ferencia que no pude expresar con palabras anteriormente.

Capítulo XXVI

18 de septiembre de 1993,

Han sucedido tantas cosas, se ha perdido tanto en las pasadas dos se- manas, que difícilmente me puedo obligar a escribir sobre ello. Estoy vivo y con buena salud, aunque hay momentos en los que

envidio a las decenas de millones que han muerto durante los recientes días. Se me ha secado el alma: soy como un muerto viviente.

Todo en lo que he sido capaz de pensar, una y otra vez martilleándome la mente es el hecho irreversible de que Katherine ya no está. Antes de hoy, cuando no estaba totalmente seguro de su suerte, esto me atormen- taba sin descanso. Ahora que sé que está muerta, el tormento, sin em- bargo ha desaparecido, y sólo siento un gran vacío, una pérdida irreparable.

Tengo que hacer un trabajo importante, y sé que he de olvidar el pa- sado y dedicarme a cumplirlo. Pero esta noche debo volver a mi memo- ria, a mis pensamientos. En el caos de estos días, millones perecieron sin dejar apenas un recuerdo suyo, siendo olvidados para siempre, eterna- mente sin nombre, pero puedo comprometerme, a través de estas páginas tristes la memoria de Katherine y los hechos que ella y otros camaradas ayudaron a dar forma en la esperanza de que este diario me sobreviva. Eso es por lo menos lo que les debemos a nuestros muertos, a nuestros mártires: no olvidarlos, ni a ellos ni a sus hechos.

Era el 7 de septiembre, un miércoles, cuando terminé de instalar nues- tra tercera bomba. Dos miembros del equipo y yo fuimos a buscarla un lunes al lugar donde estaba escondida la última cabeza nuclear y la trans- portamos a Maryland.Yo ya había señalado el lugar donde la quería ins- talar, pero los movimientos de tropas fueron esa semana tan grandes en

el área de Washington que tuvimos que esperar en Maryland casi tres días hasta tener la ocasión de acercarnos al objetivo.

El tráfico enWashington había sufrido grandes embotellamientos de- bido a los controles, carreteras cortadas, puntos de inspección y todas esas cosas, pero esa semana, aumentó siendo casi imposible moverse. En el camino de regreso a nuestro cuartel general de la

imprenta, las carre- teras estaban congestionadas por largas filas de automóviles civiles, todos conduciendo en la dirección opuesta, y abarrotados de pertenencias de su hogar, atadas a techos, capós y puertas.

Entonces, como a media milla de la imprenta, caímos en otro control militar que no estaba anteriormente. Se habían colocado alambradas a través de la carretera y tenían un tanque estacionado detrás de la alam- brada. Me di la vuelta e intentar por otra calle.También estaba bloqueada. Le dije a un soldado al otro lado de la alambrada, a gritos, que dónde iba, y que si había alguna otra calle no bloqueada para llegar a mi destino. "No puede llegar allí de ninguna manera" obtuve de respuesta. "Esta es un área de seguridad.Todo el mundo ha sido evacuado esta mañana.Todo civil sorprendido en el área será tiroteado de inmediato".

Yo estaba atónito. ¿Qué le había sucedido a Katherine y a los demás? Al parecer, las autoridades militares habían extendido el perímetro de seguridad del Pentágono, sin previo aviso, de dos a tres millas. Nuestro taller estaba a más o menos media milla del perímetro original y nunca se nos ocurrió que pudiesen ampliarlo. Pero lo habían hecho para evitar que la Organización pudiese plantar una bomba lo suficientemente pró- xima como para demoler el Pentágono. De hecho, consideré el perímetro formal adecuado para la protección de nuestras cabezas de 60 kilotones, ya que el Pentágono desde hacía mucho tiempo estaba equipado con ven- tanas blindadas y cemento. Había estado intentando, sin éxito, introducir una bomba dentro de ese perímetro desde que llegué aWashington desde California.

Conduje hasta nuestro punto de reunión de seguridad enAlexandria, pero no había nadie, ni ningún mensaje. No tenía forma de contactar con el Comando de Operaciones de Washington, y poder saber dónde se en- contraban Katherine, Bill y Carol, porque todo nuestro equipo de comu-

nicaciones se encontraba en el taller. Pero el hecho de que no estuviesen en el lugar de encuentro de seguridad me otorgó la firme certeza de que habían sido arrestados.

Ya había pasado la medianoche, pero me dirigí inmediatamente al Norte de nuevo, hacia el área donde los evacuados con los que me había cruzado estaban atascados. Pensé que me podría informar alguien de la vecindad acerca de nuestro taller, de lo que le había sucedido a mis ca- maradas. Era una idea estúpida y peligrosa, fruto de mi desesperación y probablemente tuve suerte debido a que un convoy militar tenía tan atas- cada la autopista que me vi obligado a salir y dormir hasta la mañana. Cuando pude llegar finalmente al área de refugiados más tarde, me di cuenta de que la posibilidad de obtener información era bastante pequeña. Un mar de tiendas del ejército se había instalado en el gigantesco parking de un supermercado adyacente.Atodo lo largo del borde del campamento había un gran numero de váteres portátiles, coches de civiles con todas sus pertenencias y soldados. Di vueltas por los alrededores durante casi tres horas y no vi ningún rostro familiar. Lo intenté, preguntando a gente al azar, pero no llegué a nada. La gente tenía miedo y sólo me daban eva- sivas o ninguna respuesta. Eran unos miserables asustados y nadie quería más problemas de los que tenían, y cualquier pregunta que se refiriese a arrestos, podían traerles complicaciones.

Cuando pasé por delante de una tienda, como el doble de las restantes, escuché sollozos apagados y llantos histéricos que venían de dentro, mez- clados con risas masculinas fuertes y burlas. Había una docena de solda- dos negros formados en la puerta, en fila, a la entrada.

Paré para averiguar lo que sucedía, justo cuando dos soldados negros sonrientes pasaban por la puerta de la tienda al interior, llevando una mu- chacha blanca aterrorizada, llorando, de unos 14 años. La fila de viola- dores avanzó un paso adelante.

Corrí hacia un oficial blanco que llevaba insignias de Mayor, que es- taba de pie a unas 50 yardas. Empecé a protestar, indignado por lo que estaba pasando, pero antes de acabar la frase, el oficial se dio la vuelta con la cara avergonzada y se marchó en dirección opuesta.

Dos soldados blancos, cercanos, miraron al suelo y desaparecieron entre dos tiendas.

Nadie quería ser sospechoso de racismo. Luché contra el instinto de sacar mi pistola y empezar a disparar contra todos los que veía, y después me marché.

Conduje hasta un lugar en el que estaba razonablemente seguro que habría gente de la Organización: la vieja tienda de regalos de George- town. Estaba justo en las afueras del nuevo perímetro de seguridad del Pentágono. Llegué allí en el atardecer y llevé la camioneta a la entrada trasera.

Había bajado de la camioneta y encaminé mis pasos, en la sombra, hacia la entrada trasera del edificio, cuando el mundo que me rodeaba se iluminó, casi como si fuese medio día.

Primero fue un fogonazo de una luz intensa, después un destello más débil con sombras móviles que cambiaba de blanco a amarillo y a rojo en sólo unos segundos. Corrí al callejón, para poder tener así una visión sin obstrucciones del cielo. Lo que vi me heló la sangre y me puso los pelos de la nuca de punta. Una cosa enorme, creciente, brillante, bulbosa, con manchas de color rojo-rubí y atravesada por franjas oscuras y tam- bién moteado con un patrón sospechoso de áreas más brillantes naranjas y amarillas, se elevaba en el cielo del norte envolviendo su luz ominosa de sangre sobre el terreno. Era verdaderamente la visión del infierno. Según la miraba, la gigantesca bola de fuego se expandió y elevó, y una columna negra, como el vapor de un inmenso hongo, se hizo visible debajo de ella. Lenguas de fuego de un brillo eléctrico podían verse como bailando y destellando en toda la superficie de la columna. Eran como re- lámpagos enormes, pero con la distancia no se podía oír el estallido del trueno. Cuando finalmente llegó el ruido, era como un sonido ahogado y amortiguado, aunque arrollador, el tipo de sonido que uno esperase oír de un superpotente terremoto convirtiendo en ruinas una ciudad.

Me di cuenta de que estaba siendo testigo de la aniquilación de la ciu- dad de Baltimore, a 35 millas de distancia, pero no podía entender la enorme magnitud de la explosión. ¿Podía haber causado eso una de las bombas de 60 kilotones? Parecía más bien una bomba de megatones. Los informes de noticias gubernamentales aseguraron que la ojiva que había destruido la ciudad de Baltimore, matando más de un millón

de personas, así como el arrasamiento que había destruido más de dos do- cenas de las ciudades más importantes de América en el mismo día, las habíamos puesto nosotros. También dijeron que el gobierno había con- traatacado y destruido “el nido de víboras racistas” en California. Como se observó, ambas cosas resultaron falsas, pero fue hace sólo dos días cuando me enteré de la historia completa sobre lo que había sucedido. Mientras tanto, y con un gran sentimiento de desesperanza, otra media docena y yo, reunidos junto al aparato de televisión, en la oscuridad de la tienda de regalos, ya tarde esa noche, fue cuando escuchamos una emi- sión anunciando con satisfacción la destrucción de nuestra zona liberada en California. Era un judío, que se dejaba llevar por la emoción, nunca había visto ni oído nada parecido.

Después de un solemne recorrido por las ciudades que habían sido atacadas ese día, con estimaciones preliminares de muertos (ejemplo “…y en Detroit donde los felones racistas le dieron con dos de sus misi- les, asesinaron a 1,4 millones de inocentesAmericanos, mujeres y niños de todas razas…), se centró en NuevaYork. En ese momento las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y se le rompió la voz.

Entre sollozos y con un hilo de voz, dio la noticia de que 18 explosio- nes nucleares diferentes, habían arrasado Manhattan y sus alrededores en un radio de aproximadamente 20 kilómetros con una estimación de 14 millones de muertos y otros 5 millones que se esperaba muriesen debido a las enfermedades radioactivas en los

próximos días. Entonces cambió al idioma hebreo y comenzó a cantar una tonada extraña, como lamen- tándose, según derramaba lágrimas por sus mofletes y se daba golpes en el pecho con el puño.

Segundos después de esto, se recobró y su conducta cambió completamente sustituyéndola por un odio incendiario hacia aquellos que habían destruido su amada ciudad judía Nueva York, entonces su expresión se tornó en una sonrisa de gran satisfacción y de gorgojeo exultante, “pero nos hemos vengado del enemigo y los hemos aniquilado. Una y otra vez a través de la historia las naciones se han levantado contra nosotros y han tratado de expulsarnos o matarnos, pero siempre hemos triunfado al final. Nadie se nos puede resistir. Todos aquellos que lo intentaron,

Egipto, Persia, Roma, España, Rusia, Alemania, fueron destruidas y siempre hemos resurgido triunfantes de las ruinas. Siempre hemos so- brevivido y prosperado y ahora hemos aplastado totalmente a los últimos que alzaron sus manos contra nosotros. Así como Moisés castigó a los egipcios, igualmente hemos castigado a la Organización.”

Su líquida lengua acarició sus labios y sus ojos pestañearon con un brillo siniestro según describía la aniquilación que decía se había llevado a cabo en California esa misma tarde: “Su superioridad racial no les ayudó en nada cuando disparamos cientos de misiles nucleares en los puntos fuertes de los racistas” balbuceó el locutor. “La chusma blanca cayó como una mosca. Solo podemos esperar que se diesen cuenta en los últimos momentos de que muchos de los soldados leales que opri- mieron los botones de lanzamiento de los misiles eran negros o chicanos o judíos. Sí, los blancos y su orgullo criminal han sido barridos en Cali- fornia, pero ahora debemos seguir matando a los racistas allí donde se en- cuentren para que la armonía racial y hermandad pueda volver a instaurarse enAmérica. ¡Debemos matarlos! ¡Matarlos! ¡Matar!…”. Después cambió al hebreo de nuevo y su voz se alzó y se hizo más violenta. Se levantó y se dirigió a la cámara, como una encarnación de odio puro, según

mascullaba en su idioma, perdigones de saliva le salían de la boca y se derramaban por su barbilla.

Este actuar debió molestar a algunos de sus colegas menos emocio- nales porque fue cortado de pronto en medio de un bramido y substituido por un gentil, que continuó dando información sobre los muertos esti- mados hasta temprano por la mañana.

Gradualmente, durante las siguientes 48 horas, nos dimos cuenta de la verdadera historia de ese jueves mortífero, desde posteriores noticias del gobierno y por nuestras propias fuentes. Las primeras y más impor- tantes noticias que recibimos fueron el viernes por la mañana en un men- saje codificado del Comando Revolucionario a todas las unidades de la Organización en todo el país. ¡California no había sido destruida! Vandenberg había sido aniquilada, y dos grandes misiles habían caído

en la ciudad de Los Angeles, causando muerte y destrucción por todos lados, pero por lo menos el 90% de la gente en la zona liberada habían

sobrevivido, en parte porque les avisaron con algunos minutos de ante- lación del peligro y habían podido ir a los refugios.

Desgraciadamente a la gente de otras partes del país, no se les dio aviso y la cifra total de muertos incluyendo a los que murieron por que- maduras y radiación en los últimos diez días era de aproximadamente 60 millones. Los misiles que causaron estas muertes, no fueron, sin em- bargo, nuestros, excepto en el caso de la ciudad de Nueva York, que re- cibió un ataque en aluvión, primero desde Vandenberg y después desde la Unión Soviética. Baltimore, Detroit, y otras ciudadesAmericanas que fueron bombardeadas, incluyendo LosAngeles fueron víctimas de misi- les soviéticos.

¿FueVandenbergABF, el único objetivo local al que atinó el gobierno de los Estados Unidos?

La cadena de cataclismos provocó una extraordinariamente penosa decisión del Comando Revolucionario. Los informes recibidos por el CR en la primera semana de este mes, indicaban una inclinación gradual y continuamente sospechosa del balance de poder de la facción militar en el gobierno, la cual quería evitar un enfrentamiento nuclear con nosotros, hacia la facción judía, que pedía la inmediata aniquilación de California. Los judíos temían que de otra manera, el incipiente punto muerto -zona de nadie- entre la zona liberada y el resto del país vendría a ser perma- nente, lo cual significaría en todo caso una victoria nuestra.

Para prevenir esto, trabajaron en la sombra en la forma en que acos- tumbraban, discutiendo, amenazando, sobornando y presionando a cada oponente, uno cada vez. Habían triunfado ya en lograr el reemplazo de muchos altos generales por los suyos propios, y el CR creyó entonces que la última oportunidad de evitar una guerra total de misiles nucleares, con las fuerzas gubernamentales se había esfumado.

Así que nos decidimos a adelantarnos. Atacamos primero, pero no a las fuerzas gubernamentales. Lanzamos nuestros misiles desde Vanden- berg -excepto media docena que pegaron a Nueva York- contra dos ob- jetivos: Israel y la Unión Soviética.

Tan pronto como nuestros misiles fueron lanzados, el CR lo comunicó al Pentágono por medio de una línea directa de teléfono. El Pentágono,

lógicamente lo confirmó desde sus pantallas de radar, y no tuvo otro re- medio que seguir a nuestra primera salva de disparos con un ataque total e inmediato contra la Unión Soviética, en un intento de destruir su má- ximo potencial. La respuesta soviética fue horrenda pero puntual. Nos lanzaron todo lo que les quedaba, pero simplemente, no fue suficiente. Muchas ciudadesAmericanas, incluyendoWashington y Chicago, fueron aniquiladas.

Lo que consiguió la Organización al precipitar esta cadena desgraciada de acontecimientos se resume en cuatro puntos. Primero, al alcan- zar Nueva York e Israel, habíamos pegado completamente a dos de los principales centros neurálgicos del judaísmo, y les llevaría bastante tiempo restablecer una cadena de comando y reorganizarse.

Segundo, al forzarlos a tomar una acción decisiva, cambiamos el balance de poder en el gobierno americano muy sólidamente de nuevo hacia los líderes militares. Para todos los efectos prácticos, el país se encuentra bajo gobierno militar.

Tercero, provocando un contra-ataque soviético, conseguimos mucho más en cuanto a descolocar al Sistema en este país, y rompimos el patrón de vida cómodo de las masas, mucho más que si hubiéramos utilizado nuestras armas locales, ¡y además todavía nos quedan la mayoría de nues- tras cabezas nucleares de 60 kilotones! Esto sería de una enorme ventaja en los días venideros.

Cuarto, habíamos eliminado un espectro que colgaba sobre nosotros antes: el fantasma de una intervención soviética después del enfrenta- miento entre el Sistema y nosotros.

Nos arriesgamos enormemente, naturalmente: primero, que California sería devastada en el contraataque Soviético, y segundo, que los militares americanos perdieran la calma y utilizasen su arsenal nuclear a pesar de que, excepto Vandenberg, no había otra amenaza nuclear a ser neutrali- zada. En ambos casos, la suerte de la guerra había sido moderadamente benevolente con nosotros, a pesar de que la amenaza del ejército no se ha terminado ni mucho menos.

Lo que perdimos, sin embargo, es sustancial: sobre un octavo de los miembros de la Organización, y casi un quinto de la población blanca

del país, por no mencionar el número desconocido de millones de pa- rientes raciales en la Unión Soviética.Afortunadamente el mayor número de muertes en este país ocurrió en las grandes ciudades, las que son en la mayoría no-blancas.

Sea como fuese, la situación estratégica de la Organización con respecto al Sistema ha mejorado enormemente, y eso es lo que realmente cuenta. No nos importa el número de bajas que tengamos siempre que le provoquemos al Sistema un número proporcionalmente mayor. Todo lo que importa, al fin y al cabo, es que cuando el hombre finalmente des- aparezca, el último batallón en el campo de combate sea nuestro. Finalmente, hoy he localizado a Bill, y me enteré de lo que sucedió

en el taller de imprenta durante la evacuación. Él también ha sufrido una gran pérdida personal, y su historia fue breve pero concisa.

La evacuación del área expandida del perímetro de seguridad del Pen- tágono se hizo sin previo aviso. Sobre las 11 de la mañana del día 7 de septiembre, los tanques irrumpieron por sorpresa en las calles y los sol- dados comenzaron a llamar a todas las puertas, dando a los ocupantes sólo diez minutos para el abandono de sus viviendas. Fueron muy duros con los que no se movían rápidamente.

Bill, Carol y Katherine estaban imprimiendo panfletos de propaganda en la imprenta, cuando vinieron los tanques y tuvieron el tiempo justo para esconder el cuerpo del delito bajo una lona, antes de que cuatro sol- dados negros entraran al taller. Como las tropas no se dedicaban al regis- tro de los edificios, era presumible que todo habría ido sin problemas en el taller, ya que ninguno de los negros había dicho nada a Katherine, que estaba empaquetando con hastío alguna de sus ropas y cosas personales. Katherine no le dijo nada al negro, pero la mirada helada que le lanzó, aparentemente le tocó su "dignidad humana".

Empezó con la cantinela, "¿qué pasa, baby, no te gustan los negros?" frase que los negros se habían dado cuenta de que

funcionaba de mara- villa con las chicas blancas de educación liberal, que están desesperada- mente temerosas de ser consideradas “racistas” si rechazan cualquier acoso de los negros en celo. Cuando Katherine intentó pasar por la puerta del taller, cargando dos pesadas maletas, el negro le bloqueó la salida e

intentó meter la mano por debajo de su vestido.

Dio un salto atrás y le propinó al negro una patada en la entrepierna, que inmediatamente le enfrió los ánimos, pero fue demasiado tarde. Había notado la funda de la pistola que llevaba Katherine en el muslo. Entonces avisó a gritos a sus compañeros, y ambos bandos comenzaron a disparar al mismo tiempo. Mientras Katherine y Caron disparaban sus pistolas, Bill los barrió con una escopeta recortada.

Los cuatro negros estaban heridos mortalmente, no sin antes haber herido a cada uno de los tres blancos. Uno de los negros salió anonadado fuera del taller antes de caer, y Bill que era el menos herido, se dio cuenta de que Katherine estaba más allá de toda posibilidad de ser socorrida cuando se vio obligado, junto con Carol, a huir por la parte trasera del ta- ller.

Se escondieron en el ático de un edificio adyacente, y los que los bus- caban no pudieron encontrarlos. Carol pronto empezó a debilitarse tanto por las heridas que no se podía mover, y Bill no estaba mucho mejor. La noche del día siguiente, se deslizó penosamente de su escondrijo y a duras penas encontró agua potable, comida y algún que otro medica- mento que había encontrado en los edificios vacíos de la vecindad, antes de volver con su esposa.

Carol murió al cuarto día, y pasaron otros cinco días antes de que Bill recuperase fuerzas para marcharse del ático y salir del área de seguridad. Yo sé que Bill nunca me mentiría, así que tuve el consuelo de saber que Katherine no cayó en manos del enemigo

viva. Lo que he de hacer ahora es dedicarme con toda devoción, el tiempo que me quede, a ase- gurarme de que ella no ha muerto en vano.

Capítulo XXVII

28 de octubre de 1993,

Recién llegado de Baltimore o lo que quedó de ella. Entre cuatro más y yo, llevamos un equipo portátil de medición radioactiva hasta Silver Spring, donde nos unimos a una unidad de Mariland para continuar hacia el Norte, a los arrabales de Baltimore. Debido a que las carreteras prin- cipales eran completamente intransitables, tuvimos que hacer campo a través más de la mitad del camino, conduciendo un camión sólo en las úl- timas doce millas.

Apesar de que habían pasado más de dos semanas desde el bombar- deo, el estado de Baltimore era indescriptiblemente caótico cuando lle- gamos. Ni siquiera intentamos llegar al centro de la ciudad, toda quemada, pero incluso en los suburbios -zonas residenciales- y zonas de campo, diez millas al este de la zona cero, la mitad de los edificios habían ardido. Incluso las carreteras secundarias dentro y fuera de los suburbios estaban atestadas con los restos de vehículos incendiados, y casi todas las personas que nos encontramos iban a pie. Grupos de husmeadores se en- contraban por doquier, atisbando los comercios en ruinas, robando en el campo con mochilas, cargando bultos de cosas robadas, sobretodo co- mida, aunque también ropa, materiales de construcción, todo lo imagina- ble, como un ejercito de hormigas.

¡Ylos cadáveres! Eran otra buena razón para evitar las carreteras todo lo posible. Incluso en las áreas donde murieron relativamente pocos du- rante la explosión o la radiación consecuente, los cuerpos yacían en las carreteras por millares. Eran casi todos refugiados del área de la explo- sión.

Cerca de la ciudad, uno veía los cuerpos de aquellos que fueron que-

mados por la bola de fuego; la mayoría de ellos no fueron capaces sino de caminar tan solo una milla antes de caer muertos. Más adelante esta- ban aquellos que habían sido menos quemados. Y mucho más lejos, en el campo estaban los cuerpos de aquellos que habían sucumbido a la ra- diación días o semanas después. Todos estaban abandonados a pudrirse ahí donde habían caído, excepto en las pocas áreas en la que los militares habían restaurado cierta semblanza de orden.

En ese momento contábamos solo con 40 miembros de la Organiza- ción entre los supervivientes del área de Baltimore. Habían estado invo- lucrados en sabotajes, francotiradores, y otros esfuerzos guerrilleros contra la policía y el personal militar durante la primera semana después de la explosión. Entonces descubrieron gradualmente que las reglas del juego habían cambiado. Se dieron cuenta de que no era necesario actuar furtivamente, como lo hacían antes. Las tropas del Sistema repelían su fuego cuando les atacaban, pero no los perseguían. Quitando algunas zonas, la policía no intentaba llevar a cabo registros sistemáticos de per- sonas y vehículos, y no había redadas en las viviendas. La actitud parecía ser “no nos molesten, y nosotros no los molestaremos”.

Los supervivientes civiles también tendían a mostrar una actitud mucho más neutral que hasta ahora. Existía temor a la Organización, pero muy pocas expresiones abiertas de hostilidad. La gente no sabía si habí- amos sido nosotros los que habían disparado el misil que había destruido su ciudad, según decían las noticias del Sistema, pero parecía como si culpasen al Sistema por haber dejado que sucediera y a nosotros por ha- berlo hecho.

El holocausto por el que pasó la gente, les había convencido profun- damente de una cosa: el Sistema no podía de aquí en adelante garantizar- les su seguridad. No tenían ya ninguna traza de

confianza en el antiguo orden: solamente querían sobrevivir, y se volverían hacia aquellos que pudiesen ayudarlos a mantenerse con vida un poco más.

Dándose cuenta de este cambio de actitud, nuestros militantes habían comenzado a reclutar y organizar a la gente superviviente de Baltimore, en apariciones semi-públicas con el éxito suficiente como para que el Comando Revolucionario autorizase el intento de establecer una pequeña

zona liberada al oeste de la ciudad.

11 de nosotros que habíamos llegado desde los suburbios deWashing- ton para ayudar, nos apuntamos con entusiasmo, y en unos cuantos días habíamos establecido un perímetro de defensa razonable que abarcaba unas 2.000 viviendas y otros edificios con un total de unos 12.000 habi- tantes. Mi función principal era la de llevar a cabo una investigación ra- diológica del suelo, los edificios, la vegetación local y los recursos de agua en el área, para poder estar así seguros y libres de los niveles peli- grosos de la radiación nuclear que resultó de la explosión. Organizamos unos 300 hombres locales en una milicia más o menos efectiva, proporcionándoles armas. Hubiese sido arriesgado en esta si- tuación tratar de armar a una milicia mayor que esta, porque no habíamos tenido la oportunidad de educar ideológicamente a la población local hasta donde hubiésemos querido, y todavía era necesario vigilarlos de cerca y tenerlos bien amarrados. Pero escogimos a los mejores entre los hombres disponibles en el enclave, ya que teníamos bastante experiencia en reclutar gente. No me sorprendería si la mitad de nuestros nuevos miembros de la milicia llegasen a ser miembros de la Organización y al- gunos de ellos probablemente incluso fuesen admitidos en la Orden. Sí, creo que sin duda podíamos contar con nuestros nuevos reclutas. Queda todavía un montón de gente con valores humanos en este país, a pesar de la corrupción moral extendida. Después de todo, esa corrupción ha sido producida durante mucho tiempo por la instigación de una ideo- logía

extranjera y unos valores extranjeros en gente desorientada por un estilo de vida espiritualmente malo. El infierno por el que atraviesan ahora les está por lo menos quitando la estupidez y los deja más recepti- vos a una visión del mundo mejor de la que tenían antes.

Nuestro primer objetivo fue localizar y eliminar los elementos exter- nos a nuestra raza, aliens, y a los criminales a nuestra raza en el nuevo enclave. Es increíble cuántos del medio oriente, morenos y negros rizos han invadido este país en la última década. Creo que se apropiaron de todos los restaurantes y puestos de perritos calientes en Maryland. Fusi- lamos al menos a una docena de iraníes, únicamente en nuestro pequeño enclave, y por lo menos el doble huyeron cuando vieron lo que estaba pa-

sando.

Entonces formamos a la gente en brigadas de trabajo para llevar a cabo una serie de funciones necesarias, una de las cuales era deshacerse de cientos de cadáveres de refugiados. La mayoría de estas pobres cria- turas eran blancos, y escuché a uno de los nuestros referirse a lo que les había sucedido como “el sacrificio de los inocentes”.

No estoy muy seguro de que sea una descripción correcta del holo- causto reciente. Lo siento, por supuesto, por los millones de blancos, en ambas partes, aquí y en Rusia, que murieron y que tendrán que morir antes de que termine esta guerra para quitarnos el yugo judío. ¿Pero, ino- centes? Pienso que no. Ciertamente este término no debe ser aplicado a la mayoría de los adultos.

Después de todo, ¿no es el hombre esencialmente responsable por su condición, por lo menos en un sentido colectivo? Si las naciones blancas del mundo no hubiesen permitido ser sojuzgadas al judío, a las ideas ju- daicas, al espíritu judaico, esta guerra no habría sido necesaria. Difícilmente podemos pensar que no somos culpables.

Difícilmente podemos decir que no teníamos otra elección, sin oportunidad de evitar la trampa judaica. Difícilmente podemos decir que no estábamos adver- tidos.

Hombres de sabiduría, integridad y coraje nos han advertido una y otra vez sobre las consecuencias de nuestra locura. E incluso después de estar bien metidos en el camino de rosas del judío, hemos tenido la opor- tunidad de salvarnos más recientemente, hace 52 años, cuando los Ale- manes y los Judíos se enfrentaron por el control de la Europa Central y del Este.

Acabamos en el lado judío en ese enfrentamiento, principalmente por- que escogimos a hombres corruptos como nuestros líderes.Yescogimos hombres corruptos porque nos equivocamos de valores en la vida. Escogimos líderes que nos prometían “algo” por nada, es decir, rega- lado; que nos aplaudían nuestros vicios y debilidades; que mostraban personalidades agradables y sonrisas placenteras pero sin ningún carácter ni escrúpulos. Ignoramos las cuestiones realmente importantes en nuestra vida nacional y le dimos rienda suelta al Sistema criminal para que ma-

nejase nuestros asuntos como si fuese coser y cantar, siempre y cuando tuviésemos el suficiente pan y circo.

¿Yno son la locura, la ignorancia, la absoluta pereza, codicia, la irres- ponsabilidad, la timidez moral, los culpables de esta malicia deliberada? ¿No son nuestros pecados de omisión los que se vuelven contra nosotros tan grandes como los pecados de los judíos contra nosotros mismos? En el libro de cuentas del Creador, así son las cosas. La Naturaleza no acepta excusas “buenas” en lugar de la actuación. Ninguna raza que fra- casa en asegurar su propia supervivencia, cuando los medios para lo- grarlo están a mano, puede ser juzgada como “inocente”, así como ninguna pena que les caiga pueda ser considerada como injusta, sin im- portar lo severa que sea.

Inmediatamente después de nuestro triunfo en California este verano, en mis tratos con la población civil de allí, tuve bien presente por qué el pueblo americano no merecía ser considerado “inocente”. Su reacción a tener conflictos civiles estaba basado únicamente en la manera en que les afectaba sus propias circunstancias privadas. Durante el primer o se- gundo día antes de que apareciese, para la mayoría de la gente, la posi- bilidad de que los civiles blancos podíamos ganar, incluso los de cierta consciencia racial, nos eran generalmente hostiles; les estábamos revol- viendo su estilo de vida, y haciendo que sus actitudes de obtención de vida fácil y placer, terriblemente inconveniente.

Después, cuando ya nos temían, les faltaba tiempo para adularnos. Pero no estaban realmente interesados en los aciertos y fallos de la lucha; no podían ser molestados con consideraciones de búsqueda espiritual a largo plazo. Su actitud era: “Decidnos qué es en lo que supuestamente de- bemos de creer, y creeremos”. Sólo querían tener seguridad y confort lo más rápidamente posible de nuevo.Yno estaban siendo cínicos; no eran gente sofisticada sino gente común y corriente.

La cuestión es que la gente corriente no es menos culpable que la gente no tan corriente, que los pilares del Sistema. Tomemos a la policía política, por ejemplo. La mayoría de ellos, los blancos, no son gente es- pecialmente mala. Sirven a amos malignos, pero racionalizan lo que hacen: se lo justifican a sí mismos, algunos en términos patrióticos -pro-

tegiendo nuestra manera de vivir, libre y democrática- y algunos en tér- minos religiosos o ideológicos -sosteniendo los ideales Cristianos de igualdad y justicia-.

Uno los puede llamar hipócritas, uno los puede señalar porque deli- beradamente están evitando pensar en algo que les haga cuestionarse la validez de las frases de lugares comunes con las cuales se justifican a si mismos, ¿pero no es todo aquel que haya

tolerado al Sistema también un hipócrita, haya soportado o no al Sistema? ¿No son todos aquellos que repiten como cotorras descerebradas las mismas frases hechas, culpables? No puedo pensar en ningún segmento de la sociedad blanca, desde los granjeros (rednecks) de Maryland y sus familias cuyos cuerpos radioactivos enterramos en una gran fosa común hace unos días, hasta los profesores universitarios que ahorcamos el pasado julio, que pueda decir que realmente no merecieran lo que les pasó. No hace muchos meses atrás, que todos aquellos que andan ahora vagando sin hogar y mascu- llando su suerte, estaban justamente pensando lo contrario.

No fueron pocos los nuestros que fueron duramente tratados en el pa- sado, y dos que conocí murieron al caer en las manos de los granjeros “buenos viejos chicos” quienes, sin ser liberales o Goyim poco honrados, de ninguna manera, no soportaban a los “radicales” que les querían quitar su chicle de menta. En su caso, fue el de una profunda ignorancia.

Pero una ignorancia de este tipo no es más excusable que el balido li- beral de los pseudo-intelectuales que soterradamente introdujeron la ide- ología judaica durante tantos años; o la de la egoísta y cobarde clase media americana que se apuntó al paseo, quejándose únicamente cuando les tocaban el bolsillo.

No, hablar de “inocentes” no tiene fundamento. Debemos observar nuestra situación colectivamente, en el sentido de raza. Debemos aceptar que nuestra raza es como un paciente con cáncer sometido a cirugía drás- tica para salvar su vida. No tiene sentido el preguntarse si el tejido cor- tado es o no “inocente”. Eso no es menos razonable que intentar distinguir a los “buenos” judíos de los malos, como algunos de los cabe- zas duras de los “buenos viejos chicos” insisten, separando los negros buenos del resto de su raza.

El hecho es que todos somos responsables, como individuos, de la moral y el comportamiento de nuestra raza, como un todo. No hay

posi- bilidad de evadir esa responsabilidad, de ahora en adelante para ninguno de los miembros de nuestra raza, y cada uno de nosotros ha de estar pre- parado para rendir cuentas de esa responsabilidad en cualquier momento. En estos días muchos son los llamados a hacerlo.

Pero el enemigo también está pagando un precio. Todavía tiene el control sobre algunas cosas aquí, más o menos, pero está casi aniquilado fuera de Norteamérica. A pesar de que el gobierno está censurando la mayor parte de las noticias que vienen del extranjero, hemos recibido in- formes clandestinos de nuestras unidades en el extranjero, y también hemos escuchado las noticias de las emisoras europeas.

Después de 24 horas de alcanzarTel-Aviv y otra media docena de ob- jetivos israelíes el mes pasado, cientos de miles de árabes cruzaron las fronteras de la Palestina ocupada. La mayoría de ellos eran civiles, arma- dos solo con cuchillos o palos, y los guardias fronterizos judíos abatieron a miles de ellos, hasta que se les acabaron las municiones. El odio de los árabes durante 45 años los llevó a cruzar campos de minas, bajo el fuego de las ametralladoras judías, y entrar en el caos radiactivo de las ciudades en llamas, con la sola voluntad de arrasar con la gente que robó sus tie- rras, mató a sus padres, y los humilló durante dos generaciones. En una semana la garganta del último superviviente judío, en el último kibutz, y en la última ruina humeante de Tel-Aviv, había sido rebanada.

Las noticias de la Unión Soviética son escasas, pero las noticias dicen que los supervivientes rusos han tratado a los judíos allí de la misma ma- nera. En las ruinas de Moscú y Leningrado, durante los primeros días, la gente atrapó a todos los judíos que pudo y los echaron a los edificios en llamas, o a los montones de escombros ardientes.

Persecuciones anti-judías se han sucedido en Londres, París, Bruselas, Rotterdam, Bucarest, Buenos Aires, Johannesburgo y Sydney. Los go- biernos de Francia y de los Países Bajos, ambos corrompidos por los ju- díos hasta la medula, han sido derribados.

Es algo parecido a lo que ocurría de tiempo en tiempo en la Edad Media, naturalmente, al final la gente entendía lo que era el judío y sus

artimañas. Desgraciadamente, nunca terminaban el trabajo, y tampoco lo harán en esta ocasión. Estoy seguro de que los judíos están haciendo ya planes para su regreso, tan pronto como la gente se haya calmado y ol- vidado. ¡La gente tiene tan poca memoria!

¡Pero nosotros no nos olvidaremos! Sólo eso es suficiente para asegu- rarnos de que la historia no se repetirá de nuevo. No importa el tiempo que nos lleve, y no importa lo lejos que tengamos que llegar, pediremos hacer cuentas entre nuestras dos razas. Si la Organización sobrevive a esta situación, no habrá más judíos. Iremos hasta los extremos más leja- nos de la tierra para cazar a las últimas semillas de Satanás.

Los principios que estamos aplicando en Maryland son algo diferentes de los utilizados en California, porque la situación es diferente.Aquí, al revés que en California, no hay barreras naturales, ni geográficas, ni un círculo de tropas gubernamentales que separen nuestro enclave de los al- rededores, claro que hicimos todo lo que pudimos para corregir esta de- bilidad.

Escogimos un perímetro, como primera medida, que se desarrolla a través de obstáculos naturales dentro del patrón de las estructuras hechas por el hombre, por casi media milla el obstáculo es de sólo 100 yardas de ancho a lo largo de una autopista fuera de servicio, con las tropas del Sis- tema controlando el otro hueco. Cerramos algunas zonas abiertas con alambradas de púas y minas, y quemamos edificios y limpiamos por fuera del enclave que podían servir de refugio para francotiradores o para la concentración de tropas enemigas.

Pero si la gente de nuestro enclave quiere marcharse, no hay manera en que nuestra milicia lo pueda impedir. Dependemos de

tres cosas, mucho más que el temor de ser abatidos por un disparo, para retenerlos. Primero, hemos dado a la gente orden, y estamos haciendo un trabajo mucho mejor para mantener el orden dentro de nuestro enclave que el que está haciendo el gobierno afuera. Después de la dosis de caos que esta gente ha digerido, casi todos los de cerebro lavado que piensan “ocú- pate de tus asuntos”, están hambrientos de autoridad y disciplina. Segundo. Estamos muy avanzados en el proceso de tener una econo- mía de subsistencia en el enclave.Tenemos un tanque de almacenamiento

de agua mayor, que podemos tener siempre lleno sólo con bombear agua subterránea de dos pozos que ya existían previamente; hay dos almacenes de alimentos completamente intactos y un silo de grano casi lleno; y tam- bién tenemos 4 granjas funcionando, incluyendo para productos diarios, con casi total capacidad como para alimentar a nuestra gente. Nivelamos nuestro déficit de alimentos haciendo incursiones fuera del enclave, pero para cuando hayamos puesto a todo el mundo a trabajar, convirtiendo cualquier trozo de terreno cultivable en huertos, eso ya no será necesa- rio.

Por último y no por ello menos importante, todos en el enclave son blancos.Tratamos sumariamente con cualquier caso que ofreciera dudas, mientras que fuera es como un terrible surtido de blancos, casi blancos, gitanos, chicanos, puertorriqueños, judíos, negros, orientales, árabes, ira- níes y todo lo que hay bajo el sol. Cualquiera que sienta la necesidad de un poco de “hermandad”, al estilo judaico, puede marcharse de nuestro enclave. Dudo que muchos sientan esta necesidad.

2 de noviembre,

Hemos tenido una larga reunión esta tarde, en la cual repasamos los últimos acontecimientos nacionales y hemos establecido nuevas priori- dades para nuestro programa local de acción.

No ha habido grandes cambios en la situación nacional desde las

pa- sadas 6 semanas: el gobierno ha sido capaz de hacer muy poco para res- taurar el orden en las áreas devastadas, o para compensar por los daños causados en el sistema de transportes nacional, sus generadores de ener- gía y la distribución de esta, y otros componentes esenciales de la eco- nomía nacional. La gente ha sido abandonada a su suerte, mientras que el gobierno se centra únicamente en sus propios problemas, uno de los cuales y no menos importante es la confianza en sus fuerzas militares. La incapacidad de reacción, en sí misma, nos anima mucho, porque significa que el Sistema no está recuperando el grado de control sobre el país que tenia antes del 8 de septiembre. El gobierno simplemente ha sido incapaz de controlar las condiciones caóticas que prevalecen en

grandes áreas.

Nuestras unidades han hecho todo lo posible en cuanto a sabotajes, con el único propósito de mantener la situación desestabilizada. Pero el Comando Revolucionario ha estado esperando, para ver qué condiciones a medio plazo se presentarán antes de decidir el próximo paso en la es- trategia de la Organización. La decisión ya ha sido tomada, y nos corres- ponde a nosotros hacer en otros lugares, lo mismo que llevamos a cabo en Maryland el mes pasado. Pasaremos de una estrategia de acciones de guerrilla a una organización semi-pública o pública. Estas son noticias excitantes: ¡significa una nueva escalada en nuestra ofensiva, una esca- lada que sólo la llevaremos a cabo porque tenemos confianza en que la balanza de la batalla esta ahora a nuestro favor!

Pero la antigua fase de la lucha no está en absoluto abandonada, y una de las preocupaciones que tenemos es la de un asalto a gran escala militar a California. Las fuerzas gubernamentales se están concentrando rápidamente en el área sur de California, y la invasión de las zonas libe- radas parece inminente. Si el gobierno triunfa en California, entonces hará lo mismo contra Baltimore y con otros enclaves que podamos esta- blecer en un futuro, a pesar de nuestras amenazas nucleares.

El problema parece ser un grupito de generales conservadores del Pentágono, que nos ven a nosotros más como una amenaza a su propia autoridad que al Sistema en sí mismo. No tienen ningún amor a los judíos y no están especialmente descontentos con la situación actual, en la que son de hecho los gobernantes del país. Lo que les gustaría sería institu- cionalizar permanentemente el presente estado de ley marcial y después, gradualmente, restaurar el orden, trayendo un nuevo status quo basado en sus ideas francamente reaccionarias y de corto alcance.

Nosotros, claro, estamos en su punto de mira y se están moviendo para aplastarnos. Lo que les hace especialmente peligrosos para nosotros es que no temen tanto nuestra respuesta nuclear como lo hicieron sus predecesores. Saben que podemos destruir más ciudades y matar a mu- chos más civiles, pero piensan que a ellos no los podemos matar. Conversé en privado con el MayorWilliams, del Comando de Batalla

de Washington, durante más de una hora, sobre el problema de atacar el

Pentágono. Los otros centros principales de comando de los militares fueron puestos fuera de combate el 8 de septiembre o consecuentemente incorporados al Pentágono, cuyo alto mando aparecía aparentemente como inalcanzable.

Yesa era la maldita verdad. Sopesamos todas las posibilidades que se nos ocurrieron y no llegamos a ningún plan convincente, excepto, proba- blemente, uno. Sería lanzar una bomba desde el aire.

En el sistema masivo de defensa alrededor del Pentágono, hay una enorme cantidad de potencia antiaérea, pero convenimos que un pequeño avión, volando a ras del suelo, podría atravesar las millas de defensas con una de nuestras cabezas de 60 kilotones. Un factor a favor de este in- tento es que nunca antes habíamos utilizado

aeroplanos de esa manera, y habíamos pensado en la posibilidad de sorprender a las unidades antiaé- reas con la guardia baja.

Apesar de que los militares tienen bajo control todos los aeródromos civiles, tenemos una vieja área de limpiado de cosecha en un granero a sólo una milla de aquí. Mi misión inmediata es preparar un plan detallado para un ataque aéreo al Pentágono para el próximo lunes. Deberemos tomar una decisión final para entonces, y después actuar sin demora al- guna.

Capítulo XXVIII

9 de noviembre de 1993,

¡Todavía quedan tres horas para las primeras luces del amanecer y todos los sistemas están listos para el “ahora”! Aprovecharé el tiempo para escribir unas cuantas páginas, las últimas de mi diario. Este es un viaje para mi solo de ida al Pentágono.

La ojiva está fijada en el asiento delantero de un viejo Stearman, y ar- mada para detonar por impacto, o bien cuando accione el interruptor en el asiento trasero. Tengo la esperanza de ser capaz de arreglármelas para un impacto a baja altura, directo al centro del Pentágono. Si falla esto, por lo menos intentaré volar lo más cerca posible que pueda antes de que me derriben.

Hace más de 4 años que no vuelo, pero me he familiarizado completamente con la cabina del Stearman, y me han informado sobre las par- ticularidades del aeroplano. No preveo ningún problema en cuanto al pilotaje. El hangar está a sólo a ocho millas del Pentágono. Haremos un calentamiento intenso y cuando abran la puerta saldré como un murcié- lago a toda velocidad, directamente

al Pentágono a una altitud de unos 50 pies.

Cuando pase por encima del perímetro defensivo iré como a unas 150 millas por hora y me llevará solo otros 70 segundos para llegar al obje- tivo. Dos tercios de las tropas alrededor del Pentágono son negros, lo cual aumentará mis posibilidades de pasar a través de ellos.

El cielo estará todavía bastante nublado y solo habrá la suficiente luz como para que tome mis puntos de referencia en el terreno. Hemos pin- tado el avión para que sea lo mas invisible posible bajo las condiciones de vuelo previstas, y volaré demasiado bajo como para que el fuego di-

rigido por radar me pueda alcanzar. Considerando todo, creo que mis po- sibilidades son excelentes.

Me da pena pensar que no estaré presente para participar del triunfo final de nuestra revolución, pero me alegra poder haber hecho todo lo que estaba en mi mano. Es reconfortante el pensamiento, en estas últimas horas de mi existencia física que, de todos los billones de hombres y mu- jeres de mi raza que alguna vez han vivido, yo seré capaz de jugar un papel más importante que muchos de ellos al determinar el destino último de la humanidad.

Lo que hoy haré tendrá mucho más peso en los anales de la raza que todas las conquistas de César y Napoleón, si triunfo. Y debo triunfar, o toda la revolución estará en grave peligro. El Comando Revolucionario estima que el Sistema lanzará la invasión contra California dentro de las próximas 48 horas. Una vez que la orden salga del Pentágono, nos vere- mos incapaces de parar la invasión. Y si mi misión falla hoy, no habrá tiempo suficiente para nosotros de intentar algo más.

El lunes por la noche, después de tomar la decisión final respecto a esta misión, asistí al rito de la Unión. De hecho, he estado

asistiendo a los ritos desde las pasadas 30 horas, y no estarán completos hasta dentro de otras 3 horas; sólo en el momento de mi muerte me habré ganado la per- tenencia a la Orden.

Amuchos les parecerá una perspectiva sombría, supongo, pero para mí no lo es. Supe lo que me esperaba desde mi juicio, el pasado marzo, y estoy agradecido de que mi periodo de prueba haya sido acortado en 5 meses, en parte debido a mi reciente crisis, y parcialmente debido a que mi desempeño desde marzo ha sido considerado ejemplar.

La ceremonia del lunes fue más emotiva y bella de lo que me podía haber imaginado. Más de 200 de nosotros, en el sótano de la tienda de re- galos de Georgetown, en donde se habían quitado las paredes y quitado las cajas para hacernos sitio. 30 nuevos aspirantes iban a ser admitidos en la Orden, y otros 18 incluyéndome a mí, íbamos a participar en el rito de la Unión.

Sin embargo, a mi me dieron un lugar especial, debido a mi situación única. Cuando el MayorWilliams me mencionó, di un paso al frente y me

volví para encarar un mar de túnicas silenciosas. ¡Qué gran diferencia con el grupito de hacía dos años, donde sólo siete de nosotros nos junta- mos en el piso de arriba para mi iniciación!

La Orden, incluso con sus requisitos extraordinarios está creciendo a unas velocidades asombrosas. Conociendo completamente lo que se pedía en cuanto a carácter y compromiso a cada uno de los hombres que estaban frente a mí, mi pecho se hinchó de orgullo. Estos no eran hom- bres de negocios barrigones y conservadores reunidos para una ceremo- nia masónica del pim, pam, pum; ni granjeros bocazas haciendo un pequeño ritual sobre “los malditos negros”; ni tampoco beatos piadosos clamando por la protección de una deidad antropomórfica. Estos eran hombres de verdad, hombres blancos, que estaban ahora en mi espíritu y en mi conciencia como

también en mi sangre.

Según la linterna parpadeaba sobre las ásperas y grises túnicas de la multitud inmóvil, pensé para mí mismo: estos hombres son los mejores que mi raza ha producido en esta generación y son tan buenos como los producidos en cualquier otra generación. En ellos está combinada la fiera pasión y la disciplina de hielo, inteligencia profunda y actitud inmediata para la acción, un gran sentido de autorrespeto y un total compromiso a nuestra causa. En ellos descansa la esperanza de todo lo que podamos ser. Son la vanguardia de la Nueva Era, los pioneros que liderarán nuestra raza para sacarla de las profundidades de hoy hacia las cimas inexploradas de lo más alto. ¡Y yo soy uno de ellos!

Entonces, hice mi breve declaración: “Hermanos! Hace dos años cuando entré a vuestros niveles por primera vez, consagré mi vida a vues- tra Orden y al propósito por la cual existe. Pero fracasé en el total cum- plimiento de mis obligaciones para con vosotros. Ahora estoy en condiciones de cumplir con todas mis obligaciones a vosotros. Os ofrezco mi vida. ¿La aceptáis?”.

Al unísono, con un rumor, me contestaron: “Hermano, aceptamos tu vida. A cambio te ofrecemos vivir en nosotros una vida eterna. Tu acto no será en vano, ni tampoco será olvidado, hasta el final de los tiempos. En este compromiso dedicamos nuestras vidas”.

Sé, tan ciertamente como sea posible a un hombre el saber todo, que

la Orden no me fallará si yo no les fallo. La Orden tiene una vida que es más que la suma de las vidas de los miembros de la Orden en sí. Cuando habla colectivamente, como lo hizo el lunes, algo más profundo, más an- tiguo y más sabio que cualquiera de nosotros, es lo que habla, algo que no puede morir.Aesa vida más profunda estoy ahora dispuesto a partir. Claro que me hubiese gustado tener hijos con Katherine, para pasar a

la inmortalidad de esa otra manera, pero no pudo ser. Estoy satisfecho. Han calentado el motor desde hace unos diez minutos, y Bill me está haciendo señales de que es tiempo de partir. El resto de la cuadrilla se ha refugiado en el refugio que cavamos debajo del suelo del granero.Ahora le entregaré mi diario a Bill, que más tarde colocará en el lugar escondido con los otros volúmenes.

Epílogo

Así termina el diario de EarlTurner, de la manera tan poco pretenciosa como cuando comenzó. Su misión final fue un éxito, naturalmente, así es recordado todos los años en el 9 de noviembre, nuestro tradicional Día de los Mártires.

Con el centro neurálgico militar del Sistema destruido, las fuerzas del Sistema posicionadas fuera del enclave de la Organización en California continuaron a la espera de órdenes que nunca llegaron. Con la moral baja, deserciones, creciendo la indisciplina de los negros, y finalmente por la incapacidad del Sistema de asegurar la línea de suministros a sus tropas en California, todo eso resultó en una erosión gradual de la amenaza de invasión.

Ocasionalmente el Sistema comenzó a reagrupar sus fuerzas en otros lugares, para encarar nuevos desafíos en otras partes del país.

Y entonces, tal y como los judíos temían, el flujo de activistas de la Organización dio un vuelco de 180 grados de lo que había sido las sema- nas y los meses inmediatamente anteriores del 4 de julio de 1993. Según los datos de los campos de entrenamiento en zona liberada, al principio cientos, después miles de guerrilleros altamente motivados empezaron a deslizarse a través de los anillos de tropas cada vez más disminuidas del Sistema.

Con estas fuerzas guerrilleras la Organización siguió el ejemplo de Baltimore y rápidamente estableció zonas de nuevos enclaves,

principal- mente en las áreas devastadas por las bombas nucleares, donde la auto- ridad del Sistema era más débil.

El enclave de Detroit fue inicialmente el más importante de todos. Una anarquía sangrienta había reinado sobre los supervivientes del área de Detroit durante bastantes semanas después de las explosiones nucle-

ares del 8 de septiembre. Parecía que algo semejante al orden había sido restaurado, con las tropas del Sistema, compartían blandamente el poder con ciertas bandas de negros en el área.Apesar de que eran pocos los en- claves de blancos aislados que mantenían a raya las bandas de rateros y violadores negros, la mayoría de los blancos, desmoralizados y desorga- nizados en Detroit y sus alrededores, no ofrecieron ninguna resistencia efectiva a los negros, y sufrieron bastante tal como en otras áreas del país densamente pobladas por negros.

Entonces, a mediados de diciembre, la Organización vio una alterna- tiva. Un cierto número de incursiones relámpago sincronizadas contra los puntos fuertes del Sistema se contemplaban como una sencilla victo- ria.

La Organización estableció ciertos patrones en Detroit que pronto fue- ron imitados en todos lados.Atodas las tropas blancas hechas prisioneras, tan pronto como entregasen las armas, se les ofreció la oportunidad de lu- char con la Organización contra el Sistema..Aquellos que se ofrecieron voluntarios inmediatamente fueron llevados aparte para una selección preliminar y enviados a campos para su adoctrinamiento y entrenamiento especial. Los otros fueron ametrallados al instante, sin contemplaciones. El mismo grado de dureza fue utilizado en el trato con la población civil. Cuando los cuadros de la Organización entraron en las áreas pro- tegidas en las zonas residenciales de Detroit la primera prioridad que vieron necesaria fue liquidar a la mayoría de los líderes blancos locales, de cara a instaurar la autoridad incuestionable de la

Organización. No había ni tiempo ni paciencia para hacer razonar a esos líderes blancos, cortos de miras, que insistían que ellos no eran ni “racistas” ni “revolu- cionarios” y que no necesitaban la ayuda de “agitadores externos” para que se metieran en sus problemas, o a los que tenían alguna fijación con- servadora o parroquial.

Los blancos de Detroit y otros nuevos enclaves fueron organizados según los planteamientos de EarlTurner para Baltimore, no como en Ca- lifornia, de una manera más dura y más rápida. En muchos lugares del país no existía la posibilidad de una separación ordenada a gran escala de los no blancos, como sucedió en California, y la consecuencia fueron ac- ciones sangrientas durante meses, teniendo grandes consecuencias para

todos los blancos que no estaban controlados por la Organización.

Los alimentos empezaron a escasear críticamente en todos lados du- rante el invierno de 1993-1994. Los negros cayeron en el canibalismo, como lo hicieron en California, mientras que blancos hambrientos, que habían ignorado la llamada de la Organización a levantarse contra el Sis- tema, empezaron a aparecer en los límites de las zonas liberadas mendi- gando comida. La Organización sólo era capaz de alimentar a la población bajo su control, imponiendo un severo racionamiento, y era necesario echar fuera a los rezagados.

Aquellos que eran admitidos, y eso quiere decir sólo niños, mujeres criando u hombres en total capacidad para combatir en la Organización, estaban sujetos a la investigación racial que se había utilizado en Califor- nia, para separar a los blancos de los no blancos. No era suficiente el ser meramente blanco; de cara a comer uno tenía que ser juzgado con res- pecto a sus genes.

En Detroit, la práctica se estableció, en primer lugar -y después se adoptó en todos los lugares- dotando a cualquier hombre blanco, capaz de luchar, aquél que quisiera ser admitido en un enclave, con

una comida caliente y con una bayoneta o cualquier elemento cortante, con filo. Su frente se marcaba con una tinta indeleble, se le invitaba a marcharse y sólo se le admitiría permanentemente cuando trajese una cabeza fresca de un negro o de cualquier otro no-blanco. Este procedimiento aseguraba que la comida, tan importante, no había sido malgastada en aquellos que no pudiesen o quisiesen alistarse en la fuerza de combate de la Organi- zación, pero supuso un gran precio a pagar por los elementos más débiles y decadentes de los blancos.

Decenas de millones murieron durante la primera mitad de 1994 y la población blanca del país alcanzó el punto más bajo de los 50 millones aproximadamente en agosto de de ese año. Para entonces, sin embargo, casi la mitad de los blancos que quedaban estaban en los enclaves de la Organización, y la producción de alimentos y su distribución era apenas suficiente para evitar muertes por hambruna.

A pesar de que existía todavía una especie de gobierno central, las fuerzas militares y policiales del Sistema, estaban, a todos los efectos,

reducidas a un número de comandancias locales autónomas cuyo prin- cipal objetivo resultaba ser la búsqueda de alimentos, licor, gasolina y mujeres. Tanto la Organización como el Sistema evitaron enfrentamien- tos a gran escala entre ellos, la Organización limitándose a incursiones in- tensas contra las concentraciones de tropas del Sistema y sus bases, y las fuerzas del Sistema confinándose y protegiendo sus líneas de suministro, y en alguna zona intentando evitar la expansión de los enclaves de la Or- ganización.

Pero los enclaves de la Organización continuaron expandiéndose, sin importar el tamaño y el número, todo a través de los cincoAños Oscuros que precedieron a la Nueva Era. En un momento, hubo cerca de 2.000 enclaves diferentes de la Organización en

Norteamérica. Fuera de estas zonas de orden y seguridad, la anarquía y el salvajismo creció y empeoró, con la única autoridad de bandas asquerosas que se combatían entre ellas y se cebaban en las masas indefensas.

Muchas de estas bandas estaban compuestas de negros, puertorrique- ños, chicanos y medio blancos mestizos. En número creciente, sin em- bargo, los blancos también formaron bandas bajo planteamientos raciales, incluso fuera de la guía de la Organización. Según avanzaba la guerra de exterminio, millones de blancos blandos, urbanitas, con el cerebro la- vado, poco a poco comenzaron a recuperar su hombría. El resto, murió. El éxito creciente de la Organización no se llevó a cabo sin retrocesos, naturalmente. Uno de los casos más notables fue la terrible masacre de Pittsburgh, en junio de 1994. La Organización había establecido un en- clave en mayo de ese año, forzando la retirada de las fuerzas locales del Sistema, pero no supo actuar de la manera más rápida para eliminar al elemento judío.

Un número de judíos, en colaboración con los blancos conservadores y también con los liberales, tuvieron tiempo de hacer un plan de subver- sión. El resultado fue que las tropas del Sistema, ayudadas por la quinta columna dentro del enclave, recapturaron Pittsburgh. Los judíos y los negros se lanzaron a un asesinato en masa, reminiscencia de la Revolu- ción bochevique de instigación judía 75 años antes.

Cuando acabó la orgía de sangre, casi todos los blancos habían sido asesinados en la carnicería u obligados a marcharse. Los miembros su-

pervivientes de la Organización de la Comanadancia de Pittsburgh, cuyas vacilaciones en el trato con y para los judíos habían propiciado la catás- trofe, fueron detenidos y fusilados por un escuadrón disciplinario ac- tuando bajo las órdenes de la Comandancia Revolucionaria.

En la única ocasión, después de noviembre de 1993 en la cual la Organización se vio forzada a detonar un arma nuclear en el continente Nor- teamericano, ocurrió un año después en Toronto. Cientos de miles de judíos se habían marchado de los Estados Unidos hasta esa ciudad de Canadá durante 1993 y 1994, creando casi una segunda NuevaYork y uti- lizándola como centro de Comandancia para la guerra que se estaba li- brando al sur. Tal y como eran conscientes, ambos, los judíos y la Organización, la frontera entre los Estados Unidos y Canadá no tenía im- portancia alguna durante las últimas etapas de la Gran Revolución, y a mediados de 1994, las condiciones eran ligeramente menos caóticas en el norte de la frontera que en el sur.

Durante losAños Oscuros, ni la Organización ni el Sistema podían es- perar una ventaja decisiva de uno contra el otro, sobre todo cuando ambos tenían capacidad nuclear. Durante la primera parte de este periodo, cuando la capacidad militar del Sistema superaba por mucho la capacidad de la Organización, únicamente la amenaza de las reservas de ojivas nu- cleares escondidas en los mayores centros de población, todavía bajo control del Sistema, impedía al Sistema en la mayoría de los casos hacer ningún movimiento contra las zonas liberadas por la Organización. Más tarde, cuado la Organización creció, junto con el arrepentimiento

de las fuerzas del Sistema que se manifestaban por las deserciones, se desniveló el equilibrio de las fuerzas convencionales, el Sistema retuvo el control sobre ciertas unidades militares armadas con armas nucleares, y bajo amenaza forzó a la Organización para dejar ciertas plazas fuertes del Sistema intactas.

Incluso las tropas de élite nucleares mimadas del Sistema no eran in- munes al proceso de desgaste que erosionaba las fuerzas convencionales del Sistema, pudiendo posponer lo inevitable temporalmente. El 30 de enero de 1999, durante la tregua momentánea de Omaha, el último grupo de generales del Sistema se rindió a la Organización, como respuesta al

compromiso de que pudiesen vivir, ellos y sus familias sin ser molestados por el resto de sus días. La Organización mantuvo su compromiso insta- lándolos en una reserva especial en una isla de la costa de California. Entonces vino un periodo de operación limpieza, donde las últimas de las bandas no blancas fueron cazadas y exterminadas, seguido de una purga final de elementos raciales no deseables dentro de la población blanca que quedaba.

Desde la liberación de Norteamérica hasta el comienzo de la Nueva Era en todo el planeta, transcurrió un tiempo muy corto de 11 meses. El Profesor Anderson ha registrado y analizado los hechos de este periodo culminante al detalle en su Historia de la Gran Revolución. Aquí sólo cabe señalar que con los principales centros de poder mundial judíos ani- quilados y la amenaza nuclear de la Unión Soviética neutralizada, los obstáculos más grandes para la victoria mundial de la Organización se ha- bían desvanecido.

Desde 1993, la Organización ya tenía células activas en Europa Occidental, que crecieron con una rapidez extraordinaria en los años que precedieron a la victoria enAmérica del Norte. El liberalismo había ob- tenido su cuota en Europa, igual que en América del Norte, y el viejo orden en la mayoría de los lugares estaba podrido, únicamente con una capa de barniz que diese cierta sensación de poder. El desastroso colapso económico en Europa en la primavera de 1999, siguiendo a la desapari- ción del Sistema en Norteamérica provocó un rearme moral de las masas europeas para el asalto final de la Organización.

Esa toma de poder sobrevino a todo lo ancho de Europa en el verano de 1999, como un huracán limpiador, liquidando en solo pocos meses el dominio, durante más de un milenio, de una ideología alienígena y de más de un siglo de profunda decadencia moral y material. La sangre llegó momentáneamente hasta los tobillos en muchas calles de las principales ciudades europeas, según los traidores a su raza, los descendientes de ge- neraciones de reproducciones disfuncionales, y hordas de inmigrantes corrieron la misma suerte. Fue entonces cuando el amanecer de la Nueva Era rompió sobre el mundo Occidental.

El único centro de poder en el planeta que no estaba bajo el control de la Organización, a principios de diciembre, era China. La Organiza-

ción quería posponer varios años la solución al problema chino, pero fue- ron los mismos chinos los que obligaron a la Organización a entrar en ac- ción de una manera inmediata y drástica. Los chinos, naturalmente, habían invadido los territorios asiáticos de la Unión Soviética, inmedia- tamente después del bombardeo nuclear del 8 de septiembre de 1993, pero hasta la caída de 1999, se habían mantenido al este de los Urales, consolidando el vasto y nuevo territorio conquistado.

Cuando, durante el verano de 1999, una nación tras otra fue liberada en Europa por la Organización, los chinos decidieron meter la mano en la Rusia Europea. La Organización respondió a este movimiento de una manera masiva, utilizando misiles nucleares para poner fuera de combate a los todavía primitivos misiles chinos y a su capacidad de bombarderos estratégicos, así como bombardeando también un gran número de nuevas concentraciones de tropas Chinas al oeste de los Urales. Desafortunadamente, esta acción no frenó la marea amarilla que fluía desde China hacia el norte y el oeste. La Organización aún requería de algún tiempo para reorganizar y reorientar a la población europea, re- cientemente bajo su control, antes de que pudiera tan siquiera pensar cómo enfrentar de una manera convencional al torrente de infantería china atravesando los Urales hacia Europa: todas sus tropas de confianza en esos momentos apenas serían suficientes incluso como guarniciones en las áreas recientemente liberadas pero aún no pacificadas del este y del sur de Europa.

Así pues, la Organización recurrió a una combinación de medios quí- micos, biológicos y radiológicos, en una escala enorme, para solucionar el problema. En un periodo de más de cuatro años, unos 16 millones de millas cuadradas de la superficie terrestre, desde los

Montes Urales hasta el Pacífico y desde el Océano Ártico hasta el Índico, fueron esterilizados eficazmente.Así se creó el Gran Basurero del Este.

Solo en esta última década es cuando ciertas áreas del Gran Basurero han sido declaradas aptas para la colonización. De todos modos, son sólo “seguras” en el sentido de que los productos tóxicos sembrados hacía un siglo, han disminuido y ya no son un riesgo para la vida. Como todo el mundo sabe, las bandas de mutantes que vagan todavía por el Basurero,

representan aún una amenaza real, y puede llevar todavía otro siglo para que los últimos hayan sido eliminados, y la colonización blanca pueda volver a establecer presencia humana en este vasto territorio.

Pero sucedió en el año 1999, de acuerdo a la cronología de la vieja Era, justo 110 años después del nacimiento de la Gran Era, que el sueño de un mundo blanco finalmente vino a afirmarse. Ygracias al sacrificio de las vidas de incontables miles de hombres y mujeres valientes de la Organización, durante los años precedentes, lo que mantuvo el sueño vivo, hasta su realización.

De entre esos incontables miles, EarlTurner no jugó un papel discreto. Ganó la inmortalidad aquel oscuro día de noviembre, hace 106 años, cuando cumplió con fe las obligaciones para con su raza, para con la Or- ganización y para la Orden sagrada que lo admitió en sus filas. Y ha- ciendo lo que hizo, ayudó enormemente a que su raza sobreviviera y prosperara, a que la Organización alcanzase sus objetivos políticos y mi- litares en todo el mundo, y a que la Orden gobernara con sabiduría y be- nevolencia en toda la Tierra, de ahora en adelante y para siempre.